Abel Posse

Palabras Mayores

pm

Los perros del paraíso

Abel Posse

Palabras Mayores

pm

Los perros del paraíso

Colección: Palabras Mayores Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa
Diseño portada: Leer-e

© Abel Posse
© de esta edición, 2013
Leer-e
www.leer-e.es

ISBN: 978-84-15858-66-9

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Distribuye: Leer-e 2006 S.L.
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

Abel Posse

Los perros del paraíso

En recuerdo y agradecimiento a mi hijo Iván, que entre su alegría y su adiós me regaló el título de esta obra.

Más allá del trópico de Capricornio hay una tierra habitable que es la parte más alta y noble del mundo, es el Paraíso Terrenal.

(Abate d'Ailly en *Imago Mundi) Aquí es el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina*.

(Carta del almirante a los Reyes Católicos.) *Éste es el Paraíso. Realmente. Estas gentes aman al prójimo como a sí mismos. Creo lo que creyeron y creen los sabios y santos teólogos, que estos parajes son los del Paraíso Terrenal*.

(Carta de Colón al Papa Alejandro VI.) *¡Se le envió a que fuera por oro y demonios, y él que nos viene con plumas de ángeles!*

(Fernando de Aragón.)

Se puede tener por cierto que el almirante alcanzó el centro del Paraíso Terrenal el4 de agosto de 1498.

J.W.Kilkenny.)

I
El aire

Cronología

1461	Orígenes del Occidente moderno: el 12 de junio Isabel de Castilla pone a luz la impotencia del rey Enrique IV, su medio-hermano. *La Beltraneja*.
1462	Cristoforo Colombo roba el alfabeto de la parroquia, en Génova. Dice que será poeta. Golpiza, amenazas. «Nada te salvará de tu destino de cardador o de sastre.»

1468	Tardía, ambigua e intencionada circuncisión de Cristóbal Colón.
2-Casa	Fracaso de las reuniones incaico-aztecas en Tlatelolco. Abstención de crear una flota para invadir «las tierras frías del Oriente». Globos aerostáticos de los incas. Pampa de Nazca-Düsseldorf.
1469	El lansquenete Ulrico Nietz, acusado de bestialismo por besar un caballo, llega de Turín a Génova. La tierra *Wo die Zitronen Blühen*. El dolor óntico y la estafa judeocristiana. «Dios ha muerto.»
1469	En un clima de deliciosa lujuria adolescente Isabel y Fernando de Aragón se amanceban por Iglesia el 18 de noviembre. Los fidelísimos SS. Nace el Imperio donde nunca se pone el sol.

ENTONCES JADEABA EL MUNDO, SIN AIRE DE VIDA. Abuso de agonía, hartura de muerte. Todos los péndulos recordaban el ser-parala-muerte. En Rottenburg, en Tubinga, en Ávila, Urbino, Burdeos, París o Segovia.

Jadeaba la vida sin espacio. El dios hebreo, indigestado de Culpa, había terminado por aplastar a su legión de fervorosos bípedos.

Los flagelantes se azotaban. Agregaban salmuera a las llagas de los latigazos. Hasta los atletas sólo soñaban clavarse en una cruz y dejarse desangrar para morir en santidad.

El Valle de Lágrimas en su apogeo. *Totentanz:* la frenética hilera de jóvenes tomados de la mano iba enhebrando tumbas. Mallas negras con la osamenta pintada. Albayalde para la palidez de las calaveras. Y sin embargo un aire de nostalgia de vida recorría la fila danzante. Un asomo de deseo. Sonrisas bajo los tules negros, guiñas. Un meneo pélvico desnaturalizaba el ritmo de los tambores enlutados de la *Danse Macabre*.

Como un aire, un aura, un eras. Como una brisa tibia que ya pudiese haber llegado desde el Caribe.

No era raro ver a los culpistas, exhaustos de la danza abrazados entre los arbotantes de la iglesia, o echados entre las tumbas del cementerio. Como perros rabiosos, impenitentes, los cuerpos huían de las sayas de los nazarenos y de las calaveras de tiza.

Era un aire. Un céfiro que inquietaba a los jóvenes seminaristas al atardecer. Aroma agridulzón, como de mar lejano, como de hembra dormida entre las nubes de verano.

Pero en Italia aparecían los signos más visibles de aquel aire alarmante. Al Pollaiuolo, que pintaba una Virgen por encargo de los frailes de San Gerónimo, se le fue yendo el pincel como en una alucinación de color, deseo y formas hasta que sobre la tela apareció —espléndida— Simonetta Vespucci, la Bella, con sus senos al aire. El pincel buscó, con culpa, definir el áspid del mal, pero la culebra se le enroscó juguetonamente en torno del cuello hasta morderse la cola y quedar transformada en gracioso collar.

No era un caso único. En la segunda quincena de abril de 1478 al joven pintor Sandro Botticelli se le llenó el espacio del cuadro con

deliciosas adolescentes semidesnudas que bailaban en homenaje a la nueva floración. *«Non c'épiú religione»*, murmuraban persignándose las bigotudas monjitas de la Sagrada Frustración.

Un gato montés saltaba del copón de la vieja catedral gótica. Era evidente.

El jadeo de Occidente se transformaba en estertor. Los poderes, alarmados, se consultaban. Se requerían prontas decisiones.

Aquella caldera de moribundia y encadenados deseos no podía descomprimirse hacia el Sur: los musulmanes, hombres de dios fuerte y ancho como cimitarra, ocupaban todo el Magreb y el Al-Andalus de los reinos felices.

Tampoco era posible extenderse más allá del extremo de primitiva cristiandad de la Moscovia.

La Iglesia había fracasado en sus intentos. Decenas de misioneros volvían del Islam y de la Tartaria con una bolsita colgada al cuello con los testículos y la lengua, resecos como orejones. Otros, humillados, alzaban sus viajadas sotanas ante el Papa y mostraban sus nalgas atrozmente repujadas con versículos del Corán o con advertencias de este tenor: «Alá es grande. Nosotros también cultivamos la Culpa».

La caída de Constantinopla en poder del Turco había sido un golpe decisivo. El pontífice Sixto IV lo anunció sombríamente a todos los príncipes de Occidente: «El mundo cristiano y occidental queda amenazado por una espesa cortina de cimitarras que se extiende desde el Cáucaso hasta el sur de nuestra querida España…»

Las multinacionales se asfixiaban reducidas a un comercio entre burgos. Reclamaban con airada impaciencia.

Los Berardi, los Ibarra, Van der Dine el dinámico ejecutivo de Amberes, los Negri, Cattáneo, Spinola, los Buddenbrook de Lübeck, los armadores de las ciudades hanseáticas, los tejedores catalanes encabezados por Puig; se rebelan ante la inmovilidad. Se sentían capacitados para mucho más. Acusaban a los marinos de cobardes, a los astrónomos de ineptos, a los reyes de sórdidos y ociosos entreguistas. La nobleza feudal era vituperada. «¡Queremos espacios! ¡Maderas preciosas! ¡Mercados! ¡Especias y marfiles de Oriente! ¡Basta de turquescos en el Mare Nostrum!»

Occidente, jadeaba, ansiaba su sol muerto, su perdido nervio de vida, la fiesta soterrada. Tanteaba en la oscuridad del sótano conventual la estatua de la diosa griega (que en realidad alguien había arrojado al mar). Los hombres vacíos, casi sin sombra, buscaban su estatura.

Occidente, vieja Ave Fénix, juntaba leña de cinamomo para la hoguera de su último renacimiento.

Necesitaba ángeles y superhombres. Nacía, con fuerza irresistible,

la secta de los buscadores del Paraíso.

SIESTA DE JUNIO. UN AIRE DE INVISIBLES LLAMAS disolviendo los montes de Castilla. Estampido de rocas partidas por el solazo. El pastor duerme entre las breñas con los ojos entreabiertos, como un saurio. Los gorriones no se mueven del ramaje, saben que caerían fritos si osasen la alberca.

E Isabel Trastamara:

—Vamos, vamos, que es buena hora.

Ratoneo infantil en el dormido Alcázar de Madrid. Los guardias, distraídos y descalzos, juegan al mus al pie de las torres. Arrojan baldazos para aplastar el polvo ardido. Dormitan colgados de las alabardas.

La Beltraneja, que a los cinco años ya tenía espías por todas partes, comprende que se trama algo importante y hostil. Su tíaniña, su enemiga, Isabel Trastamara. La pequeña Juana se resiste a ser postergada y no se despega del grupo. Se aguanta el calorón con sus atributos reales: una pesada estola verde que encontró en un arcón, un sombrero cónico, como de hada, con un tul que la envuelve hasta los zapatones de corcho, los altos alcoraques que hurtó en el *boudoir* de su frivola madre, siempre buscando la moda. Le grita a Isabel:

—¡Iré! No te hagas ilusiones. No te perderé de vista. —Una rabia que le hace morder las erres.

Isabel convocó a ocho condes e hidalgos (el mayor tiene diez años). Pero no pudo guardar el secreto. Está vestida con una camisola cortona que no oculta —horror para damas de compañía y monjas de servicio— sus calzoncitos apretados con puntillas bordadas por las trinitarias de San José de la Eterna Ansia. Un *baby-doll*, en realidad su famoso jironiscos. El pelo recogido en cola de caballo. Pecosa, rubia, provocadora.

Isabel se suele parar a veces con las piernas entreabiertas y se acaricia el pelo, con la cabeza echada hacia atrás. Le gusta que su grupa perfecta luzca levantada. El libertino poeta cortesano Álvarez Gato pudo anotar en su libro secreto:

Tiene un culito
que es un quesito
Dos tetitas
como naranjitas.

Las monjas protestaban:

—¡Niña! ¡Niña! ¡Mire si la princesa debe andar así!

Ahora Isabel va delante. Lleva una caña larga y pelada, de esas que

crecen junto al estanque de los sapos.

Enhebran corredores de piedras. Todo en penumbra. Sábese en Castilla que toda luz engendra calor.

Atraviesan el comedor del palacio que todavía huele al ajo del lechazo de la noche. Algunos aprovechan el piso de mosaicos para tenderse y sorber frío. Otros dan tres o cuatro vueltas carnero.

—¡Sssh! —ordena Isabel Y *la Beltraneja:*

—¡Quién te crees tú para hacerme sssh! ¡Yo soy la princesa!

Pasan frente a la modesta panoplia real. Más herencia que actualidad: espadas del reyabuelo, ballestas de cuerda roída, intentos de mosquetones. Apolilladas cabezotas de jabalíes caza dos más para reforzar la olla que para imitar finuras borgoñonas o británicas.

El trono: un sillón de madera y cuero repujado, reforzado o moderado con una piel de tigre etíope. El rey Juan lo había usado hasta su muerte para comandar las sobremesas. Allí soñó extender Castilla, cruzar mares, anegar de fe los felices reinos moros del Sur.

Eran los últimos restos de aquella España pobre, con su Corte donde se pelaban los huesos que quedaban del banquete para el salpicón del mediodía siguiente, y el vino sobrante de las copas se recogía para la jarra de la segunda mesa. Aquella Corte que se regocijaba cuando tocaba pollo. Entonces los reyes sabían el arte de calcular el producto del año a simple ojeada de olivar o majada.

Ahora Enrique IV, *el Impotente*, lanzó el reino al lujo de la inflación. Las Casas de Moneda, de cinco pasaron a ciento cincuenta. Riquezas de joyas y trajes, más que de patrimonio.

Beltrán de la Cueva, el favorito, lleva sandalias bordadas con piedras preciosas y lentejuelas de torero de moda.

El rey a su lado es un zarrapastroso. No oculta la admiración por el amante de la reina. Cornudo atento hasta la exageración, hace construir un convento para memorar el lugar donde Beltrán derrotó a otros descarados pretendientes.

Triste búsqueda de placer en aquella corte de fantasmas, desde siempre amenazada por la locura. Con sus príncipes que luchaban contra satánicos monstruos que salían de los espejos; aparecidos que dejaban quemaduras en las tapas de las Biblias anunciando el camino del infierno; monjas que se desangraban dulcemente durante los festines atravesadas con los espinos de la corona de Cristo; damas místicas que le vitaban al amanecer hasta que sus doncellas las tomaban de los tobillos y las devolvían a la gravedad y el peso de la realidad.

Más de una vez la pequeña Isabel espió al rey, su medio hermano, impotente relativo, que se abismaba —con todo el reino— en un marasmo de melancolía morbosa. Isabel se trepó a la claraboya:

Enrique (que le llevaba 26 años) echado en su sillón con su hopalanda —una chilabía morisca— manchada de sopa, con su infaltable fuente de plata y rubíes llena de chicharrones de cerdo mayor que acompañaba con grandes sorbos de agua fresca (detestaba el vino). Las putillas cortesanas con sus voces y risas inconsistentes, aire sobre aire, chacateando como enfermeras borrachas en torno a un baldado sordo y rico. Dos o tres de ellas —como gatas— trepándose al gran esqueleto abandonado del rey, jugueteando con su sexo desapasionado. En una punta del salón el cardenal y el notario leyendo los informes de Embajada. Se detenían de vez en cuando para toser, invadidos por el humo maloliente de los peludos cascos de percherones con que Enrique alimentaba el fuego (en verano sustituía ese penetrante olor de cutícula y pezuña quemada con grandes fuentones de excrementos de la jauría y de los corrales). El hedor que place al rey es tal que el marqués de Villena, por indicación de su enemigo, el sofisticado Beltrán de la Cueva, lleva siempre en el bolsillo un ramo de albahaca fresca que macera y respira profundamente para aliviarse.

Cada vez que Isabel se descuelga del montante siente rabia. Asco por ese hermano en el que intuye que agoniza toda una época. No sabe por qué, pero corre hasta salir sin aliento al patio del Alcázar. Escucha la voz de su pobre madre: «Nunca cedas a la locura. Ése es el peor abismo, el único. Acuérdate de tu padre, de tus abuelos… No dialogues con el Demonio, no lo escuches. Mira a Enrique: vive amenazado por bestias infernales, un jabalí envuelto en niebla que se aparece debajo de la cama; etéreos contrahechos que llegan ardidos del Infierno para predecirle su triste fin… Tú manténte atenta a lo real. No oigas a los teólogos. Adora tu cuerpo. Rodéate de animales y soldados. Resiste a la tentación de hablar sola. ¡Odia la paz! Mira lo que es la paz: un vacío que sólo llenan los demonios. Sí, hay que morir, morir de vida».

LOS NIÑOS ALCANZARON LA SALA DE AUDIENCIAS detrás de la mandona Isabel. Se cruzan con la pajamulta y las zalamecas de las prostituillas de Corte que se alejan irreverentes. Piernas blanqueadas con polvo de yeso, según la moda. Caras en negro o violeta, párpados dorados. Grandes sombreros de espadachín flameneo con plumas amarillas, azules, verdes. Salen hacia el patio de mulas: les gusta galopar alocadamente por los sembrados espantando gallinas y labriegos pobres.

Penumbra. Un amanuense triste frente al libro de audiencias. Aparentemente nadie. Pero en el rincón del eterno retorno de lo mismo, casi invisibles, el general Queipo de Llano con altas botas muy

lustradas y planchadísimos *breeches* preside la comitiva de académicos y magistrados (¿Díaz Plaja? ¿El doctor Derisi? ¿Battistesa? ¿D'Ors?). Le pedirán al rey patrocinio y fondos para el Congreso de Cultura Hispánica de 1940.

Penumbrosa España medieval que huele a misa terminada, a último cirio apagado con la tos del sacristán tísico.

Por fin, Isabel, los condecillos y la atribulada *Beltraneja* embocan el corredor del dormitorio de Enrique IV. Encuentran allí, según lo convenido, al venal valet de Cámara, don Gregario, que logró distraer la guardia de alcoba.

Pero una contrariedad (el viejo balbucea): el león, nieto del que tuvo el rey Juan, está echado a todo lo largo del umbral. Con ojos entrecerrados controla los rítmicos ronquidos reales. Ojos de tedio, no de sueño. Sin hambre, incapaz de la demagogia, ¿cómo hacerse con él? ¿Cómo negociar? Hay un olor profundo de fiera que aceptó la paz pero no la sumisión (hace sólo tres años que devoró a un obispo converso).

La Beltraneja mira burlona. El viejo intenta un gesto de autoridad, un leve empujón en el anca que la fiera desconoce. Bosteza inmóvil.

Entonces Isabel se adelanta y grita:

—¡Fuera!

Pero es inútil. Le aplica un decidido soplamocos. Enfurecida se le prende de las crines y le muerde una oreja. Después de un breve silencio amenazado, el león cede a la decisión, no a la escasa fuerza de la niña. Muestra los colmillos, sacude la cabezota y, cuando va a rugir, recibe un enérgico trompazo en el hocico. Opta por levantarse y echarse bajo la ventana.

Cuando abrieron la puerta, don Gregorio, sin suficiencia de sangre como para ver desnudo a un monarca, recibió orden de retirarse, *la Beltraneja* se filtró primero.

Isabel enganchó con la caña la orla del camisón del dormido rey y fue descubriendo el cuerpo hasta el pecho. Los ronquidos retornaron el ritmo del durmiente.

Vieron unas piernas débiles, pálidas, velludas. Más allá la zona informe y oscura. Esforzaron la vista para entrever lo indefinido. Pensaron en estructuras de quebradizo pergamino. Orejones de esos que el viajero puso a secar para la travesía; o el inmemorial cuero reseco de la sandalia del legionario romano vencido ante las puertas de Samarcanda. (Y otra vez corresponde citar al resentido Álvarez Gato:

…y tu sin mar marisco desosado
en marina penumbra

apellejado…)

La pequeña *Beltraneja* empalidece. Isabel mantiene la caña con autoridad. Los condecillos observan y juzgan.

Era verdad… no había allí turgencia alguna de vida. Más bien carencia de todo humano aceite. Beatriz de Bobadilla dice que no sabe por qué, pero que recuerda el pedregal de Soria. Juan de Vivero dice que no: que hay que hablar de las caracolas que el Cantábrico de vuelve como casas vacías en el balanceo de su oleaje. Isabel, provocadora, obliga a ver a la pobre *Beltraneja* que tiembla y estalla:

—¡Yo seré la reina, yo, yo! ¡Te odio! —Y se echa a correr dando peligrosos tumbos sobre sus desmesurados alcoraques.

E Isabel, con suficiencia, ya cuando regresan:

—Lo habéis comprobado. Ella no puede ser hija de él. ¡Yo seré la reina!

La batalla entre la ilegal legitimidad y la ambición quedaba declarada.

Es rubio y fuerte como un ángel, solía decir Susana Fontanarrosa, su madre. El joven se negaba al sombrío ejercicio de la sastrería. Tampoco quería ser cardador, ni quesero, ni tabernero. Esas posibilidades sensatas que le proponía la realidad.

Dioses salvajes del mar. Los intuía vivos. Pensó, sin modestia, que alguna vez le habían hablado con la voz áspera del invierno o con ese susurro, que sólo el iniciado comprende, en las calmas tardes de verano.

Ahora el joven corría por la playa, a lo largo de la rompiente. Respira la brisa suave de la noche de luna. Va casi desnudo, los pies cubiertos —como siempre, para proteger su secreto— con las medias tejidas por la *mamma*. Mantiene la velocidad constante del sublimado: diríase un lama corredor de los que sólo se ven en las altiplanicies tibetanas. No tiene otro objetivo que el de calmar su ansiedad, desactivarse, amansar su sangre fuerte.

Pasó bajo la Torre del Mar. Sabía que su tío Gianni, el guardián, comunicaría su posición a sus primos, aquella envidiosa manada de queseros y sastres que ya sospechaban en él la subversiva presencia del mutante, del poeta.

Recorrió las dos leguas del arco playero con los pies irritados de pisar conchillas y arena gruesa. Mantenía el automatismo tontón del aerobista. Subió por la restinga cubierta de colonias de mejillones y desde allí se zambulló en la rompiente con la serena decisión del alumbrado. Nadó hacia afuera. Se quedó quieto demostrándose una vez más su anormal flotabilidad y se dejó llevar de espaldas por la

corriente, hasta que se sintió varar sobre la arena. Quedó tendido. Fascinado por el espacio cósmico. Con los ojos abiertos e inmóviles como los de la merluza que había visto esa mañana en el mercado de Génova.

Entonces, como otra vez, escuchó el graznido del oleaje menudo que el arenal y las conchillas absorben. La última onda que se dobla y cae en esa espuma que la tierra bebe.

La voz del mar susurraba en verso. Lo llamaba. Clarísimamente escandía:

—Coo-lón.

Cooo-lón.

El mar no decía Coo-lom-bó. No. Decía claro (en español): «Cooo-lón.» El «lón», de una forma seca y rápida, diríase autoritaria. O como quien pronuncia la última palabra amenazado de estornudo.

Sintió que el alba —la de los dedos de rosa— entreabría la noche con la discreción que podría tener Ariadna al entrar en el recinto del Minotauro.

El agua estaba más fría. A lo lejos vio las camisas fosforescentes aún de la patota de primos que accedían a la playa por la restinga sur.

Debía huir de su necesaria y torpe crueldad. Corrió olvidando el ardor de sus pies fatigados. Trepó. Alcanzó el bastión de Génova por las callejas adoquinadas donde nacía un rumor de lecheros y pescadores.

Comprendió que lo tenían encerrado: un grupo comandado por Santiago Bavarello, casado con su hermana Blanquita, cerraba el estrecho *cul-de-sac* del Vico de L'Olivella.

Fue inútil que golpease en los portones cerrados. Sólo le respondió el potro blanco, con un relincho, desde la oscuridad del establo.

Miró hacia las balconadas de madera con macetas de geranios y encontró la mirada inmóvil de Susana Fontanarrosa que ya hilaba, con el primer rosicler.

Ella comprendía que el rito que sucedería era la imprescindible prueba que nace del odio y del resentimiento de los mediocres y que sirve para medir, fortalecer y templar la virtud de los grandes.

Se escucharon los golpazos densos de las trompadas. Gemidos de forzada exhalación. Quedó arrojado contra el portón sangrando por la nariz. Le trabajaron los flancos y el plexo hasta que perdió el aliento. El joven ya sabía que tanto el miedo como el acumulado resentimiento suelen potenciar el brazo del humano. Pegaban en silencio. Buscaban sus centros de dolor casi con fría profesionalidad.

Su cuñado Bavarello, ofuscado por el rencor, salió del fondo de un depósito de arneses calzado con una sola bota claveteada, del par que antaño usaba la familia para trepar a los montes de Quinto en rescate

de cabras perdidas por el celo.

Le sostuvieron las piernas abiertas. Dos buenas coces de Bavarello en la entrepierna. Un grito profundo. El alivio del desmayo, bendición del torturado.

Lo dejaron tendido y partieron hacia el desayuno que humeaba en los fogones del hogar.

Se habían vengado, como otras veces, porque les había arruinado la raviolada última al anunciarles su intención de dejar de ser cardador.

—Seré navegante —había dicho sin arrogancia. Y fue como si hubiese derramado una bolsa de arañas sobre el apacible, impoluto mantel dominical.

Las mujeres lo lloraban en las balconadas. Su hermana, las primas, una tía joven. Todas mujeres cómplices platónicas que el Deseante poseía metafísicamente, juntas, por separado o despedazándolas en su imaginación para recomponerlas excluyendo defectos y armonizando dones, en su laborioso amor solipsista.

Las gimientes miraron a Susana Fontanarrosa, pero ésta, mujer de gran casta, no levantó la mirada del tejido. Sólo murmuró apretando los dientes:

—Inútil lo que le hagan. Es de la raza de gigantes. Nada ni nadie podrá detenerlo.

El lansquenete Ulrico Nietz llegó al Vico de L'Olivella buscando una fuente para renovar el agua de su cantimplora.

Desertor de guerras perdidas por entusiastas conductores. Fatigado de las desdichas del pensamiento abstracto y de sus peligrosos abismos. Amenazado por las razones teológicas y las tiranías del monoteísmo judeocristiano con sus bandas de predicadores armados. Vagabundeando siempre hacia el Sur había alcanzado, por fin, las tierras soleadas donde florece el limonero.

Ansiaba echarse entre las viñas, poder robar peras, dormirse en las ruinas de una antigüedad donde su sombra habríase vivificado en danza. Siestas de faunos pero en cuerpos de apolos.

Llegó con su figura de militar que sobrevivió a una batalla con incendios y vandálica persecución. Causó escándalo entre las banquinas de pescadores. Los sastres campanillearon con sus tijeras para anunciar al gremio una presencia peligrosa.

Tenía bigotazos de crin dura, inflexible; crin de jabalí al que mataron la hembra en una infame cacería. Mirada de tigre enjaulado: reflejos amarillos y estrías marrones. Olía a sudor de caminante sin posada y a cueros militares y armas herrumbradas en derrotas bajo la lluvia.

Subía hacia el Vico con un ruido de botas enchapadas y de vainas destartaladas. Nadie podría imaginar que llegaba desde el ducado de Turín, perseguido por la temible guardia saboyana, acusado de bestialismo por haber sido encontrado *in fraganti* abrazado a un caballo, besándole los belfos, sollozando, en medio de la Piazza San Cario.

Huía de una tumba de niebla. Buscaba una posibilidad de vida que no lo transformase en sombra de sí mismo.

En la odiosa Berna de los relojeros había osado decir que «el hombre es una cosa que debe ser superada». Amaneció brutalmente golpeado.

(Desde entonces ocultaba celosamente un terrible secreto que sólo podía desvelar a los fundadores de un Imperio.)

Algunos equivocados, como Giorgio Thibon, pensaron que había llegado al Sur en busca de un puesto en la guardia vaticana. Su ambición era otra, alta. Por el momento sólo pretendía ser ocioso y brutal como aquellos antepasados suyos que cabalgaban desnudos por los bosques helados de la Germania, huyendo del orden público y la educación colectiva.

«El aire marino quemará mis pulmones, los climas ardientes me broncearán.» Esta era su más grave deserción, la que no le podría perdonar ningún tribunal militar de la época.

Lo cierto es que no encontró la fuente. Encontró al adolescente rubio echado, inconsciente, en el *cortile*.

Le mojó las sienes y los labios. Le dijo, para consolarlo, con su atroz pronunciación germana:

—Coraje, muchacho. Todo lo que no te mata te hará más fuerte…

Después de esta salvaje pedagogía tuvo que escapar a paso vivo porque ya tenía encima a los chicos que lo perseguían desde el puerto. Ya gritaban. Ya le arrojaban las primeras piedras. (En ese tiempo los germanos seguían siendo los bárbaros, los roñosos y los holgazanes. Tan bárbaros como búlgaros o gitanos.)

El joven Cristoforo se acordaría de aquellos bigotazos, teutones. Su agua con vinagre le pareció dulce.

¿Y EL MÁSTIL DE LA *SANTA MARÍA?:* era entonces el tronco de un gran cedro pirenaico nacido en la abrupta costa santanderina.

Un rayo del temporal de enero había quemado su extremo, justo donde iría la cofa, al final del galope (el lugar que abrazaría Rodriga de Triana, gritando ¡Tierra! ¡Tierra! y creyendo que cobraría los cien mil maravedíes que Colón, el astuto, se tragaría diciendo que le estaba viendo ya desde la noche anterior).

Era un cedro que había tenido vida brava, enfrentado al viento

salvaje del Cantábrico. Había crecido en aquel faldeo de lobos, con más piedra que humus, aferrándose, desde joven, con raíces como garras de tigre.

Su alegría era la brisa de abril. Cuando el viento deja de silbar y dobla. Sopla entonces desde tierra y trae un apacible aroma de bosta de caballo, mugidos de establo y voces de campesinos llamándose al atardecer.

Lo descubrieron desde el mar los pescadores gallegos (ningún humano lo había aproximado). Comprendieron que ese tronco era un evidente palo mayor. Tardaron una mañana en alcanzarlo y una hora en derribarlo.

Por la tarde desbastaron el ramaje. Al anochecer era el mástil sin fallas ni nudos peligrosos que estibaron en la cubierta.

Lo vendieron en las atarazanas de La Coruña. Allí lo elegiría el patrón y constructor de esa *Gallega*, esa *María Galante* que Colón revirginizaría con el nombre de *Santa María*.

LA INFANCIA DEL ELEGIDO HABÍA SIDO ARMONIOSA en aquella Génova. Génova de los tenderos. Sólidamente protegida de la cultura y de los ducados guerreros por su collar de montes ásperos. Sólo atenta al rumor de los telares, las discretas astucias de las letras de cambio, las alegrías seguras del comercio.

Libre de michelángelos y dantes, una ignorancia sin fisuras propiciaba aquel orden comunitario y el progreso municipal. Un catolicismo de mano liviana, con tolerancia hacia lo marrano y lo morisco, distanciaba a los jóvenes de místicas y teologías dañosas para la eficacia y lo concreto. Mantenían a raya la presión vaticana con el envío semestral de grandes partidas de sarga para sotanas al precio sin competencia de dos cequíes.

Génova: sus montes en tres hileras, como dientes de tiburón, la protegían del siglo, de aquel tiempo de mutaciones profundas.

Del lado del mar no se podían evitar incursiones de naves turcas o venecianas. Pero si algún bote lograba acercarse a los acantilados abruptos, los tripulantes deberían enfrentar la ferocidad de los horteras en armas. (No hay defensa más cruel y exagerada que la de quien se imagina débil o justo, o ambas cosas.) Los perros vagabundos bajaban a la playa para terminar con los cuerpos despedazados de los incautos piratas.

Los años de la infancia de Cristoforo fueron la clave de su fuerza. Sin peste, sin *duces* victoriosos o imperiales. El niño creció en brazos de la torpe tradición familiar y las noticias —no convendría hablar de educación— de parroquia.

Tiernamente ingresaba en el esquema de errores y terrores de su

época. Dulcemente lo preparaba para el oscuro y útil sometimiento.

El cura, el padre Frisan, después de la *bagna cauda* o del pesado pesto del mediodía invernal y lluvioso, se lanzaba a describir los ígneos dragones de la Puerta del Infierno, las interminables torturas eternas, sin fin; o intentaban una confianzuda descripción del bondadoso carácter de Cristo, como quien se jacta de un tío segundo, poderoso y lejano.

Enseñaba la dura piedad del siglo: matar al moro, despedazarlo, pero no olvidarlo en la oración dominical (y hasta gestionarle un lugar sin llamas en el limbo de los infieles).

Pero hay que reconocer que fue el cura Frisan el que contagió a Cristoforo la pasión, pena y nostalgia del Paraíso. Un viernes lluvioso (pleno invierno) después de un almuerzo con una botella entera de «Lacrima Christi», el cura, ante los asombrados niños, comenzó a describir playas de arena blanquísima, palmeras que rumoreaban con la suave brisa, sol de mediodía en cielo azul de porcelana, leche de cocos y frutas de desconocido dulzor, cuerpos desnudos en agua clara y salina, músicas suaves. Pajaritos de colores. Trinos. Fieras tranquilas. El colibrí libando en la rosa. El mundo de los ángeles, seres perfectos, sin tiempo. «¡Eso es el Paraíso! ¡Y de allí hemos sido expulsados por Adán y por los judíos! ¡Ahora mejor morir, mejor ser abandonados por esta sucia y triste carne y estos días! ¡Lo mejor, muchachos, el Paraíso! ¡Es lo único que vale la pena!»

El cura emocionado, lagrimeando. Un profundo dolor y desamparo. Seguramente había construido aquella visión del Paraíso desde las lágrimas de esos libros perversos —fingidas crónicas de viaje— que ya se editaban en Venecia con el aparato nuevo, la imprenta.

Los chicos quedaron asombrados. Cristoforo se durmió llorando. Comprendió que habíamos padecido una grave desgracia. Teniéndolo todo habíamos perdido todo. ¡Nos habían despojado de la verdadera vida!

UNA CASA DOMINADA POR EL BLANCO: vellones, cueros de lanares en todas las sillas, manta de lana, ollas de leche para el queso, nubecillas de harina que levantaban los tíos panaderos. Susana Fontanarrosa, su madre, siempre tejiendo hilos blancos.

Los vellones salían de la máquina de cardar, tibios, aéreos, más azúcar que nieve. Cristoforo los perseguía con soplidos y los hacía elevar, flotar.

Los sábados su padre, Domenico, desde las siete empezaba a cantar y a tomar vino de *le cinque terre*. Comía alegrísimo (carne) a las ocho. A las nueve vociferaba con campesina jocundia:

¡No hay peste! ¡No hay peste!
¡Viva la vida!
¡Que no hay muerte!
¡No hay muerte!

Después empezaban canciones pesadamente eróticas, como *Il Pellegrino*, y ya Susana Fontanarrosa metía al niño en su lecho de blanco vellón y entornaba los postigos que daban a la calle.

Derribaban algún vaso. Risas. Luego un espeso silencio. Después más vino. Domenico cantaba solo. Loaba a Dios. Por tercera vez contaba la ganancia de la quincena.

A veces el niño espiaba desde las mantas y veía: ella sudaba, con vellones pegados al cuerpo. Domenico, en cuero rosado, como el gigantesco pavo que la abuela pelaba para Navidad.

Se entreperneaban con clara y simple decisión campesina. Estaban sostenidos en un orden católico-feudal. Se dormían encantados, con ronquido seguro.

Eran liberales, orgullosos de su mediocridad, sin pasiones que los asomaran a extremos de desgarramiento o de grandeza. Sólo temían lo peor: un hijo mejor. Poeta, místico o *condottiero*. La gloria de los guerreros les parecía efímera, la cultura amenazante. Ni hablar de héroes, descubridores o cosa parecida.

Los Colombo eran discretamente católicos. Iban a misa los domingos, con la obediencia, ostentación y ese cierto constructivo escepticismo de la pequeña burguesía ante Lo Grande.

También gozaban de hebrea fama. En la rama de los sastres, se podían jactar de alguna nariz ganchuda, de alguna oreja en punta.

A veces, comían aves que desangraban ostensiblemente en el patio del Vico, cosa de enterar a los Berardi, el gerente de la casa «Spinola», la gran multinacional.

Más que genoveses se sentían itálicos. Más que católicos, gente del gran Dios (sabían que de los dioses en pugna suelen descender las más enconadas matanzas).

Eran escépticos, eclécticos, sincréticos, astutos. Navegaban en un politeísmo oportunista.

A LOS NUEVE AÑOS EL CHICO LES DIO el primer gran disgusto. Mostró la casta. Fue después de la comunión; teofagia que cumplió con los ojos entrecerrados de devoción, como todos.

En un descuido del sacristán, Cristoforo robó el alfabeto y el cartón con el modelo de las letras. El alfabeto obraba en dos tablillas que el cura administraba y guardaba, consciente de los peligros. (Sólo uno o

dos niños de cada familia patricia podían profundizar en las cuatro operaciones y en los riesgos de la lectura.)

Cristoforo, a luz de cirio, en tres noches se atragantó con aquellos insectillos oscuros, ubicuos, bailarines. Prohibidas uvas del Árbol de la Ciencia. Fue en la cuarta —memorable— noche cuando compuso su primera palabra: ROMA. Le pareció cosa de hechizo ir a parar en su anagrama: AMOR. Quedó fascinado.

A la semana logró descifrar el canon del cura: «Cuchillo al enemigo de la tolerancia y de la fe en Cristo nuestro Señor».

Fue descubierto. Le pusieron un bonete amarillo y fue escupido por compañeros adulones. Le dieron treinta reglazos en las plantas de los pies. La sacó barata porque nadie pudo creer que ya había aprendido a leer y que había sacado copia justa de las dos prohibidísimas tablillas.

Ocultó cuidadosamente el secreto de su iniciación.

A VECES LLEGABAN AL CALLEJÓN DE LA OLICA extraños hombres con botas y delantales encerados, con pegaduras de algas y conchillas.

Olían a sal, a puerto, a marisco pisoteado. Parecían siempre mojados aunque no lloviese.

Eran los hombres del mar. Traían cestas de juguetes mecánicos: erizos, centollos, cangrejos, langostas que empujaban hasta que movían lentamente sus antenas de cobre.

El niño miraba de lejos esos monstruos, temibles pero no repulsivos como las arañas, ciempiés y otras sabandijas de la tierra.

Los hombres del mar hablaban a gritos. Risotadas. Los sastres, desconfiados, se asomaban a las barandas. Observaban con rencor que las mujeres toleraban con cierta complicidad y torpe sobreentendido un diálogo con intencionadas alusiones a formas y medidas, mientras sopesaban la brótola o controlaban la rojez de la agalla de la merluza.

A veces hasta resonaba una sólida nalgada. Entonces se oía un sobreactuado campanilleo de tijeras empuñadas: los sastres fingían que pasarían a la acción.

Había que ofrecerles vino. No les importaba que fuese del peor, se veía que tenían las gargantas estragadas por la sal.

Contaban historias con temporales, constelaciones desconocidas, barcos a la deriva deshabitados pero aún con las hornallas encendidas.

Contaban obscenamente. Regalaban kilos de cornalitos y chanquetes a las viudas pobres y a los contrahechos que los seguían como gaviotas al galerón.

Tenían otros códigos. Estaba claro. Mentían con magnitud: referían un asado comido en el lomo de la ballena de San Brandán; o historias de brazos perdidos en combates contra el Octopus gigante y la Orea

asesina.

Uno contó ante el azorado Cristoforo, que el *Maelström* lo había arrastrado al abismo final pero que, perdida la conciencia, apareció varado en la playa de Bristol y que se salvó amamantado por una aldeana pecosa.

Lo miró asombrado. El hombre del mar tendió la mano y acarició la mejilla al rubito. Sintió como un raspón. Su dedo era un cuero curtido, agrietado, con vetas de sal. Labios secos. Unos pocos dientes amarillos, color de cuerno de narval.

Los chicos los seguían cuando volvían al puerto, ahora con las monedas de los sastres y cardadores. Cantaban y empezaban a beber a chorros. Ebrios, se tendían sobre enormes prostitutas sirias: gordas, ociosas, policromas. Derramadas sobre un lujo de terciopelo barato. Pero ya había que descolgarse del ventanuco porque llegaba el rengo Staffolani blandiendo el garrote de la moral municipal.

Desde entonces supo el chico que el mar era otro universo. Sintió que era un dios atrabiliario, iracundo, amoral, que a veces se ponía como Rizzo, el jefe de la Guardia de Palazzo, cuando su hija, Ninfetta, se escapó a los montes con el sacristán: se oía desde lejos el rugido del mar y Susana Fontanarrosa ajustaba las persianas. A la tarde los hijos de los queseros y tejedores eran arropados y bajaban para ver la furia grande.

Desde lo alto se veían sus zarpazos. Un fragor denso y renovado. La espuma salina rota por el viento como la baba de un justo que enloquece en sus cadenas. Tiraba a la playa peces, aguavivas, restos de barcas. Hasta un tentáculo de calamar gigante.

Para calmar al dios enfurecido —cuando la furia duraba más de tres días— se compraba un deforme a alguna aldea vecina y se lo arrojaba al acantilado con un collar de higos secos y una capa de plumas de gallina para facilitar al sacrificado su vuelo al limbo de los idiotas.

Al segundo o tercer día el gigante se iba calmando y se podía volver a pescar al seguro. De su rabieta quedaban rayas despedazadas contra las rocas, tablones, caracolas. Una vez hasta una ballena que se repartieron los tiburones y los pordioseros.

La solución final del problema solar, eso es realmente lo que querían los aztecas. Se dejaban aplastar por su excesiva fe: estaban demasiado convencidos de la sed de sus dioses que sólo beben sangre. Pensaban que era indispensable una gran transfusión final. Una hecatombe que fortificara al sol anémico hasta el fin del ciclo de los tiempos.

Huamán Colla, enviado del inca Túpac Yupanqui, se ponía sus insignias para afrontar las últimas negociaciones. Las lunas de México

Tenochtitlán se habían escurrido como el maíz que desgrana una tamal era joven. Sentía muy lejanos los días en las balsas que habían remontado lentamente la corriente del Perú hacia la costa de la confederación azteca.

Difícil de negociar con hombres ya devorados por la insensatez de sus dioses.

Creían exageradamente en los signos nefastos. No comprendían la diferencia entre símbolo y realidad. Se movilizaban convencidos de la profecía de Quetzalcóatl al ser expulsado: «Retornaré en el año i-caña» (1519). ¿De dónde sacarían la convicción que el Sol se les moría? También en la plaza ceremonial del Cuzco, en la Huacaypata, había caído un águila fulminada a los pies del inca: pero no se debe confundir un águila infartada con el fin de un Imperio.

Creían que la Tierra es un saurio dormitando plácidamente en el fango. ¡Ingenuos!: no sabían que es un puma en el instante en que salta desde una sombra hacia una niebla. La vida…

No es fácil negociar cuando la magia y la imaginación superan el sensato cauce de la ciencia y el número.

Se ajustó la *mascaypacha* y se asomó a la balconada que, desde el lateral del palacio imperial, daba hacia la Plaza del Mercado y la Gran Pirámide. Fiesta móvil de México. Tenochtitlán. ¡Tenochtitlán! Sonido rico y metálico de los gones que los chicos golpean con cuchillos de obsidiana, cuando ya descendieron los monjes ensangrentados por el sacrificio.

Alegría de la tarde anochecida. Juegos, gritos. Calles excedidas de gente. Un hormiguero donde se hubiesen desbordado canales de miel.

Voceríos de trueque y propaganda. Retrueques de compra y venta. Huamán lo reconocía: era la peligrosa alegría que sólo los comerciantes pueden infundir. Hasta tenían su dios, *Yacatecutli*. ¿Por qué un lugar en la jerarquía sagrada? Era demasiado. Su socialismo ortodoxo y oficialista, de funcionario, se resentía. Era una organización diferente de la vida (¡cómo negar la ciencia de los *quipusl)*. Estos aztecas estaban lejos de la posibilidad de sancionar una ley como la reciente de Túpac Yupanqui referida a los mineros: seis horas por un día y cuatro meses de trabajo por año. ¡Las seis horas!

Movimiento de vida frenética. Cantos ahogados por los guerreros que se entrenan en el juego de pelota. Desde lo alto del templo de *Tlaloc* un sombrío ritmo de tambores y el aullido solo, profundo, inútil, del sacrificado a quien los sacerdotes, siniestros trabajadores divinos, arrancan el corazón que depositan en el pecho del *chac-mool*.

Regateos de vendedores de flores. Aleteos de tucanes cautivos. Piruetas de monos en las ramas secas donde los ofrecen sus amos. Un olor profundo de salsas picantes, de tortillas con relleno de corazón de

perro. Tenochtitlán, la fiesta móvil. La vida fácil y alegre de las grandes ciudades.

Estos aztecas tenían aperturas a la gracia, a la inexactitud. Toleraban el comercio libre y la lírica. El incario, en cambio, era geométrico, estadístico, racional, bidimensional, simétrico. Socialista, en suma.

Como todas las tardes al sonar las caracolas y trompetas que anuncian el crepúsculo, entró una deliciosa niña tlazcalteca con un vaso de cacao espumante y un copón de plumas. Huamán no la desilusionó: sopló un puñado hacia el espacio del ventanal. Flotaron en el tornasol. Sintióse aliviado de su solemnidad de funcionario. Repitió la experiencia hasta vaciar el copón. Las plumitas de colores quedaban suspendidas en el aire, algunas hasta se elevaban y tanteaban en el espacio como las jóvenes mariposas de las tierras calientes, tambaleantes papelitos, confetti de los dioses. Un instante de alegría y belleza antes de desaparecer.

—¿Vale la pena invadir las tierras de los pálidos? —preguntó Huamán, escéptico, al *tecuhtli* de Tlatelolco.

—Se pueden conquistar esas tierras, dominarlas —dijo el *tecuhtli* como si no lo hubiese escuchado.

Huamán ya sabía que querían veinte o treinta mil de aquellos brutos pálidos para inaugurar, en el año azteca 219, el templo de *Huitzilipochtli* y conjurar el drama de la anemia solar. «Una sola es la sangre del mundo, de la fiera, del hombre o del dios.»

—Conquistémoslos. Liberémoslos. Desembarquemos en sus costas —insistió el azteca—. Ustedes conocen el secreto de los ríos que corren en el mar. Se podría…

Huamán Colla no podía abandonar la racional desconfianza de su señor Túpac Yupanqui. Se suponía que los comerciantes de Tenochtitlán querrían abrigar a los pálidos con pieles de jaguar y de oso, estolas de plumas. Acostumbrados al tabaco y a la coca, alegrarlos con piedras de jade y cacao.

Blanquecinos barbudos, robustos y cartones. Más de una vez, persiguiendo atunes —indestructibles minoristas— habían naufragado en el mar caliente o desembarcado en las islas hasta que pudieron cargar agua, juntar frutas y volver hacia el mar frío.

Los aztecas, modestos navegantes, se los cruzaron repetidamente. En particular en los viajes de investigación que hacían hacia ese punto a quince jornadas de Guanahani donde se pro duce la confluencia de vientos y corrientes. Una laguna inmóvil dentro del mar donde flotaban desechos de ambos mundos: una pipa ceremonial, un *perro fox-terrier* inflado como un odre, un bastón de curaca, varias de esas tripas anudadas que inventara lord Condom y que los amantes

veraniegos arrojaban a la corriente del Támesis, una cabeza de caballo sacrificado seguramente por los sarracenos en una innoble venganza, una tanga de piel de venado con sus cuerdecillas ondulando entre aguas, un rosario con cruz y bolas de madera, perdido por algún cura gallego en el día de la Virgen de las Rías.

Conocían el mundo poco cautivante de los blanquiñosos por el análisis minucioso y deductivo de estos objetos y por las incomprensibles señas que los insignificantes navegantes islandeses que ya se veían menos que en siglos anteriores. Pero ciertamente carecían de la experiencia de los incas en la materia.

Huamán, parsimoniosamente, narró los intentos de vuelos trasatlánticos. Con modestia informó al *tecuhtli* que habían sobrevolado las Islas Humeantes (Canarias) y el extremo de la Trompa del Jaguar (Iberia).

Con verdadera humildad, cosa de no ofender al competitivo orgullo azteca, Huamán refirió:

—Uno de nuestros globos llegó a Düsseldorf. Son hombres pálidos, aparentemente desdichados —aseguró con distante desinterés.

Eran grandes globos de tela fina de Paracas que alzaban con una navecilla de totora. Se levantaban en el aire caliente de Nazca o del Yucatán y aprovechaban la difícil ciencia de los vientos calientes. «El otro mar, el mar cielo.»

El *tecuhtli* comprendió que sería difícil vencer la indiferencia del Tawantinsuyu hacia los blanquiñosos. No se comprometerían en una aventura imperial hacia las tierras frías. Las negociaciones habían fracasado.

El escepticismo de Huamán era grande. Sabía que los hombres son una broma de los dioses para mortificar a los animales. Emergen del continuo, del origen, pero conservan una desdichada nostalgia o una lamentable esperanza. Bípedos, como macacos, andan a los tumbos, sin adaptarse del todo a la realidad, has ta que retornan a lo abierto, al lugar sin sombras. ¿Para qué esforzarse en aventuras mayores, en nuevas conquistas?

Ceremoniosamente se encaminaron hacia el banquete en el palacio imperial. Ingresaron en ese panteón de luz y color que es el *Codex Vaticanus* C, tercera parte, perdida para siempre en la quemazón de documentos aztecas ordenada por el atroz obispo Zumárraga.

Entraban en el *Codex* con pie lento y grave. «Solemnes como reyes de baraja», hacia el último banquete. Recibidos desde ambas márgenes por adolescentes que saludaban con plumeros de colores. Los ideogramas no retienen el último intento del *tecuhtli*, político practicón, para convencer a Huamán:

—Señor, ¡mejor será que los almorcemos antes que los

blanquiñosos nos cenen…!

Era una mañana de niebla fría un globo gris que los rayos de sol ya pinchaban. Aire de otoño contra las murallas del palacio.

Entraron los cazadores. Golpeteo de cascos, cornetas concentrando la excitada jauría. Alabardas, niños y gente de cocina que se arremolinaba para ver las presas todavía envueltas en un último vapor de vida.

En lo alto del campanario (nadie sabía cómo había trepado hasta allí) se mostraba *la Beltraneja* con una descocada estola de plumas de ibis que había robado seguramente a alguna prostitutilla. Se había pintarrajeado con colores de moda: violeta, amarillo, rojo; pero sin espejo. Parecía más bien una «mancha». El viento hacía peligrar su infaltable sombrero de hada, el tul se le enredaba en las columnitas de la espadaña.

Un poco más abajo, pero con vistas a la cisterna donde bebía sanamente la caballada, sentados en las almenas de la atalaya, Isabel y sus amigos. Su primo, Fernando de Aragón, sin atributos principescos, disimulaba su condición para evitar que aquella parada se transformase en pesada —e indeseada— visita oficial.

Vestido como un cabrero sin apuros económicos. Era un adolescente de pecho montañés: cabellos castaños claros, cara plana y ancha, los ojillos (curiosamente almendrados). Mocetón con paso de rey. Iba y venía entre las mulas controlando los desbordes y descuidos de la llegada. Ordenó:

—Se partirá a Zaragoza antes del mediodía.

Le acercaron una bota de vino, bebió con ganas. Al echar la cabeza hacia atrás localizó con la mirada lo que realmente le interesaba de ese sombrío palacio.

Impresionaba su paso en las lajas: arrancaba un sonido militar del opaco granito, paso de hombre, casi con gravedad del reyabuelo. Contaba las piezas de montería: conejos y liebres despedazados por perros que no se supo educar a la inglesa, un cervatillo abatido a garrotazos, dos jabalíes de los que incesantemente manaba una sangre lenta y espesa que humeaba sobre las piedras.

Los peones secaban los bronces empañados de niebla. Guardaban puñales, espadas, ballestas. El arma preferida de aquellos valientes sin refinamiento era el garrote. Eran particularmente hábiles con él: hasta podían bajar un toro cimarrón. (Los aragoneses se ejercitaban cazando catalanes, esa constructiva comunidad con el destino manifiesto de abrigar a todas las Españas.)

De nuevo resonó la voz de Fernando. Hizo comparecer alperro que había flaqueado en su coraje frente al tercer jabalí. Pidió un arco

liviano y pese al reclamo del peón encariñado, disparó un flechazo que atravesó al can de cogote a rabo.

Se veía: un hombre: ni dudó en sacrificar un perro caro en el altar de la justicia. Los alabarderos de guardia miraron con nostalgia (la crueldad justa siempre fascina en España.)

Nadie pensó que mataba sólo a un perro. Aquel flechazo llevaba mucha decisión. (¿Habrá sentido Atahualpa una punzada en el hígado?)

Isabel, con su hopalanda breve y la trenza inocentona pasó las piernas desnudas muro afuera mientras abrazaba la agreste almena. Fernando fingió ajustar la cincha de su mula y así pudo afirmar la mirada hacia lo alto. Mirada metálica, implacable, de orca, que trepó por el granito de la rampa, se entibió entre los muslos y subió hasta aquella inquietante sombra final. Fernando sintió un inesperado zumbido de debilidad. Tuvo que buscar aire ansiosamente, levantando la cabeza como un ciervo caído en un pantano, como el luchador que recibió el mandoble del lado que nunca esperaba. Esa sombra tibia, ese valle. Aquella cola de la zorra que al amanecer logró escurrirse en el zarzal.

Los ojos de Isabel se quedaron en la nuca del mocetón. Era la testuz del toro en época de brama, una bola de poder, rodilla de gladiador romano.

La niña-princesa sintió que sus piernas se abrían dulcemente y que flotaba por el aire gris en torno de la nuca de su primo el aragonés. Pálida mariposa sensitiva volando en círculos en torno del fuego y cuando Fernando, sudado, tendía las manos para atraparla, ella se remontaba apenas, llevada por su vuelo tontón y frágil, jugando a la virgen boba.

Juanita *la Beltraneja* tuvo clara percepción de todo lo que estaba pasando en aquel minuto.

No pudo retener un llanto frenético. Lanzó varios aullidos de bestezuela menor amenazada por una inundación.

—¡Ése no es modo de mirarse entre primos!

Se colgó de las sogas y agitó con rabia los badajos. Su estola de plumas averiadas se enroscó en las cuerdas. Más que sonido de campanas parecía precipitación de cristales quebrados.

La niña se deslizó cuerdas abajo (quedó flotando un tul celeste en la penumbra del tubo). Corrió hacia el confesionario del buen Torquemada (el confesor de las princesas). De ese fúnebre armario donde el monje pasaba el día a la espera de las incitantes confidencias surgía un extraño y penetrante olor de urinario francés.

El cura escuchó la noticia pero *la Beltraneja* no le dio tiempo a nada: ya corría, desesperada, hacia el trono de su padre el rey para

informarle que Isabel ya no era virgen, que se había entregado indecentemente a su primo Fernando de Aragón, el cabrero anónimo.

—¡Ya nunca podrá llevar la corona de Castilla!

Entretanto los patibularios aragoneses acomodaron las piezas de la cacería sobre las lajas ahora rojas. Se reservaron el cervatillo que asarían campo afuera, de regreso.

La pieza mayor, un jabalí con costras de sangre y grumos de barro y bosta, con una flecha partida clavada en un ojo, no estaba destinada al rey Enrique como los alabarderos pudieron creer.

Se trataba en realidad de un presente, un verdadero *billet-doux* destinado a la Trastamara:

Para Isabel, princesa de Castilla
este abatido jabalí de tierna carne…

Un desconocido.

No había dudas de que la simplicidad del texto conllevaba oscuras intenciones. Isabel se emocionó con aquel trozo de pergamino con manchas de sangre negra. Corrió a esconderlo en su misal.

Cinco semanas después, un emisario anónimo llegó al Real de Zaragoza para entregar al príncipe Fernando, rey también de Sicilia, un delicado jabalí de azúcar, con crines labradas a punta de alfiler, atravesado con un palillo pintado en púrpura y amarillo, sin carta alguna.

Isabel, a escondidas de *la Beltraneja*, de Torquemada y de los espías cortesanos, había construido aquella paciente y silenciosa afirmación.

UN CORTE RABÓN, UNA CIRCUNCISIÓN AMBIGUA, eso fue lo que a Domenico le pareció indispensable para Cristoforo. Era irremediable que se lanzaría al mundo.

Padre e hijo fueron hacia el *ghetto*. Desde lo alto, al ver el mar, Domenico dijo con resignada pesadumbre:

—¡Esto es lo que quieres! Pero te desilusionarás; terminarás extrañando el caballete del cardador, la vida segura. La delicia de la tarde monótona que termina en cena conversada y sueño profundo. Muchacho: Dios, Jahvé, nos castiga con la ambición; para arruinamos no necesita más que concedernos lo que imaginamos.

Entraron en la covacha del dudado rabino Ibn-Solomono Antiguallas, pacotilla cabalística. Pájaros y pescados embalsamados. Libros de mística. Talismanes de Isis que se veía que el viejo ubicaba

al por mayor.

Era un rabino independiente: no lo molestaban ni la ortodoxia ni las autoridades de la Diáspora. Su fuerte era la interpretación de los sueños, en el mercado, a un cequín. No sabía que era un pionero del lamentable psicoanálisis. Al ver a Cristoforo dijo sarcástico:

—¡Otro muchacho preparándose para la verdadera fe!

Dispuso los enseres: cuchillitos desinfectados en una mezcla de vinagre y grapas; gasas de lanilla, una piedra de afilar, un pote lleno de telas de araña que consideraba altamente cicatrizadoras.

Cristoforo, impresionado, miró hacia la pared: un geometrizado Árbol de la Vida con los treinta y dos senderos. De las ramas pendían papelitos con las fechas de los vencimientos (ejercía una usura segura y no muy cara). Una estrella de David de bronce, articulada, de modo que en un santiamén se transformaba en Santa Cruz. El viejo era ducho en materia de *pogroms*. Mientras asentaba la navaja dijo:

—Toda magia proviene de Seth, hijo de Caín, que fue iniciado junto al muro exterior del Paraíso. Pero, muchacho: la primera magia trata de la rebeldía y la desesperación, la segunda de la obediencia. A la razón le toca mandar, a los instintos obedecer. Quien modifica esta ley de Jahvé, no muere en la cama. Tenlo por seguro.

Domenico había pactado con el rabino una circuncisión práctica, con el fin de que el muchacho pudiese pretender sin desventaja un puesto en alguna multinacional. Ibn-Solomon sugirió su especialidad: un corte medio para ambos propósitos. Una circuncisión de uso pluriconfesional que aunque no fuese muy homologable en sinagoga, resultase aceptable para banqueros, armadores, prestamistas. Y que no expusiera al joven al creciente rencor antisionista de los imperios nacientes. (Era un tiempo de mutación. Desde los cuatro extremos del mundo civilizado llegaban noticias de hebreos ardidos o lapidados con entusiasmo.)

Ibn-Solomon pasó varias veces el cuchillo por una llama de cirio verde, el mismo que usaba para adivinar el destino del con sultante arrojando huesos de gato. Hundió, por último, la hoja en ceniza de incienso. Y soez y sarcástico:

—No temas, muchacho, pagué mis estudios castrando corderos en el Líbano…

Con sorprendente rapidez apareció el prepucio entre sus dedos cuando Cristoforo todavía pensaba si le dolería o no.

—¡Somos la única raza terminada a mano! —dijo el viejo—. Pronto te correrá libre si te lavas dos veces al día con ácido bórico. Si sangra, musaraña. Si arde, mantequita de cerdo. ¡Cuídate del dolor con verde color! No olvides que por el pico muere el pato… Con esto podrás ser un elegido los sábados, *goim* los domingos.

Arrojó el humano hollejo en una caja de cartón donde otros se habían ya secado y oscurecido como pasas de uva. Sacudió la caja con orgullo profesional: sonidos de monedas de cuero de esas que usaban los camelleros persas para sus transacciones.

—Ibn-Solomon cobró lo convenido: dos hornas de *pecorino y* un corte de sarga de medio tiempo.

—¡Hemos modificado el diseño de Jehová, muchacho! Ahora eres un *demi*, como dicen los francos. ¡Pero ay si te equivocas al mostrar la documentación!

Cristoforo se cubrió con el *cover-pennis* de delicado *crochet* que había tejido su hermana Blanquita con la mejor lana, lavado con agua de lluvia y purificado al sol.

DOS SEMANAS DESPUÉS SONDEABAN POSIBILIDADES en las grandes casas: Doria, Pinelli, la *ditta* Berardi (con central en Florencia y capital de los Médicis).

Por fin fueron los de la gran financiera «Centurione» los que se interesaron.

Mientras iba hacia la entrevista, Domenico dijo a su vástago:

—¡No entiendo quien estando bien quiere estar mejor! Locura pura: las pasarás negras, el mundo está lleno de asesinos, de príncipes, de aventureros. ¿Qué te faltaba? Sólo los tontos creen que es mejor ser águila que buey. Allá tú…

Nicolò Spinola, gerente de los «Centurione», exigió un castellano bueno y contabilidad de sobrestante (suma y resta y saber manejar las planillas de carga y descarga).

—Te desempeñarás en la marina mercante, muchacho. ¡Pero castellano y contabilidad! Eso es indispensable en los tiempos que vivimos…

EL IMPOTENTE URDIÓ ROMANCES INTERNACIONALES para alejar a su media hermana Isabel del peligroso Fernando y del trono de Castilla. Le buscó príncipes ambiciosos, caballeros erotómanos, nobles convenientes. Pero Isabel sólo soñaba con la nuca del aragonés. Se resistía con furia a toda otra sugerencia.

Arteramente, Enrique recurrió a la reconocida lujuria del Maestre de Calatrava. Viejo sensual que pronto supo por consentidos espías detalles de las cualidades físicas de la princesa de dieciséis años. (Dormida, unas falsas monjas le tomaron las medidas del pecho, cintura, cadera y muslos. El marqués se hizo construir una muñeca de felpa con esos datos para tener una aproximada pero realista idea de la beldad que le ofrecían los intereses de Estado.)

El lúbrico gotoso pensó que Dios le reconocía en vida sus servicios. Se puso en marcha desde Almagro hacia la delicia en Madrid. (Sabía del *jitoniscos*, del pelo lacio, de sus tobillos delicados con botitas abotinadas.)

Organizó una comitiva fastuosa de ocho carrozas. En dos de ellas, con los dedos sangrando por los pinchazos producidos por los tumbos del mal camino, iban dos grupos de costureras que cosían y cantaban alborozadas.

Preparaban el ajuar, la ropa interior *osée*, que surgía de la imaginación del Maestre que, como alucinado, en su carroza llenaba hoja tras hoja de diseños a la carbonilla. Inventaba calzones de seda con secretísimas ranuras, volados de color como mariposas perdidas en penumbra de sábana, agregaba botoncillos inesperados, flecos, pespuntes, cintillas. Con flechas nerviosas anotaba: «seda buena de gusano», «lino del fino», «broderie», «el bordado justo sobre el Venusberg».

En realidad el viejo Maestre no era original, se trataba de recuerdos deformados de sus libertinas visitas a los burdeles de Venecia y de París.

Pero era difícil concentrarse con tanto tumbo. Echaba la cabeza hacia atrás, abandonándose al vaivén del carruaje, y soñaba con la incitante medialuz nupcial. Una vez casados como el Señor manda, ya nadie los podría desunir ni impedir sus derechos. De retorno al castillo de Almagro ataría a la princesa completamente desnuda en la gran mesa de roble del comedor y olería su sexo hora tras hora, día tras día. Su amor salvaje, desviado, profundo, sincero, exigiría la eterna virginidad de la niña.

A todo esto Isabel iba y venía por el palacio, excitada por la larga marcha del libidinoso Maestre. Venía información precisa de todos los detalles y de aquellas dos carrozas de costureras cantarínas.

Su confidente, su gran amiga, Beatriz de Moya, gritó: —¡Ni Dios lo permitirá! ¡Antes muertas!

Hubo que sacarle el cuchillo de la mano. Beatriz e Isabel se abrazaban y sollozaban juntas durante toda la noche.

Se veía que era un plan del impotente: mientras el Maestre de Calatrava avanzaba hacia la Corte, él, para desbaratar definitivamente las ambiciones de su hermana, se lanzó a ostentosas pruebas de virilidad, con miras a negar las sospechas sobre la discutida sangre de *la Beltraneja*.

Consiguió que el arzobispo certificara:

> *Indagadas que fueron por mí cuatro prostitutas de Segovia,* CONSTA *que Su Alteza en cada una de ellas tuvo trato y conocimiento de hombre a mujer y tenía una verga viril firme, que daba su rédito y simiente viril*

como otro varón potente, como otros potentes.

(El documento aparece citado por Gregario Marañón a quien se ve le interesaba el tema.)

Enrique lo hizo legalizar debidamente y lo extendió a la escéptica Corte que comprendía que aquella generalización no aclaraba el tema concreto de *la Beltraneja*.

Todo aquello parecía más bien la propaganda de un desprestigiado *gigoló* italiano.

Eran días de tensión. Pero el plan fracasó en su núcleo. Cuando el viejo Maestre llegó a la posta de Villarrubia padeció «súbitas fiebres malignas» que en un principio su gente de cámara interpretó como una corriente y normal crisis masturbatoria.

A la mañana apareció muerto con la estrella de David apretada en el puño (su dios a la hora de la verdad) y con un virgen *culotte* del ajuar pegado a su mejilla derecha.

En aquellos días de desesperación Isabel y Beatriz, que no se separaban un instante, habían enviado con un jinete veloz a Fernando en Zaragoza una palomita de harina mordida por un tosco pajarraco de azúcar quemada.

Horas después de llegada la noticia del súbito deceso ocurrido en Villarrubia, Isabel recibió una respuesta gentilísima, digna de un novio siciliano, de parte de Fernando, que no en vano era monarca de Sicilia:

Parece que vuestro designado novio
el de Calatrava, se sintió malo,
inesperadamente, en Villarrubia.
Seguramente en otro tálamo
—infinito— esperábalo otra divinidad…

Un amigo…

La inminencia del amor turgía la carne de la princesa-niña. Días exaltados, turbulentos. Todo aire se transformaba en brisa caliente al aproximársele. Ni el viento frío de setiembre que ya soplaba, la calmaba.

Buscaba serenarse echándose a galopar salvajemente por los peñascales. Reventó tres caballos en diez días.

Dice la crónica que empezó a emitir un olor potente —pero no repulsivo, por cierto— de felina en celo.

Los atardeceres era cosa de tenerla: para que soportara la hora del rosario las damas de compañía le aplicaban compresas de agua helada con salmuera y le hacían oler amoníaco.

Para *la Beltraneja* eran días de sufrimiento atroz. Comprendía todo: se estaba en presencia de esa caravana de leones del amor verdadero, del deseo que revienta inexorablemente.

Azuzaba a su padre para que saliese de la indolencia y tomase medidas.

—¡Otro Maestre de Calatrava, otro príncipe francés, pero alguien, por Dios, alguien!

Histérica, lloriqueaba, amenazaba. Trataba de mover al sombrío Torquemada. Acusó de judía a su tía. En todas partes creía descubrir emisarios de los amantes. Hizo reforzar la guardia de alabarderos en torno de los cuartos de Isabel.

Mandó se azotara y se sometiera al potro a varios cabreros inocentes que habían llegado del Este. Con sus manecitas crispadas, temblando sobre sus altos zapatos de ramerita precoz, hurgaba en las alforjas de los mercaderes buscando jabalíes de azúcar, flechitas pintadas o cartas anónimas. En cada chanchero de viaje veía un mensajero del amor.

Isabel reparaba en cómo el cerco se cerraba. El clima de represión y desconfianza se hacía intolerable. Para colmo, sus pechos se hincharon y quedaron siempre erectos y duros como calabazas boneteras. La niña temía que en cualquier momento se abriesen como rosas de abril y empezase a manar la profunda leche.

A veces, mientras trataba de orar, se oía el frufrú y luego el zut fatal de la costura del vestido que se rajaba de cintura a tobillo. Tenía la exacta e inquietante sensación de estar a punto de estallar como una granada madura bajo el solazo de junio, en Granada para colmo.

La situación trascendía. El ya señalado olor de tigra en celo de la adolescente convocaba jaurías rabiosas de envidioso deseo. Convergían hacia la Corte desde los campos de Segovia, de Ávila, de Salamanca. Se los veía de lejos como una presencia infernal, como un solo monstruo enfurecido que amenazaba a los viajeros detrás de cada colina. De noche no se podía dormir por ese océano de rabia, de ladridos, aullidos exasperados por el frenesí, atroces batallas eróticas.

Se tuvieron que organizar partidas de hacha y garrote para mantenerlos alejados de los muros.

(Allí nació una moda que haría tradición en España: para evitar las salpicaduras de sangre de perro en los cabellos, los garrotistas de la Hermandad empezaron a cubrirse con improvisados, estrafalarios sombreros de hule, sustancia lavable, flexible, impermeable.)

El otoño imperdonable entraba. Los días se acortaban. Las noches,

invadidas de frustrada nupcialidad, se hacían insoportables. A las tres de la mañana, Isabel y Beatriz, que dormían abrazadas, se alzaban para matar el tiempo como se podía hasta que llegase la claridad liberadora. Oraban. Intentaban el bordado artístico. Pero era inútil: la niña-princesa tenía que ponerse junto a la ventana y respirar el aire helado y húmedo de la alta noche porque sentía que se ahogaba.

Había que decidirse. Con sigilo, aprovechando la ausencia de su cancerbero, el marqués de Villena, fiel del rey Enrique, Isabel se lanzó desde Ocaña a su Madrigal de las Altas Torres y altos recuerdos de infancia. Se besó llorando con las monjas que la habían amamantado. Conversó con su pobre madre que, después de escucharla varias horas, sólo dijo antes de retornar al más absoluto mutismo que acostumbraba:

—Hija mía, mata como puedas la fiera del deseo. El deseo es la esencia del Mal. Vive. Uno sólo se arrepiente de lo que no hizo. Mata antes que te maten en vida. Cuídate sólo de la locura…

Pronto también en su palacio estuvo amenazada, delatada. Había que pasar el Rubicón, quemar las naves. Preferir el riesgo a la tibia protección hogareña.

—¡Valladolid! ¡Se sigue a Valladolid!

Ese día, con ese grito, inauguraba guerras que durarían veinte años. Seguida por sus fieles montó vestida con ropas de cuero. Piensa que no sólo serán las mejores para los duros tiempos de acción, sino que también son las únicas que podrán contener esa amenaza de derramamiento que la acosa. (Isabel tenía ya diecinueve años y su cuerpo, como lo afirman todos los cronistas, «era de ampulosas y perfectas caderas». Más que el de una *teen-ager*, su cuerpo era el de una rumbera de treinta y dos. Muy parecido, en efecto, al de la Blanquita Amaro en su apogeo.)

Escondió su río de cabellos rubios, color oro de joya fatigada, bajo un gran sombrero de fieltro de ala ancha, de capitán. ¡Encantadora!

Comprendió que podía transformar aquella compulsión sexual en una cruzada nacional y popular. Freudianamente buscó una ideología para encauzar tanto deseo, una superestructura adecuada.

—Habrá que tentar lo imposible —dijo—. ¡Alto será mi pendón y clara mi divisa!

Habló de un mundo sin pederastas, prestamistas ni comuneros destructivos. Prometió guerra a la inflación. Dijo que España debía alzarse sobre sus rodillas en vez de vivir arrastrándose. Habló de pan, de trabajo, de grandeza. Estuvo adecuadamente demagógica: los pueblos, como las sirvientas, sólo quieren promesas para poder entregarse sin remordimientos.

Los cronistas no retienen el texto de aquella proclama; como

siempre, captan lo fácil.

Después se lanzó a Valladolid seguida por sus fieles. Durante casi dos leguas la cabalgata conservó el ritmo y la vibración de la arenga isabelina.

Tuvieron que esconderse en una chopera para disimularse ante una enfurecida partida de gente del marqués de Villena comandada por *la Beltranejilla* que pasó frenética, sollozando, al comprender que había perdido la huella de su tía en la polvareda del camino.

Isabel alcanzó triunfalmente Valladolid, que sería desde entonces su bastión.

NUNCA OLVIDARÁ EL AROMA DEL PRIMER BARCO, aquella enorme carraca de los Centurione que partía hacia Kíos.

Susana Fontanarrosa le había preparado un bolso marinero con un bordado del ángel guardián (que sería motivo de pesadas bromas de los compañeros de la cala). En su interior ella deslizó un paquete de caramelos caseros, un talismán de Isis y una bolsita de alcanfor para evitar los frecuentes contagios de a bordo.No olvidó un rosario bendecido por don Abbondio, de quien se sospechaba ya segura santidad.

En la madrugada de la partida le prepararon seis huevos fritos con tocino y por primera vez Domenico le hizo tomar vino en vez de la leche del desayuno. Después los tres, con la muerte en el alma y sin despertar a su hermana Blanquita que lloraría como una magdalena, bajaron hacia el *molo vecchio*.

Los estibadores, canilleros, aguateros. En la palidez del amanecer se doblaban las velas de fortuna, de lona gruesa. Amarraban anclas y anclotes. Voces exasperadas.

Hileras de cargadores-hormigas iban del muelle a la sentina. Toneles de castañas en almíbar. Uvas en aguardiente, cajas de peines de carey, vinos de Frascati en ánforas similares a las romanas. Toneles de aceite con profundo olor a olivar. Telas para el verano. Sedas de Voghera bordadas como para calzones y camisas del sultán y de su harén. Cestos y cestos de santería napolitana y florentina, *kitch* católico que trataba de penetrar aprovechando la expansión, veneciana hacia el Egeo. Altares abatibles, extensibles a voluntad, con candelabros y angelitos de madera dorada y con imágenes del Calvario pintadas en serie.

¿Qué se traería de Kíos, base de intercambio con los dominios del Gran Turco?: la famosa reina para calafateos y pinturas marinas, masillas impermeables, indispensables en aquellos años de extensiones náuticas. Decoraciones turquescas y brocatos orientales. Pesados perfumes egipcios.

Cuando el contramaestre gritó«¡Colombo!» al pasar lista, saltó la borda. Tan exaltado que ni reparó en las lágrimas de los viejos. Y desde ya y para siempre los vio a lo lejos, abrazados entre las bitas del muelle.

Aroma de maderas duras, de salazones, pinturas, cáñamo de calabrotes de la India, esencias, sobre todo el de las maderas duras y nobles de la tablazón del barco. Eternamente quedará ligado a aquel olor de almacén flotante, del sudor de la cala, del vino agriado. Todo aquello envuelto, rescatado por sanidad de sal y yodo marino.

En aquella cubierta de la *Mariella* vio cómo se inflaba lentamente el papahigo del trinquete y la enorme mayor, entre las voces arritmadas de la marinería que cazaba las drizas.

En el alba crecían lentamente esas enormes ubres bienhechoras. El poder femenino, *ying*, de la náutica. Aire retenido, preñez, invisible soplo hecho fuerza y dirección. Ángeles atrapados en una bolsa blanca. Dios benigno que acepta las ingenuas astucias del humano.

Voces duras, precisas, secas:

—¡Driza! ¡Driza! ¡Driza! ¡Vamos, arriba! ¡Arriba! El galeón empezaba a moverse. Cristoforo vio cómo la torre de Sant'Andrea y la Farola de Génova se alejaban.

Sentía un bautismo de salvaje libertad. Trepó al castillete de avante para sentir el aire que la proa partía.

Una mano grave y poderosa impulsaba el galerón hacia el Egeo. ¿Cuál era la ciencia? ¿Cómo dominarla? ¿Cómo aliarse a esas potencias invisibles?

Habría que aprender el arte de saber resistir el mar con la soltura de las gaviotas, de los gallegos.

Sintió que seguramente se trataría, como en tantas otras cosas, más bien de inconsistencia y de coraje.

Había que darse, entregarse. ¡Arrojarse para sentirse rescatado!

En el arriesgar, hasta la muerte queda desarmada.

Al perderse en la neblina de la torre de Sant'Andrea, comprendió que cesaba el mundo de queseros, cardadores y sastres con sus modestas desesperaciones y alegrías.

Cristoforo sentía que pasaba de la mera subsistencia al existir. Era, en efecto, el tiempo del riesgo, el fin de las protecciones: la muralla, los abrigos, la cristolina del catecismo sabático, la virgolalia parroquial.

¡Alegría de partir! ¡Alegría del mar! Lo nuevo. La mañana distinta. El peligro de andar. El aire puro.

Durante un segundo decisivo, no recogido por historiadores ni corresponsales, tuvo el *satori* de la libertad del que parte despojado, sin amarras. La libertad del que se entrega al gran dios del riesgo, a

las manos de los dioses del aire. Y que para siempre buscará alianza con ellos.

Se supo que Fernando llegaría disfrazado de cabrero. Su viaje era secretísimo. En el castillo de Valladolid la tensión llegaba al máximo.

Isabel, Beatriz y las damas de compañía permanecían de rodillas ante el altar portátil de la princesa. La asfixia crecía. Por momentos lo de Isabel era como crisis de asma. La rodearon, rápidos, y agitaron abanicos. Era como soplar sobre brasas ardientes. El casto sexo de la niña lanzaba un delicado pero incontenible silbido que apenas opacaban las cuatro enaguas y la falda de lana. Se le empezaba a escuchar, hasta hacerse nítido, ocupando los breves espacios de silencio en el coro del rosario. El cristo de marfil vibraba extrañamente. Asustada, Isabel se ponía la mano ante los ojos y volvía a mirar, pero era inútil: vibraba al punto que creyó que se desprendería de su cruz de sándalo.

En los establos, los potros y los sementales relinchaban y pateaban con furia los portones.

Nadie hacía comentarios, pero todos comprendían.

Las horas pasaban lentas. Se temía lo peor, porque las partidas del rey vigilaban ya todos los caminos de acceso a Valladolid.

Para los poderes establecidos resultaba bien claro que la unión de aquellas fuerzas, compelidas por una cósmica eroticidad, tendría por resultante una mutación política, económica y social sin precedentes. La sinarquía, sin querer precisamente apoyar al nefasto régimen de Enrique IV, era plenamente consciente de los peligros que amenazaban a todo Occidente y, en particular, a su bastión central: la Iglesia. De no poder impedirse aquella conjunción de los adolescentes angelicales y salvajes, el mundo entero debía prepararse a los horrores de un Renacimiento. Se perdería ese letargo larval, esa garantía de aterrorizado subdesarrollo, que había preservado a Europa de toda heroicidad durante ya, al menos, seis siglos —desde Carlomagno.

Era conciencia clara de la sinarquía que aquellos príncipes adolescentes, al parecer sólo dispuestos —modestamente— a «prorrogar la muerte a besos», en realidad concentraban un poderío trascendente de incalculable fuerza.

Un mensajero heroico, atravesado por tres puntos de ballesta, llegó agonizante a la guardia y pudo transmitir su refrescante mensaje confirmatorio: Fernando había salido el 5 de octubre con nocturnidad y riesgo.

Sería difícil distinguir a los viajeros entre los grupos de forasteros humildes que entraban en la ciudad.

A las once de la noche del 14 de octubre, un grupo de seis cabreros doblegados por la marcha y la dura intemperie detuvo sus asnos en la

fuente. Ellos no lo sabían, pero estaban enmascarados por salpicaduras de fango y por polvo amarillo asentado sobre humedad de niebla.

Fue Gutiérrez de Cárdenas quien lo descubrió, señalando al cabrero retacón:

—¡Ése es! ¡Ése es! jÉse es!

Chacón y Alonso de Palencia corrieron hacia el mocetón que se desplomó —ya al seguro— después de seis noches sin dormir.

Todos felicitaron a Cárdenas: de no haberlo reconocido, Fernando y los suyos, sonambulizados por la marcha brutal y el disimulo incesante, hubieran continuado su camino creyendo que Isabel, perseguida, habría partido hacia León. Esa misma noche Isabel autorizó al fiel Cárdenas a usar el signo SS en su escudo nobiliario. Así nacía aquella congregación de fieles a la pareja real: Beatriz de Bobadilla, Alonso, Chacón, Fernando Núñez, el almirante Enríquez, Carrillo, el arzobispo de Toledo y otros iniciados.[1]

Hasta las seis de la mañana duró el baño del príncipe extenuado, dormido. Chacón, el arzobispo y el mismo Cárdenas con cepillos largos de cerda de jabalí no se dieron tregua. El joven, respondiendo a la ortodoxia aragonesa, había llegado a los dieciocho años sin conocer otra ablución completa desde la tibia e inaugural palangana del nacimiento.

Un buen antropólogo, un Lévi-Strauss, hubiera encontrado en los restos de aquella batea no sólo los signos estructurales de una vida, sino de toda una cultura: hojas secas y piñones de varios bosques recorridos por el empedernizado cazador que era; alimañas ahogadas que habían morado felices en las greñas de su cabello y otras pilosidades, que nunca habían quebrado su relación con el medio ambiente natural de Aragón; el sudor de todos sus veranos, en capas apergaminadas (dieciocho) sucesivas y exactas como los anillos del árbol en cada floración; una oxidada punta de flecha caída seguramente desde el ombligo, el prepucio o de las circunvalaciones auriculares.

¿A las seis de la mañana lo vistieron con un sayal de lino crudo digno para la inminente iniciación nupcial. Lo dejaron dormido en un catre hasta el amanecer siguiente.

Fue en esa noche que Isabel, desafiando el cerco enemigo, se lanzó a una alocada fuga hacia el Norte. Beatriz Bobadilla de Moya y las damas de compañía se precipitaron tras ella siguiéndole el rastro con los perdigueros.

Era explicable. Era el vértigo ante la proximidad, la inminencia del macho. El *horror-penis*. Su poderoso deseo no quedaba doblegado sino transformado en acción cinética. (Su actitud irracional era similar al desplante del torero que cede a la «espantá». Sustancialmente se

trataba de una manifestación del «síndrome de María», tal como lo llaman los psicoanalistas. ¿Buscaba Isabel, desde, su virago, el orgullo del autodesvirgamiento? Ni Gregorio Marañón ni López Ibor lo aclararon.

Pero el deseo de retorno al epicentro sexual corroyó pronto el impulso de la amazona lanzada a la intemperie vallisoletana. Era una reacción dialéctica: querer-negarse-retornar. En realidad no la alcanzaron; su deseo, como un jenízaro traidor, demoró las patas del caballo.)

Al amanecer dormitaba con respiración entrecortada en su vigilado lecho.

Lo ocurrido a partir de entonces, en aquellas cuatro jornadas anteriores al matrimonio por civil no ha sido detallado por la Crónica. Los testigos juramentados, los *SS*, no dejaron traslucir detalles.

Se sabe que en algún momento de la alta noche los príncipes, como sonámbulos, se encontraron en los corredores de piedra del palacio y se encaminaron a recintos abandonados hacía añares.

Por la conducta de los jóvenes durante el himeneo oficial, registrado por los notarios de la Corte el 20 de octubre, se puede deducir algo de lo ocurrido.

Isabel habría dominado a Fernando como macho con hembra, sin entrever la mimética y cínica inmovilidad de saurio del aragonés.

El orgullo de casta de la Trastamara, su mentada virago, le tornaban repulsivo el sometimiento.

Probablemente fue poseída poseyéndolo y su doncellez rasgóse como la firme y fina seda de la tienda del Gran Turco en el campamento sorprendido por la tormenta de verano. Ruptura por presión interior en la convexidad, pero no por externa acción concavizante.

En suma: en algún momento de aquella laborada noche del 15 al 16 de octubre, el turgente glande del príncipe aragonés enfrentóse «de poder a poder» con el agresivo himen isabelino.

Después de los primeros acoplamientos, simples y campesinos como un amanecer, Fernando dejó traslucir una tendencia perversa que fascinó a Isabel. Ejercitaba un oblicuo resentimiento fálico. Un sadismo de labriego despechado socialmente. Un sadismo hecho de demorada administración o de bárbaras invasiones no siempre vaginales.

Vivieron aquel celo escondidos, como pasa en todo animal joven, fino, noble. Protegidos de acercamiento humano por la fama de fantasmas y de aparecidos de aquella ala del palacio.

Abrieron cámaras cerradas desde el siglo de los reyes fundadores. Se alimentaron de trozos de queso y cortezas de pan, con largos sorbos

de vino de bota, como pastores de la Arcadia. (El astuto Fernando había previsto casi todo.)

Nadie debió haber sido testigo de los rugidos, de los espesos silencios preparatorios, de las huidas y forcejeos en la oscuridad hasta derribar la pila de yelmos de antiguos ejércitos y ringleras de lanzas polvorientas.

Habrán retornado a los corredores habitados orientados por el hondo predominio de ajo del guiso de la guardia, inconscientes de ser prácticamente irreconocibles por las magulladuras, moretones, rasguños. Ángeles, desconocían la ruina de los sayales sucios y deshechos.

Quedaron en su campana de mutuo deseo. Las voces de los amigos y súbditos les llegaban como detrás de un cristal o a través del vendaval. Aprovecharon aquel siglo de idealismo exacerbado: lo real no se tornaba aparente ni evidente, de modo que a veces podían copular a la vista de todos sin ser vistos ni creídos. La Corte seguía programando el matrimonio, los capitanes comentaban las defensas ante el temido ataque de Madrid. La desenfrenada metafísica de la época les posibilitaba echarse debajo del mantel en pleno banquete oficial y acoplarse alborozados hasta que los perros y los enanos de la Corte los olían.

Nadie dudaba de la pureza de los novios. La virginidad de Isabel era dogma.

Desde las seis de la tarde se aislaban en sus cuartos «para seguir programando su matrimonio real y los futuros negocios del reino», como anota el buen Fernando del Pulgar.

Una de aquellas noches, a eso de las tres de la madrugada, creyeron oír el lamento de un lobo perdido. Desde los peñascales el viento áspero de octubre alcanzaba un largo grito, un aullido invulnerable a los embates. Se asomaron a la ventana y vieron desaparecer la yegua blanca —Isabel la conocía bien— de *la Beltraneja*. Una verdadera alma en pena. Dominada por el despecho y el odio. Los amantes, piadosos a su manera, se prometieron mutuamente aliviarla cuanto antes de aquella novida.

Al primer erotismo —lujuria febril— que los había enmudecido y puesto máscaras graves de notarios o de verdugos, siguieron los primeros diálogos transcurridos en los desvelos o en esa fatigada laxitud de los amantes sin ciencia administrativa.

—¡Acabar con esa pecaminosa felicidad de los moros en sus territorios del Al-Andalus!

—¡Un imperio, un pueblo, un conductor!

—¿Y el terror? ¿Cómo conseguir alguna unidad sin terror?

—¿Y el dinero?

—Lo tienen los judíos. Si ellos lo prestan, ¿por qué no quitarles el capital en nombre de la religión verdadera? ¿Un judío sin sufrimiento se vulgariza como cualquier cristiano…?

—¡Todo por hacer! ¡El mundo, la vida! ¡Hay que conquistar Francia! ¡Portugal, Italia, Flandes! ¡Despedazar a los moros! ¡Los mares! ¡Los mares!

—¡Y el Santo Sepulcro!

—No lo olvidaremos.

Hasta que se iban silenciando en el beso, que era lo primero, para volver a caerse el uno dentro del otro.

CON UNA DISPENSA PAPAL FALSIFICADA por Fernando y el cardenal de Toledo, que establecía que aunque eran primos no cometían incesto, se casaron por civil el 18 de octubre. Por la Iglesia, de blanco y con pompa real, el 20.

Se cumplió con los ritos secretos de Castilla: el cardenal Cisneros lavó con humildad pastoral los genitales del príncipe con agua bendita de lluvia de abril.

La Iglesia, consciente de su dominio moral, trataba así de hacer entrar en su debido control la sexualidad precoz, perversa y excesiva de Fernando.

Las nupcias oficiales transcurrieron en un gran cuarto entibiado por cuatro braseros donde ardía eucalipto e incienso. (Aquel olor a farmacia no los desanimó.)

Tanto monta
Monta tanto
Isabel como Fernando.

El pueblo estaba desvelado. Al amanecer, los SS salieron a la explanada del palacio llevando alborozados una sábana extendida con el tradicional círculo rojo —sospechosamente perfecto— en su centro.

El sagaz Fernando había encontrado en el último cajón de la cómoda que pertenecía a Juan II la bandera de una antigua Embajada del Mikado.

HUAMÁN COLLO Y EL *TECUHTLI* DE TLATELOLCO a punta de sandalia avanzaban por el papel delicadamente pintado del *Codex Vaticanus C* que narra el banquete de despedida en la incomparable Tenochtitlán.

En el margen superior, funcionarios con sus mejores trajes saludan reverentes. Estupendas mujeres de trenza negra. Botafumeiros de copal.

Guerreros del jaguar y del águila. Música de tamboriles de piel de bárbaro. Trompetas de hueso de garza. Luz de antorchas y lámparas de aceite. Realmente *a giorno*.

Una curiosa orquesta de artistas enanos y quirúrgicamente cantrahechos con cantantes perfectamente arritmados. Tienen capas de plumas de tucán y tocas de aves del paraíso. Dos acróbatas parcialmente desosados logran posturas increíbles.

Se acercan niñas de huipil corto ofreciendo aperitivas tortillas que se deberán untar con caviar de larvas acuáticas: delicioso *axayacatl*.

(El emperador ya se había retirada a sus salones para no inhibir a las invitadas con su divina majestad.)

Perfectísimas esclavas taltecas que esperaban el privilegio de la muerte sacrificial rodearon a las invitadas con sus fuentes. (¿Por qué esclavos? ¿Por qué no todos trabajadores del Imperio, como en el Incario?», se preguntó Huamán.)

Tamales picantes y dulces, de chala o de hoja de plátano, hervidos u horneados. Pavos, faisanes de selva, palomas, monito a la pimienta. Infinita variedad, casi incaica, de la cocina imperial. Huamán tuvo que reconocerlo.

Ubican a Huamán en una mesa individual y acercan das aguamaniles. Desfilan las oferentes. Pimientas y tomates asados. Caracoles con salsa de flores, ranas con chile, el infaltable *axolotl*, parrillada de liebre, pécari relleno con hierbas de hondos aromas.

Gentil, el *tecuhtli* indica a Huamán las mejores presas.

Con cierta espectacularidad acercaron un asador de hierro sostenido por dos gigantes olmecas. En hilera, ensartados de culo a boca, perseguíanse sobre el eje del asador ardiente una docena de perrillos con el cuerito crocante; parecían jóvenes provincianos que se hubiesen arriesgado a la fiesta del marqués. Un ceremonioso capataz de cocina les pasó salsa de miel y ají con un pincel de plumas mochas. En el *Codex*, los perritos lucen como barnizados.

En seguida aparecen fuentones de fruta con rocío de agua fresca y pajaritos amaestrados que no temen la cercanía de la mano del humano: elegida la chirimoya se posan en la papaya.

Un trópico frutal. Las tierras calientes, el Yucatán, las palmeras, los valles costeños.

El *Codex se* llena de trazos hechos con plumas de colibrí, para describir gajos, racimos, turgencias de guayaba, penachos militares del ananá, pintas de bananas en ordenado regimiento. Bananas de las pequeñas, no de esas largas y sosas que se destinan a tlazcaltecas, chichimecas y otros vasallos del Imperio, que por verlas grandes y parejas las creen mejores (como si se tratase de mujeres o de cuchillos de obsidiana).

Acercaron aguamaniles y lienzos para manos y bocas de los invitados.

Repartieron las primeras pipas con tabaco y los músicos, que hasta entonces habían estado en el margen del *Codex*, aparecieron en el centro del rollo.

Bailarines rituales que se deslizan entre los invitados. Impresionantes vestidos barrocos: representan astros, divinidades, dulzuras e inclemencias.

Huamán creyó entender que todo el ballet respondía a la obsesión de los tiempos: la anemia solar, el peligro de la extinción definitiva del calor y la luz.

Imposible retener el nombre y las peripecias de tantos dioses (generalmente poco felices y malhumorados). Difícil entender ya la simbología y los trazos del *Codex*. Los signos y los colores se multiplican justamente para evitar la claridad meramente humana, que alejaría toda posibilidad de comprender el misterio, la niebla de los dioses.

Cuando aquella ceremonia cesó, sonaron las caracolas anunciando la última porción de la larga noche mexicana.

Reaparecieron los bellísimos adolescentes servidores (nadie podía imaginarse que a partir de 1519 serían vendidos como sirvientes al alabardero gallego que escupe lupines o al escrofuloso notario parroquial, carne para esa nueva raza que nacería de la violación, del estupro, de la indecente violencia al servicio doméstico). (¿Cómo imaginar que aquellos adolescentes y princesas solemnes, de labios anchos y turgentes como dioses de la iconografía camboyana, terminarían de lavacopas y de camareras en el *self-service* «Nebraska», «a sólo cincuenta metros de la plaza de las Tres Culturas. Parking reservado»?) Ahora los adolescentes ofrecían bandejas con alucinógenos de variado tipo y efecto. Era ya hora de lavarse de razón, de visitar los umbrales del Origen.

Son harto extrañas las imágenes que aparecen en el rollo *Vatícanus C* quemado por el atroz cura Zumárraga (él y el obispo Landa equivalen a todas las pérfidas llamas que abrasaron la biblioteca de Alejandría.)

Los dibujos e ideogramas muestran hombrecillos con los ojos desorbitados, dignatarios que lloran en cuclillas la perdida Unidad, cortesanas que nadan en seco tratando angustiadamente de retornar al vientre materno, capitanes «águilas» que creen volar para sostener al sol en su vuelo.

Algunos habían ingerido *peyotl*, la mayoría *teonanacatl*.

Así lograban lavar el yo, visitar su revés: el odio, el deseo, el amor, el miedo.

Algunos lloraban, otros reían, otros quedaban aplastados por el terror o la delicia.

El señor de Tlatelolco, ante la sorpresa de Huamán que seguía fiel a la simplicidad de la chicha, se acurrucó bajo la mesa y sollozó conmovedoramente.

Después de aquel exorcismo colectivo, la diosa del amor, Tlazelteotl, apareció con toda su fuerza. Las jóvenes, los jóvenes y los dignatarios se alejaron a los lugares más discretos de los márgenes del *Codex*.

Sentían que desde los cuerpos también se agrada y se agasaja a los dioses.

Por fin el alba hizo su primer anuncio: aleteos en las pajareras ornamentales.

Entonces muchas voces se levantaron en himno y se oyeron, frescos, como renacidos, los tamboriles y timbales.

Con los ojos irritados por el trabajo de la fiesta, casi todos fueron hacia los ventanales para saludar al Sol.

El dios no había muerto. Alegría de otro día. Otra esperanza.

Cantaron a coro destemplado pero elocuente la oda compuesta por el amado rey-poeta Nezahualcoyotl:

¡Ojalá nunca muera!
¡Ojalá nunca perezca!
Allá dónde no hay muerte
Allá donde se triunfa
Allá voy.
Ojalá nunca muera
Ojalá nunca perezca.

1 Sobre el nacimiento de la secta de los «SS», véase la *Historia* de Prescott y la obra de los Ballesteros Gaibrois, entre otros. No es misterio, para autores como Pawles, Sánchez Dragó, Bergier y otros que Hitler expresó a Goering y sus allegados su incondicional admiración por Isabel de Castilla. Austríaco y cursi al fin, el Führer llevaba un escapulario de felpa amarilla que encerraba una espiguita de trigo manchego y un retrato de Isabel. (*N. del A.)*

II
El fuego

Cronología

1476	Colón en Portugal. Casamiento. Su último intento para huir de la excepcionalidad. La secta y la pasión del Paraíso.
1485-1492	España. Colón lucha por ingresar en la svástica del poder. Años de guerra civil. Consolidación del Imperio. Naturaleza peligrosamente angelical de Fernando e Isabel. Torquemada y el motor culpabilista. Un Imperio católico-romano.
4-Calli	Conferencia en Tenochtitlán. El Supremo Sacerdote predice a los hombres-águila la bondad y la

pureza de la doctrina cristiana de los barbados que llegarán del mar.

1487 El 27 de febrero, en rito secreto, Rodrigo Borja, futuro Papa Alejandro VI, se unge con el semen consagrado de Fernando e Isabel. El Vaticano, redimido de la molicie pietista. Renacimiento.

1488 9 de abril. Panorgasmo de Colón. Queda sellado con Isabel de Castilla el acuerdo de la secretísima secta del Paraíso.

La taberna «A la Nueva Falange de Macedonia»: alabarderos independientes, prostitutas, tramposos de baraja y cubilete, predicadores sin sotana, ambiciosos sin libreto. El agua empezaba a caer más firme y salpicaba fango sobre sus zapatos amarillos.

Cristóbal —no ya Christovao— sabía que apenas estaba en la periferia, en una de las ramas más secas y exteriores de la estructura del Poder, que en esos tiempos no era vertical (como la famosa pirámide de Vance Packard), sino una acostada galaxia dextrógira; una svástica que giraba destructora con sus brazos convergiendo hacia aquel difícil y ansiado epicentro donde, vestida con su brocato de Amberes color verde, el color real, estaba Isabel de Castilla depilándose las cejas.

¿Cómo acercarse? Lo corriente era probar las cartas del éxito. Agregarse a algún grupo y armar la que entonces se llamaba «una picada». Los métodos usuales eran las artes, la medicina, los filtros prodigiosos, las variantes religiosas, el espiritismo, los deportes. Ayudaba ser astrólogo o pederasta. Para las mujeres la prostitución o el amor, como siempre.

No era raro ver partir en una misma mañana una picada de leprosos descomunales; una de estrelleros capaces de asegurar la muerte de Boabdil y el destino maravilloso del príncipe Juan; o saltimbanquis italianos con apretadas mallas y lentejuelas de colores cargando sus torres, cuerdas y trapecios.

Al atardecer, o unos días después, ya se les vería desperdigados, arruinados, de nuevo excretados hacia los bordes sin luz de la galaxia, aplastados por la feroz competitividad. Quizás apaleados por los hombres de la Hermandad, violados por los búlgaros y flotando en una zanja, asesinados por el descuido de no llevar nada para dar a los asaltantes.

La terrible fuerza re activa que emana de todo poder.

—Al que quiere celeste, que le cueste —murmuró, resentida, una prostituta toledana que comía natillas. (Los párpados pintados con filigranas doradas y azules.)

Tarde gris, dura. Aburrimiento, desamparo. Se sacó los zapatos

amarillos que había comprado a un milanés agonizante y se puso a quitarles el fango. No había sido una compra, sino una verdadera inversión. No sólo eran alargados y puntiagudos, como exigía la moda francesa, sino que la punta seguía y se enroscaba en tres vueltas en espiral que encerraba un gracioso cascabelito de bronce.

Con la paciencia del desesperanzado, los limpió con un trapo húmedo hasta que reapareció, triunfal, el color amarillo canario, su preferido.

Se burlaron desde varias mesas. Le tiraron algún hueso, ya roído por los perros, naturalmente.

La horrible ralea que olía en España la posibilidad de lo grande. Lansquenetes (como Ulrico Nietz) que no aceptaban ese destino más policial que guerrero que proponían los burgos nacientes. Hombres de acción e imaginación, bandidos o probos, que huían de esas ciudades hanseáticas donde se privilegiaba a los notarios, merceros afortunados y esa judería científico-artesanal que empezaba a poblar las telas de los costumbristas alemanes y flamencos (los Arnolfini y los farmacéuticos culones y solemnes que fuman en las telas de Holbein).

En España nacía una gran posibilidad. Los aventureros convergían desde Flandes, la Borgoña, el Franco-Condado.

España ofrecía un campo con pliegues para toda valiente maldad y esquinas para el cinismo y la aventura.

Los príncipes terribles, Fernando e Isabel, católicos —en el sentido estricto de la palabra—, garantizaban la destrucción de todos los valores que atentan contra la hombredad.

¡Pero qué fatiga! ¡Qué tardes de duda! ¡Qué tarde gris!

Y Colón, con los zapatos amarillos en la mano, como dos arpas eólicas a la espera de la brisa, se queda vacío, anonadado, embobado mirando al guitarrista ciego, que en el borde de lo imposible, intenta cambiar la cuerda rota.

—¡Qué *mishiadura!*[1]—exclamó Cristóbal.

SE FORJABA LA ESPAÑA GRANDE, UNA, FUERTE, y tanto Isabel como Fernando sabían que nada podría hacerse sin las violencias de todo nacimiento.

¡Lanzar el pueblo quieto, alebrado, a Imperio! Sacudirlos de mala vida pacífica. Sabían que estaban contaminados de ese profundo odio a la vida, inmanente en el judaico cristianismo medieval, de miedo organizado, de suspensión del cuerpo y temor del instinto. Un razonable cristianismo de curas protegidos por muralla de convento, de palidez de monja y ojera de seminarista. Paz de renunciantes y de enfermos. Virtud de la impotencia. Al atardecer, rumor de letanías. Por las noches, ronda de diablos. Se dormía con la luz de un cirio tembloroso. Se fornicaba con camisón de frisa.

Un rey verdadero no es más que la intuición profunda de una raza, de un pueblo. Y ellos sentían que quemando al hebreo cauterizaban *in noce* la interminable llaga cristiana.

Nada los contenía de lanzarse a una catolicidad romana. *Condottieros* de correosa verija convergían hacia España. Llegaban hombres amenazados por la igualdad y el orden mediocre de la Europa burguesa que sólo aspiraba a ser una Comunidad Mercantil muntinacionalista y que no les ofrecía otra posibilidad que el comercio mayorista o el delito común.

Los jóvenes monarcas comprendían que no podrían alcanzar la cruel fiesta pagana sin pasar por la puerta de la superstición establecida. Ante el pueblo asumían una actitud pontifical. Desafiaban a los obispos a verdaderos, extenuantes, torneos de oración. (Isabel gritaba enfurecida cuando algún monje corista, vencido por el sueño, pifiaba las sílabas del Kirieleisón.)

Más de un cura sincera y vulgarmente pietista fue a la hoguera acusado de judaizante.

EL REINO SE CONSOLIDABA APENAS. Paralelamente, una guerra secreta, íntima, correspondía a la exterior, la que registraron los historiadores (sólo hay Historia de lo grandilocuente, lo visible, de actos que terminan en catedrales y desfiles; por eso es tan banal el sentido de Historia que se construyó para consumo oficial).

Lo cierto es que entre Fernando e Isabel había un combate de inmensa trascendencia. Una guerra de cuerpos y de sexos que era la base verdadera del actual Occidente y sus consiguientes horrores.

Todo comenzó con la coronación de Isabel. Hecho inmediato, sorpresivo e inconsulto ocurrido al día siguiente de la muerte de Enrique IV. Fue realmente un *putsch:* el 13 de diciembre de 1474. Fernando quedó herido en su más delicado machismo. Estaba en Zaragoza y no fue consultado. Isabel no le concedió la primacía del sexo.

Hoy se puede pensar que la muerte de Enrique IV era esperada o sospechada ansiosamente por Isabel en el palacio de Segovia. La princesa era implacable con la labor de las costureras que sin descanso trabajaban en el ajustado traje de seda y la suntuosa capa de armiño dibujada con perlas.

Confirmada la noticia de la muerte natural, la princesa bajó a cenar de riguroso luto. Pero el 13 a la mañana reapareció de blanco, estupenda, al frente de la procesión arzobispal y militar. Iba detrás de la espada de la justicia castellana. Nunca hembra alguna había osado hacer propio ese instrumento que unía y decidía la vida y la muerte.

En una jaca vieja, de reconocido sosiego protocolar, iba la corona de Castilla sobre un almohadón rojo.

Disparos de mosquetes y arcabuces. Grito y llanto de la plebe fascinada por la convergencia de poder y lujo. Mendigos, matronas y leprosos entregados a ternura lacrimal. Broncas bombardas bombardeando el aire. Relinchos. Piafan los caballos de la oficialidad (los de tropa sólo se espantan las moscas de la cola). Se vuelan, atolondradas, las palomas del Ayuntamiento.

Logró desorientar al mundo: fue reina antes que la sinarquía y el marido se enterasen. En cuanto a *la Beltraneja*, se creyó que enloquecería: corrió en torno del ataúd de Enrique IV y, al enterarse de la coronación de Isabel, se revolcó en los chiqueros de palacio y se cubrió con la ceniza de las pezuñas quemadas en el hogar de su no-padre.

Esa misma noche destacó Isabel un mensajero hacia Zaragoza:

> *Llegó Muerte, Señora inesperada, a por el alma del distraído justo. La espada de la Justicia que esta mañana me precedió, era sólo una metáfora. Eras tú, Majestad, el centro de la consagración.*

Desde entonces Fernando la sometería a la exasperada lujuria del despechado, del burlado. Ostentosamente se rodeaba de otras porque lo había humillado la principal. (Isabel no lo había cornificado a través del sexo, sino adueñándose de la corta y dura espada del Poder. Hecho insoportable en aquella época de implacable falocracia.)

En esa misma mañana del viernes de ayuno, Fernando había pasado revista a las tropas de guardia acompañado de Aldonza Iborra de Alamán, *la Alamana* como la llamaba, rencorosa, Isabel. (Ella iba con un exótico traje de espadachín francés con altas botas que protegían hasta la mitad de los muslos.)

Isabel cayó en la trampa y vivió la plenitud del amor por la dolorosa pendiente de los celos.

EN LA NOCHE, TENDIÓ A FERNANDO de espaldas en la cama, desnudo. Empezó a husmear su piel con angustia. Recorrió el cuerpo y después las ropas, el sombrero, las botas, las armas, hasta que en algún instante apareció el atisbo de olor de hembra enemiga.

Isabel aspira y respira el codo de la camisa que en la penumbra del cuarto es un fantoche de monje anémico. ¿Es perfume egipcio o el sudor de *la Bobadilla*, o de *la Alamana* o de la atroz putilla francesa, la *Colita de Mono?* Son instantes de profundo dolor cuando el cornudo está bajo el dintel de la prueba definitiva, aferrándose a una última esperanza de terror. (¿No será acaso el sudor de la yegua engripada

que Fernando montó ayer?)

Desolada, desnuda, dependiente y jadeante ahora no tenía más salida que anonadarse en la búdica extinción que le ofrecía la roja llama fernandina.

Ellos, hondamente espirituales, dominados por las categorías teologales del tomismo catequístico, trataban de no conceder importancia al dislate de los cuerpos y de los deseos. Los trataban con cierta indulgencia y la debida desatención que se dedica a los animales domésticos. Los cuerpos se les escapan traviesamente. Había que dejarlos hasta que se calmasen. Eran como caballos desbocados.

Impúdicos, incontrolables pero también *intrascendentes*.

La realidad, entonces, no podía incluir en sus elevadas categorías el turbio socavón de los instintos humanos.

Todo era «ideal». Platón gobernaba desde el fondo de la caverna del tiempo aquellos delirios organizados por profesionales de la divinidad que abusaban descaradamente de las geometrías del pensamiento aristotélico.

El erotismo que los unía era total, y los jóvenes monarcas supieron —por impulso intuitivo— liberarlo de la exclusividad genital, como ocurría entonces.

Fue por este impulso realmente sagrado que se negaron, desde el día de la boda, al uso de los rituales y góticos *sarcophages d'amour:* ataúdes dobles, forrados en acolchado de seda, con una separación central de madera delgada con un agujero para permitir estrictamente el paso del masculino *lingam*.

Cerrada la pareja en el doble féretro —que era de rigor entre Pascua y Pentecostés— se encendían cuatro cirios y se leían las letanías De *Mortalitate y*los cánticos de difuntos. De este modo los esposos de sangre noble accedían a la carne conscientes de la vanidad del placer, de lo pasajero de la vida y de la evidencia del heideggeriano *Seinzzum Tod* (ser para la muerte).

Con rigor casi quirúrgico la cópula quedaba centrada en el plano crudamente genital. («Arañar el mamparo» es el dicho de intención sicalíptica que curiosamente no recoge Casares pero que sobrevive en algunas aldeas de Castilla y que alude a la situación que se describe y equivale al francés *faire mordre l'oreiller.)*

Obviábase así el entrepernamiento, la confusión de humedades y de lenguas, la acción provocatoria de las manos, la infusión oral, la visión de los cuerpos y otras «demoníacas actividades», según el lenguaje de los consejeros espirituales de la época.

Los sexos, como dos hijos bastardos perdidos en un desierto. Cortados de todo enraizamiento afectivo y de toda logística erótica, se encontraban en los *sarcophages d'amour* con una furia efímera. Pronto

languidecían como perejil sin agua al carecer de ese básico protoplasma de cariño e incitación donde hubieran encontrado la fuerza para renacer.

Fernando e Isabel, aventurados en el infinito de sus cuerpos amados y en implacable guerra, son devueltos del cielo a la tierra, caen desde la boba metafísica al misterio de la realidad.

Son renacentistas y fuente del Renacimiento. Su abrazo ardiente coincide —directamente— con las doncellas de Botticelli y de Tiziano, con los cuerpos sacrales de Michelangelo.

En el atolondrado fornicio de aquellos adolescentes sublimes fenece definitivamente la Edad Media.

Fernando e Isabel irrumpen en esta época de agobio. La potencia de ellos es estrictamente angélica. No parecían sino que *eran* ángeles: bellos, violentos hasta el exterminio, esplendentes, sin caries. Los historiadores romos y generalmente parroquiales que oscurecieron su gloria tuvieron sin embargo que calificarlos con palabras que corresponden a la más precisa angeología.

Ningún problema moral podía distraerlos de sus designios. La «moral» es propuesta del caído, del humano, del degradado. Del ser que debe hacerse y justificarse.

Fernando e Isabel estaban, naturalmente, exentos de esta humana aberración, así como de cualquier otro torneo salvacionista.[1]

Consideró su situación existencial. Alimentó el modesto orfismo del angustiado: pidió otra jarra de vino. La indistinta e insignificante algarabía tabernaria era el silencio propicio que necesitaba para cobijarse en la angustia. Adentróse. Imprudentemente avanzó piel adentro por corredores del pasado. No omitió la nostalgia y la autoconmiseración: alcanzó protoformas de tango.

Sobrevoló su largo ventenio de navegante y náufrago, de cartógrafo improvisado y de marido por interés. Entrevio los días de resignado erotómano sin pareja. Los meses del mar, la piratería comercial, los puertos del sol o de la niebla hiperbórea.

¿Qué había hecho en su vida? Casi nada que pudiera responder a la ambición de quien —modestamente— se sabe descendiente directo del profeta Isaías.

Hasta entonces, nada. ¡Solo, sin patria, externo, viudo sin herencia, pobre y cargado con un terrible conocimiento esotérico que nadie parecía dispuesto a soportar!

En todo caso quedaba a salvo su permanente tarea de investigación. Se habían consolidado sus intuiciones. Se había indiscutiblemente elegido para la misión.

Largos años juntando datos. Buscando signos entre las medias

palabras. Robando mapas apolillados en los cajones de la cómoda cuando las seducidas viudas de infaustos navegantes se dormían fatigadas de saciamiento y culpa.

Era también cuando —implacable— abofeteó al náufrago que agonizaba en la playa de Madeira.

«¡Vamos, no mueras, habla!» «Vimos dos cuerpos blanquicobrizos, con pelo negro muy lacio. Gente del Gran Khan seguramente. A lo lejos se desarmaba una almadía con techo de palma que llegó impulsada por una gran vela vegetal, amarilla, con la imagen de un dios sonriente y bobo como los caretones de las fallas valencianas…»

Pero se le moría en los brazos y no podía seguir interrogándolo en nombre de la ciencia.

En Rok, ciudad de la Última Thule (Islandia), torturó a un vikingo que tuvo que explicarle con sus dos docenas de palabras latinas cómo era la costa de esa Vinland donde hasta había llegado el obispo Gnuppron en misión pastoral.

Sentía el ahogo de saberse colmado de un conocimiento que no era recibido debidamente. ¿Cómo llegar a Ella?

Veinte años de viajes y riesgos y sin embargo estaba allí: en el fondo de una taberna, descalificado.

Le costaba aceptar el increíble juego del mundo. Tenía que comprender que si se echase a correr hacia la tienda real voci ferando sus revelaciones, sería despedazado por la jauría de guardia.

Con él desaparecerían conocimientos esenciales: la dicotomía de todo lo creado, la esencia aérea o anfibia de todos los seres: ya que en el inicio del Génesis sólo había agua o aire (más bien una niebla, que es la mezcla de ambas). ¡Todos éramos peces o aves disimulados! El cabello de los humanos, ¿qué era sino los restos de un magnífico plumaje degradado por la falta de vuelo? El humano no tiene nostalgia de vuelo, sino envidia. Y, sobre todo, sus conocimientos secretos sobre el Paraíso terrenal.

Pero no se demoraría ante los monarcas en estos grandes descubrimientos. Iría al grano: les explicaría algo que tendría sin duda grandes consecuencias geopolíticas (como entonces no se decía). Les explicaría de qué modo, y contrariamente a la creencia de tantos, la Tierra es plana. Se puede navegar hasta el fin de la Mar Océana donde se alza el reborde de tierra final que como un cantero contiene las aguas.

Año atrás, escuchando a tantos navegantes, Colón se había forjado la convicción de que los marinos temen arrojarse mar adentro porque saben que avanzan peligrosamente por una esfera, la de la curvatura de la Tierra. Saben que al no tener goma en la planta de los pies, ni estar las naves fijadas al agua, caerían en el Vacío Estelar

irremediablemente una vez superado el máximo tolerable del ángulo de curvatura que atribuían —equivocadamente— al planeta.

Colón había meditado y lo podría defender ante los sabios de Salamanca: cuando la humilde hormiguita da la vuelta completa al melón, no se desbarranca porque la gomosidad de las patitas le permiten sostener su magro cuerpo contra la Fuerza Negativa (así la llamaba Cristóbal) que arrastra a toda cosa o ser hacia el Caos primordial, la indistinción o el silencio. (Coincidía con Anaximandro.) El hombre, en cambio, ser físicamente desafortunado —y empeorado progresivamente—, carece de ventajas de las que el insecto goza sin jactancia. El molesto sudor de los pies, un poco más intenso que el de otras partes del cuerpo, es un signo de una perdida capacidad.

¡Sólo con el coraje del que navega sabiendo que la Tierra es plana —aunque el mundo sea redondo— se podría avanzar hacia las Indias! ¡Los reyes deberían saberlo!

Casi grita, pero se moderó. ¡Antes eran los sastres quienes lo perseguían, ahora los de la Hermandad, los del signo de las flechas!

Sentía la frustración del científico ante la impenetrabilidad de la ignoraci.

Aquélla era, definitivamente, una de las peores tardes de su vida. Y recordó con melancolía su perdida posibilidad de orden y felicidad, su matrimonio con Felipa Moñiz Perestrello, en una Lisboa que para siempre quedaría atrás.

EN UN COLEGIO ADUSTO VIVÍA PRISIONERA y sólo los domingos salía a pasear. Del brazo de la abuela llegaba a la misa, airosa, deslumbrante de gracia juvenil y Christovao la saludaba con su mejor sonrisa, que ella respondía con ademán gentil. ¡Voces de bronce, llamando a misa de once!

La luz resplandeciente de Lisboa, en la escalinata del Convento de los Santos.

Christovao tenía 28 años. Náufrago, ardiendo de ambición, disturbado por sus inquietudes e ideologías más que impulsado por la voluntad de «hacer carrera»; descuidado empleado de las multinacionales genovesas que, como las de hoy, se ejercitan en las dos ramas: comercio y piratería.

Le parecía increíble esa luz, esas niñas, que iban al templo con tules protegidas de la violación visual. Pero cuando estaba entrando Felipa Moñiz Perestrello una brisa subió desde el Tajo, por el corredor de la avenida de acceso que iba del Arsenal de Marina hasta el Palacio Real y que tenía una velocidad de 6 a 8 nudos en dirección ENE, y alcanzó a mover el tul de Felipa. Él sintió como un golpe en la nuca, las rodillas de repentino algodón, un calor anormal. Vio un hoyuelo en

la mejilla, la nariz con pabellones como alas de mariposa, un vello desde el sur de la oreja hasta la planicie de la mejilla. Un durazno maduro.

Como Dante cuando ve a Bice Portinari (que entonces tenía ya sus nueve años bien llevados) sintió «que en mí, el corazón todo me temblaba».

Era abril, en Portugal, justamente el 14 de abril de 1477. Es sabido que en el hemisferio norte es el mes capaz de hacer renacer las lilas del corazón en la tierra yerma que huye del invierno.

Para él, náufrago de infortunada piratería, corredor de mapas y libros de náutica, pobre y ni siquiera honrado, la visión de aquella *jeune filie rangée* era realmente un hecho convulsivo. (Desde entonces aquel hoyuelo y aquel vello de cervatillo indefenso ingresarían para siempre en su móvil mujer metafísica.)

Christovao había comprendido que su ambición pasaba a través de aquel hoyuelo.

El 13 de agosto de 1476 había llegado, semidesnudo y haciendo «la plancha», apenas impulsándose con una mano —la otra agarrada a un remo roto— hasta el roquedal de la costa portuguesa. ¡Tantos se habían ahogado! Él se impuso por la indeclinable fe en su misión y en la intuición de su naturaleza preferentemente anfibia (se quitó las medias a pesar de la marejada y llegado a la costa tuvo la suerte de encontrar en seguida con qué cubrirse los pies, su secreto).

Varó en la rompiente entre ásperas restingas. Eran las palmas de arena de la mano del dios que lo recogía después de haberlo malamente sacudido. Se sintió seguro, *confirmado*. Comprendió que la piratería, que tantas satisfacciones y enseñanzas le había dejado, era ya una etapa superada.

Semidesnudo, desorientado, seguido por un perro escrofuloso desde la playa, se presentó en la agencia de la casa «Spínola», transnacional genovesa, y ellos lo promovieron a la decencia de un puesto de corredor de libros de náutica y copista. Fueron ellos quienes le sugirieron la conveniencia de un buen matrimonio.

—¿Quién es? —preguntó en la escalinata de la iglesia de los Santos.

—Felipa Moñiz Perestrello y su madre viuda.

Después de ocho misas de once alcanzó el favor de su mirada. Cinco domingos más tarde el primer, timidísimo, saludo al «caballero, genovés como tu finado padre, empleado de la casa “Spínola” ».

Tres semanas más tarde, con el traje cortesano alquilado en la casa «Berardi» para casamiento o asunción de cargo público, fue recibido en la casa Perestrello. Halagó descaradamente la costumbre del mar mirando el retrato del finado que había cultivado fama marinera. Se

sabe que estuvo encantador.

«¡Qué Portugal! ¡Qué tiempos apacibles!» Los Berardi le prepararon a precio de colaborador toda una familia falsa: una Susana Fontanarrosa, solemne esposa de un Domenico Coulom, almirante francés, dos hermanas *snob*, una vieja ama de leche que lo trataba de «niño» y hasta un perrito travieso engordado a puro *marron glacé*.

Hubo un ágape sobrio para no herir la definitiva falta de apetito del difunto Moñiz Perestrello. Les echaron arroz seco y se encerraron solos en el caserón familiar. La señora Perestrello, sollozante, fue con su valija a casa de su hermano el arzobispo de Lisboa.

Felipa Moñiz vestida con trajes bordados. Colón secándose con una toalla los goterones de sudor que corrían por esa nuca de plebeyo, que más bien parecía el hombro de un luchador asirio.

Una increíble agitación. El vértigo de la realidad. Durante dos horas sollozando de pánica gratitud, permaneció aferrado a un muslo de la muchacha que lo miraba absorta, muda, entre aterrorizada por la incondicional entrega de su cuerpo a un propietario ungido por la voluntad de Dios y ebria de un desconocido y potente deseo que a la niña le recordaba todos los síntomas de la gripe fuerte que había tenido dos años atrás: dolores musculares, cercanía de diarrea y un extraño calor con latidos epidérmicos.

Permanecieron horas inmovilizados ante el increíble tesoro de malsanas posibilidades. (La posibilidad puede ser paralizante; cuatrocientos cincuenta años después, Sartre lo dirá con patetismo y publicidad.)

Él abrió un arcón que olía a alhucema y pescó los más finos calzones, las ligas más rojas de antiguas nupcias nobiliarias, medias tejidas con la perversidad de las beatas del Alentejo.

Vistió y desvistió varias veces a esa especie de muñeca inflable en manos de un maniático dueño de su tiempo. Sentía que aquella maravillosa niña de la mejor sociedad le había sido entregada por un increíble error favorable por el cual tarde o temprano pagaría caro. (Colón vivió amenazado por su conciencia de impostura, forma periférica de la culpa.)

La casa se iba llenando de un extraño olor. Felipa creyó que estaban acosados por una inesperada inundación marina. En la biblioteca, nutrida y noble, Christovao encontró la viga que necesitaba. Ató una polea y preparó un nudo corredizo. Izó a Felipa que quedó suspendida de un tobillo como en el tarot XII, *Le Pendu*, que una gitana le había echado en el puerto de Marsella.

La niña quedó desarticulada, desvencijada, con los cabellos caídos hasta casi tocar el piso. Entonces Christovao pudo enfrentarse a la evidencia de la carne, estudiarla, olerla, abrazar sus miembros,

observar sus regiones más adorables y secretas. Trabajó con serena inquietud conducida, de vez en cuando interrumpida, por la flojera del orgasmo.

¡Maravillosa posesión! Era increíble que por un artilugio jurídico-religioso, el cuerpo delicioso de Felipa fuera materia, propiedad exclusiva suya.

Muy tarde en la noche empezó a avanzar por los secretísimos valles de su intimidad. La maravillosa mitificada «carne» le revelaba su majestad, su terrible poderío.

Admiróse: «Ahora nada ni nadie podrá desunirnos ni interrumpirnos. Dios nos ha unido». Se llenó de lágrimas de gratitud lujuriosa.

Era la primera vez que conocía hembra consagrada.

Ahora, a los 28 años, lograba pasar de la metafísica a la realidad.

Mordisqueó sus partes pulposas. Estudió el surgimiento y naturaleza de sus humedades. Recorrió con la lengua amplios territorios de aquella piel de buena familia. Gustó, maravillado, el sabor lejanamente salino que le confirmaba—¡científico al fin!— su teoría de la esencia anfibia del humano, incluida la hembra. Sal que queda entre los poros, restos de una mítica vida oceánica.

Como la cuerda lastimaba el tobillo de Felipa, buscó en una cómoda un tejido de lanilla con el que la alivió.

En ese mismo cajón, al fondo, a la derecha, encontró la famosa carta secreta del geógrafo y cosmólogo florentino Paolo Toscanelli, dirigida al finado Perestrello con un claro croquis sobre las Antillas y el Cipango, no muy lejos de la costa portuguesa. (A pesar de su excitación comprendió rápidamente la importancia de aquello que estudiaría en las semanas siguientes. Se trataba de un hecho decisivo en su destino: ignaro de aquella erótica geografía, que le pareció fantástica, creyó haber descubierto el mapa del Paraíso terrenal.)

Hasta el amanecer gozaron aquel éxtasis. Sólo con los primeros aleteos de los pájaros en el ramaje del jardín Christovao se animó a ir piel adentro. Dos días después, en el sagrado encierro de los desposados, alcanzarían el himeneo.

Durante seis meses no recibieron a nadie. La viuda de Perestrello golpeaba preocupada el portal y las persianas tapiadas con desconfianza similar a la de la gente que parte de veraneo. Tuvo que aceptar comunicarse a través de un cesto que bajaba desde el balcón alto y adonde subían alimentos e instrucciones físico-pietistas para Felipa de parte de aquella madre preocupada.

Semanas después partieron hacia Porto Santo, en las Azores, el dominio de los Perestrello, donde se pretendía que Colón retomase la cría de conejos al por mayor, actividad en la que el difunto se había

realmente destacado.

Tuvo que aprender la ciencia de las pariciones y las enfermedades conejiles. Fueron días felices. Nació el pequeño Diego. Se hicieron los primeros embarques de pieles de roedor y de su carne salada para los esclavos de Lisboa.

Pero Puerto Santo, islote atlántico del grupo de Madeira no era el lugar para que Christovao progresase como burgués y olvidase al descendiente de Isaías, al cumia que él mismo reconocía con humildad cuando estaba entre amigos.

Felipa empezó a no compren en esas caminatas por la playa de arena blanquísima, las noches en vela mirando al mar, su descuido para con los conejos que se habían transformado en una masa devoradora de toda vegetación de la huerta y hasta de la ropa de los esforzados colonos traídos de Porto con el sueño del enriquecimiento.

Tres meses después del nacimiento de Diego, la cotidianidad se enrareció. Una vez Colón, cambiándole los pañales, tuvo una fuerte taquicardia y sudor frío: sintió que traicionaba su misión.

Los almuerzos eran a las doce, la cena a las seis. Pero podía a veces llegar inconsciente a las tres de la tarde, abstraído, con pedazos de maderas o de cañas encontradas en la rompiente y en las que pretendía ver signos o germinaciones de ese lejano continente ignoto que presentía cercano.

Una noche, volviendo a la una, le dijo a la sollozante Felipa:

—No pude llegar antes. Me quedé en el Cabo Aguja oliendo. ¡El aire traía un perfume de flores raras, de flores como de otro mundo…!

Felipa se fue agostando. Desatendió sus palomas y los conejos conquistaron el palomar. Descuidó la alegría, la paz del alma, los pequeños placeres. Se empezó a consumir en silencio como las personas finas cuando son afectadas por una desilusión para la que no tenían defensas. Se refugiaba en el bordado y la oración.

La niña comprendió que aquel hombre, un titán al acecho de su circunstancia, no miraba en el tiempo del amor. Sintió que era un hecho irreparable, una gran desgracia.

En marzo de 1484 ella pesaba 38 kilos. Seguido del pequeño Diego, él la tomaba en brazos y la extendía al sol. Si el día era tibio la llevaba hasta la fuente y con ternura la sometía a abluciones que suponía curativas.

—Debes fortalecer tu sangre —le decía—. Comer guiso de conejo con mucho ajo y zanahorias crudas…

Pero ella no pasaba bocado. Vomitaba cada vez que se topaba con una familia de conejos.

Él permanecía noches en vela, molesto porque el rumor de los cunículos devorando las maderas de la casa le impedía escuchar el

ritmo del oleaje. A la luz del candil leía y releía el libro del cardenal d'Ailly.

Consolidó la convicción: 1.- De que se podía retornar al Paraíso Terrenal, que como anotaba el cardenal: «Hay en él una fuente que riega el Jardín de las Delicias y que se divide en cuatro ríos». 2.- «El Paraíso Terrenal es un lugar agradable situado en Oriente, muy lejos de nuestro mundo.» Colón anotó al margen: «Allende el Trópico de Capricornio se encuentra la morada más hermosa, pues es la parte más alta y noble del mundo, el Paraíso Terrenal». 3.- Supo que en él no podía haber otra decoración que no fuese de joyas y de oro. ¡Por lo tanto se podía saquear, invertir en las empresas genovesas y comprar la mayoría accionaria! Por último, sí, se podía rescatar el Santo Sepulcro y reabrir el camino de Oriente en manos de la ferocidad tártara y la «cortina de cimitarras de hierro». 4.- Definió un conocimiento esotérico que no podía anotar y que confió a la memoria.

Su exaltación, en aquellos días, no tuvo límite. Su solipsismo megalómano lo alejó de la realidad. Iba y venía como alucinado abriéndose paso a patadas entre las manadas de conejos. Comprendió, con sosegada y agradecida modestia, que en él el genio había sobrepasado al humano.

En cuanto a la vida matrimonial, la ternura, como la mala hierba o los conejos, había sustituido definitivamente al erotismo. El erocidio conyugal se había consumado.

Ternura sin amor (tal vez nunca hubo amor). Lo cierto es que ella era ahora como una figura de papel desteñido. Ante sus ojos se bidimensionalizaba día a día: primero eran los pechos, después los muslos, luego el relieve del torso. Se transformó en imagen plana, en una lámina sin volumen. Al punto tal que a Christovao toda posibilidad de penetrarla carnalmente le pareció insensatez, riesgo de causar un daño irreparable.

A fines de aquel 1484 todo había concluido: ella carecía de toda *relevancia*. Era un retrato, un recuerdo, al que había que enmarcar para colgar sobre el trinchante del comedor. Los conejos ya se habían acabado con algunos pichones de colonos. Para colmo el rey de Portugal rechazó con entusiasmo y risa la propuesta de Christovao de navegar hacia Cipango y las Antillas. No lo tomaban en serio.

Los historiadores no están de acuerdo si llegados a Lisboa él la mató (o la despenó, para mayor precisión idiomàtica) o si, con discepoliana generosidad, para evitarle el oprobio de seguir viviendo con quien la había colgado en el comedor, sobre el trinchante ya mencionado, la vendió a los moros traficantes de blancas que la habrían rematado al mejor postor en el mercado de Casablanca.

Nunca se supo. Lo cierto es que nunca se halló la tumba de esa

persona que desde su nacimiento nobiliario tenía asignada una bóveda en el cementerio más *chic* de Lisboa.

Fue a partir de entonces cuando Christovao y el pequeño Diego viajaron con premura y disimulo hacia Andalucía, sin llevar bienes muebles, con escaso dinero, hasta refugiarse en el convento de La Rábida, un poco más allá de Punta Umbría.

Y mientras el padre Torres, confiado por la presencia del niño, buscaba la llave principal, Dieguito preguntó:

—Papá, ¿y mamita dónde está?

Colón sintió que la congoja lo asfixiaba. Fingió tener que orinar para no mostrarle al niño los ojos llenos de lágrimas. Cuando alguien desaparece —sea o no por nuestra voluntad— el dolor que sentimos es el dolor de los que quedan, de los que padecen la ausencia, el vacío. Todo muerto nos parece liberado. Sólo sufrimos por el vacío que *nos* deja. (Por esto los chinos, más sabios, festejan y ríen ante la realidad de la muerte. Piensan en el muerto, no en ellos.)

CAONABO, ANACAONA, SIBONEY, más atrás Belbor, Guaironex, el cacique Cubais. La deliciosa y frivola Bimbú. Todos en lo alto de la playa observando a los jóvenes iniciados que partían hacia Lo Abierto. Habían bebido las pociones necesarias y ya algunos se bamboleaban como los cormoranes cuando emprenden vuelo. El iris de sus ojos cambiaba de color. ¡Una mirada glauca, extraña, que moraba más allá del entorno!

Algunos se tendían en la arena y aullaban. Era el primer saludable horror, cuando comprendían estar disolviéndose en el espacio y pretendían aferrarse a «la realidad». Alguno se agarraba de los pastos o de alguna raíz de los palmares, pero era inútil: se sentía arrastrado por un viento de huracán (que sin embargo no movía los felices palmares). Se disolvían, por eso aullaban. Visitaban la casa del No-Ser, de la cual nadie debería olvidarse durante su corta estada en el Ser. Porque aunque Ser y No Ser son el Ser, el humano, dotado de dolorosa razón, termina en la jactancia de su efímera encarnadura, hecho definitivo, sí, pero insustancial e intrascendente.

—Pobres jóvenes —comentó la bella Anacaona, la princesa—. Sufren.

El *tecuhtli* de Tlatelolco, ocasional visitante de las islas, contemplaba también aquel viaje hacia la Totalidad de toda una generación de jóvenes.

Había viajado para ofrecer la protección de la Confederación Azteca a aquellos isleños felices, molestados por la excesiva pasión religiosa (había que reconocerlo) de los caníbales caribes: creían, teófagos, que se puede comer al dios, la belleza, su coraje. Comiendo a

los bellos tainos pensaban que perderían la fealdad y ferocidad características de su raza.

El gran jefe Guaironex, tal vez nostálgico de su propia iniciación, saltó a la playa e hizo varios pasos de danza entre los jóvenes drogados.

Sonaron tamboriles y huesos. El profundo sonido de las grandes caracolas.

Era una tarde tibia, en la vega real de Guanahani, el 12 de octubre de 1491 (para ellos, gente de las Lucayas poseedoras de un mágico calendario, era el año 16-Estrella).

Con aquel viaje a la Totalidad conjuraban el peligro de subsumirse en lo inmediato y lo cotidiano; dos peligros fundamentales, uno espacial, otro temporal. Los jóvenes aullantes se disolvían, aterrorizados, en el Espacio primordial; caían del tiempo humano en la eternidad. Visitaban Lo Grande.

Sólo después de tres días empezaba el retorno.

Las jóvenes, guiadas por Siboney y Anacaona, bailaban suavísimos *areitos* siguiendo el monocorde ritmo de los tamboriles. Cubiertas sólo con sus «naguas» rituales, minienaguas transparentes que velaban la sombra de sus *Venusberg*.

Llamados por el más puro deseo, los desaforados jóvenes iban llegando desde el Espacio. Retornaban como podían el paso, las miradas, las cosas, los rostros familiares. Aterrizaban desde una inmedible altura.

Algunos ya intentaban entrar en el ritmo de la danza. Ellas los tomaban de la mano, los conducían. Alguno se tendía entre las dunas con su recibidora. La mujer era el mejor puerto de arribo.

Uno solo, un exaltado, dijo que sobre el mar, hacia Oriente, había visto las sombras de los *tzitzimines*, los demonios invasores, las furias, capaces de quitar a los hombres del sagrado continuo del Origen. Pero nadie creyó.

Privilegiaban excesivamente la metáfora.

«Es necesario matar lo más ligero posible para que el alma del condenado salga del cuerpo con la mayor seguridad de salvarse. Eso sí: sed hospitalarios y caritativos con los viandantes.» Isabel leía las *Instrucciones* para la Santa Hermandad. Firmó con decisión. Sabía que se corrompe el alma que se demora en cuerpo de pecador. Los orientales son muy cuidadosos en este problema. (Torquemada le había hablado del bardo Thodol.) El alma: esencia etérea, puro vuelo, como un rocío.

Se necesitaba el más riguroso Orden Público.

Años de guerra civil. Años de marcha para imponer la corona.

Nada de demorarse en lo piadoso —*pitoyable*—. ¡Mejor un día de león que cien años de oveja! ¡A montar! Y marcha. ¡Marcha!

Tanto monta
Monta tanto
Isabel como Fernando.

¡Ya la caballería! ¡Y los lanceros! ¡Infantes, alabarderos, ballestas! ¡Ya que hay que morir, mejor morir a puñaladas! ¡Y fuego, mucho fuego, hasta que la unidad se imponga y la tolerancia impere! ¡Muerte a los intolerantes!

Los palafreneros —avergonzados, mirando al suelo— le tenían el estribo mientras ella montaba a lo macho en *Apolo*.

—¡Nuestro objetivo: la Cristiandá! ¡Nuestra proclama: el Humanismo!

Estaba espléndida: la apretada calza-pantalón de piel de alce, botas acharoladas. Cae abierta, feliz, entregada sobre la montura (dos monjitas se persignan al ver tan arriesgada esa femenina fragilidad que roza el arzón de la silla). Un justillo rojo con alamares dorados. Un almilla cerrándose marcialmente en un cuello estricto y por encima una corta capa-jineta, un tabardo, de terciopelo negro con cadenilla de plata (el macho con una «F» del signo de las flechas y una graciosa «Y» sobre la argollita). Sombrero de castor con pluma verde de faisán de los esteros del Pript. Y su maravilloso pelo rubio flotando al viento del galope.

¡Arrasar Madrigalejo! Se partía a la fiesta de la guerra. Días febriles. La furia y la alegría de la batalla. Un tiempo que se medía por caballos reventados: *Madrigal* que se quiebra en las cuevas de zorros de Ávila, *Apolo* que revienta en Despeñaperros, después *Banturro* insolado en el solazo manchego.

Noches de galope en las nieblas de Galicia. Tardes en la polvareda ardiente de Castilla. ¿Dónde? ¿Quién vio la Torre? ¡Más al Sur! ¡Al Sur!

Tambor reseco de España bajo los cascos. Combate contra condes indecisos y barones proclives a la insustancial legitimidad de *la Beltraneja*.

Amaneceres junto a las acequias heladas. El profundo frío de enero y el canto melancólico de la tropa en torno del fuego verde de la chopera sacrificada.

Se derribaron implacablemente las fortificaciones de Madrigalejo. Rebeldes degollados colgando de los muros humeantes. Buen trabajo de artillería con sus pulidas balas de blanco mármol traído de Carrara (abriendo las vetas donde Michelángelo encontrará el bloque impecable para *La Pietá)*.

Isabel está exhausta (para colmo se le llenó la tienda de campaña de mosquitos de campaña). Se desveló y le escribe a Fernando:

Mi rey, mi Señor. Yo y Madrigal todavía aturdidos por el estampido de los cañones cantando con sus balas, balas de Carrara. ¿Purificaste Zaragoza? Que no tiemble vuestra mano. Al menos brindarle a este desmoronado Occidente un camino de cuatrocientos o quinientos años. A propósito: ¿encontraste la sota rubia prevista por la bruja gitana? El caballero moreno ya apareció, no tengo dudas: se llama Gonzalo y es de Córdoba. Pasando a lo concreto: maravilloso el nuevo regimiento de gallegos, fíjate que sólo se desangran cuando les dan en la arteria, se diría que son macizos. Hemos puesto, con el duque de Cádiz, un criadero de gurkhas nepaleses. Se reproducen igual que los humanos, cada nueve meses, son pequeños y morrudos, óptimos para el asalto de torres. Yo, la reina.

Al día siguiente, vestida de brocato, con su manto de armiño y la corona que ya ha aprendido a llevar sin que tambaleara, entró en Trujillo precedida de sus deliciosos pero desafiantes heraldos. El pueblo, bobo, obsecuente, siempre entregado a la realeza enjoyada:

Flores de Aragón
dentro de Castilla son.

Pero, «¡Marcha!, ¡Marcha!» Esa misma noche, aprovechando la fresca montaba al frente de un grupo operativo de caballería, hacia Cáceres. Dos mil lanceros al trote masticando las aceitunas robadas de los olivares extremeños en la noche de luna.

El Orden Nuevo se consolidaba. A todas las ciudades ya llegaban los individuos negros de la Inquisición. Los niños y las mozas, inocentes, rodeaban con sonriente curiosidad a los jinetes enlutados que llegaban con docenas de mulas cargadas con una especie de taller ambulante: poleas, cordajes, ruedas y tornos, hornallas; petacas repujadas llenas de tijeras, botas napolitanas, pinzas quitauñas, ratas amaestradas, pinchaojos de bronce, escorpiones marroquíes, delicados arrancanervios, crucifijos.

Era Isabel quien había convencido a Torquemada: «¡Cómo puedes vivir, monje, en la quietud cortesana! ¡Hay que ir a buscar el pecado por las calles, por los cuerpos! ¡Debes salvarte salvando!»

Sabían que Occidente sólo podría renacer afirmándose en su raíz greco-romana.

Para la masa: renunciamiento y rosario. Para la señoría: la fiesta del coraje y del poder.

Los hombres-perros en su sitio: como plantas, como peces, como empleados públicos.

Se incrementó el culto virgomariano a extremos de paganismo. Las procesiones se multiplicaban. A cada santo no una vela sino un altar. La cristomanía no dejaba espacio al pensamiento. Se producían regimientos de monjas y curas negados a la más elemental sensatez.

Ayunos tres veces por semana. Ascesis de pan duro y agua de pozo. Exculpaciones forzadas. Flagelaciones.

Isabel los encerró en su propio absurdo y en el desprecio y temor por el cuerpo que ellos sentían.

Los curas iban con los talones desollados de tanta procesión hacia el Monte Carmelo pedregoso que se encontraba en cada localidad. Empezaron a proliferar relatos de levitaciones, visiones místicas, apariciones sagradas, retorno de difuntos con atroces descripciones del esperanzado fuego purgatorial y del desesperado dolor de las marmitas del Infierno. Los niños temblaban, pálidos, a la salida de las iglesias.

Con visión de políticos geniales Fernando e Isabel comprendieron que necesitaban un Papado a medida de su Imperio. Un Vaticano rescatado del atroz letargo pietista.

La misión del cardenal valenciano Rodrigo Borja, justamente destacada por los historiadores, fue la oportunidad de definir un catolicismo imperial, cruel y renacentista. Una Iglesia Católica que no temiese al hombre de Hombredad, que no agregase taparrabos de yeso a los luchadores de Fidias.

Rodrigo Borja sería el Papa adecuado. El Papa renacentista surgiría, a su vez, de la fuerza de los adolescentes angélicos. Tenía 42 años cuando llegó a España desde Roma. Era un atleta de ojos negros y «figura dominante y majestuosa». Un gran mundano, capaz de ejercer el poder con natural violencia.

Fue saludado en Valencia el 20 de octubre de 1472 con la noticia de la extensa matanza de judíos y conversos ocurrida en Córdoba. Llegó precedido por su guardia de negros batiendo atabales y un cortejo de músicos de cámara. Ofreció una comida de treinta y dos platos, con vinos servidos en cálices de oro, en honor de Pedro González de Mendoza, que aspiraba a ser cardenal y sería una pieza clave para consolidar el poder de los adolescentes terribles.

Pero la comunión históricamente decisiva entre Borja (el futuro Alejandro VI) y Fernando e Isabel requería una consagración.

Esto ocurrió cerca de Alcalá el 27 de febrero de 1473.

Era un amanecer no muy frío. Los jóvenes estaban en lo alto de una colina. Fernando envolvía su cuerpo y el de ella con una gran capa de fieltro que llegaba hasta el suelo. Desde lejos se veía el

promontorio coronado por una especie de cono rígido, como un monumento druida.

El cardenal Borja, sin acompañamiento (había viajado en el mayor secreto), subió a pie hacia la cima. Ya más cerca pudo ver que en lo alto del cono de fieltro surgían las cabezas de Fernando e Isabel, era inconfundible el reflejo de la cabellera pelirroja en el azul-gris de la neblina.

Fernando estaba tras ella, contra ella, y la poseía con serena continuidad. La capa se transformaba en morada, en apartamento de los tensos cuerpos enlazados. Las piernas entreabiertas de ella compensaban la menor altura del monarca-íncubo.

La escena tenía una inefable potencia ritual.

Alcanzaron el orgasmo —apenas un temblor de delicia— cuando el prelado estaba a pocos pasos de aquel *mandala* erótico.

Era la suprema consagración, la santa nupcia, el engendramiento de la nueva Sinarquía.

Nacía el Imperio y una Iglesia Católica-imperial que arrojaba el lastre de torvo y beato cristianismo. Durante un instante Rodrigo Borja se detuvo ante los adolescentes que abrazados e inmóviles, con los ojos entrecerrados, descendían por el ter ciopelo de la laxitud de los amantes saciados en la máxima altura, realmente comulgados. Luego deslizó su mano derecha, con el gran anillo nobiliario, en el interior del cono de fieltro y alcanzó en el muslo tibio de la princesa una gota de aquel precioso esperma, surgido del más puro y potente amor, y con él untóse la frente.[1]

Fernando dejó caer la capa y los tres se hincaron sobre la gramilla fresca de rocío. Se tomaron de la mano y con callada unción, siguiendo la voz timbrada y baritonal del cardenal, entonaron tres padrenuestros y tres avemarias.

OSCILABA COLGADO DE LA VIGA, el cuerpo del señor Gutiérrez Gordo, poderoso comerciante que no había comprendido el signo antiburgués y antiliberal del nuevo orden imperial.

Fernando pacificaba Zaragoza.

Había invitado a comer a ese opositor encumbrado y a una señal, a los postres, la guardia lo colgó de la viga. Era un rebelde.

Apenas oscilaba. El vientre oval, cubierto por la seda de Flandes del chaleco, era un péndulo. Fernando recordó el péndulo del horómetro de la catedral de Berna.

Siguió pelando la naranja. Después se hizo traer el cartapacio, sopló las migas de pan y le escribió a Isabel tan empeñada y alejada en su guerra civil por los campos de Castilla:

…naturalmente le dejé terminar sus natillas. Goloso, dicharachero.

¿Has encontrado la sota de ojos verde-mar? Me dicen que en los juegos de barajas aragoneses todas las sotas tienen ojos pardos. Sólo los caballeros y dos de los cuatro reyes tienen ojos azulados. Pero hay que insistir: todo Imperio Se basa en un almirante y un gran mariscal.

La pacificación de Zaragoza es una pesadilla. Mi único placer son las partidas de caza con el arzobispo de Zaragoza que ya tiene diez años y por suerte está incontaminado de catecismos y de astucias vaticanas. ¡Físicamente hasta se me parece un tantico![1]

Nuestra diversión en estos días sombríos es correr entre los peñascales con Beatriz de Bobadilla —la sobrina de la marquesa de Moya—. Yo sigo un poco de atrás a la grácil amazona y al arzobispo. ¡Qué refrescante sus carcajadas cuando persiguen la zorra! ¡Quéfresca y perversa inocencia! Mi halcón menor, Copete, ¿recuerdas?, ha sido molestado durante todo su largo vuelo de esta mañana por una golondrina primeriza. Todos sus picotazos fueron en vano. Volvió a mi hombro mortificado, sin presa, con el corazón agitado por la infortunada correría. Tuve que soplarle aguardiente bajo las alas, como hacen los galleros. Pero estoy seguro de que mañana o pasado el astuto Copete se las hará con la golondrinita. Mientras redacto estas líneas lo escucho aletear, inquieto, en su jaulón de hierro. Fernando.

Isabel comprendió que inexorablemente caía en la peor angustia, la de los celos. Su viejo enemigo invencido. La nube negra que le arrebataba la paz del alma. ¡Esa bandida! ¡Golondrinilla!

A la postración de la tarde siguió el terrible embate del ardor. Fue una noche de lobas alzadas. La tienda de campaña se le llenó de sombras y susurros desesperadamente nupciales. El viento le pareció un gemido de doncella entregada.

El padre Talavera y el conde de Benavente —uno apelando a la fe y la decencia, el otro a razones de Estado— trataron de calmarla.

Le dieron tisanas. Por momentos se dormía pero se despertaba en seguida de un grito profundo (de leona parida), envuelta en sudor frío. Castañeteaban los dientes.

Esta atroz excitación se contagió a los lanceros que empezaron a merodear por el campamento. Sin saberse por qué se liaban a trompadas y mordiscones. Ganduleaban agresivos. La disciplina militar se resentía peligrosamente.

Al amanecer, ante lo insostenible e intenso de la crisis, se resolvió: mandó un mensajero a Fernando ordenándole encontrarse en secreto a mitad de camino, en el convento de Almagro.

¡Esa Bobadilla haciéndose la niña irresistible! Sabía por su tía, la marquesa, la mejor amiga de Isabel, que aquella adolescente, normalmente desarrollada para su edad, no era justamente la

compañía ideal para un joven arzobispo bastardo.

A su paso por la corte había sorprendido sus intencionadas excentricidades. Sobre todo su afición a las vestiduras metálicas: era la única en usar *toneletes* de bronce delgado a lo largo de los muslos. Los *toneletes*, alguna vez de moda en la escandalosa corte borgoñona, tenían la cualidad de alzar y pronunciar el perfil de las nalgas apretadas (en el caso de la excitante Beatriz) con un pantaloncito de pana negra. Desde la mítica Juana de Arco el fetichismo de la «virgen blindada y amazona» excitaba la imaginación de los adolescentes principescos.

También se hablaba de su orfebrería íntima que labraba el renombrado Stanislav Mahler (que décadas después sería famoso por la factura de la armadura de don Juan de Austria que hoy se admira en El Escorial). Famosos eran sus cinturones de castidad (que Beatriz usaba autónomamente) con camafeos con escenas de caza o con escudos cincelados por artesanos de Toledo.

Decíase en mentideros de Corte que Beatriz corría en las noches de verano, entre los alabarderos de los puestos de guardia, con esa medieval vestidura. Le gustaba —reía como loca— ver a los capitanes iracundos peleándose o probando falsas llaves. La verdadera la escondía en su dormitorio bajo la estatuilla de la Virgen del Carmen, su gran devoción. (Se dijo también que fue Fernando, el meticuloso hurgador, quien dio con la llave justa.)

La furia de Isabel al recibir la carta respondía estrictamente a un rito de renovación de un ardor que no alcanzaba a extinguirse.

Por su parte, Fernando necesitaba aquel mecanismo de venganza erótica ante la superioridad isabelina: el latín, que nunca terminó de aprender, la gracia de la estirpe, la poesía de Petrarca, la caligrafía. Debe recordarse que él era retacón, robusto, abaturrado y negado a *l'imaginaire*. Isabel tenía tobillos delgados y éste es un dato esencial, en su empeine se podía observar una delicada nervadura de venillas azuladas y tendones tensos como de potra normanda. Estos tendones eran notorios en la nuca: encerraban un valle de fino vello que delataba la alcurnia lancasteriana de la Trastamara, estirpe que recibía por vía de don Juan de Gante.

En cambio los pies de Fernando eran simplemente asociales, con escamas y cutículas de lagartos desafortunados.

Todo eso cuenta, tiene importancia.

Estas diferencias sexisociales se manifestaban en las noches cuando se enfrentaban sus deseos, en la guerra del ardor. El pene de Fernando emitía un zumbido grave, seguro, de tendero complaciente que canturrea al ordenar la estantería. Del *yoni* isabelino, en cambio, surgía un suave silbido, como el llamado apenas audible de las orquídeas colombianas en tiempo de celo.

ISABEL PARTIÓ A REVIENTA CABALLOS desde su campamento sito donde hoy es Venta del Prado (sobre la Nacional 630).

—Vamos. ¡Vamos! ¡Espolead!

Galope alocado. Iba obsesionada por la imagen de la insolente Beatriz, cabalgando delante de Fernando y el niño arzobispo, con sus provocadores *toneletes*. Este fantasmón, dolorosamente embellecido por los celos, desaparecía y resurgía en el polvo del camino.

En el amanecer caliente los aldeanos vieron pasar a desbocapotros a una carmelita empolvada y rígida que parecía perseguida por ese pelotón de jinetes malhumorados que no lograba darle alcance y lucían insulsas máscaras de polvo amarillo.

Botijas. Villamasías, Orellana la Vieja y, después, la puebla de don Rodrigo con su agua amarga y los chiquillos panzudos mirando a la monja de ojos brillantes que lleva —curiosamente— una daga a la cintura.

Por su parte el enigmático franciscano —con un perfil carente de benignidad y la humildad esperable en esa Orden— entraba en La Mancha, por la ruta de Teruel, buscando el alivio del Pantano de Alarcón, con los cascos de la caballada roídos por el pedregal aragonés.

El ardor interior de ambos crecía y era peor que el de afuera.

Convergieron al convento de Almagro con pocas horas de diferencia, después de dos días y dos noches en el viento del deseo.

El franciscano dijo ser profesor de latines. La carmelita aseguró que llevaba instrucciones de la Orden para el convento de Barbastro.

Sólo casi dos siglos después, en Venecia, en 1687, se publicó el relato del *abad-voyeur* en la colección titulada «Picaresca Castellana». Despojando la pornografía de época, se puede inferir que después de las abluciones en el aljibe se encontraron en una celda de penitenciarios. Dice el abad: «Rodó el sayal hasta sus pies alabastrinos y a la luz de la noche de luna apareció su maravilloso cuerpo desnudo. Apenas conservó, como incitante prueba de su condición religiosa, la toca almidonada y blanca como las alas del ángel de mármol que custodia la tumba de Lorenzo de Médicis en Florencia. Cuando se descubrió el pelo bajó en torrentes rubios, oro fundido en la ladera de un volcán. Saltó como un leopardo que algún desatinado hubiere encerrado en una bolsa».

La noche de los penitentes fue larga e intensa.

A la mañana siguiente, en el refectorio, después de maitines, el abad pudo comprobar que por sorprendente coincidencia los sueños de los seminaristas habían sido de naturaleza zoológica: uno dijo que había visto un asno que agonizaba lanzando roncos rebuznos; otro que una hiena verde himplaba entre los arcos de la colegiata; un joven

asturiano explicó la pesadilla de un nudo de lobos que aullaban formando un ardiente ovillo que rodaba fundiendo la nieve.

El abad, que evidentemente no había dormido bien y estaba de pésimo humor, ordenó silencio y la lectura, desde el atril, del «Martirio de Santa Lucía».

A la salida, el padre Azcona observó:

—Es curioso que el franciscano y la carmelita que llegaron ayer hayan partido sin desayunarse y sin escuchar misa. ¿Alguien los vio en la capilla?

Y el abad:

—El caballo que murió al amanecer junto a la alberca…, ¿habéis ya ordenado sea carneado? Tal vez fue el causante de los relinchos…

(El noble *Madrigal* que reventó por saciar incautamente su sed de caminos ardidos y de las espuelas de la carmelita, fue descuartizado y salado para uso conventual. La cabeza, el rabo y los cuartos para la caridad parroquial.)

DURABA SIETE DÍAS Y SIETE NOCHES la fiesta al conde de Cabra. Nunca se había visto cosa igual en Castilla. Desde su epicentro hacia los arcos externos, la espiral dextrógira se agitaba, bullía Ingresaba el conde en la esfera íntima, última, de los reyes: era consagrado SS.

Isabel usó para la ocasión su privilegio excluyente: el color verde en un traje de seda con mangas bobas. Lucía el famoso collar de rubíes y un cinturón ancho con incrustaciones de lapizlázuli. Sombrero cónico de armazón de alambre de más de tres pies de altura y de cuyo ángulo descendía un tul de cinco metros que Se movía como niebla, a voluntad de la brisa.

Saya carmesí con verdugos de tisú de oro y cuando refrescaba una estola de hebreítas pelirrojas, regalo de los parientes germanos, implacables cazadores.

Imponente. La cara coloreada con polvos de Alejandría. Perfume natural, de azahares exprimidos.

A su lado Fernando. Todo de negro con calzas y botas altas. Sombrero de castor negro con pluma de avestruz, negra. Sobre el pecho, en pintura plateada, cinco grandes lagrimones para simbolizar la pena por la permanencia mora en suelo ibérico.

Atrás iban el conde y la condesa de Cabra. De blanco impoluto —color de los sacrificados y de los homenajeados— la caras pintadas de amarillo salvo los párpados de ella, en malva tornasolado.

Detrás los marqueses de Moya en simulacro de reyes moros vencidos (tal vez Boabdil y su madre).

Torquemada, necesariamente sin pareja. Sotana zurcida, descalzo.

Tieso, porque el cinturón de espinilla se le clavaba en los riñones a cada paso.

Beatriz de Bobadilla, siempre extravagante, en una armadura de acero azulado con casco y visera bajada, pero con una inquietante bragadura de terciopelo rojo en el entrepiernas. Como naturalmente no podía caminar, la transportaban en un carrito del que tiraban dos disparatados enanos húngaros vestidos a la usanza marinera.

Avanzaban, solemnes, hacia el sitial de honor. Inaugurarían el baile. Una doble fila de heraldos carpaccianos los anunciaba con más entusiasmo que afinación. Pífanos. Tamboriles. Caramillos.

Isabel, malhumorada por el protocolo:

—Basta de guerras civiles. ¡Qué demora! ¡Lo que necesitamos es una guerra santa!

Y Fernando, prudencioso:

—No es tiempo. No es aún tiempo, señora. Mejor dar antes con la sota de ojos azules y consolidar al caballero moreno…

Los portugueses, torpes y ambiciosos, habían entrado por Extremadura. La pequeña *Beltraneja*, ebria de legalidad, los capitaneaba seguida por el rey Alfonso, su flamante marido-blanco (salieron en trágica campaña —se verá— antes de consumar). Obeso y pésimo militar que más que una luna de miel estaba recibiendo la hiel de Marte. (*La Beltranejilla*, cabalgando furibunda, parecía decir: «¿Has visto, Isabel? ¡Yo también conseguí un hombre, un rey!»)

Cuando el baile comenzó, Isabel, muy seria, hiératica por la presencia del tul embrollón, sacó a bailar a doña Leonor de Luján.

Fernando prefirió a la Aldonza Alamán para cubrir las sospechas con sobreactuada soltura. (A veces el descaro es mejor que el disimulo.)

El baile era aperitivo. A la media hora pasaron hacia las mesas tendidas en torno de una vega natural, cuyas piedras —para imitar artificios borgoñones— habían pintado de dorado.

Mientras servían vinillos frescos y entremeses fue presentado un asombroso juego de relojería especialmente encargado para los homenajeados. Una docena de cabras mecánicas, en latón finamente cincelado con rizos, vellones, rulos, giraban sobre tres discos engranados movidos por un torno que buscaba la energía inicial en dos mulos cubiertos —para no traicionar la moda mecanicista de la época— con chapas cuadrangulares.

Al pasar frente a la mesa principal las ovejitas lanzaban un sibilante balido apenas metálico.[1]

La condesa de Cabra no pudo retener una lágrima de emoción ante la fineza y el dispendio de los soberanos.

En la taberna «A La Nueva Falange» se improvisaban «picadas». Era un hormigueo de ambiciones. Colón comprendió que había llegado el momento de arriesgar.

Se comentaba que las tendencias científicas, poéticas y musicales estaban fracasando. Los inventores y explicadores salían maltratados. Los trabajadores del erotismo y los armeros novedosos eran un poco más afortunados.

Ulrico Nietz se contaba entre los desdichados. Se había presentado como predicador. ¡Visionario independiente en aquellos tiempos en que los delirios estaban ortodoxamente organizados!

Lo trajeron malherido después de la paliza de una patrulla de la Hermandad.

El azar, las vueltas de la vida: más de veinte años después, el destino que parece inventado por un novelista principiante, hacía que le tocara a Cristoforo ahora Cristóbal, calmar a Ulrico Nietz de su paliza y ponerle compresas de vinagre en las magulladuras. Le hizo beber agua de pozo.

El lansquenete retirado contó en sus momentos de lucidez: había alcanzado con sigilo y nocturnidad la esfera íntima del poder. Pudo entregarle a un eunuco del servicio isabelino un desesperado mensaje filosófico que fue malentendido como un *billet doux* de uno de los tantos maniáticos sexuales. En realidad decía: «¡Adelante! ¡El hombre es una cosa que debe ser superada! Estamos en la medianoche que precede al glorioso amanecer del superhombre. ¡Adelante! No detenerse en la moral que sólo es el refugio de los viejos y los enfermos; los negadores de la vida».

Lo reventaron a palos. Lo dieron por muerto y lo echaron a la zanja. Los bigotazos teutones ensopados en fango. Por suerte la jauría vagabunda ya había comido y prefería un lujurioso siesteo.

—¡Di tu palabra y rómpete! —murmuró, burlón, el alférez de la Hermandad al terminar la faena de garrote.

El lansquenete, alemán al fin, no comprendía que los dioses y los superhombres *son* y detestan la retórica.

Al ser descritos, nombrados, se enfurecen como si el nombrador les robase el fuego y lo extinguiera entre los pliegues helados del *logos*.

Una vez más Ulrico Nietz había sido rechazado por la comunidad. El puro instinto que no resistía ninguna racionalización o «teoría del instinto», lo había agredido. En el fondo era saludable. El Carro del Poder se había echado a rodar. Isabel y Fernando irían encontrando a sus héroes, sus superhombres (Gonzalo de Córdoba, el chanchero Pizarro, el amoral genovés, el aventurero Cortés. Superhombres carentes de toda teoría de suprahumanidad. Sin piedad ni grandeza visible. Para España encontrarían el cardenal justo, Cisneros, que

diría: «El olor de la pólvora me es más agradable que el de los más suaves perfumes de Arabia».)

Ulrico reconoció a Cristóbal:

—Creo que alguna vez te dije que lo que no nos mata nos hace más fuertes…

También Cristóbal había fracasado en su ambición de alcanzar el epicentro. Desesperado de esperar en vano, de ser desconocido, de no ser encontrado por quienes lo buscaban y no lo intuían; se había agregado a una «picada» de la corporación de productores de naranjas. Fue un gesto oportunista e infecundo.

Habían compuesto un gran carro alegórico con la diosa Ceres y tres grandes esferas, color naranja, repletas de mermelada. La alegoría era tirada por seis yuntas.

Colón y cinco mocetones iban sumergidos en la jalea. Al pasar frente al palco de los monarcas debían saltar a guisa de gnomos frutales y cantar estribillos en favor del precio-sostén de la naranja y de las barreras aduaneras.

Pero fue una ingenuidad pensar que aquello podía ser interesante. No les dieron paso y al llegar a la explanada de acceso al campo fueron saqueados por los gitanos de los arrozales. Dos saltimbanquis murieron ahogados en dulce.

Dos días después Colón participó en una posibilidad que creyó apta para transmitir su mensaje.

Se trataba de una alegoría mecánica preparada por inescrutables técnicos germanos. Era una ambiciosa representación del sistema solar. Grandes bolas coloreadas que giraban en torno de altas pértigas. Suspendido de un volatín, desde el mástil más elevado, Colón voltejeaba con una malla dorada, de Apolo, divinidad rectora y ordenadora, conjuradora del caos estelar siempre amenazante.

Desgraciadamente su elíptica hízose errática porque los moros ciegos que movían el torno estaban divididos entre integristas y baasistas. Las cartulinas doradas que le cubrían el torso se fueron desprendiendo. Terminó en un fracaso. Apenas pudo gritar su mensaje, ya bartoleando:

—¡La Tierra es plana! ¡Se puede navegar hacia Oriente sin miedo de caer en el vacío! ¡Es plana! ¡Se pueden alcanzar las Indias y la especería!

La burlona Aldonza Alamán, al lado de Fernando, dijo picarona:

—¿Por qué no agregar un poco de pimienta al vino de Su Majestad?

Desde las rendijas de su visera acerada, Beatriz de Bobadilla había considerado atentamente el vuelo bobo de Apolo, su torso de atleta desafortunado.

Isabel ni siquiera levantó los ojos: discutía con el jefe de gambuza el presupuesto exorbitante del banquete. Después se enfrascó con Torquemada (Torquemada enfrascado era como un escorpión tunecino encerrado en un vaso con tapa, que es como se les suele cazar) en un largo relato de premoniciones manifestadas por angustiados *revenants*. Tenía el monje sin duda eso que los italianos llaman el *fascino*. Era un hijo de la noche y de la niebla. De vez en cuando una gota de sangre rodaba desde el cilicio por sus muslos helados y terminaba cosquilleándole en el tobillo.

Así fue transcurriendo la primera semana del festejo. Aparte de las asombrosas cabras mecánicas, alarde técnico tan ligado al motivo del homenaje, lo mejor habían sido aquellos tres ilusionistas napolitanos que lograron hacer desaparecer tres imponentes pavos trufados transformándolos en tres gorriones fritos que aparecieron patitas p'arriba al destaparse las fuentes de plata.

Aparte del cordero y de los mencionados pavos, el cronista goloso anotó los siguientes detalles del homérico menú (cena y *souper):*

I Capirotado de salomo, salchichas, perdices.
Ánades a la salsa de membrillos.
Ternera con salsa de oruga.
Zorzales asados sobre sopas doradas.
Truchas fritas con tocino magro.
Ginebradas.

II Ollas podridas
Empanadillas de pies de puerco.
Palomas torcaces con salsa negra.
Buñuelos de viento (*pets de nonne)*.
Manjar blanco.

Y describe frutas, panadería general, conservas, suplicaciones, largas listas de vinos locales e importados del Francocondado.

EN ESOS DÍAS AMENAZANTES llegó a «A La Nueva Falange» una partida de la Hermandad en inspección. Caras yermas, en cuero crudo. Ojos lisos de jugadores de chinchón, opacos a todo brillo humano.

Exigían pruebas de cristiandad. Colón sintió la cercanía del fin. En el fondo cierto alivio. El terrorismo de Estado lleva a esa insana dialéctica de preservación y fuga y —al mismo tiempo— de entrega, deseo de enfrentar definitivamente lo peor. Nervioso, tuvo que cortar a cuchillo una de las cintas anudadas de la caparazón de tortuga cubierta de pana afelpada del mismo color de las calzas. Este

indumento defensivo era común en la época. Se sabía que el único macho del reino animal capaz de atentar contra los testículos de su enemigo es el hombre.

El jefe de la patrulla observó con desconfianza profesional. Un esmirriado subalterno andaluz asesoró al jefe:

—Rabón, pero vale. ¡Vaya!

Colón, como muchos otros, procedió a guardar su credencial orgánica con el cuidado que la gente humilde dedica a la documentación personal.

El amenazador alférez, con una voz más aguardentosa que castrense:

—Buscamos a un rubio, de ojos azules, que podría ser marrano. ¡Orden del rey! —Mostró una sota de un juego de baraja.

Se le aflojaron las rodillas. Comprendió que, como decía elegantemente su tío Bavarello, «se le habían soltado los ríñones». La caparazón de tortuga se llenaba de líquido caliente, triste.

La prostituta toledana, frente a su invariable plato de natillas, lo miró con sorna.

El alférez le mostró la sota.

—*Mai visto* —dijo Cristóbal, mafiosamente evasivo.

En el terror había vuelto al idioma madre.

Eran gallegos y andaluces. Habían recibido la orden pero no sabían qué quería decir rubio y tampoco estaban seguros del color que correspondía al vocablo «azul». Además, la sota negra de la baraja tenía dos zapatillas planas, de torero, y no espiralados zapatos amarillos de chulo milanés.

Cristóbal estaba seguro del *pogrom*. No podía imaginar que a alguien pretendiese necesitarlo o beneficiarlo. El genio es escéptico por definición.

Se demoraron ante el cuerpo echado de Ulrico Nietz. Creyeron que fingía agonizar. Lo golpearon malamente con el asta de una alabarda.

Nietz entreabrió sus ojos amarillos, de fiera rousseauniana perdida en el claro del bosque.

Fue nuevamente golpeado porque en su delirio pretendió abrazar al alférez llamándole «rey Fernando». Con voz ronca, en su idioma natal, creyéndose expirar quiso entregar generosamente lo esencial de su testamento:

—Gott *ist tot! Gott ist tot!*

Imploró para que anotaran el mensaje y abrazando una pierna del esbirro volvió al alivio del desmayo.

El andaluz que había estado guerreando en Flandes tradujo con esa incapacidad ibérica para los idiomas:

—Dice que Dios es tonto. Eso es lo que dice. ¡Vaya novedá!

ERA EL NOVENO DÍA DEL BANQUETE al conde de Cabra. Anochecía en el Campo Real y la brisa movió una promisoria humareda desde las parrillas. Preparaban picatostes de ubres de ternera, cabritos mechados, perdices, morcilladas y aves finas —faisanes y pavos— para rellenar los aperitivos arteletes que se servirían sobre sopas de natas.

Los mozos de sumillería trasegaban los vinos de Galicia, de Rioja o de Francia de los nobles botijos a la cristalería de la mesa real.

Una orquesta alegre trataba de seguir los lances de la *troupe* de trapecistas turcos; ellos con nietzscheanos mostachos, ellas con sus amplias grupas resplandecientes de lentejuelas y pedrería barata pero multicolor.

Fue entonces cuando se escuchó la correría de los guardias y un vocerío irrumpente:

—*¡La Beltraneja! ¡La Beltraneja!* ¡Es ella! ¡Es ella misma!

Los capitanes percanzaron sus cabalgaduras que mediaban en el fondo de los potreros y en la oscuridad.

Se oyó la jauría de mastines y perros lobos que rodeaba la vanguardia portuguesa.

Al frente llegaba doña Juana, *la Beltraneja*, montando en pelo uno de esos increíbles percherones teutones, de la tropilla baya.

Derribaron tiendas de campaña, la capilla al aire libre, las letrinas reales, las parrilladas y las mesas, hasta estropear la pista de baile.

La Beltraneja, irónica, vengativa, implacable, pero nunca alegre, ni siquiera en el triunfo y la humillación del enemigo, dio una vuelta completa en torno de las mesas principales.

Se paró de patas su percherón con trencitas en la larga crin de los cascos. Ella parecía efímera en el lomo de descomunal anchura, diríase un angustiado faquir raptado por un corcel velazqueño.

—*¡La Beltraneja!* ¡Montar! ¡Montar! ¡Que el primero de lanceros cubra el flanco sur!

Ruido de espadas. Zumbidos de flechas. Un perdido dardo de ballesta cruzó el real y se clavó melancólicamente en la *viola di gamba* de la orquesta.

Los capitanes forzaban sus cabalgaduras, la infantería se organizaba, pero ya era tarde, el vejamen se había cumplido.

Fernando sólo atinó a quitarse su sombrero de plumas y a saludada ceremoniosamente, como haría el vasallo con su reina. *La Beltraneja* palideció de rabia mientras el descomunal perdierón caía sobre sus manos después del corcovo.

Aquella vanguardia que impuso su hedor portugués sobre el aroma incitante de las parrillas, no tenía por objeto el triunfo armado sino el desafío, la humillación: cruzaron el campamento y ya se perdían en

las penumbras del oeste. Los mastines más duchos, y los más incautos, se arriesgaron un instante en el resplandor de las brasas para premiarse con las ubres y el resto del cordero mechado.

Isabel no podía resistir la afrenta. El conde de Cabra vio, fascinado, cómo rasgaba la estrecha falda verde a lo largo de toda la pierna, hasta la ingle, y de un salto montaba a horcajadas sobre el caballo más cercano (desgraciadamente uno de circo, con un penacho rojo, que los trapecistas turcos tenían reservado para ejecutar el doble salto mortal desde la invariable quietud de su anca).

Isabel se hundió en la oscuridad, orientándose por el instin tivo odio hembra-hembra. Después de un cuarto de legua vio la fosforescencia del sudor de la tropilla de percherones ya alejándose por el camino de Extremadura.

Exigió un supremo esfuerzo a su corrupto caballo mercante. Oía las histéricas carcajadas de *la Beltraneja:*

—¡Yo la reyna! ¡Yo la reyna!

Cuando Isabel creía alcanzada, ella, experta rejoneadora especializada en la escuela portuguesa, hacía caracolear a su cabalgadura y salvaba las ancas de los golpes de la daga isabelina. Sobre cuernos, palos. Isabel se sentía a punto de sollozar de humillación. Volvió al trote, para colmo acosada por la rezagada jauría portuguesa.

Aquel incidente significaba el fin de *unstatu-quo* falso. Todo llevaba ahora a una definición de la larga guerra civil que sería la base del nuevo orden.

Isabel arengó al pueblo de este modo:

—¡Tú, señor, que conoces el secreto de los corazones, te suplico que oigas la dolorida oración de tu sierva y nos muestres el camino de la verdad y la legitimidad con que estos Reynos me pertenecen!

Isabel sabía que no podía consolidar un Imperio, dominar al mundo y frenar la expansión del Turco hacia Occidente sin una sangrienta guerra civil. Sabía que el fuego que se exporta para someter a los otros pueblos y crear un Imperio no es más que la llama del fuego de adentro, el de la guerra civil.

La derrota final de los portugueses después de aquel tiempo de horror se produjo sobre el Duero, a tres leguas de Toro. Nunca rabia parecida movió las espadas. Muñones, coágulos, caballos espantados que corren sin destino. El viejo odio encontraba su cloaca de inocentes, como siempre.

El rey Alfonso tuvo que huir por el camino de Francia. Su esposa-virgen, *la Beltraneja*, volvió con su tropilla de percherones y perros fatigados. Se encerraría para siempre en un convento, sin dejar de firmar como «Yo la reyna» sus pedidos de ropa blanca y lana para

tejer.

FUERON LOS AÑOS MÁS DUROS DE ESPAÑA. El fuego recreador de Fernando e Isabel se ejercía con la imprecisión del más puro terrorismo. Colón trató de pasar inadvertido durante los cuatro años de guerra civil, luego de la desdichada interrupción del banquete al conde de Cabra.

Su hermano Bartolomeo, también agente discontinuo de las multinacionales genovesas, intentó vender la cosmología de Cristóbal en la Corte de Inglaterra. Fue un fracaso.

Colón pasó aquellos años de terror en Córdoba, disimulándose en un humanismo nacionalista. Se hizo asiduo de la farmacia de los Arana en la calle de San Bartolomé, donde todas las tardes se reunía una peña de conversos para elogiar el antisemitismo y acusar la desidia y burocratización inquisitoriales. A veces denunciaban a algún conocido, para estar seguros uno o dos meses.

Torquemada y sus dominicos iracundos avanzaban por campos y ciudades e iba apareciendo una realidad aterradora: ¡todo estaba contaminado! Desde un siglo atrás, cuando arreciaron las persecuciones, la sangre maldecida se había filtrado en toda la sociedad.

Las cifras de deportaciones y ejecuciones eran espantosas. En una sola semana de 1487 Torquemada escrutó 648 penes. Su sumaria urología no conocía descanso. «Robaba horas al sueño», como se diría de los héroes de la ciencia.

El mal había calado muy hondo. Muchos hebreos se habían refugiado en la iglesia: entraba carne *koshe* a la mesa de más de algún arzobispado. Se vendió mucho cristiano nuevo por la afición a cocinar con albahaca, a la fritura con sartén, o porque los sábados comían sencillo.

Todo urinario público se había transformado en fuente de delación.

En la Corte, en la Magistratura, en la jerarquía militar aparecía la nariz ganchuda, o las orejas extrañamente separadas, o la mirada alebrada que indefectiblemente denuncia al hebreo.

El sórdido terror cotidiano era aliviado por las sanas violencias de la guerra civil.

En la farmacia de los Arana se empezó a sentir que el cerco se estrechaba. Detrás de las risas para festejar las bromas y del de vaneo erudito había una perceptible vibración de angustia, el temor por el taconeo decidido de la patrulla de la Hermandad y de los dominicos torturadores que merodeaban pidiendo limosna y espiando todo.

—¡Nada de juzgar! ¡Fuego! ¡Prueba de Dios: si arde es porque es judío! Cristiano viejo no arde: es como la leña verde del Árbol de la Vida…

En aquella medianoche Colón trabó una importante y extraña relación que comenzó con un sobresalto.

En la penumbra de la farmacia (aún no había llegado quien encendiera las lámparas) sintió un temblor: vio a Felipa Moñiz Perestrello. Pálida y bellísima. Su corazón golpeaba. Tuvo que sentarse en el tonel de las sanguijuelas. Un zumbido de desmayo en los oídos.

Entonces, observándola, comprendió que no. Que era Beatriz Enríquez Arana, parienta pobre de los farmacéuticos, hija de modestos cultivadores de albahaca, ajo y canela, ejecutados por Torquemada —tío de Beatriz— que destruía en ellos la prueba de su propia judería.

Beatriz, que se había escondido en el granero, fue recibida en la farmacia como una persona que, sin haber fallecido, tenía la serenidad y el despojamiento de quien pertenece al reino de los muertos. Por esto, nadie la importunaba con proyectos o acercamientos afectivos. Todo rayo de luz —natural o artificial— al llegar a su rostro parecía resplandor de llamarada de hoguera.

Tenía una mirada dulce, resignada, y desde el primer día de su llegada colaboró en las tareas más humildes. Por delicadeza, nadie le pedía al anochecer que encendiera los cirios o que fuese a buscar la brazada de leña para las hornallas. Pero comprendía todo, y con humildad ejemplar tomaba el yesquero y se ponía en acción.

Así fue cómo Cristóbal pudo asegurarse de que no era la otra finada. Vio un perfil delicioso, su cuerpo de 18 años y el pelo lacio que caía sobre la frente cuando se arrodilló para soplar las brasas y avivarlas.

Tres días después, al observarla en la misma labor, Colón se sintió movido por una sana animalidad.

Desde su sobreactuada —defensiva— catolicidad tal vez quiso demostrar que, en cuanto judía y sobreviviente, Beatriz era sólo un objeto. Se le acercó y con decisión le metió una mano bajo el vestido. Todos lo veían. Pero no podía presumirse compromiso erótico: ella carecía de existencia.

Lo miraba en silencio. Tal vez lo comprendía. Era una relación cómoda que no podía suscitar comentario alguno. Era considerada menos que una cosa: era una cosa infame, sin, ni siquiera, posibilidad de comercialización. Menos que una prostituta mora.

Se entregaba dócil y dulce y nunca alcanzaba el orgasmo (seguramente sentía no deber merecerlo, o quizá, como diría Thomas Mann, «temía apegarse a la vida»).

Pero Cristóbal, por causa de la degradación metafísica, tampoco la sentía real. «Era como de carne, pero…»

Beatriz veía sin pena el día que se iba y sin ninguna alegría el que

comenzaba. No era sabiduría oriental. Simplemente se había cansado de tener miedo y de imaginar la propia muerte violenta.

Estaba convencida que el fin era lo mejor para dejar de estar en lo peor, que es la angustia.

Su situación existencial era de tal desolación que nadie podía pensar que se quejaría por la sopa fría o por haberse cortado el dedo mientras picaba el perejil.

Y, sin embargo, ninguna mujer retendría a Colón como aquélla. La no-relación, basada en el desprecio de un cristiano exaltado por una judía condenada, duraría veinte años (hasta la muerte).

Cada coito tenía el secreto encanto de un viaje órfico un descenso al mundo de los difuntos. Ella habitaba el terreno de la muerte. Era una condenada que los verdugos parecían haber olvidado después de equivocarse de domicilio en el primer intento.

Desde que andaban juntos (aunque no unidos) ella lo seguía tres pasos atrás, siempre silenciosa, grácil, dispuesta. Cuando entraban en la farmacia ella se ubicaba detrás del mostrador, para su tarea de servicio; él se sentaba en el rincón de tertulia en el sillón privilegiado.

La premuerte (de ella) los mantenía despegados. Cristóbal tuvo que viajar a Murcia. Al volver a la farmacia le preguntó:

—¿Vos todavía por aquí?

Ella asintió bajando los ojos, como si sobrevivir fue se una casualidad o una travesura.

En la farmacia o en la casa tenía cerca, invariablemente, la modesta valijita con el ajuar breve, carcelario, que pensaba le sería tolerado en las mazmorras del Santo Oficio, antes del sambenito de rigor para la etiqueta de hoguera.

Cuando Colón se explayaba sobre la indispensable necesidad de eliminar a los judíos, ella lo apoyaba con un gesto desde el mostrador. Él hablaba de la pureza de sangre, de la relación profunda con la tierra, de centrar todo en Un Reyno, Un Pueblo, Una Fe.

A los nueve meses, con nada asombrosa puntualidad, nació Hernando Colón (el historiador). Cristóbal lo bautizó así en homenaje al rey.

Ella alzó al pequeño envuelto en una mantilla de lino y se lo entregó a Cristóbal ostensiblemente, delante de la partera y los vecinos, como diciéndole: «Toma. Es tuyo y sólo tuyo. Yo apenas lo parí, pero soy judía…»

PERO LA INQUIETUD DE CRISTÓBAL fue en aumento. Se sentía espiado, observado. En esos tiempos no se sabía, como en todo terror, si a uno lo llamaban para ponerse la capucha del verdugo o del ajusticiado.

No sospechaba que su ambición se estaba confundiendo con la de otros.

El *pogrom* avanzaba hacia dimensiones insólitas. Todo terminaría en apropiación de bienes y tierras. En la temida expulsión masiva.

La diáspora buscaba una tierra para preservarse.

Hacía tiempo que hombres como Santángel, Coloma, el marqués de Moya y otros poderosos conversos sabían que debían conseguir al aventurero capaz de llevar la judería a la Nueva Israel.

El plan de ellos tenía dos fases: conseguir nuevas tierras y conseguir oro no judío para pagar —no de sus bolsillos— el ambicioso plan de Fernando e Isabel (vencer a los moros, invadir Francia, dominar el Papado con los Borja y por último adueñarse del mundo).

No se tiene el detalle de las reuniones de las empresas financieras (muy poco de lo importante queda por escrito, de aquí la falsedad esencial de los historiadores).

Lo cierto es que misteriosos emisarios empezaron a merodear por la farmacia de los Arana.

Hoy no caben dudas sobre la demora de años que padeció Colón antes de ingresar en el centro de la galaxia dextrógira del poder: tanto las ambiciones de la corona como la de los agentes de las transnacionales, le parecían frivolas, menores, previsible avidez humana. Reiteraciones poco novedosas.

Él, en cambio, descendiente de Isaías como se sabía, sólo buscaba la mutación esencial, la única: el retorno al Paraíso, al lugar sin muerte.

Sabía que el cerco impuesto por Jehová al inexperto Adán podía ser burlado. Se podía saltar el muro. Jahvé no había dicho la última palabra y en última instancia frenaría al Ángel Exterminador fascinado por la osadía y el ingenio del humano. En suma: que Prometeo rescataría al Cristo sanguinolento y triste.

Su convicción estaba graficada sobre un pergamino de cabra nonata donde aparecía ese punto en plena Mar Océana donde la realidad se abre a la transrealidad y permite al iniciado pasar de la nadería del tiempo humano al abierto espacio de la eternidad sin muerte.

Pero, claro, su secreto no podía comentarlo así, con cualquiera. Comportaría un gran riesgo. La mayor verdad es el mayor riesgo, pensaba Cristóbal.

El Papa español consolidaba el ciclo de regeneración de aquella Iglesia envilecida por curas piadosos, cultura de muerte propia y siesta conventual.

Rodriga Borja, ya Alejandro VI, Supremo Pontífice, entró en la

plaza de San Pedro precedido por su *troupe* de contorsionistas negros y la orquesta solemne, con música más militar que religiosa.

Alejandro va en su caballo blanco vestido de terciopelo negro, con espada y daga de puño de oro. En su pecho una cadena con un pequeño crucifijo con el cuerpecillo del Sacrificado en jade de China.

A su lado su amante, la maravillosa Giulia Farnese (cuyo matrimonio el Papa había bendecido, con tal de mantenerla a su lado).

Llegaron desde el Castello Sant'Angelo donde habían presidido el banquete popular y caritativo (se invitó expresamente a las prostitutas y mendigos de Roma). A lo largo del Longotevere quedó un olor de pimentón, ajo y azafrán.

En gigantescas pailas, traídas de Valencia, se había ofrecido a la plebe —hasta entonces acostumbrada a las pastas y a la *porchetta* asada— formidables paellas con pollo, conejo y mariscos.

La mesa pontifical fue atendida por cocineros de Alicante que prepararon un delicado arroz «a banda».

Atrás del Pontífice y de Giulia Farnese iba Lucrecia Borgia, rigurosamente a la española, traje negro, mantilla bordada, pero un tanto lorqueana con su mantón y volados agitanados.

También César, hijo del Santo Padre, el cardenal Venier, el príncipe y el cardenal Orsini, los arzobispos de Nápoles y de Sicilia y señores venecianos: Morosini, Grimaldi, Foscari, Marcello. Los príncipes Colonna y Patrizzi. El verdugo oficial don Micheletto Coreggia y el envenenador de la casa Borgia, Sebastián Pinzón.

La plaza estaba cerrada por tablones con los colores vaticanos. Se había erigido un tablado para los principales y un palco, bajo palio, para el Santo Padre, su amante y Lucrecia. Habían improvisado una plaza de toros.[1] Pero lo grave, para escándalo de Mommsen, es que el único matador sería el cardenal César Borgia.

Toreó a caballo el primero, manso, al que pudo derribar de un solo lanzazo. Con el segundo, que entró saltarín y desorientado, se fue haciendo durante la lidia y pudo acabarlo de un solo mandoble de tizona, probando César su fama de decapitador y su habilidad para manejar la espada a dos manos.

Al tercero lo esperó a porta gayola, con más espectacularidad que riesgo, pero la ignara tribuna italiana gritó hasta el delirio.

Mató al cuarto con florete, fundando una delicada tradición. Se echó entre los cuernos con valentía y astucia y logró evitar el desesperado derrote del astado.

El quinto entró a destripacaballos provocando desmayos entre las marquesas pontificias. César aplacó la gritería despertada por la furia del toro brindándolo con el capelo cardenalicio al público. Era un

ejemplar aldinegro, astifino, un tanto bizco pero con un trapío y una casta elogiables. Con él ensayó una suerte desconocida que arrancó gritos admirativos en la entendida soldadesca española: lo citó con la púrpura capa cardenalicia y aguantó la embestida envolviéndolo en un afarolado pase. Durante un instante, efímero pero de mágica intensidad, se había logrado que el hombre y la bestia compusiesen una figura de belleza sublime, transcendiendo en gracia la sombría oposición.

Leonardo, el ingeniero militar de Vinci, no pudo reprimirse y tomó rápidos croquis tratando de capturar aquel ritmo bárbaro y delicado. Llenó seis hojas de su libreta (que desgraciadamente se perdieron en el incendio de la alcaldía de Forlì durante la Segunda Guerra Mundial).

El último, alunarado burel cornalón, dio a César oportunidad de mostrar novedosamente su coraje: lo toreó de a pie con la capa enroscada al brazo. Su padre, el Papa, exultó de admiración por tanta dantesca *virtú*. Se dejó ir. En el silencio del ruedo vaticano resonó la voz española del Pontífice:

—¡Sácalo de tablas que lo tienes aquerenciao! ¡Cítalo por lo bajo! ¡Naturales! ¡Naturales! ¡Eso con la izquierda!

César prefirió un florete para matar y lo hizo de dos buenas medias y una final, desgraciadamente algo caída.

Se escucharon vítores de bajo pueblo y serenas, pero duras protestas de gente cristiana de otras partes de Europa, que solía exorcizar la crueldad con otros lenguajes.

Los clérigos con cuerpo de cebolla y pietismo de calceta estaban indignados.

No sabían, naturalmente, ver en los toros un renovado símbolo de armonía en la lucha que opone al humano con el animal. No sabían que esa ceremonia tiene una significación diferente para cada circunstancia y para cada espectador: los toros son un tarot. Las figuras de siempre se combinan en forma distinta y significan una advertencia, una profecía o una enseñanza.

Cuando Alejandro IV se alejó con Giulia Farnese comprendió que la bestia del mal era un símbolo: el atroz profeta desarmado Gerolamo Savonarola donde terminaría una época de odio al cuerpo, de envidia al sexo y a la gracia. En la faena del cuarto toro tomó, en su interior, la decisión de hacerlo arder y difuminarlo en el aire de Florencia como esas láminas venecianas con deliciosas doncellas desnudas que el torpe monje hacía quemar en el pórtico de su parroquia. Sería el fin de una época de la Iglesia.

La fiesta de la noche fue espectacular. Nunca se usaron tantos artilugios de luz y explosión. Se agasajó especialmente a la señoría veneciana: grandes góndolas de cartón, sabiamente iluminadas,

parecían derivar por un imaginario Canalazzo. Llevaban coros de doncellas y mozalbetes ambiguos que cantaban aquella canción que las beatas oirían santiguándose:

Quanto e bella giovinezza
Che chifugge tuttavia!
Chi vuol esser lieto, sia:
Di doman non c'e certeza.

EL BANQUETE AL CONDE DE CABRA se reinició después de cuatro años terribles. La espiral del poder, descentrada durante las luchas civiles, se reorganizó en Córdoba.

La inquietud de Colón por agregarse a una «picada» de existismo se fue sosegando.

Confiaba secretamente en los comerciantes genoveses y en los designios bíblicos. Fueron años de lecturas y relecturas. Leía la Biblia como una crónica de familia.

—¡Qué notable David! ¡Isaías, qué profundo! —exclamaba mientras Beatriz, siempre silente, mantenía sus cabellos esparcidos en el alféizar de la ventana después de lavarlos en agua de alhelí (para que Cristóbal no percibiese el aroma de la muerte).

Durante las tardes, partidas de chinchón con los filósofos de farmacia. A veces se encerraba con intención creadora: Cristóbal se reconocía poeta y sabía que toda gran aventura —privada o pública— para realmente valer debe terminar en un gran libro.

Se comentaban en la farmacia las alternativas del banquete.

Se supo que la Cofradía de armeros germanos, competidores naturales de los flamencos y ávidos de un mercado con gran futuro, habían presentado un enorme dragón mecánico que al ser herido por un San Jorge de cartón, liberaba una paloma blanca (de carne y pluma) que —amaestrada con sabias torturas— voló desesperadamente hasta refugiarse entre los pechos de la reina Isabel.

Era evidente que el dominio de la mecánica y de los engranajes de relojería ponía al mundo en puertas de una revolución técnica sin precedentes.

Se sirvieron unas inolvidables perdices asadas en salsa de limones de las que dice el cronista, Fernando del Pulgar:

«Si antes volaban libres en la campiña de Balza, ahora volaban alto, como golondrinas en el cielo de los paladares de los soberanos envueltas en un tul acidulado de limón, doradas por mor de un resplandor de leña de naranjo. Densas en su carne, maduras en su muerte, tenían el merecido destino de poder halagar la realeza.»

Pero un clima de discordia conyugal impidió la alegría de otras

veces.

La Aldonza Alamán no dejaba de merodear en torno de Fernando, quien ya prestaba poca atención a Beatriz de Bobadilla que lo había cansado con su prepotencia.

La Alamán era siempre convocada por Fernando para acompañarlo en las ceremonias militares.

Isabel, para condoler y acusar, se presentaba vestida de penitente. Se aplicaba cilicios. Vociferaba en latín.

Su furia encontró víctima en la Bobadilla: logró acusarla y obligarla a matrimonio con el *Adelantado* en Canarias. Era una forma elegante de eliminarla de la Corte: la anuló con un beneficio.

Hacía dos semanas había nacido Juana la *Loca* que no necesitó crecer mucho para mostrar su extraña y trágica naturaleza. Los curas cortesanos, los astrólogos y adivinos, vieron el grave signo de los Trastamara.

Isabel comprendió que había parido hijos débiles y que España no podía prescindir de una larga tarea de su brazo de hierro.

El infante Juan, inteligentísimo, era tan fino que, en una ocasión, al desbocársele el caballo, se negó a tirarle de la rienda con tal de no afectarle el paladar con la pala del freno. (Estuvo a punto de morir.)

Era talla tensión que, llegada la noticia de la ofensiva del Gran Turco que había arrasado Rodas y amenazaba extender su cortina de cimitarras hacia el sur de Italia, sobre Otranto, Fernando tomó la resolución de partir al frente de cuarenta mil hombres para acabar con el problema moro en España.

Así fue cómo se gesto la última ofensiva, contra Granada.

La crónica retiene los pormenores de la gesta: la derrota del conde de Cabra en Moclín. Después, el ejército de Fernando queda detenido por una montaña entre los bastiones de Cambiz y Alhabar. Isabel y el obispo de Jaén contratan seis mil hombres de pala y remueven el cerro que impide el paso de la artillería. En doce días se cumple la tarea y Fernando puede triunfar.

Y después Málaga. Y el fracaso de la flota turca en Malta. Las demoras de Almería. La Cruz de Caravaca. El sitio de Baza y, por último, la caída del reino feliz de Granada y aquel rey poeta que lloró como mujer lo que no supo defender como hombre.

Después de 777 años de morería todo quedaba dominado por la catolicidad imperial.

TODOS COMPRENDIERON QUE HABÍA NACIDO el ciclo del mar, aunque el fuego de las hogueras no cesaba.

Terminada la guerra santa, tendría que empezar —necesariamente

— la salvación internacional.

En la farmacia se hacían conjeturas escépticas.

Un mediodía, por fin, oyeron un ruido de cabalgaduras y sables que se detuvo ante la puerta.

El chico de los mandatos espió: la Hermandad ocupaba la calle, no había escape. Hombres de negro con cruces blancas se preparaban. ¿Era *pogrom* (general) o procedimiento selectivo?

Beatriz Arana comprendió. Silenciosa, con la humildad de siempre, terminó de despachar la libra de sanguijuelas para la viuda de Torres, se limpió las manos con cuidado de que no quedasen restos de fango en las uñas, se arregló el rodete en el nublado espejo de trastienda y tomó su valijita de premoriente.

Saludó uno a uno con serenidad:

—Adiós, Bernabé. Hasta siempre, señora Torres. Adiós, tío. Hasta más ver, querido Cristóbal…

Fue hasta la puerta con sobriedad sincera, pero la encontró tapiada con las jetas de cuero de la Hermandad.

—Hágase a un lado —le ordenaron.

—Buscamos a Colombo Cristoforo a Christovao de Coulomb o Colón *el Mallorquí*. Rubio, de ojos azules.

Por mandato de la Casa Real. Orden de llevarlo a Corte.

Beatriz, desilusionada de no enfrentar de una vez por todas el fin, se hizo a un lado.

Colón, infatuado, salió sin despedirse. Confiaba, insensato, en que no lo matarían. Creía que había llegado su hora buena. Era jugador y creyó que era carta ganadora.

Montó en la mula como si supiera y partió con la silenciosa guardia que tenía orden de dejarlo en un lugar especial.

LO LLEVARON HASTA LA EX MEZQUITA DE CÓRDOBA. Patio de los Naranjos. Los de la Hermandad se retiraron. Quedó solo a horcajadas en su mula. Escuchó el rumor constante de una fuente. Manaba una idea de frescura en el calorón de la siesta. De tanto en tanto los coletazos de la mula espantándose las moscas.

Se animó: apeóse y fue hacia el portal discreto de la séptima maravilla.

Entró en un bosque casi frío y penumbroso. Antenas de delgadas columnas. Avanzó sin valentía ni confianza en ese palacio de una divinidad desplazada por la política.

Desde la oscuridad llegó, nítida, una carcajada que se quebró en un juego de ecos.

Entraba como gato en casa nueva. No muy lejos, en el bosquecillo

de la columnata de mármol, alguien corrió y se volvió a silenciar.

Tuvo una intuición que lo aterrorizó.

En la penumbra le pareció distinguir un cuerpo grácil en una pirueta de danza. Los pies desnudos sobre el mármol frío.

Una voz cantarina murmuró, burlona:

—¡Colón. Colón. Co-lom-bo… Bó!

Parecía una caricatura de aquella voz, sagrada, con la que alguna vez lo había llamado el mar.

Una carcajada. En seguida, una voz mandona de hombre, y luego silencio.

Entonces vio girar en un claro de la columna una silueta vestida con tul o con una helénica túnica. Bailaba.

Era una mujer magnífica. Cristóbal sintió miedo, curiosidad y deseo.

Tenía el pelo lacio y largo. Inquietaba el rumor de los pies al caer e impulsarse en sus vuelos de danzarina. Creyó haber percibido su aliento de hembra.

No tuvo dudas: era ella. Cayó de rodillas. No podía controlar su excitación. Era una especie de terror sacro. Similar al que puede producir la irrupción de lo numinoso.

El círculo de la bailante se estrechaba. El contoneo del cuerpo y el batir de los pies era de seguidillas o de caracolas. El ritmo mudo casi inventaba la música. Ella, le pareció, mantenía una sonrisa constante.

Exánime, se echó sobre las lajas, de espaldas. Se entregó al miedo.

La bailarina dio dos vueltas en torno del yacente y por último se detuvo a su lado. Él sintió la planta con frescura de mosaico que se apoyaba en su pecho caliente y palpitante de compungido plebeyo.

Colón, en la penumbra, hizo pucheros pero no pudo llegar al desahogo del llanto. Sintió algo novedoso: su sexo se retraía como el caracol que descubrió el peligro.

Osó mirar el borde de la admirable pantorrilla y luego el lateral de un muslo fuerte. Y aún más: una penumbra azulmarina en la medianoche.

Sintió que un deseo salvaje lo acometía pero —curiosamente— sin genitalizarse.

Aquella presencia, con el pie apoyado contra su pecho, lo arrastraba a una experiencia física inefable.

No podía saber que estaba ingresando en esa rara expresión erótica que culmina en lo que ciertos científicos llaman polución extra genital o intraorgasmo.

Transformada en aporia la normal avenida uretral, la millonada de espermatozoides se vuelca anárquicamente en el torrente sanguíneo y atraviesa músculos y órganos en un verdadero, salvaje, *cross-country* (o

cross body). Por el ancestral llamado de la especie están programados para buscar denodadamente la externidad, y precisamente «el otro».

Colón sintió que sus venas y arterias se llenaban de burbujeante vino de Champagne (o sidra, tal vez mejor, para describir su caso).

Empezó a aligerarse su alma apesadumbrada de acongojado deseo. Sus ojos refulgieron doradamente en aquella penumbra. Sentía cómo los luchadores geniecillos de la sexualidad y la fecundación buscaban la periferia de toda su piel, desde el dedo gordo hasta la punta de la nariz.

Eran millones de débiles pero perceptibles coleteos angustiosos, de recién nacido en busca de la luz. Embocaron los poros y Cristóbal fue dominado por una irresistible risa y cierta general picazón.

Fue entonces cuando ingresó en el segundo sublime del panorgasmo. Sintió que toda su piel temblaba como el tapiz polvoriento que aporrea en la ventana la sólida criada portuguesa.

Alcanzó un aura de dimensión celestial.

Sus oídos se cerraron como cualquiera que fuese proyectado violentamente hacia lo alto. Se le dieron vuelta los ojos, como al epiléptico

Fue sólo un instante, pero de larga delicia. Un instante, pero más intenso que toda una vida de asceta o de profesor de latín.

Quedó envuelto en un rocío de exudación seminal. Un vago aroma de estragón molido.

Yacía húmedo de lácteo suero, con una fatiga insuperable: huesos de plomo en los brazos y dedos.

No sería difícil hoy, a la luz de la ciencia psicoanalítica, explicarse el incidente: la genitalidad del plebeyo Colón había quedado bloqueada ante la presencia de la realeza. Era una inhibición surgida del sometimiento de clase.

Ante ella, la reina, su carne se retrajo sin posibilidad de movimiento alguno. (Por eso yerra el gran Alejo Carpentier cuando supone una unión sexual, compleja y libre, entre el navegante y la soberana. La noble voluntad democratizadora lleva a Carpentier a ese excusable error. Pero es absolutamente irreal. La intimidación del plebeyo fue total en el aspecto físico. Total, en cambio, fue su descaro metafísico y así alcanzó la liberación del panorgasmo.)

Eran un grupo escultórico, inmóvil en el bosque de inmóviles columnitas.

Colón acababa de ser ungido almirante de la Mar Océana (recibiría 8.000 maravedíes y se le permitiría el aditamento del «Don» y el uso de espuela de oro).

Isabel, entonces, prosiguió sus giros silenciosos. Esta vez alejándose en círculos parejos, como siguiendo una línea espiralada,

similar a la que dibujara al acercarse.

Se volvió a oír la carcajada insolente, como de campesino baturro.

Después fue el silencio y tal vez perdió el sentido. Se despertó entre los golpes y coces de la gente de la Hermandad:

—¡Vamos ya! ¡Golfo! ¡Hebreón!

Se reían. Lo vapuleaban. Trató de sonreírles, de conjugarse.

La luz del exterior lo deslumhró. Lo arrojaron entre las patas de su mula. Le dijeron que recibiría su paga a partir del primero de marzo y que debía presentarse el once para ensayar el ingreso, con la comitiva real, en la recién conquistada Granada.

Se fueron riendo y escupiendo lupines. Bestiales. Francamente administrativos.

Lo narrado, tan importante para el destino de Occidente (como se dice) ocurrió el 9 de abril de 1486. Colón había comprendido que aquel rito sellaba un gran acuerdo. ¡La reina era su cómplice secreta en la secretísima aventura del Paraíso!

Los HOMBRES-ÁGUILA Y LOS JEFES LEOPARDOS lo miraban con desconfianza. Eran indeclinables adoradores de Tazcatiploca, el dios guerrero, viejo enemigo del sabio y astuto Quetzalcóatl. Pero el Mexicatl Teohuatzin, el Supremo Sacerdote, estaba preparado para la escasa disponibilidad de los guerreros hacia la verdadera teología. Es sabido que «el guerrero piensa con los pies, actúa sólo con los brazos, indefectiblemente termina perdiendo la cabeza».

Pero eran jóvenes y hermosos. Atletas de la voluntad, desdichadamente raptados por el Principio de Eficacia.

Ocupaban el largo asiento contra el muro, pintado con las insignias de las águilas y los jaguares, en el Recinto de las Iniciaciones del Templo Mayor de Tenochtitlán.

Era una mañana espléndida. Un aire delgado. Un aire purificado que había llegado en brisa desde Teotihuacán, la región más transparente.

Apenas la tibieza dorada del sol decadente, que ya había perdido sus testículos, devorados en el ataque de las águilas negras, emisarias de la noche etérea y el caos primordial.

La sangre de los miles de guerreros inmolados en la inauguración del templo de Huitzilipochtli no habían fortalecido alastro anémico.

Los miró con serena autoridad y les dijo:

—No. No. Los hombres que vendrán del mar, barbados serán y uno de ellos barba rojiza tendrá. Están ya cerca (tenemos información). No. No son tzitzimines, esos monstruos del crepúsculo que esperan en el fondo del cielo de Oriente para devorar la última generación de

humanos. No.

»Los que ahora se aproximan son los últimos dioses menores. Vienen del Gran Mar. Los mando Quetzalcóatl, que los predijo.

»Digo que son barbados, generosos, demasiado humanos tal vez…

Los guerreros-águila y los guerreros-leopardo lo miraban con la serena sorpresa de los hombres educados en la tarea del cuerpo y de las armas. Respetaban el orden teocrático. Ninguno osó alzar sus dudas.

Para seguir, el Mexicatl Teohuatzin les recordó al poeta sagrado:

Toda luna
Todo año
Todo día
Todo viento
Camina y pasa.
También toda sangre
llega al lugar de su
quietud.

Les predijo el futuro que se avecinaba con autoridad de visionario profesional:

—¡Oh, son seres maravillosos, los que llegan! Hijos de la mutación. ¡Generosos! Una infinita bondad los desgarra: se quitarán el pan de la boca para saciar el hambre de nuestros hijos. Sé que su dios humano les manda amar al otro como a sí mismo. Serán incapaces de traernos muerte: detestan la guerra. Respetarán nuestras mujeres, porque su dios —infinitamente benigno— les manda no desear otra mujer que no sea la propia. (En esto son particularmente rigurosos.) Adoran un libro escrito por sabios y poetas. El dios que adoran es un hombrecillo golpeado, torturado, hasta ser puesto a muerte por unos militares. ¡Con el débil se identifican! ¡Al débil aman!

»Digo, anuncio, que odian la guerra, la violencia, la violación. ¿Cuál es su fuerza?, os preguntaréis, y yo digo: la bondad y el amor. Ésa es su fuerza.

»Si ven a un herido, le besan la llaga y lo curan. Alimentan gratuitamente al hambriento. Guían al ciego. Odian las riquezas porque en ellas ven trampas de los tzitzimines, los diablos.

»Es sabido que si alguien les golpea, con mansedumbre ofrecen la otra mejilla para recibir un golpe más. ¡Hasta ese punto llegan!

»Sin embargo, no desprecian los días de la vida: saben multiplicar los alimentos, las cosas, las casas. Dominan el rayo del cielo y lo contienen, pero sólo para uso pacífico, en caños de metal del largo de un brazo…

»¡Y ahora os pregunto, guerreros!: si ellos triunfan ¿no sería acaso

nuestra la victoria?

»Es por esto que con sana sabiduría el señor de Tezcoco, en el año 4-cali, ordenó cerrar las escuelas de guerra.

»Un ciclo de dulzura se avecina. ¿Para qué nuestras armas? Será el sol de la hermandad y de las flores. Corresponde recordar el canto de Huexotzingo:

¿Así he de irme?
¿Como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la Tierra?
¡Al menos flores!
¡Al menos cantos!

1Colón, como la mayoría de los argentinos, era un italiano que había aprendido español. Su idioma era necesariamente bastardo, desosado, agradablón y aclaratorio como el que abunda en la literatura del Río de la Plata. Colón decía *piba, bacán, mishiadura, susheta*, palabras que sólo retienen los tangos y la poesía lunfarda. En su relación con Beatriz de Arana, en Córdoba, se le pegó el famoso *ché*. (Véase: Nahum Bromberg, *«Semiología y Estructuralismo»*, cap. IV: «El idioma de Cristoforo Colon». Manila, 1974). (*N. del A.)*

1En la angeología musulmana hay una clara referencia a esta categoría de ángeles que invaden la Tierra, en retorno germinativo, devueltos por la ira de un dios acosado por la indiscreta pasión cognoscitiva del humano. El *angelos* es sustancialmente el mensajero (léase a Henri Corbin). También Proclo los consideró (*Theologia Platonica*, libro 1); en su forma menos sofisticada y más «humana», asumen el carácter de *daimones* y de héroes. Para santo Tomás y los escolásticos, Fernando e Isabel ingresarían en la tercera jerarquía (la más inmediata a la naturaleza humana). Casi unánimemente los angelogistas convienen en la terribilidad e insolencia de estos seres que moran al margen del código cristiano: no necesitan *salvarse*. No necesitan ni fe, ni esperanza, desconocen la caridad. Probablemente les repugne la piedad. Sólo se atienen a las leyes de su misión.
Su distancia, su esencial aristocratismo, se centra en la carencia de culpa y de toda noción de pecado original.
Cabe recordar que Rainer Maria Rilke estando en la terraza del castillo de Duino, el 8 de enero de 1912, fue agredido por una bajada —o pasada— de estos seres espléndidos e insolentes.
El fino poeta espantóse ante semejante poderío y refugióse en la primer Elegía de Duino donde recoge su arriesgada experiencia. A pesar de la opinión de Salvador de Madariaga, otro es el caso de Cristóbal Colón, que era un superhombre, un apasionado creador de hechos nuevos como un Gonzalo de Córdoba o el marqués de Cádiz o Miguel Ángel. (*N. del A.)*

1Se ha podido situar el lugar de la descrita escena. Queda a pocas millas de Alcalá (donde residía entonces Isabel), entre Leches, hoy Loeches, y Torrejón de Ardoz, un poco al norte de Torrejón del Rey. En la colina funciona hoy un taller de gomería y

vulcanizado. (*N. del A.)*

1Fernando, con hipocresía, se refiere a Alfonso de Aragón que era hijo natural suyo y de la vizcondesa de Éboli. Su carrera fue brillante: arzobispo a los seis años, cardenal a los ocho. Nunca fue amenazado por mística o demasiada fe. (*N. del A.)*

1Este artilugio aparece descrito por J. Huizinga en *El Otoño de la Edad Media. (N. del A.)*

1Sobre los detalles de aquel memorable festejo, su concurrencia y la ganadería, véase *Die Kultur der Renaissance in Italien* de Jacobo Burckhardt. (*N. del A.)*

III
El agua

Cronología

1492-1502	Una partida que durará diez años. La cruzhorca (patente española). Vírgenes al por mayor. Hoces y martillos. Inusitada presencia de Jehová. «Sólo uno busca el Paraíso, los demás huyen del infierno español.»
1492	El dominio de la Dama Sangrienta. Intento del almirante de fugar por vías urinarias. Circe: paroxismo y peligro vulvar. Alta mar. Los dos rumbos de la dialéctica de Occidente.
1492	Setiembre-octubre. Señales secretas. *Mare tenebrarum*. Confluencia de la nada y el ser: ambigua aparición de los muertos. Imágenes de futuración. El *Rex* y el

Queen Victory. Acorazados. La traconchana y sus perniciosos efectos sobre la disciplina. El *Mayflower*. Una rumba de Lecuona sobre el mar.

1498

4 de agosto. El *omphalos* del mundo. La delicia. ¡El Paraíso Terrenal! El almirante desnudo. Ingreso en la tierra de la no-muerte.

—Creo que todos huyen del infierno —le dijo al desconfiado Santángel el marrano agente de las multinacionales ante la Corte de España y que invertía él mismo un millón de maravedíes en una empresa en la que nadie creía (era poca plata, se podía apostar). Santángel le preguntó con los ojos lisos, sin afecto:

—¿Y vos, en qué creéis?

Y Colón respondió con la poca modestia que podía juntar:

—Yo creo que soy el único que busca el Paraíso y tierras para los injustamente perseguidos…

Santángel creyó que se trataba de una redundante metáfora. Sabía que los locos suelen ser preferentemente poéticos, cuando no les da la manía de lo exacto.

Lo cierto es que Cristóbal estaba ya en el castillo popel de la *Santa María*. 2 de agosto de 1492. Noche de buena luna. Aquella partida duró diez años (1492-9 mayo 1502). El almirante vio la repetición de las mismas acciones con diferente escenario, desde el castillo de la *Santa María*, del de la *María Galante* (Cádiz 1493) o del de la *Gallega*. Llevan palas, picos, poleas, tornos, Biblias, ruedas. La Naturaleza allá «no está dominada por el hombre». ¡Están convencidos que podrán transformar los cocodrilos en petacas, los yaguaretés en tapados de señoras, las serpientes en mangueras para riego! Se preparan para una vasta y profunda ofensiva contra la Naturaleza en nombre del hacer y contra el mero estar. Decadente.

—¡Carga! ¡Carga! ¡Ale!

Los Pinzones van y vienen, controlan todo. Conocen a los vagos y a los activos.

—¡A son de mar! ¡Vamos!

Afirman la estiba con correas y cordeles. Distribuyen, ama rinan, contrapesan. Juzgan el equilibrio que debe existir entre la panza del barco, su proa y sus alas.

Un muelle atestado de previudas, eventuales huérfanos y aventureros en oferta.

Rollos de cuerda. Sebo. Sacos de sal. Lonjas de carne seca. Ristras de profundo ajo. Patas de cerdo en toneles de grasa. Pilas de atunes y

cazones resecados ya sólo croquis de peces.

Forcejeaban con sacos de harina. Junto a ellos, en lo alto de mamparas donde no llegarían rebotes de mar, colgaban largos odres de venado llenos de pólvora.

La gran cruz tamaño natural no se pudo amarinar bajo cubierta. La amarran junto al anclote de fortuna. El pálido cuerpecito de pasta resplandece con sus gotas de pintura bermellón. Auténtica corona de espinas pero no en su frente: va atada con un cordel al clavote de la mano, cosa que no se pierda en el trajín, como el sombrero del títere en carretón de gitanos.

Abrazos. Risas. Llantos de muelle. Ratoneo de niños gitanos entre los bultos para estriba. Prostitutas que van y vienen hacia la arboleda de la punta. Los guardias de la Hermandad mastican y escupen, automáticos, cáscaras de pistacho. Incoloros, grisáceos, como albinas cacatúas.

El almirante vuelve a sentirse mal. Persistencia de la diarrea: once veces cambiaron el cubo de su camareta. Percibe en la noche sonrisas malignas de la chusma, guiñas. Oblicuas alusiones al «genovés». Resentimiento ibérico: quieren confundir sensibilidad con miedo.

Sin acceso al puerto, acosadas por los rapiñadores del lado de la arboleda se alza un coro de madres judías. Voces profundas, sin resignación ni furia (ese 3 de agosto es el último plazo para que los hebreos abandonen España). Ofrecen, inútilmente, sus hijos a la flota.

Alcanzaron la costa sobreviviendo a terribles saqueos y vejaciones. Algunas llevan en el intestino piezas de oro y piedras finas para pagar la vida de sus crios.

Incorregible, el coro triste canta el viejo poema de Inmanuel Ben Salomó:

¡Oh Dios, aunque me mataras
Esperaría en ti
En ti me refugiaría!

No tienen salida: tendrán que negociar con los piratas moros que se anuncian con grandes hogueras sobre la playa, del lado de Ayamonte. Les aplicarán terribles enemas de agua de mar con pólvora. Impacientes, a los ancianos les abrirán de un tajo como aduaneros suizos con odre sospechoso, en busca de perlas y piezas de oro. Violarán y venderán las delicadas jóvenes hebreas educadas para el talmud sabatina y la flauta dulce. Cegarán a los adolescentes para encadenarlos a las norias magrebinas.

Colón escucha los apellidos de los enrolados. Pinzón anota y controla rigurosamente el ingreso en la aventura:

—¡Juan de Medina, sastre! ¿Para qué un sastre? ¡A coser vela! Pasa. Reynal, Juan. García Fernández. Fernando de Triana. ¡Vamos! ¡Muévete! Adelante y de a uno. Tejero, con fianza de Juan de Moguer. Pasa. Abraes. Ruiz de la Peña. ¡Mucho vasco! Pérez. ¡Vamos!

Rodríguez de Escobedo, el escribano, pretende un lugar especial y cierto protocolo. «Un lugar al seco y donde pueda mantener segura la documentación oficial.»

Luis de Torres ingresa como traductor. Sabe árabe y hebreo. Podrá comunicar con la gente de Indias y con los pioneros de las lejanas tribus de Judea.

Chachu, el sobrestante, controla los fardos de carga.

Despenseros, calafateadores, cordeleros, maestros veleros, pintores. Hasta un joyero y lavador de oro hábilmente previsto por el agente de la *ditta* Spinola.

Los italianos hablan en la borda: Juan Vezano, Antón Calabrés, Michel de Cúneo, Jacome Rico.

Desde el castillo de popa el almirante ve llegar un jinete. Dice a la cerrada guardia que viene de Sevilla. En la noche de luna no es más que un espectro de polvo claro, de ceniza.

Se presenta y dice que trae otro mensaje de Santángel. Apoya en la baranda su capa y el sombrero y transmite al almirante el mensaje final de los conversos de la Corte:

—Los *Bnei Israel* informaron sobre los judíos amarillos que encontrarás en Cathay y en Cipango. Se tienen noticias ciertas del reino de los Kátzaros. Su jefe, tenlo presente, es el Sha-Kan Bulan, que murió, pero angélico, aún los guía. Fue Hasday Ben Saprut quien buscó a los Kátzaros… Hay gentes de las diez tribus más allá del río Sambation y del Éufrates. Trata de entrar en contacto con ellos, ayudarán a nuestro pueblo en la persecución, no lo dudamos... Tendrás la prueba de la existencia de ellos al tocar la isla de Kish: conservan el espejo sagrado del Templo de Salomón. Pero no te mires en él: roba la imagen. Te la chupa hacia Lo Otro. Ten cuidado de no tentarte. Estamos en 1492: es el año señalado por la Kabbala, es el de la redención después de las persecuciones.

»¡Tu eres el enviado! Los hebreos de Asia te esperan para reconstruir, para todos nosotros, la tierra prometida. Cumple tu tarea: trata de alcanzar el río Sambation, y no te preocupes de la misión que puedan tener algunos de los que embarcamos. ¡A orillas del Sambation, con ayuda de Jehová, fundaremos la Novaia Gorod! ¡Apúrate, parte antes que expire el plazo y puedan acabar impunemente con los judíos! ¡Piensa que si fallas será el triunfo de los monarcas de la noche que ejecutarán la solución final! No te fijes en gastos. ¡Eretz Israel!

Entregó al almirante los mapas secretísimos que traía en un cartucho de piel. Bajó la escalera con apuro. Parecía perseguido.

Colón no tuvo tiempo de desilusionarlo con sus dudas.

Como otras veces, se sintió distante de los motivos simples —apenas imperiales, salvacionistas o comerciales— con que otros impulsaban la empresa de Indias, fuesen reyes, gerentes o judíos amenazados de hoguera.

Su soledad era grande. A nadie podía comunicar su secretísima —inefable— misión: buscar la apertura oceánica que permitiría el paso del iniciado a la inalcanzada —¡perdida!— dimensión del Paraíso Terrenal.

Sabía que aquellas tierras mancilladas por la debilidad de Adán y la perfidia de su hembra permanecían en punto del planeta que algunos iniciados habían ubicado.

Conservaba ese lugar su esencia de no-muerte. Segumente eran maravillosos jardines sin caída, sin manzanas arteras, sin serpientes parlantes, sin culpa. Habitados por otros adanes y con mujeres de deliciosos pelos largos, desnudas y gráciles como la difunta, protoancestro de Lady Godiva, que había aparecido en la playa de Galway, en Irlanda.

El almirante había anotado en su Diario Secreto: *«Virum et uxorem in duobus lignis arreptis ex mirabili formam»*. Formas admirables, pelos lacios, piel tostada. Muertos porque caídos de la Templanza paradisíaca —seguramente por alguna travesura amatoria— en la neblina pegajosa donde merodean los pálidos irlandeses. El almirante se apersonó a la playa y pudo admirar aquellos cuerpos desnudos rodeados de perros vagabundos y curas pecosos que les arrojaban agua bendita. Inmediatamente comprendió: no eran ángeles. Eran seres primigenios, no degradados por la falta original.

Alcanzar ese sagrado continuo, sin principio ni fin, ésa era la única liberación, el único Imperio que valiese la pena. ¡Todos los otros esfuerzos humanos no eran más que repetición, nadería!

Como descendiente de Isaías, el almirante sabíase portador de una terrible responsabilidad: retornar al lugar donde ya no rige esa trampa de la conciencia, esa red tramada con dos hilos: el Espacio y el Tiempo.

Ya no se trataba de repetir la inmadura conducta de Adán. No se trataría de reiterar el desdichado robo de manzanas sino de la madurez: jDevolvérselas!

Navegar siempre a Occidente, en la ruta de los iniciados. ¿Los destruiría el Señor con sus ángeles de espada flamígera? ¿Lograría salvar el muro del Paraíso como hicieran Enoch y Joshua Ben Leví?

El almirante sintió todo el peso de su terrible responsabilidad.

Toda la soledad de un cometido que superaba la mera ambición terrenal de los héroes más ambiciosos. La duda y cierto pavor lo acosaron. Volvió a sentir convulsiones meteóricas en el vientre.

Juzgó, sin falsas modestias, que su desafío, su apuesta, era de un rango digno de Abraham, de Moisés, de David.

Padeció un ataque de sudor frío y de chuchos. Era el Elegido. Le pareció sentir el peso del Universo en su nuca.

Aún estaba a punto de huir.

Imaginó: juntaba sus papeles esenciales (el plano de la ruta del Paraíso y las anotaciones bíblicas y cabalísticas). Se desliza en la penumbra. «Salgo a estirar las piernas por el muelle», le dice a los Pinzones que controlan la pasarela.

¡Abandonar todo! Huir con Beatriz y el niño y empezar en el mayor anonimato la delicia de una vida sin grandeza. Poner una farmacia en Flandes o una charcutería en Porto. ¡Huir de la Historia!

Fue a su camareta. Después de levantarse del cubo tomó los papeles importantes, sus anotaciones de una larga vida de buscón del absoluto.

¡Qué alivio! Poder traicionarlos, abandonarlos pocas horas antes de zarpar.

Imaginó: «¿El almirante dónde está? ¿Adónde el almirante?» Voces, desorientación. Y él ya en su mula, aprovechando la fresca, en el camino de Córdoba, anónimo, deslindado. ¡Qué alivio!

Educaría a Hernando en la paz de los mediocres, en el comercio minorista.

Pero al salir de la camareta recibió en su rostro el viento de lo distinto. Se movían extrañamente las nubes. Cayó de rodillas, sobrecogido por una terrible intuición. Lo pánico.

Terror y temblor. En la altura, entre los pliegues de la noche, crecía una Presencia. El entorno perdió significación, murieron los sonidos del muelle y sus oídos se abrieron hacia una voz estratosférica, virilmente timbrada —pero no baritonal— que le decía:

—Oh hombre de poca fe. Levántate que Yo soy. ¡No hayas miedo! No temas, confía. Todas tus tribulaciones están escritas en mármol y no sin motivo. ¿Te negarás al Dios de todos? ¿Al que te distinguió desde que nacieras e hizo resonar tu modesto nombre en las más altas demoras del Poder? Ahora te digo: te doy las llaves de los atamientos de la Mar Océana. ¿Me desilusionarás? ¿Huirás hacia un destino de buey, o águila serás? No olvides que del pastor David hice Rey de Judea. A ti almirante y señor con espuela de oro. ¡Adelante! ¡Te espero…![1]

SINTIÓ ORGULLO Y TEMOR ante la revelación del *mysterium tremendum.*

Quedó doblado en la borda como un cisne degollado. Exánime, vacío, desosado.

Después trató, como pudo, de recomponerse, era una camisa bateada queriendo volver a la forma de la percha.

Mientras tanto, sobre el muelle extendían el papahígo de mayor y pintaban una gran cruz y las iniciales de Fernando e Isabel.

«Sólo uno busca el Paraíso, todos los demás huyen del infierno.» Se sintió agobiado por su privilegio.

Un grupo de hebreas centroeuropeas que huyendo de los *pogroms* zaristas habían caído en la persecución ibérica, cantaban a coro, con sus pañuelos amarillos en la cabeza, desesperadamente:

Novaia Gorod
Novaia Gorod!
Gute Winde
Gute Winde!

Cuatro curas jóvenes se prueban, coquetones, las casullas bordadas por tías de provincia. Dan dos o tres giros, amanerados, con las manos juntas sobre el pecho. *«Introibo ad altarem Dei»*, dicen. Traviesos se aplauden mutuamente el estilo.

Con mucho sudor y poleas los estibadores cargan la cruzhorca. Fuerte madero diseñado a doble efecto que se implantará en la Hispaniola (el objeto, de diseño español, tiene debida licencia episcopal archivada en el Vaticano). Allí culminará el *via crucis* de la Semana Santa y durante el año, y con frecuencia, los sacrificios sin prestigio de ladrones, asesinos y subversivos.

El padre Las Casas, sereno en su marcha hacia una cierta beatificación, se despide de las hermanas y primas. Le trajeron caramelos de azúcar para el viaje y unos calzones rojos (en realidad caseros bombachudos con elástico), de intención ya obispal, que el joven misionero acepta con modestia. Sonríe indulgente.

El fraile Buil controla los ejemplares del *Libro de Procedimientos* de la Inquisición y el material correspondiente: poleas, botas napolitanas con la alcuza para el aceite hirviente, dos docenas de sambenitos en paño crudo, arrancauñas de Solingen, pincillas partedientes, tostatestículos, varias parejas de ratas chinas para reproducción. También picos para las patrullas eclesiásticas que deberán demoler *intihuatanas y* otros ídolos demoníacos.

Agitados, sudando, llegan los padres Squarcialuppi y Bonami:

—*Credevi che non ce lafacevamo!*

Traían la caja porta-hostias y dos damajuanas de vino de uva, consagrado, hasta que creciesen las viñas de ultramar…

Y el padre Valverde, atareado y guardando los grilletes del cepo:

—¿No vieron el relicario con la falange de Santa Lucía?

Biblias, catecismos, cinco resmas de bendiciones papales en blanco inicializadas por «Aloysus-Cardenalis-Katzoferratus».

Violines baratos, para apaciguar la indiada en procesión. Tubos para órgano. Altares barrocos, desarmables, *conputti* culoncitos pintados en serie. Abundosa catolicidad, turquesca, ya casi borbónica. El primer gran audiovisual de Occidente, el primer *son et lumière*.

En doble fila, inmóviles sobre el muelle, docena y media de virgencitas nuevas, con sus caritas de ceras con una expresión entre obtusilla y picarona, como lavanderitas portuguesas el día de la comunión.

Serán entronizadas en sus santuarios: Canta, Guadalupe, Mutoto, Rosario. Alguna hará carrera: será milagrosa o Comandante de los Ejércitos (y serán llevadas a lomo de coronel compungido —ceñudos con la frente varicosa— junto al Cardenal italiano y el Cónsul de Norteamérica).

Los chicos gitanos que levantan las túnicas bordadas con falsa pedrería de vidrio de botella —*ad usum indianis*— y aunque sólo ven una tabla lijada con apuro, sin calzón, esa primaria desnudez los incita sin embargo a masturbarse como un coro de manitas que imitasen a los violinistas en el *allegro* del *Vuelo del moscardón*.

—No importa, no están consagradas —murmura, impotente, el padre Pane.

ULRICO NIETZ Y EL GRUPO DE LANSQUENETES tratan de pasar la borda. Ulrico hace señas al almirante en el castillo de popa, pero finge no ver. Mira sólo lo que quiere.

Se abre camino el doctor Chanca con su armario de medicinas y la miniferretería de su primaria cirugía. Trae dos cajas de lodo con sanguijuelas y al pasar empuja al lansquenete Swedenborg. Se le caen y rompen las ventosas que estima importantes para detener el pasmo y curar asentamientos de rocío, tan comunes en la noche tropical.

Ximeno de Briviesca, el supervisor oficial, discute con el médico y cuenta, desconfiado, las gruesas de condones belgas, marca *París*, cuya demanda se incrementó harto sospechosamente. Hace abrir las cajas, pese a las protestas, y aparecen esos fetitos aplastados, secos, en talco de arroz. Fantasmillas pálidos como almitas de panadero francés. Eran todavía de tripa de cordero, con un nudito en la punta (pronto llegará el látex americano). Al principio se llevaron en correspondencia con la teología virgomariana, para burlar la prohibición de «contacto carnal». El auge exportador ahora se debía a la ardorosa difusión de la sífilis (que por un triunfo semántico de la diplomacia española empezaba a llamarse «mal francés» o «mal de Nápoles».)

OTRO NOBLE BLINDADO PROPORCIONÓ una de las más divertidas escenas de aquel tercer momento de la partida. Fue Giménez de la Calzada que cayó de la pluma al agua y fue salvado por ocho prostitutas emperifolladas que parloteaban y hacían musarañas con los dedos en el aire. Le pasaron el cordel de un franciscano y evitaron que el noble fuera al fondo.

¿Quién era quién? Había judíos disfrazados de monjes con los calzoncillos repletos de relojes y cucharitas de plata, curas vestidos de mosqueteros que viajaban como agentes de la Inquisición o del Vaticano, no faltaban espías de la Corte inglesa enrolados como bailares.

Los chulos, tristes con la partida, cantaban saetas que evocaban a la madre o la Virgen de Triana. *La Diabla, la Tragasables*, se prueban tules, provocativas boinas emplumadas, antifaces.

—¿Quién me sacó mi caja de permanganatos? —rugió *la Boloñesa*.

Todas sueñan con burdel propio con bar inglés y sala de juego anexa. Cada una de ellas escondía su camafeo de «madama» en la liga desteñida.

El almirante observa el putarraqueo y la pajamulta con total indiferencia. Sabe que su autoridad se preserva en la distancia.

A su espalda, en la camareta con la puerta entreabierta está Beatriz de Arana que vino a despedirlo.

Habían tenido una muda e intensa tarde de amor sin mayores esperanzas.

El muelle estaba desbordado. Un frenético trajín. Los indeseables se filtraban. ¿Si se enrolaban oficialmente rameras y asesinos, por qué no filósofos?

El almirante sabía que en *La Gorda* y en *La Vaqueños* se contrabandeaba gente. Sus informantes le dijeron que los leprosos, que ya casi nada tienen para perder, controlaban un nocturno lanchaje por bordas opuestas. Luego los indeseables se escondían entre los fardos de carga, en los improvisados chiqueros.

Por ahí anda el ex soldado manco que fue rechazado dos veces con su pretensión de ser enganchado como escribiente, y el loco francés que ayer pontificaba diciendo que la inteligencia es la cosa mejor repartida del mundo pero que lo que falta es método.

Conseguirán filtrarse por los sollados.

Pero los más terribles y los más vigilados por la Hermandad son esos tártaros de mirada brillante.

LE MARAVILLA AL ALMIRANTE que la teología haya podido impulsar tanto —y tan benéficamente— el comercio textil.

El desnudo americano entró en culpa.

Colón recuerda un versículo del Génesis que su padre, Domenico, le citaba en las peleas dominicales para convencerlo de no abrazar un destino peligroso: «Y Jehová hizo para el hombre y su mujer túnicas de pieles y vistiólos». Fue al echarlos del Paraíso.

No cabría discutir que el Señor fue el primer sastre. Pero se equivocaba Domenico al no ver los peligros de la sastrería sin moderación y de la vida de los horteras. ¿Qué destino no es realmente peligroso?

Pero era tarde para proponerse esos temas: a pasión del Paraíso ya lo había alejado de toda prudencia. Estaba jugado.

Beatriz se había cambiado. Apareció en el puente con el sayal gris de siempre, con mantilla y su infaltable valijita de premoriente. Le dijo, lacónica:

—Tal vez todavía nos veamos a tu vuelta. Tal vez meses… años… Pero si estoy, me encontrarás en la farmacia. Mientras yo esté, Hernando progresará en latín, te lo prometo. Siempre me parece que eres tú quien parte hacia el más allá. ¿Curioso, no? Y cuando vuelves, me parece que eres tú quien retorna de la muerte…

La vio alejarse por el muelle esquivando cajones y las miradas insolentes de contadores y alcaldes que esperaban para embarcar. Cagatintas imitación señor, con tricornio y faldones cuidando los sellos y plumas de ganso para sus batallas de cortesanos de la Casa de Contratación. Borbónicos antes de Felipe Caña. Sin embargo, el almirante debe reconocerlo, son el cardumen municipal que necesita el Imperio para salvarse del maravilloso delirio de los descubridores y conquistadores.

Observó que se cedía el paso hasta con zalamería, a los agrimensores y notarios. Desde que se había exportado la categoría de «propiedad y dominio», todos se los disputaban.

Ninguna aventura de conquista valía si la cosa no era debidamente medida, amojonada, catastrada e inscripta.

En una punta del muelle, solos y sin amigos, como leprosos, recibiendo pullas del puterío (que jamás aceptaría contratos con ellos) estaban los dos verdugos, padre e hijo, Capucha y Capuchita, famosos en Sevilla y que ya era indispensable llevar.

No se desprenden de sus mejores aceros y cuerdas. Sus mujeres, vestidas de negro y con tul para no ser reconocidas, se abstienen de besarlos.

Cuando llegó el alba del 3 de agosto de 1492 con sus dedos de rosa, desabotonó la jesuítica sotana de la noche. Amanecía más que un día.

La luz fue recibida por la alegría de centenas de gorriones y

golondrinas de agosto que anidaban en la arboleda.

Con jocundia verdaderamente pánica cantaron los viejos marinos:

Bendita sea el alba
y el Señor que nos la manda.
Bendito sea el día
y el Señor que nos lo envía.

La claridad mostró el desamparo de los tres barquitos, la *Santa María*, la *Niña* y la *Pinta*.

Colón sentía aquella partida en lo hondo, como la primera vez, cuando zarpó hacia Kíos (Domenico y Susana Fontanarrosa, la farola de Génova, el escapulario con la pastilla de alcanfor).

Las falúas de los leprosos tomaron los calabrotes de proa y lentamente las naos enfilaron hacia el mar.

Nítida vibró en el aire la campana de a bordo.

¿Quién había ordenado largar amarras? Los Pinzón, los Niño, Juan de la Cosa. Entre ellos se entendían. El almirante era un extranjero. Le atribuían magia, pederastía, connubio con los diablos del mar, malversación de fondos públicos, hasta brujería.

Oyó burlas cuando apareció en lo alto del puente con su hopalanda de almirante, sombrero veneciano con espejuelos de colores, sus zapatos amarillos. El murmullo y el coro se acallaron, luego siguieron en la tarea.

—¡Botá babor! ¡A babor!

—¡Iza! ¡Iza, iza! ¡Trinquete!

—Al trinquete. ¡Cazar!

La marinería con los pies desnudos. Calzón y jubones de pescador. Un cuchillo con mango de madera colgado al cuello.

Los primeros embates de la proa contra el mar. Su temblor de fiera contrastando con la lasitud del río.

En la costa un dulce paisaje de playas y arboledas. Le pareció ver a lo lejos un niño solo y pensativo en el frío de la mañana. Pero no, era imaginación.

Súbitamente cayó en una dura depresión auroral. Entró en la camareta y se tendió en la cama (conejera).

Insoportable sentimiento de desamparo. Ganas de vomitar. Intentó, pero sin resultado. Los ojos se le llenaron de lágrimas bobas.

El movimiento acunado de la nave había alterado su desorden interior. Resurgieron sombras: vio en una noche de tormenta un hombre cavando una fosa, había un hacha y una pálida difunta. Fue

como un sombrío relámpago. Una abismación òrfica causada por el rolido

Nuevamente fue acometido por ensoñaciones evasivas. No pudo resistir el agrado de imaginarse traidor y fugitivo: se desliza por la borda y nada hacia la costa. Voces. «¡Almirante! ¡Almirante!» Buscan en la camareta. Encuentran los mapas del Paraíso pero piensan, torpes, que es el derrotero de ingreso en Nápoles. Michel de Cúneo haciendo bocina con las manos: *Cristoforo, dove sei? Per carità!*

Martín Alonso, inflado, comunica que toma provisoriamente el mando. *Propio un irresponsabili. Un grébano!*, protesta Jacomo *el Genovés*.

Le gusta imaginarlos estafados, enfrentados a su nadería, sin conducción. Defraudados en su ansia de propiedad inmobiliaria, de robo de perlas, de construirse urinarios de oro.

Los crujidos del maderamen y el cabeceo fuerte y parejo denuncian que entraron en mar abierto. Voces rítmicas:

¡Iza, iza, iza!
¡Mayor! ¡Mayor!
Amarrar burdas
¡Iza, iza, iza!

Ya era tarde para fugas. Estaba entrando Escobar, el cocinero, que le avisa que son las once (debióse dormir de angustia). Le acerca una taza de caldo y le presenta el saludo de estilo:

—Dios nos dé un buen viaje. ¡Que buen pasaje haga la nao, señor almirante!

Salió al puente y respiró el aire puro y salino. Las grandes y serenas yeguas del viento inflaban el velamen y cinchaban de una cuarta a popa.

Después, en el pupitre inauguró con su reconocida caligrafía el *Diario Secreto* que su hijo bastardo dañaría irremediablemente y del cual el padre Las Casas recogería algunas cenizas, sólo pasajes de sensatez.

Domingo, 5 *de agosto.* Hasta Canarias, nada. Llaman a esta mar el «Golfo de las yeguas» por los animales que deben echarse al mar enloquecidos por el rolido. Es por la marejada grande de la Mar Océana golpeando en el frentón de África.

Despavoridas, con los ojos alucinados, nadan las yeguas con sus cabelleras embebidas hasta hundirse en la nada.

Martin Alonso Pinzón, con Quintero y Gómez Rascón, conspiran. Seguramente son ellos los que sabotearon el timón de *La Pinta*.

El almirante tiene espías y sabe que algunos quieren volverse porque el rumbo que se llevará, desde Canarias al Oeste sobre la línea del Trópico, sólo puede arrimar a tierras calientes.

Ellos, labriegos ambiciosos, quieren tierras verdes y húmedas como las de Borgoña, donde se dé bien la lechuga y el puerro. Sobre todo pastos húmedos para la ganadería.

Se mueven por mínimas ambiciones. Pero son tenaces y terribles, como hormigas (¡ay! del hortelano que las subestime).9 *DE AGOSTO.* La marejada es fuerte. A pesar de la opinión de los contramaestres, el almirante impide achicar paño. Quiere todo a prueba antes de Canarias, antes del mar terrible y verdadero. Que todo muestre su capacidad, desde la mayor feliz al toque de fortuna, piloto al cocinero.

El almirante hace poner una tina para baño en la camareta.

El agua tibia no desborda demasiado, salvo en algún bandazo mayor.

El almirante comprueba su capacidad de flotación. Sabe, por múltiples experiencias, que es preferentemente anfibio.

En el mínimo mar de la tina, proyección de la Mar Océana, estudia las leyes del oleaje. Con los ojos cerrados medita sobre los secretos puentes de unidad que sólo los sabios saben transitar. Misteriosos enlaces entre el macrocosmos y nuestro mínimo entorno planetario.

En la bañera el oleaje de la mar queda proyectado —domado, disminuido— a un vaivén que mortifica el tránsito del trozo de esponja a la deriva.

El almirante adquiere preciosas enseñanzas sobre la costumbre de Dios.

DOMINGO, 12 DE AGOSTO. Por la noche, a lo lejos, los fuegos del volcán de Lanzarote. Torres de fuego. Jehová aún en obra.

Se vio tierra en seis días. Los pilotos están asombrados: es la mitad del tiempo usual entre Canarias y el Continente. Sólo dos velas rifadas.

La Pinta, poco defendida por el timón, debe navegar cuidando las corrientes de costa. Será necesario modificarle el velamen y reforzar las hebillas de la barra.

Los conspiradores, Quintero y Pinzón, si pretenden imponer sus rumbos de labriegos ambiciosos, serán enfrentados con los agentes de la *ditta* Spínola, con Soberanis y Riverol. Hasta podría sustituirse la nave.

Labriegos del mar. No adivinan los intereses que se mueven tras las cosas.

Creen, pero no comprenden. Y cuando comprenden algo, dejan de

creer.

El dominio de la Dama Sangrienta, decían ahora de esas islas que alguna vez llamaron «afortunadas».

Era una costa dura, de piedras negras y porosas, espuma de minerales, de fuegos coagulados.

Algo enturbiada la alegría de la marinería con tierra a la vista.

Una vida callada, como subrepticia. Sólo las hogueras de los puestos de guardia.

Hacia medianoche cayó desde lo alto del roquedal, quebrándose en ecos terribles, el aullido de un jefe guanche descuartizado, colgado del muro exterior de la torre de la Tirana.

Advertencia para insumisos e independentistas. La represión contra las fuerzas autóctonas, nacionalistas, estaba en su apogeo.

Las Canarias son la planta piloto del Imperio en expansión. Se experimenta un vasto exterminio civilizador. Primero Rejón, luego Peraza y los obispos asesinos. Ahora manda la Viuda (¿autoviuda?) Beatriz Peraza Bobadilla.

Ya no es aquella adolescente terrible, famosa por su toneletes y su cincelería íntima. Ya tiene 27 años y es la Dama Sangrienta.

En un justo acceso de celos, la reina la obligó a casarse con Hernán Peraza y a partir como Adelantados a la feroz conquista de aquella base oceánica que —se sabía— estaba todavía humeando ya que era una de las últimas obras de Dios (según el padre Marchena la terminó el viernes al anochecer).

Tierra viva. Fusión de metales. Grandes animales oceánicos. Vapores minerales. Una vegetación nueva y lujuriante que bebía frescos humores de hierro. Las palmeras alcanzaban la adolescencia en seis semanas.

Toda la tierra que se roba a los naturales, los guanches, se vende en Sevilla a buen precio. Los guanches mismos, domados, se rematan como esclavos. Canarias es, en realidad, la primera de las veintipico parcelas en que subdividirán América.

Como se dijo, Isabel castigó a Beatriz con el beneficio del adelantazgo y el matrimonio con el asesino Peraza por celos tardíos. Porque ya Fernando había saciado con ella uno de sus últimos fantasmones eróticos: poseerla cuando estaba encerrada a llave dentro de la armadura de acero, a través de la bragadura de terciopelo rojo y mostrándole cínicamente la llave entre los orificios de la visera. (Esto ocurrió durante las jornadas del banquete al conde de Cabra. Fue en la misma noche en que ella contempló al volatinero, el Apolo, que giraba en lo alto perdiendo los cartones dorados.)

Fue una explosión de furia mutua entre Isabel y la adolescente

irresponsable, aquella perverzuela, la «golondrinilla», La Cazadora, que animara los corrillos de la Corte con sus carreras nocturnas, cuando pasaba desnuda entre alabarderos y frailes penitentes pidiendo a gritos que la ayudaran a buscar la llave de su mínimo cinturón de castidad.

El odio entre las dos mujeres las uniría toda la vida hasta 1504 cuando en Medina del Campo una de las dos morirá envenenada por la otra.

Fernando no la defendió del forzado privilegio y desde entonces ella cultivó un odio feroz contra el hombre. Su esposo, el cruel Peraza, no pudo escapar a este sentimiento.

Ella vivía sola en La Torre, con sus servidoras y la temible Guardia Galhega. Criaba lobos monteses y leones. Comía carne de jabalí y de venado de las sierras altas. A veces se hacía subir al peñón rayas y aletas de tiburón que marinaba a la japonesa, con limones amargos. Con esto le preparaban densas sopas que alimentaban directamente su lujuria.

Su demonismo erótico tenía fama. Los pescadores que se acercaban de noche a la Gomera, persiguiendo algún cardumen de cazones, contaban de los atroces gritos de sus amantes, víctimas de su severo erotismo. Poleas, látigos, cepos, mucho cuero tachonado, varas de ciprés embebidas en vinagre y salmuera. Acólitos encapuchados.

El amor suele ser rojo o amarillo, en su caso era negro *hard*, retinto.

La mayoría de sus amantes, pescadores, marinos desorientados, jefes guanches capturados, monaguillos con precoz pasión pastoral, terminaban la noche despeñados al mar desde la ventana norte de la Torre (como haría la Condesa de Nesle con su dormitorio sobre el Sena).

Era un verdadero desafío para amadores. A pesar de la fama era difícil rechazar el envite de aquella belleza. En esos tiempos de represión sexual ¿quién se negaría a ser torturado por una mujer desnuda? Tal vez pensaba que era posible enamorarla o domesticarla en la ternura.

Los que sobrevivían a su amor no debían decir palabra so pena de mutilaciones de todos los órganos de comunicación.

Núñez de Castañeda, que por jactancia comentó sus costumbres íntimas, fue nuevamente invitado a palacio y ahorcado. En la plaza del pueblo apareció un asno con el cadáver con la lengua atada a manera de cinturón.

UN VERDE MIEDO LOS DOMINABA. Los marineros no se animaban a tocar tierra. Los de *La Pinta* entraron en puerto por necesidad.

Se sentían vigilados aunque nadie se presentaba. Era tal el terror que envilecía en las islas que hasta los leprosos tenían miedo de ser detenidos. Los guardias, durante las horas de relevo, se escondían de la ronda de guardias. *Quid custodet custodes?*

Peralonso Niño les preguntó:

—¿Huelen? ¿No huelen el olor a azufre que sale del fondo de la tierra? Hay unas cavernas en los montes del sur: son las puertas del Infierno…

Él había llegado, tres años atrás, en una carraca veneciana para el tráfico de esclavos guanches.

Colón decidió tomar tierra, para animarlos. Quería traerles carne fresca y agua de peña.

Al amanecer destacó una falúa y desembarcó con los genoveses. Sin necesidad de mucha astucia —todavía los animales no recelaban tanto la cercanía humana—abatió un venado de múltiple cuerna y con gran esfuerzo, atándole las cuatro patas, lo bajaron a la playa.

Esto decidió a los hombres. Durante todo el día, hasta que el sol hubo descendido al ocaso, disfrutaron de carne abundante y del vino isleño.

Pero aquel gesto del jefe genovés les pareció más bien disimulo y demagogia.

La tripulación ibérica no dejaba de murmurar. ¿Qué era eso de transformar el velamen de *La Pinta?* Se demorarían un mes en esos parajes de peligro. En ese lugar que olía a azufre, donde la espuma del mar parecía más bien hervor de la tierra, donde las manzanas tenían gusto a ferroníquel.

¿Por qué el almirante, siempre indiferente, había querido exhibirse como cazador? ¿A quién quería impresionar?

¿Por qué se quedaba horas en el castillo de popa en el puente, aguantándose la resolana, con sombrero de plumas? Ninguno lo dudaba: el hebreón no veía la hora de poder venderlos a to -dos atados de pies y manos a la Tirana, dedicaría las naves a la pesca de altura y contrabando de guanches. Se instalaría en lo de la Bobadilla con el rol de Chulo Supremo. ¿Se podía imaginar que un sujeto así despreciaría la vacante?

Dos días después vieron un sordomudo que hacía señales desde tierra. Traía un mensaje: «Almirante, se cena a las nueve. La Adelantada».

Durante una hora se estuvo acicalando. Comprendieron que la inconsciencia del genovés excedía lo calculable.

A las siete apareció en el puente más que vestido emperifollado; capa dorada de almirante, sombrero ornitológico, sus complejos zapatos con espolines de oro indicativos de su alto rango.

Todos sintieron que abandonaba la *Santa María* para siempre.

—Te matará, te envenenará, almirante. Ten cuidado: es bruja —le advirtió Escobar, pero él se hizo el sordo.

Durante un instante dudó, pero se resolvió por dejar el mapa del Paraíso en el doble fondo de la petaca. Al bajar a la falúa les dijo:

—Espero que cumplan bien con los aprestos. No carguéis agua amarga… —y mirando a los italianos—: *Mi raccomando!*

Escuchó los insultos anónimos de la plebe marinera:

—¡Mamarracho! ¡Hideputa! ¡Te freirá los cojones, si es que los tienes!

Creían que no comprendía bien el español.

Marchó detrás del mutilado. La marcha hacia la Torre era trabajosa. Se tomaba del brezal. Dos veces quedó colgado de las raíces. Había frivolas lagartijas e iguanas solemnes que lo miraban desde el terciario superior.

Recordó con inquietud un pasaje del Apocalipsis Secreto de San Pablo: «El Ángel me guió por las vías del poniente hacia un lugar donde sólo había tinieblas, dolor, tristeza».

En lo alto tuvieron que pisar el territorio de una leona seguramente saciada de humana carne. Bostezó indiferente como si mirase siempre su Sáhara natal y, desde entonces, toda presencia le pareciese barroquismo.

Llegó al portal de hierro de la Torre. Pendían de las almenas los pellejos de los ejecutados. Se veía que la Bobadilla aplicaba la ley con sentido enérgicamente didáctico, ejemplificador.

Se dio cuenta de que el mutilado había desaparecido.

Le entraron ganas de cantar o de silbar fuerte, como si estuviese atravesando un cementerio en una noche sin luna.

Sin embargo el sol todavía pegaba fuerte.

La Guardia Galhega, la GG como la llamaban los aterrorizados isleños, no tuvo miramientos con su jerarquía. Lo condujeron a un patio interior, cubierto con bóvedas de laja. No sólo lo desvistieron sino que abrieron groseramente las costuras de su ropa. ¿Qué buscaban? Procedían mudos, serenamente empeñados, como aduaneros que tuviesen denuncias precisas.

—¿Buscan venenos? ¿Estiletes? ¿Qué buscáis?

Pero no respondían. Caras yermas, descampadas. Aburridos espacios, diríase que había una legua de pampa entre oreja y oreja. Ojos rasgados. Parecían estar siempre espiando entre las ranuras de una persiana. En el fondo, recónditas pupilas gris acero, torvamente célticas.

Cuando estuvo desnudo lo baldearon con decisión. Agua de mar con lejía y desinfectante.

Quiso protestar, pero comprendió que era una molesta generalización impersonal. Actuaban con eficacia y silencio quedenunciaban experiencia y buen trabajo de equipo. Macizos pero ágiles, baldeaban como si fuese la carreta que acaba de descargar el estiércol de abono para la huerta y hay ahora que adornar para que siga hacia la romería de la Virgen del Castro.

Colón, curiosamente, no se sintió ofendido. Era como el estricto ritual de ingreso a una cárcel o a un cementerio judío.

Lo secaron con una lona, le prestaron un peine de hueso de sepia. Le entregaron unas sandalias y una chilabía de lino bastante fino. Administrativos, aseguraron que sus pertenencias serían inventariadas y —eventualmente— entregadas a los deudos.

Lo ubicaron en la punta de una mesa casi monacal. Los GG se establecieron en los pasillos y sólo de tanto en tanto asomaban sus cabezotas inexpresivas, zapallares.

Eran deliciosas las cuatro jóvenes que atendían. Una de ellas le dio un copón de plata donde el vino duro de las islas parecía quebrarse en una frescura amable.

Entonces la vio. Llegó precedida por dos oficiales que desaparecieron en seguida. Bajó la escalera con verdadera majestad. Superaba la fama: producía en torno suyo una especie de silencio acongojado; el apetito, el gusto del vino y hasta el sonido de la flauta dulce en los labios de la adolescente griega que tocaba en lo alto de una tarima, desaparecían.

Grandes caderas. Cintura estrechísima. Muslos planetarios, picassianos, pero tobillos finos, delicados como muñecas de organista vienés.

Cubierta-descubierta, velada-sugerida, por una especie de tul de intención helénica. Sandalias de cuero dorado. Su pelo negro y fuerte, sobre los hombros. Ojos verdes, grandes, que recordaban más la pantera en acecho que la gacela huida.

«Tiene caderas de lacedemonia», pensó Colón intentando finezas que podría decirle en la cama.

Un ceñidor de oro controlaba su pelo en la frente. Hacía juego con las sandalias. Ninguna joya. Apenas un collar como de caracolitos marfilinos, como de higuillos resecos y enhebrados (después supo Colón que eran clítoris de campesinas y burguesas que habían tenido desdichado tráfico con sus amantes —ya sea antes, durante o después de ella—).

Ocupó sin ceremonia el lado opuesto de la mesa. Lo trató, lo miró como si lo hubiese estado recibiendo todos los días de su vida. Era

realmente mundana.

Salvo la coraza del finado Hernán Peraza que colgaba de la pared parecía esos títeres de latón que se estilan en Sicilia, en aquel ambiente nada recordaba la represividad y los límites medievales. Ánforas con faunos, triclinios, aguamaniles de bronce, un busto de Sócrates o de César (nunca se distingue bien). Mosaicos, mesa de mármol, vasos de oro y plata. Todo más bien romano o griego. Proliferación de pájaros finos en estado de libertad controlada: faisanes, un ibis nilense, cotorras malayas, un águila de cuello dorado.

Entremeses con abundancia de mariscos. Quesillos de cabra en pimienta. Hojas de parra con cuajadas. Vino seco y fresco.

Ella comía indiferente al largo silencio. Colón, en cambio, se empezó a sentir culpable e intentó pasar una información:

—Isabel, nuestra Reina, está mucho más delgada…

La frase quedó colgada, imberbe, desnuda. Se vio claramente la intención de presentarse como allegado a la Corte y hasta como hombre de confianza. Se arrepintió de haberla dicho, pero era irremediable. Ella se limitó a levantar una ceja y a musitar una interjección.

Colón comprendió que había elegido el peor tema: nombrar a Isabel era nombrar la cuerda en casa del ahorcado.

Otro intento:

—Aquí… ¿Muchos problemas? Políticos… digo. He visto las pieles de los ejecutados.

Ella lo escuchó con serenidad y con una sonrisa receptiva pero irónica. Entonces, por primera vez, se escuchó su voz:

—Cristianar no es fácil, almirante.

Respondía con gentileza pero mantenía una irreductible distancia.

«¿Aquí colgó a Núñez de Castañeda? ¿Habrá sido antes o después del postre?», pensó Cristóbal. Miró las vigas altas pero no encontró marca alguna de violencia.

Las que oficiaban como sumilleres, llenaron las copas de vino. Otras dos muchachas aparecieron con un cabrito mechado. Ensaladas, puré de alubias, pimentones asados.

Ella lo estaba mirando, imperturbable, cuando él tomó la pata de cabrito e hincóle los dientes con decisión. Después de tres bocados se limpió con la servilleta, cuidadosamente, y tomó un sorbo de vino. Cursi, dejaba el meñique parado hacia fuera para hacerse el refinado.

Ella en cambio no abandonaba su terrible seguridad. Hasta miraba sin juzgar los altibajos del problematizado plebeyo, siempre bartoleando entre lo vulgar y lo chabacano.

—El vuestro es un gran intento, almirante —dijo con descendiente.

—Indias. La especería. Cipango. El Gran Khan… —enumeró él.

—Está más lejos de lo que creéis. Quien más, quien menos, todos los que viven por aquí saben de esas tierras calientes que buscáis. Muchos estuvieron por allí, el mar los llevó… Nadie supo explicar debidamente las cosas al regresar. Tu mérito no será la originalidad, aunque sí la publicidad… Además… *ellos* se acercaron varias veces con sus raras naves. Son tímidos, delicados, os lo advierto. Están condenados a perder el mundo por delicadeza. Uno de ellos, que los guanches mataron por creerlo un dios, contó que habían descubierto Europa en el 1392. Se acercaron por tres puntos… Parece…

—Tal vez. No lo sé. Seguro es que tocaron Porto, las Azores y Canarias. No les interesó proseguir… Ellos no navegan con el viento, se manejan con el mar. Creen que hay ríos en la mar y que hay que saber seguirlos. Tal vez tengan razón. No les interesamos, se ve. ¿A quién puede interesarle un mundo cada vez más pervertido por la democracia y la instrucción pública?

Acercaron frutas frescas. Ella, golosa, tomó dos platos de natillas casi con el automatismo —más allá de la elegancia o del gesto puramente animal— de una fiera que baja a beber a la fuente.

Cuando iban subiendo la escalera de piedra, hacia el «observatorio», como ella lo llamó, le dijo, irónica:

—Apolo, ¿no quiere ver mi colección de caracolas? —Hizo un gesto con la mano señalando algo que gira. Colón sintió la molestia de saberse reconocido, recordado en una acción de tiempos desafortunados.Eran continuamente observados por los macizos gallegos que de tanto en tanto asomaban sus zapallos por los cortinados y desaparecían.

Desde el descanso de la escalera ella arrojó un puñado de pistacho a los faisanes que se paseaban por el comedor. Liberó un ratón blanco, como postre, para el águila real que planeó con elegante y discreta crueldad desde su travesaño de hierro.

¿QUÉ FUE AQUELLO QUE ÉL LLAMARÍA «la experiencia más intensa» en sus declaraciones al padre Gorricio, poco antes de morir? (Va-lladolid, 1506).

¿Se pueden tener por ciertas las notas del grumete Morrison, tomadas cincuenta años después de la boca de un guardia gallego?

Michel de Cúneo dice que volvió «teñido de amor» (*tincto d'amore)*, transformado.

Una de las servidoras comentó los hechos al conocerse la trágica muerte de Beatriz de Bobadilla en Medina del Campo. Dijo que al verle morder la pata del cabrito «sintióse conmovida por la presencia de una virilidad verdadera, distinta».

Ella subió la escalera delante de él. Aquella luz íntima de las

lámparas de aceite y los candelabros de la mesa. El vino que conforta e impulsa. La pasión del ajo y los mariscos de aguas profundas, muy saladas. Aquel temblor de velos movidos por los pasos y el viento que entraba del mar. El tierno recuerdo de un torso de patético Apolo que gira errático sobre el banquete perdiendo las láminas doradas y la coronita de laurel… ¿Ternura? ¿Deseo insatisfecho que quedó agazapado esperando cobrarse la deuda? (Hay que recordar que ella lo espiaba por la visera del yelmo y que estaba encerrada y completamente desnuda dentro de la armadura de acero cuya llave Fernando, al pasar, le había susurrado —pésimo bromista— que la había arrojado al estanque. Todo esto que escapa a la superficialidad de toda crónica, tiene que ver con esa química profunda, inescrutable donde nacen los deseos y los odios.)

Entraron en un ámbito penumbroso y fresco. Sintió que ella lo rodeaba como una sombra, como un sueño. La deliciosa Tira na era capaz de manejar con verdadera maestría la ciencia de la aproximación y del distanciamiento que renueva el ansia.

Se decía que era sabia en la dosificación de las drogas y en otras artes prohibidas. Colón, prudente, antes de subir a la torre le había hecho preparar a Escobar una infusión de *moly*.

Ella le mostró las caracolas a contra luna: mínimas catedrales de Gaudí. Perfectas y distintas. Le hizo poner la oreja para escuchar el griterío alegre y lejano de las nereidas en el fondo del mar: eran como voces de un colegio de niñas en la nostalgia de un sentimental.

Tomó sus dedos y los guió por la concavidad espiralada de un *Nautilus silurensis* para «hacerle sentir la marfilínia suavidad de esta extraña criatura del Señor…»Colón sintió que empezaba a sudarle la nuca. Un incómodo defecto de su hipersensibilidad.

La cercanía de ella era irradiante. Su cuerpo avanzaba, aplastaba, se imponía desde la quietud y la educada distancia.

Rielar de la luna sobre el mar. Destellos de plata antigua. Luar de la luna ruando el mar.

Sintió que le faltaba el aire, que su espacio estaba amenazado, que la verticalidad de los cuerpos era antinatural.

Al darse vuelta vio que se trataba del dormitorio: había una cama de unas nueve varas de anchura, como para tres parejas jóvenes. Estaba cubierta con una blanquísima piel de corderito que contrastaba con el negro profundo de la seda de las sábanas y de las abundantes almohadas.

Sintieron que sobrevenía una noche cerrada, sin luna y sin tregua. Noche encendida que duraría tres días y tres noches completas. Se sabe, por los amigos de Colón, que no hubo prolegómenos. El genovés tenía la suficiente experiencia portuaria como para saber que lo cortés

no quita los calzones.

Se puede imaginar que la sobreexcitación amenazó el placer de los amantes en las primeras horas del acercamiento. (Un toro joven y asombrado corriendo por el dormitorio y las salas hasta que, por fin, cae rendido y resoplante, tal vez desnucado.)

Serios, graves en el amor. Tan graves como dos notarios que estuviesen extendiendo la escritura más importante de sus vi das. (Una risa, en ese ritual, desmoronaría todo como un castillo de naipes. Nada más nihilista que una risa, a veces.)

El relato del guardia a Morrison, aparte de haberse producido cincuenta años después de los hechos, está maleado por la insanable visión bidimensional de la sexualidad que padecía el joven gallego. Bidimensionalidad: sustancial falta de proyección, de *corposidad*, producto de la visión estrictamente virgológica de la época. Además, aunque se viera, se habían suprimido las palabras adecuadas para interpretar y describir las extrañas figuras que Cristóbal y Beatriz iban produciendo en la penumbra. Para el joven gallego aquello eran sombras chinescas proyectadas por un gitano ilusionista. Dragones rugientes. El buey de las dos cabezas.

Lo cierto es que Colón se arriesgó. Desafió la fama de aquella autócrata. Decíase que, vulvidentada (con molares y dos poderosos incisivos que surgían en las puertas de su intimidad), solía devorar con horrible parsimonia el sexo de sus amantes que se habían arriesgado en la delicia. También se aseguraba que llegado el tiempo del celo, mantenía trato con el jefe (regional) de la manada de lobos.

Fueron pasando las horas y los GG no fueron llamados a comparecer con su desagradable material de trabajo.

Cada vez más seguro de sí mismo, Colón fue creciendo y ganando espacio en aquel dulce lecho. La rica panoplia de Onán empezó a dar sus más preciados frutos. (De tanto imaginar lo que puede enloquecer a los cuerpos, se termina sabiéndolo realmente.)

Beatriz de Bobadilla se sintió impulsada a abandonar su sangrienta costumbre de sadismo, inclinándose más bien a gozar dominada.[1]

La «envidia del pene» de la Bobadilla esta vez no tuvo que recurrir al aparato de tortura erótica. En el adoradero impúsose sin discusión el *lingam* sin falitosis del almirante como el epicentro, el *omphalos*, de la ciudad de lujuria en que habían ingresado.

Monumental, maltratado, nostálgico y solitario, el pene se alzaba en la penumbra con ese cierto orgullo o excesiva satisfacción de genio largamente postergado y por fin reconocido.

Más bien fue Colón quien tomó las iniciativas de tinte sádico. Agregó dos «mortificadores» (cordeles marineros con nudos, que se estilaban en los burdeles del Mediterráneo) en la caña de su sexo.

Hacia el amanecer el *lingam* era un puente totalmente coparticipado. Se había producido ese fenómeno que los sexólogos alemanes llamarán *Verfremdung*, el extrañamiento u objetivación del sexo, su despersonalización hasta transformarse en puro instrumento de cópula que se introduce en *ambos* cuerpos y sobre el que ya no existe conciencia de propiedad y dominio. Puente carnal y real que une el tú y el yo. Tierra de nadie. Ente a doble propósito. No apropiable. Deja de ser el íncubo por excelencia. Al despersonalizarse del cuerpo del macho cobra valor instrumental también para la hembra que puede operarlo a voluntad, como un demiurgo que no exige adoración ritual alguna, ni fidelidad. Un demiurgo ya desnudo de prestigios.

La novedad de la dominación fue tal que en un momento de la alta noche ella, con pronunciación ya caribeña, le dijo:

—¡Abúsate, tontico! ¡Qué sabroso!

Él intuyó que ella deseaba ser puesta a muerte (eróticamente, se entiende). Entonces multiplicó al máximo su agresividad fálica. (Fue tal vez en esos momentos cuando alcanzaron el grado 8 de lujuria —escala del doctor Hite.)

Como toda duse, reclamó de su d'annunzio la aproximación a territorios con peligro de muerte. Alcanzar el máximo goce en el umbral de la desintegración física (como aquellas apasionadas y elegantes tísicas que proliferarían en el siglo XIX).

Fue lujuria, pura sensualidad sin mácula de amor. Los cuerpos iban encontrando su propia ley de violencia-ternura sin pesadas invasiones de la metafísica (¡esa vieja beata del Occidente explicando, logorreica, el color de los pájaros!).

Ella tomó como cosa curiosa y tolerable excentricidad que el almirante se dejase los calcetines.

Esta profunda concordancia erótica está en la raíz de la inesperada clemencia de Beatriz de Bobadilla que se abstendría — durante aquella estación amorosa— de llamar a los terribles *GG* (que cerca del amanecer se habían dormido en el pasillo, con las cabezas juntas, como sandías cosechadas con apuro, roncando).

En un momento previo al alba, cuando Colón se acercó a la ventana para respirar profundamente y para buscar refrescos y lubricantes vio la lejana luz popera (aceite de colza) de la *Santa María* anclada en la caleta y escuchó la voz del grumete de guardia que anunciaba el paso del tiempo en la ampolleta de arena:

¡Hola Señor Piloto y Capitán
Buena es la que va
Mejor es la que viene!

Aquello le pareció lejano. Un mundo conventual con sus ritos, luchas y prestigios. Un mundo pueril.

Fue entonces al regresar al lecho cuando intentaron lo extremo.

Se fue dando una sucesión de figuras felices, bien ligadas. Se sabe que ella creyó enloquecer cuando él, goloso, le chupó y mordisqueó con angurria de can desamparado sus tentadores huecos poplíteos.

Entre las negras sábanas, impermeables a todo reflejo de luz, Cristóbal —no obstante— vio el reflejo de los fosforescentes humores de la Bobadilla. Era como la línea de luces que, vistas desde el mar, anuncian una costa lejana cuya felicidad se intuye sin dudar.

En su goce, ella secretaba una humedad de naturaleza mercurial que se evaporaba en un aroma feliz de almizcle y de almacén de ultramarinos donde predominase el comercio de sal gruesa, yute y hojas de tabaco rubio.

En esa especie de tienda árabe donde estaban tan necesariamente encerrados como en una naranja del Basca, el almirante observó que, al emerger de sus inmersiones, de su lanza surgía un vaporcillo blanco que pronto se desvanecía para dejar en las laderas del glande y en todo su galope (por encima de los tatuajes portuarios a los que Colón se había sometido en Thule y en Kíos, más por espíritu imitativo que por otra causa) un fascinante depósitode sales cristalizadas. Mínimas gemas que refulgían —efímeras y bellas como luciérnagas— en la oscuridad del adoradero.

(Ninguno de los dos supo que esas gemas son la única prueba conocida hasta ahora del llamado amor.)

Los cuerpos, callados y seguros como dos equilibristas que hubiesen trabajado muchos años juntos, se fueron encendiendo a la manera de dos leños apoyados sobre un fuego. Cuando amanecía, alcanzaron esa máxima figura en cuyo intento había fracasado el poeta Ovidio y se frustraría Casanova: el doble trimesí sin apoyo, también llamado vulgarmente «la faraona».[1]

Anotaría Michel de Cúneo las palabras del almirante: «Sentí una agradable invasión en los bajos de centenares de hormiguillas (de esas coloradas, pequeñas, que causan cosquillas pero no muerden). Algo único».

Gritos. Gemidos profundos. Tal vez un aullido desgarrado, como el lobo que pisó mal y rueda al abismo.

Lo cierto es que cuando los guardias se precipitaron hacia el cuarto sólo encontraron los dos cuerpos exhaustos, sin conocimiento, con esa expresión de relajada beatitud que sobreviene después de una crisis epiléptica.

ENTRÓ LA MAÑANA DEL TERCER DÍA. *Really aglorious doy*. Quedó tendido

hasta las once, cuando el sol le pegó de lleno en los párpados.

Las cuatro doncellas llenaron el dormitorio con sus risas y vocecitas de gorriones. Trajeron frutas, agua de peña en una sudada jarra de plata. Un gran vaso de leche de burra colada con nieve.

Un cielo azul «de porcelana»; abajo un increíble mar de azur. (Las carabelitas, tres catafalcos a la deriva.)

Las cuatro siervas que a todo el quehacer del palacio atendían, entibiaban en un trípode de bronce agua para el baño.

Maravillado, sintió que el tiempo se demoraba a un ritmo de gerundios. El habitualmente efímero punto del presente se dilataba como un lago quieto y fresco. Mordió un melón dulcísimo y demoró contra el paladar la leche fresca.

Se prefirió cafishio, irresponsable, descastado, sin títulos.

Las doncellas lo sumergieron en la tina riendo de su desnudez y de su embobamiento. Hábiles bañaron su sexo con un aceite delgado y frío y luego lo envolvieron en una toallita de lienzo de Irlanda. Cuatro pares de manos jóvenes lo recorrían, traviesas, bajo el agua.

Por momentos se adormecía de delicia, y un hilito de baba, signo de búdica armonía, unía su boca con el pelo de agua de la tina.

Inmensa su felicidad. Ella no solamente no lo mató sino que apareció transformada: con un vestido con volados de *broderie* y el pelo repartido en dos trenzas escolares, atadas con moños azules. Llevaba una capelina de paja con cinta de florcitas. Nada más femenino. Casi la mujer-niña.

Estaba pálida. Sentía que aquel momento estaba engarzado en una larga noche erótica. Sonreía. Tomó una copa de plata y delicadamente se acuclilló sobre ella. Se escuchó el calmo susurro de su orín (¡orín, sí, mas orín enamorado!).

Con mágica naturalidad le tendió la copa y él bebió. Se miraban. Más bien se abismaban el uno en la mirada del otro.

Las leyes de la delicia amorosa alteran todos los sentidos. Era una profunda comunión. Aquel líquido estaba consagrado al pasar por la *via triunphalis* del amor sexual que los unía.

Ambos sintieron el delicioso aguijón del deseo. Pero ella, sabia y muy hembra, tomó un cesto de mimbre y preguntó:

—Bajo al mercado. ¿Qué prefieres, centollas o bogavantes asados?

Colón sintió un tremendo orgullo. Aquel gesto de «ir al mercado» —modesta, conchiacontecida— lo hacía sentirse triunfante, como león que acaba de conquistar un territorio con sus hembras anexas. Se quedó con los ojos entrecerrados. Dominador. Chulo. Acabronado. Soñaba con posibilidades felices e inmorales: regentar un gran burdel en Tenerife (él, que entra con una camisa floreada y zapatones altos). Mediodías en la terraza con jazmines y geranios. La brisa del mar.

Sedas turquesas. Sólo tráfico de esclavos hacia el Continente. Altas finanzas: abrir una representación de los Centuriones y desplazar a Soberanis y Riverol.

—*Prometeo é morto!* —gritó como despertándose (en italiano que era el idioma de su subconsciente, de sus cuentas, de su escasa sinceridad).

Las galleguitas se rieron y siguieron jabonándolo. ¡Qué podían adivinar de sus abismos!

RESULTA HISTÓRICAMENTE INEXPLICABLE la falta de decisión de Colón para quedarse en Gomera casándose con la viuda. No hay documentos. Los fracasos y los miedos no se confían a la posteridad.

Raro que un edonista más bien vulgar y practicón, un trepador (que solía repetir la cita de Cicerón: «No entiendo a quien estando bien pretenda estar mejor») haya cedido tan pronto aquella baza.

Se dice que una de las siervas le susurró: «Nada existe tan perro y terrible como mujeres que en su espíritu traman acciones como hace ésta…»

Parece que no era la primera vez que Beatriz de Bobadilla había hecho confiarse a sus amantes con una dulzura entregada. Fingía apapacharse y una vez que el incauto ingresaba confiado en una costumbre mandona, dominadora, machista, ella irrumpía con su horrible poder disciplinario: la trencita y los moños eran sustituidos por metales bélicos, cueros tachonados y los látigos claveteados. Éste, en cierto modo, fue el triste caso de Núñez de Castañeda: una vez confiado en su efímera falocracia sobrevino la mortal represión, la instintiva venganza de la araña que devora a su macho.

Michel de Cúneo supuso que el genovés sorprendió algún guiño, algún diálogo subrepticio entre Beatriz y el jefe de la guardia. Es probable que el almirante, curioseando, haya descubierto las salas de tortura del palacio. Es sin duda la probabilidad más cierta.

¿Temieron —tanto él como Beatriz— la venganza de Isabel?

¿Sintió Colón (astuto al fin) que el poder de las Islas Afortunadas estaba lejos de estar consolidado y que la acción de los guerrilleros era más severa que lo supuesto?

El hecho de haber alcanzado el trimesí al final de la primera jornada erótica ¿no los dejó acaso vacíos? ¿Cuál es el tiempo de un amor, de una relación, de un matrimonio? ¿Cuándo muere lo que siempre termina por morir en la desdichada pareja humana? Es probable que el tiempo del amor sea acrónico, como el tiempo de los sueños. Que aquellos días fueron treinta años y que —se puede suponer— en los últimos diez años Colón y la Bobadilla cayeron en un tedio de cacerolas, bostezos, cuentas de almacén y erotismo

desganado, como la mayoría de los matrimonios donde la leche del amor pierde fervor y tórnase lacia y aguachenta.

Lo seguro es que el 6 de setiembre la moranza de amor en Gomera había terminado. Sus hombres, que ya habían decidido continuar la jornada sin el jefe —el extranjero— designado por la Corona, lo vieron bajar por los peñascos laboriosamente, ayudado por el mismo cretino que días antes lo había guiado al subir.

Esperó que le mandasen una falúa (hubo dudas, pero los de la Agencia definieron las cosas) y cuando pasó la borda con los espirales de sus pintorescos zapatos estirados como dos culebrillas amarillas que hubiese quedado adheridas a la suela, se limitó a decir:

—¡A son de mar! ¡Se parte hoy mismo! —Y a Juan de la Cosa: —Quiero el rumbo previsto: todo a Oeste. ¿Consiguieron buenas hebillas para el timón de *La Pinta?* Me imagino que todo estará en orden. El agua de aquí es excelente…

Su frescura causó indignación. Cuando subía la escalera hacia su camareta escuchó una voz anónima: —¡Genovés cerdo!

Y él, casi indiferente, con la serena distancia del jefe que aprovecha una grosería para aleccionar:

—¡Sin mí, sin mi astucia, todos hubierais terminado peor que cerdos en esta tiranía! ¡Como esclavos! ¡Tenedlo presente y callar y a la maniobra de velas!

Los atroces grifones. El Octopus. El Orcaferone. Ahora sí, ahora estaba enfrentado. Los abismos de la mar ignota. Las furias del viento: los reinos de los demonios.

Sentía, desolado, que ahora el Señor lo había librado definitivamente a su fantasía. Perversidad divina: castigar concediendo. Que tu dolor sea tu triunfo. Tu perdición, tu curiosidad.

Entró Espinosa con un guiso de porotos con chorizo y cecina. Un vaso de vino duro, del que no se pica. De postre, un puñado de almendras y pasas de uva.

—Te será difícil, almirante, poder mantenerte en este rumbo…

—¿Te pregunté algo?

—No. Pero ellos dicen que esta ruta sólo puede llevar a otras tierras calientes, aunque sean del Gran Khan, o como sea… ¡Dicen que es una locura, que es como preferir tierras secas, ásperas, como las de Trujillo, Badajoz, Extremadura, locura! ¡Tierras que sólo podrían dar olivo y ajos, y con los precios bajos como están! Si Vuesamercé no corrige el rumbo se armará la de San Quintín. Almirante: en las tierras calientes, en los trópicos, sólo hay pobres, gente desnuda, convénzase. ¡Donde calor, pobreza!

Se veía que lo mandaban. Era realmente la opinión de los Pinzón y

su gente. ¡Hormigas! ¡Enanos! ¡Qué podían saber de la voz! ¡De la misión secreta de la estirpe de Isaías!

9 *DE SETIEMBRE. DOMINGO.* Los marineros gobiernan mal, recayendo sobre la cuarta del Nordeste. A veces se desvían hasta la media.

Creen que el almirante no se da cuenta o que está blando. Se equivocan, es el único punto donde no se puede ceder. Hacer reunir las naves y comparecer capitanes y pilotos. Gran reto.

Rodríguez de Escobedo, el escribano, está citado al puente. Se acicala frente al espejo en el palo mayor. Se peina las barbas. Solemne, siempre con su Homero en el bolsillo.

Llegan los Pinzón, Niño, de la Cosa, Quintero. También los genoveses y el Veedor real, Sánchez de Segavia. Que quede en claro y en negra sobre blanco ante el Escribano del Reyno: Nadie podrá variar con astucias el rumbo que aquí solemnemente se declara y es el mandado por sus Altezas Reales: Todo al oeste. Todo al oeste sobre la línea del Trópico.

Caras de descontento. Pero ahora será difícil intentar trapacerías y desautorizadas variaciones.

Se firma el Acta. Se disuelve la reunión.

El almirante vuelve a su chupeta. Se sumerge en la tina. Medita sobre las fuerzas del mar.

ANFIBIOLOGÍA ELEMENTAL. 10 DE SETIEMBRE. Palabra del almirante a sus oficiales: Nada peor que el olvido. Y los hombres olvidaron su naturaleza anfibia, incluidos los marinos. ¿No estudiaron sus pies, sus manos de palmípedos sin membrana? ¿Las nalgas como romos restos de perdidas aletas dorsales? ¿No saben ver la evidencia?

No puede navegarse bien si no se retorna a aquellas esencias.

Los hombres deben olvidar lo que elogian como cualidades marineras.

El almirante ordenó llevar muy bajado el papahígo de mayor cosa que apenas tire a la nao fuera de las olas. Quiere ver los barcos mezclados en la materia del mar. Que los barcos no anden demasiado secos, como meros visitantes del mar.

Ordena que no se calafateen algunas tablas que hacen agua. Quiere que haya agua en la sentina y que los hombres la oigan correr con el rolido, como él la escucha correr desbordada de la tina, por el suelo de la camareta.

Navegar como gaviotas. Como pescadores cántabros. No apartarse demasiado de la masa marina. No oponerse. No secarse. Recomienda a los hombres que no intenten secarse, que se duerman mojados, si es

posible. Evitarán resfríos, aunque no lo crean.

La gaviota —enseña el almirante— no pretende que cambien los vientos. Es en todo viento. Parecidos elogios dedica a la flexibilidad naval de los pescadores gallegos.

Toda otra razón —sentencia— es cosa de franceses. Juan de la Cosa intenta responder algo, después calla.

Sumerge la cabeza en la bañera y flota boca abajo, como muerto. Sólo emerge su culo fofo y blanco como el trasero de una monja belga ahogada en un canal de Flandes después de una violación bélica.

Aguanta mucho tiempo, asombra.

Después afirma que en la intimidad del agua se comunica con la Mar Océana y que sólo el desafío vence al miedo.

Cantar en los cementerios, recomienda. Silbar en el bosque sin luna.

EL VIENTO SOPLA FUERTE Y HAY MAR GRUESA de proa. La nao rompe dientes de espuma. Vuelan flecos, encajes, blanca baba de potro en alocada carrera.

Sale el almirante de la camareta y el viento insolente le sacude los cabellos a voluntad.

Goterones salados. Hilachas de plata disuelta.

Vibran los obenques y las drizas. La cebadora con su lona hinchada tira, valiente, en el bauprés. Es un mulo obstinado, arrebujado en la cinchada, con las orejas recogidas por la lluvia y el torbellino.

Las drizas mojadas, al recibir el tirón del velamen, quedan exprimidas y secas. Humean con el roce de bitas y cabillas. Las riendas del caballo loco.

Gemidos hondos en las fogonaduras del trinquete, mayor y mesana, exigidos al máximo. Vuelven a ser tallos gráciles en la dura fiesta del temporal.

Golpes de tambor ronco del casco que embiste la mar.

—¡Arre! ¡Arre! ¡Arre! —grita el almirante. Baja las escaleras del castillo hacia la cubierta. Convoca a los hombres que andan como si no se diesen cuenta, desangelizados. Gandulean como esperando la hora de guardia. Evitan las salpicaduras. Sombríos, aburridos, manejan la baraja. —¡Vamos! ¡Adelante! ¡Todos, todos! ¡Cazar! ¡Más tensión en las cuerdas! ¡Iza! ¡Iza! —los convoca. Él mismo toma el estay del trinquete.

Vibra la nao. Potra en celo. Es un instrumento de cuerdas en su máximo *allegro*.

Ahora canta con voz ronca el viento que entra por escotillas y pañales. Los estays, los obenques, son cuerdas de un arpa arrojada a la

música.

Gime, gime el viento.

El almirante, grita, exige. Quisiera tener un látigo y sacudir a los sobones. Desgraciados.

Sube al castillo proel y recibe una bendición de olas deshechas. Espuma fresca en la cara y el pecho. Estira los brazos hacia delante, el rostro empapado. Siente que es la nave. Grita:

—¡Evohé! ¡Evohé! ¡Evohé! ¡Aleluya! ¡Cazar! ¡Aún más! ¡Vamos: ese papahígo de mayor! ¡Levantar la gavia, sí!

Galope loco por los campos de la mar. Entrega. Fiesta. Éxtasis. Abandono al espacio.

Al volver empapado a la camareta los ve: se intercambian guiñas y sonrisas, lo creen loco. La mayoría echados contra los bultos en la toldilla, escarbándose los dientes, soñando con la huerta propia o con robarse las perlas del ídolo del Palacio Imperial.

La sagrada sensatez.

Espacio y Tiempo. 13 *de setiembre.* El retorno de Tierra a Cielo deberá efectuarse por el mismo sendero que recorrió Adán en su ignominiosa y merecida expulsión.

El mundo en que creemos vivir es una escritura que hay que leer de revés, frente a un espejo.

Espacio y Tiempo es el nombre de los ángeles exterminadores que nos expulsaron del Edén. Habrá que vigilarlos con astucia. Sólo ellos podrán indicarnos el camino de regreso a las ansiadas Puertas.

(¿Eso es lo que quieres, Adán? ¿Medir? ¿Mesurar? ¿Desmesurarte? ¿La Ciencia del Bien y del Mal? ¡Mesurador obstinado! ¡Esto es el Espacio y éste es el Tiempo! ¡Arréglate tontón! ¡Cuidado que te aplastan! Te laminan, te vacían. Serás como la finada —que Dios la tenga en la Gloria— Felipa Moñiz Perestrello: terminó siendo una lámina que su impío esposo colgó arriba del trinchante del comedor. ¡Adán: enrédate, si quieres, para siempre en la red! Exclúyete si quieres. ¡Mide bien!)

Pero habrá uno, de la estirpe de Isaías, que guiará a todos. ¡Nunca tantos deberán tanto a uno solo! El Héroe.

Los liberará del único sufrimiento.

Cristo fue apenas un demiurgo. Pudo haber hecho mucho más. Salvar los cuerpos, por ejemplo. Salvar en la Tierra. En el dolor de la Tierra. Sólo enseñó el camino del retorno del alma.

Pero se comprende por su naturaleza celeste: su cuerpo era preforma, virgen nacido de virgen. Su carne sosa. Cristo no sudaba. (El almirante anota esto con el mayor respeto. Reconoce que Cristo fue la

mayor posibilidad del dios de los judíos para expanderse por el mundo.)

Sigue mar serio. Viento sano. Tiempo variable. Por momentos nubes frescas, de llovizna. Los hombres lamen las manos y los bronces empañados. Algunos exponen las hojas de los cuchillos para recibir el ángel del agua.

Anuncian el almuerzo. Alegría general que se expande en torno del fogón. Los mozos de vino van echando en las jarras.

Los oficiales, el escribano y el veedor, en su mesa, junto a la barra del timón la marinería echada contra los mamparos o los rollos de los calabrotes. Ya todos tienen su querencia, su espacio. Son como gatos.

El mozo recorre la nao con la campanilla (¡como si alguno no estuviese atento!):

—¡Tabla! ¡Tabla! ¡Señor Capitán y Maestre y buena compañía! ¡Tabla puesta, vianda presta! ¡Vivan los Reyes de Castilla por mar y por tierra!

Alegría. Alguna carcajada. Desorden de siempre en el fogón y las ollas. Bromas.

Un buen día: guiso de carnero con lentejas. Sopa de arroz y pescado. Pimentones asados. Grandes pedazos de galleta.

El vino duro, todavía no amargo.

Roen los huesos con alegría. Limpian con el pan la última grasa del plato.

Higos secos.

Barajas, siesta o turno de guardia.

14 DE SETIEMBRE. EL RAMO DE FUEGO EN LA MAR. Hacia el atardecer el cielo se abrió. Sobrevino la noche estrellada que no se vio en varios días.

Noche cerrada. El tremendo giro de los astros. (Los hombres susurran que muchas constelaciones están como cayendo tras el horizonte. Los pilotos tratan de aclarar las cosas, los calman.)

Esplendor tremendo. Abismo que pueden ver, los humanos, desde el lomo del planeta oscuro.

Hacia el Poniente, durante un largo instante, se vio caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en la mar.

Los hombres señalan con temor. Afirman que es una estrella que estalla.

Varios brazos de fuego en torno del centro. Es el giro inequívoco de la espada flamígera. La svástica de fuego.

El almirante cae de rodillas en la oscura soledad del puente de popa ante esa tan clara y directa manifestación de la divinidad.

—¡Señor! Tú nos arrojaste de la Casa y ahora nos indicas el camino

del retorno. ¡Alabado seas!

Cierra con unción los ojos y ve, en la noche del espacio sideral, el movimiento inequívoco de la espada, justo a proa, casi como proyección de la línea de crujía.

Luminosa, te inviste,
la gloria del Señor,
Sobre ti
el Señor es lámpara.
(*Isaías*, 60,1 y II).

La mar se hace cada vez más honda y presagiante. Su calmo ritmo no alivia a nadie de sus temores.

El almirante, consciente del temor de los hombres ante el riesgo y la desprotección, anota datos falsos. Cada mañana les comunica la singladura con varias leguas de menos. Es imprescindible vendar los ojos de los caballos cuando se pretende enfrentarlos al fuego o a un toro salvaje.

Ya no es el mar de siempre, el *mare nostrum*, que el hombre surca con relativa confianza. Éste es el *More Tenebrarum* en toda su grandeza.

Es un animal vivo que sólo la ingenuidad del humano puede creer domesticable. Que no necesita especial maldad para destruir a los hombres: le basta simplemente su costumbre de gigante, de dios salvaje.

Al amanecer vieron hacia proa dos o tres arcas seguidas de una clientela de tiburones.

Es una presencia amenazadora. Se forman grupos que susurran historias terribles, supersticiones portuarias. (¿Los monstruos están en las aguas o en las almas?)

Reino de demonios que no conviene despertar. El almirante recomienda discreto silencio. Omitir las jactancias y naderías de tierra: las carcajadas, las riñas. Tiene poco éxito. No comprenden.

La araña, el alacrán, la sierpe, son conscientes de su maldad. Las bestias del mar, que conservan las dimensiones de otros tiempos del mundo, ejercen el mal automáticamente, como niños bobos, como holandeses, en suma.

Los grifones, que vuelan desde islas ignotas y devoran carne de marino, son mezcla de águila y león. El Octopus gigante, que tantas veces arrastró las naves hacia su abismo, es un calamar de ocho tentáculos. Es sabido que emerge preferentemente en luna llena y que si devora a los hombres es por hambre extremosa, por falta de algo bueno.

INGRESAN EN UNA REGIÓN ESPACIO-TEMPORAL no visitada antes por el humano, salvo accidental o inconscientemente. El almirante comprende que es natural que en esta zona intermedía entre la nada y el ser, entre lo conocido y el misterio, hagan su irrupción —a veces con verdadero descaro— los muertos.

El almirante tiene experiencia y sabe verlos. Continuamente pasan entre las horas de los vivos, pero es al anochecer cuando su color lechoso se define.

Sabe que hay que despreciarlos y que si se los deja avanzar ganarían todo el espacio y el tiempo de los vivos haciéndolos hasta enloquecer. Tratarlos como a perros: no considerar sus bravatas, jamás mostrarles miedo.

Son pegajosos. Presencias opalinas. Protoformas astrales con mala nostalgia terrenal, nada más.

Los muertos, de cerca, tienen un aroma a encerrado, parecido al de las monjas de clausura, que huelen a caracolas no resecadas del todo.

El almirante se niega a intimar con los muertos y a reconocerlos. Aunque sabe que están. Los presiente desde su camareta: sentados en las jarcias, con las piernas en el aire; sardónicos, exigentes, más bien malintencionados. Incapaces, en el fondo, de decir lo que vieron, si algo es que vieron. Explotadores impúdicos del prestigio sombrío de la muerte. Siempre con un torvo deseo de sembrar signos y premoniciones.

Pero el almirante no los mira. Vence su curiosidad con su capacidad de miedo. Sabe que los muertos raptan, que nunca liberan. Que contagian miedo y desprecio a la vida; cuando ellos lo único que tienen es una rabiosa envidia de los cuerpos sanos, de los sentidos.

El almirante mira al suelo. Trata de dormirse recordando escenas luminosas y pobladas.

Cuando presiente que será vencido e irrumpirán con su resplandor lechoso, abandona rápidamente su camarote, baja corriendo la escalera y se pone a hablar con los timoneles de turno.

Es la única ocasión en que se expresa con desenvoltura y dice cosas amables y hasta divertidas y sinceras.

Es por miedo a los muertos.

EN SU CRECIENTE DESAMPARO los hombres creen encontrar signos propicios, a la medida de sus deseos.

Le llevan al almirante hierbas marinas que trajo la corriente y le muestran un cangrejo vivo que anidaba en ellas. Lo ponen sobre las tablas de cubierta y lo empujan para que marche. Le dan migas. Lo mojan con agua de mar. Lo adoptan. Lo sacralizan, para conjurar sus temores.

Estiman que la costa, la que ellos buscan —las parcelas fértiles— está muy cerca. Creen ver multitud de aves migratorias (el fasto 18 de setiembre). Recibieron con gritos exaltados la llegada de un alcatraz viejo, seguramente perdido o abandonado por su tribu.

El día 20 vinieron al navio, en amaneciendo, dos o tres pajaritos de tierra cantando y después, antes del sol salido, desaparecieron.

Es tal la ansiedad que los ojos de muchos brillan como los de los embrujados.

La brújula noruestea: prueba inequívoca de que se acercan a una región del mundo donde se corrompen los esquemas espacio-temporales habituales. Las brújulas piden siempre la verdad, por eso son inquietantes.

Se levanta mucha mar. Un mar oscuro, pesado como sustancia mercurial. Mucho mar y sin viento, cosa que inquieta a los pilotos que se consultan gritando desde las cofas de las tres naos.

No comprenden. Nunca habían visto fenómeno parecido. Pero el almirante lo recibe como otro signo callado e inequívoco: es el Señor. Como en los tiempos en que Moisés salió de Egipto con el pueblo judío, se levanta la mar en murallas de agua aunque no sople el viento.

El almirante agradece con los ojos entrecerrados. Continúa el Diálogo, eso es lo principal.

25 *DE SETIEMBRE. LAS ÍNSULAS FALSAS*. Tanta deseo tenía que terminan en ilusión: por fin gritaron desde *La Pinta*, con Martín Alonso Pinzón a la cabeza, que veían costa.

Visiones del miedo. El almirante aprovechó la oportunidad. Aceptó el espejismo y se agregó a la exultación. Se arrojó de rodillas, patético, sobre el puente y encabezó el coro que entonó el *Gloria in Excelsis Deo*.

Los hombres trepan a las jarcias. Saludan con los sombreros en la mano. Todos ven las ínsulas de arena dorada. «Como las de Guinea.» Ven palmas. Nombran varias especies de árboles ilusorios.

Aprovechan la súbita calma y algunos se zambullen desde las jarcias. ¡Dejaron atrás el *Mare Tenebrarum!*

Abusan del mar como de un león dormido, chapotean. Realmente están convencidos.

Retornan a un lenguaje de intereses y de prestigios costeños.

Hasta los más excitados se durmieron con calma. No piensan ya en el motín sino en plantaciones (en mar, quieren ser agricultores rutinarios; en los campos y sastrerías, sueñan con el mar…).

Pero al amanecer no se ve costa. Se sigue.

La desilusión no es tan grande: imaginan que pronto verán otro

archipiélago.

En las regiones por las que se aventuran el viento responde a leyes distintas.

San Pablo anotó con razón: «Mueve el Demonio las potestades del aire».

Nada puede aterrorizar más. El temporal precede a la probable ruptura y caída de los cielos.

Truenos. Fogonazos de rayos. Dios esplende más en su furia que en su calma.

Cuando empieza el tifón el almirante recuerda a Dios —al Dios Padre— como a la furia de su abuelo que cuando borracho perdía el chinchón en la aldea de Quinto, arrojaba las botellas y las sillas por la puerta. Rugía babeante. Debían calmarlo echándolo en un zanjón de agua fría.

Los vientos vencen la costumbre de la mar: levantan trombas y oleaje.

Las navecillas galopan las terribles montañas a la carrera. Con sus velas blancas parecen papelitos a la deriva.

«El trueno rueda su peñón.»

¡Correr el temporal! ¡Correr! ¡Galopar con el oleaje! ¡No temer! ¡No protegerse, sería inútil!

Pero no entienden. Pretenden dejar las naos a palo seco. Hacer maniobra de aceite. Echar anclotes flotantes. En suma: transformar el efímero espacio de las tres naos en tres ínsulas firmes y seguras. ¡Imposible!: desaparecerían de un manotazo de mar.

El almirante logra imponerse y los insta a que se entreguen con alegría a galopar el océano. A transmutar la violación en un acto de amor triunfante.

Para conjurar la furia de los aires, la marinería anuda todo lo que encuentra, hasta la cola de las ratas.

Hipnotizados rezan la oración *Ad Repellendas Tempestatis*.

Llegan en delegación al almirante. Hasta osan subir la escala sin permiso. Saben que él tiene una bolsa de nudos que le vendió una adivina en Escocia. Quieren que los emplee arrojando puñados hacia los cuatro puntos cardinales.

Dicen: «El trinquete y el mayor se doblan como juncos…»

El almirante les retruca: «Ilusos, cuando el humano se cree en lo peor, tengan la seguridad de que sólo está a mitad de camino…»

Le piden que implore a Tata Pancho y que se vista con el hábito franciscano. Tradiciones del mar.

Los pilotos se resisten a gobernar en dirección al centro de la

tormenta, esa fragua de truenos y rayos que arde sobre el horizonte. Usina del fuego de los cielos.

Volcán apuntado hacia tierra.

Los pilotos más bien tuercen la barra para alejarse, compelidos por un ingenuo miedo animal.

El almirante grita al del gobernalle:

—¡Sólo allí hay que ir! ¡Donde duermen los demonios! ¡En su cueva! ¡Sólo allí uno podría salvarse! En la capital del Mal. ¡En el centro del cual parten las sucesivas rondas de diablos…!

En el núcleo del ciclón, cuando se llega, hay calma, un silencio dulce. En torno se ven girar nubes negras, cargadas de hielo y fuego persiguiéndose como Erinias.

El almirante, laboriosamente, sube a la cofa desafiando la borrasca y desde allí arroja puñados de papeles rotos para estudiar sus giros espiralados. Grita su enseñanza hacia Juan de la Cosa que está al pie del mayor pero el temporal mezcla y barre las palabras.

El almirante sabe que el viento gira espiralmente, como las estrellas del espacio infinito y las aguas cuando son absorbidas por el terrible abismo del *Maélstrom*.

CRECE, SE AGRANDA EL ALMIRANTE en estas pruebas terribles, en estas dimensiones nuevas donde aventurarse sin amparo.

Ventaja grande suya sobre el común: cree más en el desamparo original que en la protección. No le pide rebaja al temporal, ni que el mar se haga río de pradera.

Cree que una dificultad no cesará o que le seguirá otra mayor, por eso soporta cuando otros enferman o se lamentan.

A su lado los hombres —que lo desprecian— se van rebajando hasta ponerse del color y de la estatura de sus miedos.

Esplende el almirante en su soledad. Ahora —ya cerca de lo que sólo él presiente— son muchas las horas que pasa en el puente. Cuando escampa y sólo hay lluvia de rayos, aparece en el castillo de popa esperando el fuego de San Telmo.

Como muchos genios y, en gran parte, debido a incrustaciones de sal y de plancton en su piel, es inconstantemente bioluminiscente.

Al oxigenarse las enzimas de su frente y de su cara surgen destellos visibles en la noche cerrada (a veces como los de un faro intermitente, como esos que ponen los ingleses en la boca de sus puertos para guiar el pesado retorno de su flota de saqueadores y piratas).

Sus detractores y enemigos dicen que se enciende por la luciferina que secreta su ser, rico en luciferasa.

La marinería simple no lo ama pero lo respeta. Con temor lo espían

detrás de mamparos y mástiles.

A veces les llega a parecer una luciérnaga de proporciones atroces.

27 *DE SETIEMBRE. PASAN COSAS RARAS.* Pérez, el zapatero, se apersonó al almirante con el Veedor real, Sánchez de Segovia.

Ocurre que Pérez dice haber visto en la alta noche, mientras defecaba en el «jardín» de babor, un grupo de luces. Varias hileras superpuestas de luces horizontales en movimiento. Dice que era una enorme nao, de proporciones espantosas, tan alta como la catedral de Sevilla. El mástil iluminado era la Giralda cuando la procesión de la Virgen del Agua, dice.

Sabe leer la escritura (es visionario y místico como casi todo zapatero). Afirma que leyó en la popa de ese monstruo que pasó echando chorros de espuma fosforescente, las palabras *«Queen Victory»*.

Sánchez de Segovia le cree y por eso lo trae a la Superioridad. Dice que él mismo nota que pasan cosas raras. Cree que no están solos y se arriesga a sugerir que mejor sería volver a España.

El almirante no responde a la insolencia.

El Veedor afirma que en las naves hay un clima de maledicencia y sospecha.

«Esto es un barril sin fondo, un tonel de sierpes.» Muchos, parece, ya empiezan a ver a los muertos que se aparecen por las jarcias. Algunos no quieren pasar la borda para hacer sus necesidades porque hay demonios burlones al acecho. (Cuenta dos anécdotas de mal gusto.)

Los más advertidos observan que los días ya no duran 24 horas sino 32 o hasta 33 y que cada legua en esta región de miedo puede ser de casi cuatro millas.

Se afilan cuchillos. Hay encuentros subrepticios. Dice el Veedor que se le atribuyen al almirante cualidades demoníacas. Que los más osados hasta hablan de quemarlo —untado en pez— en el palo mayor.

Hay mucho de verdad. Los hombres, ante la mutación, se refugian en el retorno, incluida la violencia.

El almirante solicita al Veedor, oficialmente, una más amplia y profunda investigación, por escrito. A Pérez de Cádiz, místico y zapatero, le regala un terrón de azúcar como a un caballo noble. Él mismo se lo acerca al hocico.

AQUELLA NAVEGACIÓN DURARÁ, en realidad, diez años, tanto como la zarpada.

El almirante pronto comprendió que su propósito significaba una

ruptura flagrante del orden espacio-temporal establecido. Que la apariencia del mundo quedaría seriamente inferida.

Era un hecho nuevo y surgían nuevas circunstancias.

El horizonte espacial-histórico fue quebrado por la proa de la *Santa María*. Fue como rasgar una de esas bolsas de regalossorpresa que se rifan en las tómbolas de *Ferragosto*. La Caja de Pandora de la realidad.

Por la rajadura del velo espacio-temporal empezaron a deslizarse seres, naves, escenas humanas, que el almirante tuvo, como visionario que era, que aceptar sin tratar de buscar explicaciones que excederían las modestas posibilidades de la época.

Le fue posible pasar del puente de la *Santa María* al de la *Maríagalante* (que zarparía en 1493 al frente de una flota de quince naos grandes y varias menores), y al de *La Vaqueños y a La Vizcaína* (1502).

Su tarea se complicó enormemente. Su escepticismo y paciencia ante el misterio y lo inesperado le ahorraron las peligrosas fatigas del asombro y la consiguiente búsqueda de explicaciones.

El sábado 6 de octubre le fue posible observar la marcha de las tres carabelas (navegando hacia el famoso 12 de octubre de 1492), desde el puente de la *Maríagalante*, con un tubo de lentes que le había regalado en Barcelona, en su triunfal regreso, el óptico de Flandes, Monsiú Zeiss, que los promocionaba y ofrecía a la Corte reclamando exclusividad de la patente de invención.

¡Él mismo estaba en el castillo papel de la *Santa María* tratando de ver en la bruma del futuro el perfil de la *Maríagalantel*

LOS HOMBRES DE LA TRIPULACIÓN se amontonan en las bandas, se cuelgan de los obenques. Tratan de ver entre los mantos de niebla. Dicen haber escuchado relinchos en el mar y el inequívoco y grave bramido de un toro. Al amanecer, el cacareo de un gallo.

A bordo de las tres navecitas sólo hay hombres y ratas fugitivas.

Hablan de demonios, del mítico caballo marino.

En realidad se trata del toro, que cuida Joan Velmont a bordo de *La Colina*, programado para el festejo del 12 de octubre. El bicho se libró de su improvisado toril y siembra el terror y la fiesta (a la española) con sus corridas por la cubierta. Aquello parece un San Fermín. Vocerío con olés a cada fracaso de Joan Velmont para hacer pasar la fiera al sollado. Los relinchos son de la caballada que suma el terror que sienten por el mar al que les despierta el abismo de la fiera.

En las jarcias, con la gritería, hay revoloteo de palomas, de gorriones y de perdices para cría.

Es pisoteado un grumete valiente que quedó encerrado ante el mamparo de proa.

El toro brama excitado. Huele las vacas lecheras a bordo de *La Gallega*. Protesta de labriegos enardecidos: el astado ha estropeado los almácigos de plantas útiles y productivas que transforman las bordas en jardines flotantes.

Por fin el torero cita con valentía a la entrada del sollado, a pie firme. Cuando el bicho embiste, hace un garboso afarolado y el animal cae en la oscuridad de la sentina. Festejo general. Palmas. Lo levantan en hombros.

Velmont es invitado a comer a la mesa de pilotos y oficiales.

SON VARIOS YA LOS QUE DICEN HABER VISTO extrañas naves iluminadas, como Pérez de Cádiz.

El almirante los estudió con cuidado. Son grandes barcos sin velamen que transportan gran cantidad de humanos y de cosas. Algunos tienen chimeneas enormes, de metal, y dejan una estela de humo curiosamente pareja, como si no fuese un incendio.

Una de ellas, la *Rex*, pasó dejando un velo de música feliz. Era al atardecer y se vio nítidamente, junto a una especie de alberca con sombrillas de colores vivos, a varios jóvenes con sombrero de paja, ranchos y chaquetas blancas, de hilo. Ellas con deliciosas capelinas con cintas de florcitas. Aperitivos con rodajas de limón y pajitas. Música sincopada (el almirante no puede saber que se trata de la rumba *El manisero* tocada por Lecuona). Mira fascinado, como un campesino pobre al borde de la fiesta, con un vago acecho de envidia ante la vida frivola y desenvuelta de la burguesía feliz y liberal de las primeras décadas de un siglo futuro.

Por intuición el almirante se evita tomar demasiada conciencia de estos fenómenos. Reacciona ante el abismo de estas peligrosas futuraciones con la misma salud instintiva de las mulas en alta montaña.

Sabe que se podría perder la razón para siempre. Es prudente.

Pero la frecuencia con que aparecen estas naves caídas del futuro es realmente inquietante. Cruzan el rumbo de la *Santa María* por popa y proa, con insolencia y sin el debido homenaje.

Pudo comprobar que en ningún caso superan el punto de proa de la *Santa María*. Es como si necesariamente dependiesen de la acción de su fatigada proa de madera cortando el velo del tiempo. Por momentos, en los caimanes y bordadas —cuando se contradice o demora el rumbo normal— las naves de la futuración quedan como errantes.

Así vio el bajel *Mayflower* cargado de puritanos terribles que iban rumbo a la *Vinland*, dando vueltas a la *Santa María*, como si tuviesen el timón tuerto y distraído cayese obsesivamente a babor, igual que

burro de noria.

Parecido fenómeno ocurrió con las naves de los piratas ingleses, el Guatarral y el Candelín Hawkins, los amantes de la reina virgen.

Tanto hacia el Norte, hacia *Novaia Gorod*, como hacia el Plata, van naves sombrías cargadas de emigrantes sicilianos, genoveses, extremeños, irlandeses.

Carne de labor, de mestizaje y bastardía, movida por modestos sueños subsistenciales.

En la noche del mar, la canción de los hebreos *askenazin*. La *canzonetta* del napolitano que seducirá a la hija del rabino húngaro y engendrarán al gerente neoyorkino. La turca de Ankara que parirá un hijo del extremeño solemne que sueña con un vástago notario, dueño de estancia o cafetal.

La brisa mueve palabras que el almirante no podría comprend*er.fox-trot*, Andes, Hotel de Inmigrantes, Río de la Plata, milonga, «¡Hay oro en el Oeste, Jim!»

Una noche apareció un gran velero de holandocristianos dedicados al tráfico de negros que serían rematados —con garantía notarial y al mejor postor— en Hispaniola y Portobelo.

El hedor, la *catinga*, era tal que las ballenas decidieron abandonar la región entre la línea del Trópico y los 35 grados de latitud Norte.

Se oía surgir de ese bajel trágico, a pesar de todo, la melopea indestructible, el canto rítmico y profundo.

Aquella realidad se debería a una humanitaria recomendación del padre Las Casas: «Si los negros habían sido siempre esclavos y de poca alma ¿por qué no importarlos de África y ahorrarles a los indios un tan mísero destino?»

9 Y 10 *DE OCTUBRE.* «Toda la noche oyeron pasar pájaros.» Oscuridad cerrada. Se oía el aleteo de aves seguramente migratorias.

Están en el rumbo de los pájaros, y eso es bueno. Al atardecer ya se habían posado un grajo, un ánade y un alcatraz.

Esto salvó probablemente al almirante de la desesperación de la gente ante las visiones y presencias. Los conspiradores se dividieron: muchos de ellos creyeron que la tierra estaba definitivamente cerca y valía la pena esperar unos días más antes de amotinarse.

El Veedor real ha traído su informe debidamente sellado por el escribano. De lo que pasa a bordo, la mitades conspiración, la otra mitad misterio.

El funcionario, que valora el orden por sobre todo, está consternado. Es como si hubiese comprobado que el mundo se mueve bajo los pies. Que se perdieron las referencias al orden de la

metrópoli.

Pero en todo caso todo parece momentáneamente conjurado. El mismo Pinzón se acercó con *La Pinta* hasta casi abordar y le gritó al almirante:

—¡Arroje Vuesamercé media docena de esos revoltosos! ¡Y si Vuesamercé no se atreve, yo y mis hermanos se los mataremos!

Simplicidad ibérica. El almirante, siempre ambiguo, responde:

—Cálmese Martín Alonso. Sigamos bien con estos caballeros. Dentro de unos días más, en caso de no ver tierra, reconsideraremos el rumbo…

PERO HAY OTRAS CONSPIRACIONES que preocupan. El Veedor tiene listas de nombres, verdaderas vetas de subversión que crecen en todas direcciones. Explica:

—No se confíe Vuesamercé. Tienen hombres en la Corte. No se enrolaron para seguir como Dios y los Reyes mandan, sino para traicionar todo el sistema. ¿Cree el almirante que vienen en nombre de España? ¡Se equivoca! ¡En realidad vienen huyendo de la civilización y de la cristiandá! Huyen de España y de Europa. Son saboteadores de nuestro Sistema…

Desenrolla y lee la lista de nombres:

—El Comendador Bobadilla, Margarit, el cura Buil. Guevara y Riquelme. Ojeda, que hasta está preparando una flota y lleva, para colmo, un gerente de la casa Berardi llamado América Vespuccio, el pariente de La Bella… Los hermanos Porras, Francisco Roldán, el boticario Bernal, Fonseca…

»Éstos por un lado. Aunque parezcan inocentes, llevan la subversión en el tuétano. Por el otro, mucha gente extraña, como los lansquenetes, que no se les entiende el habla y es por lo tanto difícil analizar la intención.

»Hay uno temible, Mordecai, que se esconde en las sentinas de *La Vaqueños* y de *La Correo*. Vive en la penumbra, sobre los nidos de ratas. ¡Les dice a los hombres que son iguales, que se unan, que la propiedad es un robo! ¡Se ve que es un mal lector de santo Tomás y del pobrecito de Asís! ¡Hasta dice que la religión es el opio del pueblo! ¿Se da cuenta el almirante?

—¿Mordecai?

Y el Veedor:

—Es como llevar una infección. Algunos de los suyos intentaron serruchar el codaste de *la Vaqueños*. Estamos seguros: encontramos el aserrín. Por suerte mis agentes llegaron a tiempo. Una nao con el codaste serruchado se deshace como flor en el viento.

Hay también una familia de gitanos flamencos, los hijos de Jégel, que se esconden en sollados últimos. Sólo salen para hablar con la hez: los resentidos, los enfermos. Les prometen el paraíso…

—¿El Paraíso? —preguntó alarmado el almirante. Y Sánchez de Segovia:

—Bueno… en sentido figurado. Dicen que el hombre debe tener su paraíso en la tierra y que ellos lo guiarán hacia él…

gEl almirante se puso fuera de sí:

—¡Traerme a ese Mordecai y a los otros! ¡Buscarlos en las sentinas! ¡Doblar las guardias! ¡Torturarlos! ¡Echarlos al mar!

La noche de calma tropical sucede a un día de infernal calor. Sol a pique, las velas muertas, como cirio derretido en torno de los palos.

Tanto calor que los cueros resecos se ablandaron y hasta se derritieron. Sólo los campesinos gallegos se quedaron arropados en los sollados. Los hombres y los animales buscaron con desesperación el exterior. Pero sólo solazo y aire hirviente. Las gallinas, atolondradas, daban unos pasos por cubierta y caían fulminadas, con los ojos abiertos.

En su desesperación los labriegos, viendo dobladas las plantas de los almácigos, humedecieron —insensatos— las hojas sedientas con agua de mar. Fue como poner sal en los labios del febriscente. Las hojas tiernas se retorcieron por el salitre.

Se dilata y ablanda el hierro dulce de los clavos, escoplas y escobenes de las naos. Las bombardas queman como recién disparadas contra enemigos invisibles.

Anotó con fecha 13 de julio: «Los barcos están a punto de encenderse en llamarada, reventaron los barriles de agua y de vino, el trigo quema como fuego, el tocino y la cecina se asaron, para nadie».

Un potrillo enloqueció y hubo que echarlo a la mar. En su locura —contrariando el instinto— se echó a nadar hacia el Sur, hacia la línea del Ecuador, prueba de que su desvarío era total porque por instinto los animales avanzan o retornan, en el rumbo de certeza que lleva la nave. (¿O es que olió tierra hacia el Sur?)

Vimos sus crines bayas en la mar inmóvil y después ya nada.

Sabe el almirante que en el punto cósmico de apertura que han alcanzado, el tremendo calor es un signo positivo. Proviene del fuego de las espadas flamígeras que guardan las Puertas.

A partir de la medianoche el clima se modera. El aire toma la temperatura del agua y empieza a correr con suavidad de gamo.

Pero no será viento apacible. El que llega es la terrible

traconchana.

—¡Sopla la traconchana! —grita el guardia desde la cofa.

Avanza denso, húmedo, nupcial como un *sirocco* que hubiese envuelto una noche de amor de adolescentes venecianos.

Es un viento que levanta subterráneas inquietudes. «Trae hembra», como dicen en Nápoles.

Sabe el almirante que su efecto será terrible en estos íberos profundamente heridos en su sexo. Hay luna llena y recuerda el proverbio de los marinos catalanes:

Luna llena y traconchana
Pagarás tus pecados mañana.

Es dulzón y salino a la vez. Es un viento sudado. Envuelve los rostros en un rocío lechoso. Baja a los sollados, donde la marinería está echada, como una novicia loca, sólo vestida con tules.

La sexualidad de la marinería ibera es como la de perros encerrados y en celo. Estalla inesperadamente, en general a través de formas delictivas: estupro, abuso deshonesto, sodomía, violación; en síntesis —es duro decirlo— una sexualidad católica.

No escapa a su conocimiento que se arriesgan en la aventura atlántica para conseguir hembras, para «soltar el perro» (o «paralavar el sable», o «para verle la cara a Dios») como dicen en su jerga de sentina.

Noche calma. Las velas hinchadas apenas para impulsar las naos a la velocidad de nadador. En efecto, algunos se zambullen desnudos (cosa infrecuente porque siempre se dejan puestos sus sudados calzones y camisetas de frisa catalana). Nadan, chapotean, los más osados pasan bajo la quilla. Retornan izándose por el gran calabrote que echaron por popa y que aprietan con los muslos, como negros de Guinea trepando a una palmera cimbreante.

Las velas henchidas en la noche de luna. Grandes senos opalinos. Ahora las naos son tres nodrizas portuguesas que van hacia el mercado.

Como otras pocas veces algunos suben a las jarcias y la cofa y desde allí saltan hacia el seno de lona de la vela y se deslizan hasta el pujamen, como en tobogán, para caer riendo en la cubierta. Vuelven a subir por las escalas de gato hasta los masteleros para repetir, riendo, el juego.

Grandes ubres que contienen el viento. Triunfo taoísta de la inacción que selecciona y conduce el impulso. Las velas concentran el poder femenino de las naves. Grandes hembras maternales, distantes. Serenas, señoriales madrinas.

Como quien no quiere la cosa muchos marinos maduros se acercaban a la borda que da a las regalas de babor y estribor (los llamados «jardines») para ver orinar a los jóvenes grumetes. Es un punto de reunión, de diálogo.

El almirante comprende que están bajo el dominio de Afrodita la ineludible, diosa del amor nacida de las entrañas del mar. Esmerando el oído se puede escuchar el rítmico canto de las sirenas. Por proa, riendo y zambulléndose como delfines, pasan tres de ellas con sus tetas alabastrinas en el plenilunio. El almirante ordena esquivarlas echando un borde. La Bobadilla le advirtió que debía huir de la voz de las divinas sirenas y evitar el territorio en que dulcemente cantan. Sabe que Afrodita los mira y les llena los corazones de dulces desvelos.

El Veedor, moralista, sugiere se repriman los desmanes: en *La Correo* algunos se acoplaron con las vacas, que mugen malamente.

Las treinta prostitutas que se consintió embarcar en Sevilla se ofrecen, contra lo terminantemente prohibido, al pie de los mástiles, en plena cubierta.

Muchos indeseables y clandestinos suben de los sollados con disfraces, a veces impúdicos. Aparecen inesperadas pelucas de hembra, calzones con bordados, hasta un traje de bailaora gitana.

El filósofo Jean-Loup Vasselin, el autor del *Traité de la Modération*, se suma a los que merodean por la primitiva *pissotière* del barco.

A medida que crece la noche se afirma el mercado sexual. Su primario, eterno, toma y daca.

Incansables, aumentan los que hipnotizados ruedan por el seno del velamen.

El almirante no cede a las sugerencias represivas de Sánchez de Segovia y del escribano. No oye las protestas demasiado prepotentes del padre Buil (Squarcialuppi y otros novicios pánicos y putones se le escaparon de los mamparos del sollado conventual armado a proa de *La Colina* y se mezclaron con la marinería. Dice que es fácil reconocerlos: abataclanados, desnudos, con las casullas por suerte no consagradas).

Hay susurros y jadeos. Se cargó la penumbra.

Uno de los indeseables de la aventura de Occidente camina por la borda, abrigado exclusivamente con un paletó y oliendo a farmacia, hablando con el grumete Pérez, desdentado aragonés de camiseta agujereada y cuchillo colgado al cuello, que nada entiende de ese francés refinado refiriéndose a su «tante Leónie» y al campanario de la pequeña iglesita de Saint-Marcel-ès-Deux-Braguettes.

El amor perseguido y execrado debe recurrir a posiciones y lugares excéntricos. Algunos se demuestran como verdaderos acróbatas anales.

¿Dónde estaba, quién era, esa manola alocada que zapatea en el trinquete de la *Santa María?* ¿Es posible que sea Rodríguez de Escobedo, el escribano?

El viento de traconchana saca hembra. Los hombres exudan mujer. De bajo la piel aparece la hermana, la enfermera, la prostituta, la monja núbil, la tía amable y laboriosa.

Desde el puente de popa el almirante pudo ver a los cuáqueros y puritanos de la *Mayflower* que reman con las miradas brillando en la noche. Obstinados, tratando de desconocer el vejamen de sus irreductibles erecciones. Himpla, amenazador, el sexo de los pastores luteranos desde el fondo de sus multiabotonados pantalones.

Este molesto *rigor vitae* tampoco ahorró al padre Las Casas que solloza arrodillado frente al botalón de la *Maríagalante*, soportando las humillantes risotadas de los grumetes de turno.

El Veedor, con cuatro alabarderos fieles aprovechó la noche de traconchana para acechar y tratar de prender a Mordecai y los suyos.

Prueba de la conducta y la abnegación revolucionaria de esos subversivos fue que no salieron, no se dieron a la fiesta erótica.

Antes del amanecer vieron en el mastelero de *La Colina* la levítica, mesiánica, figura del barbudo Mordecai con su paleto manchado de sopa, haciendo señales luminosas, seguramente en clave secreta, a dos veleros ingleses con conspiradores que navegaban hacia el hemisferio Sur (eran la *George Canning* y el *Avon* que llevaba el perfil de Bolívar).

Lo vieron tarde: Mordecai, que tiene cómplices entre la marinería, la tropa, los indeseables y las putas, se escabulló hacia la sentina. No es raro que haya pasado de allí a *La Gorda* donde opera la central de copistas de los íberos subversivos que tanto mal están haciendo.

VISIBLE ES LA PUERTA DE TRÁNSITO hacia lo invisible, el almirante lo sabía.

En su camareta consultó el mapa secreto, producto de tantos años de búsquedas, violaciones de correspondencia e intuiciones. (Todos pudieron leer las mismas cosas en los textos sagrados y profanos, pero sólo el elegido —el de la estirpe de Isaías— podría recibir la síntesis final…)

Se imponía navegar una cuarta al Sur, para mantenerse en la línea entre el Trópico y el Ecuador. Se avanza, indudablemente, por las zonas donde el abate Brandán, en el año 565, logró *transcender*.

No duda el almirante que, a pesar de los desvíos y calmones, están en la zona de Apertura.

¿Será abandonado quien fuera merecedor de tantos signos indubitables? Las frutas extrañas, los pajaritos cantores, el inaudito calor y —sobre todo— el aroma inefable en la brisa nocturna: como de jazmines huidos, como de azahares robados. Signos que premiaron

su arrojamiento cuando se desprendió —de puro temor al Demonio— de la encantadora perdición de la Bobadilla y del demonio de sus tierras sulfúreas (es sabido que la Boca de los Infiernos está cercana a la puerta de la salvación. Dante lo sabía, pero grave su error cuando aseguró que las Islas Afortunadas, las Canarias, eran el Paraíso terrenal. Irresponsabilidad de poeta).

Son largas, obsesivas, las horas del almirante en el puente. No lo abandona ni al anochecer. Ordena que se mande a lo alto, a las cofas, a los grumetes de mejor vista. (Aunque sólo él, lo sabe, podrá tener el privilegio de la plena visión.)

A la luz titubeante del candil leyó sus anotaciones:

—«Más allá del Océano que rodea los cuatro costados del Continente interior que representa el área del Tabernáculo de Moisés, hay otra tierra que contiene el Paraíso que los hombres habitaron antes del Diluvio» (Cosmas Indicopleusta en su *Topographia Christiana)*.

—Coincidentemente: «Hay cuatro estrellas, en. el otro Hemisferio, que sólo vio la primer gente» (Dante, *Divina Comedia*, «Purgatorio», canto 1).

—¿Por qué no hablaron Isaac y Jacob y describieron sus visitas al Paraíso? ¿Cuál fue el secreto que los obligó a callar?

—«Al ser expulsado, Dios consintió que Adán se llevara azafrán, nardo, palmitos dulces, canela y muchas semillas de frutales.»

—«Hay en el Paraíso siete puertas de oro y setenta tronos de oro y diamante para los elegidos del Señor. La Tercera Casa del Paraíso es enteramente de oro y plata.» (Joshua Ben Levi que logró entrar al Paraíso mediante la conocida e infame estratagema. Su testimonio, certificado por los rabinos de Génova, fue decisivo para los avales extendidos por la *Banca San Giorgio* y para el préstamo del financiero Santángel.)

—*«Más allá del Trópico de Capricornio hay una tierra habitable que es la parte más alta y noble del mundo, es el Paraíso Terrenal»* (Abate d'Ailly en *Imago Mundi)*.

Pero no es oro, ni diamante, ni perlas, lo que el almirante busca. (No es su fin robarse las puertas de oro del Paraíso como si se tratase de un *casolare* abandonado en las afueras de Génova.)

Alto y grande, realmente inefable, es su propósito, j Volverá habiendo vencido a la muerte! Arrojará eternidad a los pies de la reina Isabel. Descargará en esas costas afortunadas toda la moribundía del jadeante Occidente, como toneladas de pringoso carbón que palearán las rameras descaradas, los asesinos y los ambiciosos campesinos de sus naves.

(Como escribirá a los agentes de la *Banca San Giorgio:* «Ningún

hombre, desde los tiempos del rey David, recibirá gracia parecida a la mía».)

Sintió que la cercanía del objetivo tornaba adecuado participar a algunos de los anuncios del Secreto. Hizo comparecer al rabino de a bordo, Luis de Torres (hasta ese momento enrolado como traductor), al zapatero proclive a las visiones Alonso Pérez de Cádiz y al Veedor real.

El almirante dijo:

—Caballeros, aunque de distinta condición sois, os convoco parejamente dada la esencial naturaleza de lo que os debo comunicar. Es inminente la llegada a tierra. ¿Qué tierra? Naturalmente de Indias, de Oriente, probablemente Cipango u Ofir. Pero, y esto es lo importante, es probable que se trate de algo mayor. De algo grande… No sería extraño que alcancemos aquellas regiones inaccesibles que visitó el abate Brandán…

Tierras que tendrán un contenido distinto que el de su mero valor geográfico, productivo, terrenal… Confío en vosotros y en vuestra lealtad y os pido que estéis preparados: no siempre le es dado al hombre soportar la visión de Lo Grande…

El disimulado rabino, que fue el único que pareció haberlo comprendido, se echó de rodillas y murmuró, devoto:—Eretz Israel! Se confirma la palabra de Jacob: este mundo es la antecámara del mundo por venir. ¡Debemos prepararnos en la antecámara a fin de poder entrar en la sala de recibo! (Talmud.) —Y sollozó soplándose los mocos.

12 de octubre de 1492. Guanahani. El almirante pasó la noche en el castillo de proa. Por fin, antes de la medianoche se produjo el signo de la espada flamígera (pero apenas perceptible, muy lejano, efectuado seguramente por un ángel desganado después de milenios de guardia rutinaria). «Era como una candela que alguien moviese de arriba abajo», anotó en el Diario.

Viento suave, de popa. Indica a los del gobernalle el punto del horizonte pero dicen no ver nada. Pero el repostero real, Gutiérrez, afirma que sí, que a él también le parece ver algo.

El almirante, ante la inminencia, se encierra en la camareta y medita.

Siente temor. Miedo de desilusión. Miedo por la realidad. ¿Otra vez la realidad? ¿Y si fuera realmente sólo el Cipango o Cathay u Ofir con todo su oro?

Y ya grita Rodrigo de Triana desde la cofa de *La Pinta*. Son las dos pasada la medianoche. Amanecer en el Trópico: el alba con sus dedos de rosa va sembrando las más alucinantes tonalidades.

—¡Tierra a proa! ¡A proa, almirante! —Agita la camisa. La voz andaluza rueda por el mar en calma y se quiebra contra la borda de la Santa *María*.

Se trepan a las jarcias. Salen de los sollados. Gritan, ríen, rezan. Cantan el *Salve Regina*. Se afeitan como preparándose para un domingo de toros.

El almirante rehúye la torpe exultación. Se recoge en la camareta. Comprende que no hay en esa costa, que ya se ve nítida, un monte eminente. Tampoco hubo la violenta marea que absorbería las naos hacia el centro del Paraíso.

Aquello no puede ser otra cosa, que *sus* luminosos arrabales. Las tierras por donde anduvo el abate Brandán.

Sentía que todavía les esperaban duros trabajos de mar y de Corte. Que aún no le había sido concedido pasar de la periferia al *omphalos* del Edén. Que todavía vería a los hombres desencadenando la misma vida, la repetición, la misma desdicha, el quebranto de los sueños, el aburrimiento, la muerte.

Sabía que debería seguir por los senderos del mar, confiando en el buen rumbo, a la espera de la verdadera Apertura.

Pero todo esto no puede decirlo, calla. Anota este famoso pasaje de su Diario:

«Amañaron todas las velas y quedaron con el treo, que es la vela grande, sin bonetas, y pusiéronse a la corda. Era una isleta de los Lucayos que se llama *Guanahani*. Luego vinieron gentes desnudas y el almirante salió a tierra en una barca armada con Martín Alonso Pinzón, Vicente Yáñez Pinzón, Rodrigo Sánchez de Segovia y el Escribano Rodríguez de Escobedo, para que diera testimonio de que tomaba posesión de la isla para su Rey y su Reina, sus señores. Para mantener amistad con los desnudos les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo y otras cosas sin valor con las que tuvieron mucho placer…»

4 *DE AGOSTO DE 1498. El OMPHALOS.* En la verdadera vida del almirante, el día que sigue al 12 de octubre de 1492 es —curiosamente— el 4 de agosto de 1498.

Eran días y días de resolana. Los desiertos del mar. Las aguas ardidas. Noches de húmedo rocío.

Jadeo de las tierras tropicales. Aire de América que es aliento de perro febril.

La costa de la península de Paria, a lo lejos. Monótona cinta dorada. Ribete de espuma de mar feliz.

Refulge en la noche la cabeza del almirante, es debido a las incrustaciones de sal y corpúsculos marinos que al corromperse

fosforecen. Es una gran cabeza, similar a esos cráneos de cristal de roca con que se entierran a los jefes en las exóticas tierras que están bordeando.

El sol de la mañana lo enceguece. Su vista está ya peligrosamente disminuida, fatigada por la obstinada búsqueda de signos de apertura, de epifanía. Sus párpados entrecerrados como dos cueros resecos que lo protegiesen de la resolana.

El viento es casi nulo en esos días. La proa de la Capitana avanza en un agua clara y quieta. A lo lejos, el hilo blanco de las playas. Verde de palmas. Espuma.

Hace treinta y tres días que el almirante no duerme. Apenas come. Durante el día divaga, murmura perdido en el resplandor caliente y enceguecedor. Por momentos de lira o grita. Confunde los seres reales con los imaginarios.

Los hombres, a lo largo de estos años le han perdido el respeto. Se burlan. Le dedican trompetilla cuando está de espaldas. Le desean la muerte; pero temen que muera (como suele ocurrir con todos los autócratas). Desde la borda de *La Vaqueños* las prostitutas se mofan.

Ni siquiera es bien atendido. Vive como preso en el castillo de proa o de popa. Sólo se acuerda de él el lansquenete Ulrico Nietz que en las horas de infernal calorón trepa la escala para acercarle el botijo de agua fresca. El lansquenete anotó unos versos que compuso conmovido por la grandeza del almirante:

Abierto es el mar. En su
denso azur
Húndese mi proa genovesa
Sólo tu ojo —infinitud—
Que inmenso, me vigilas.

Por fin llegó el día ansiado, el día al que estaban destinados todos los sacrificios: el 4 de agosto de 1498.

Narra el almirante en su carta a la Reina Isabel: «Al Paraíso Terrenal no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina.

»Alonso Pérez vio montes, tres puntas de montes, y bauticé el lugar *Trinidad*.

»La navegación ya no transcurre en el plano meramente horizontal, como pueden creerlo los pilotos y la marinería. Estamos ascendiendo por el sendero del mar. La estrella del Norte se alza, al anochecer, cinco grados. Estamos en zona de gracia. Hallé temperancia suavísima y se ven en la costa árboles verdes y hermosos como en las huertas de Valencia. La gente que se va viendo tiene linda estatura y son más blancos que los antes vistos. Sus cabellos muy largos y lisos…

»Nos alzamos porque la tierra no es redonda. Estamos en el

extremo del mundo, debajo de la línea equinoccial y en el lugar del planeta más próximo al Cielo…»

DURANTE LOS TRES DÍAS ÚLTIMOS estuvieron casi inmóviles, esperando. El almirante dormitaba al pie del trinquete.

Con la voz reseca, le había dicho a Luis de Torres: «El espacio se abrirá. Las naves tendrán que ser arrastradas por una violenta corriente de agua o viento, o ambas cosas. ¡Es la Apertura! La unión. ¡El lugar de la transcendencia!»

Y así fue. El 4 al atardecer vieron que avanzaban grandes corrientes de agua que abrían la mar como canales. Como continuación de un gran río de tierra.

Anotó el almirante en su relación: «Llegó una terrible marea. Una gigantesca ola avanzó desde el sur con un espantoso rugido y levantó al navio por el flanco suscitando el terrible griterío de miedo y varios heridos entre los escépticos».[1]

Agregará el almirante, estando ya en Sevilla: «Hoy mismo al escribir esto siento la misma sensación de horror. Se levantó una cresta de agua tan alta como una montaña».

SE ARRODILLA EN LA CAMARETA. La emoción del elegido del Señor. Llora con abundancia y los lagrimones dulces abren surcos en la máscara salina de su rostro. Lavan sus ojos heridos por la luz y el insomnio.

Debe controlar su pulso cuando escribe a la reina: «El Señor hizo el Paraíso Terrenal y en él puso el Árbol de la vida. De él nace una fuente de la que nacen los cuatro ríos principales del Paraíso. ¡Bogamos en este momento en las aguas de la fuente original!»

Hace un rápido croquis en el margen de su famosísima carta y agrega: «Como he dicho antes, el mundo no es redondo sino que tiene la forma de pera, muy redonda salvo allí donde tiene el pezón que allí tiene más alto. O como quien tiene una pelota muy redonda y en lugar de ella hubiesen puesto una teta de mujer y que la parte del pezón fuese la más alta, cercana al Cielo y por debajo de él fuese la línea equinoccial. Todo esto que digo, en el fin del Oriente. Y llamo “fin del Oriente” adonde acaban toda tierra e islas, del mundo…»

Oye que las aguas se van calmando. ¡Ingresan!

Ahora, menos asustados los grumetes, las prostitutas, los frailes, los asesinos liberados en Cádiz para civilizar América, los indeseables filosóficos, los labriegos esperantes, osan acercarse a las bordas y respiran el aire dulcísimo.

Están en el *omphalos*.

El almirante, imponente y ahora sereno, con toda majestad se para

en el castillo de popa y como ejecutando un ritual que todos comprenderán, procede a desvestirse hasta quedar completamente desnudo.

¡Esta vez hasta se quitó los calcetines!

[1]Texto transcrito por el almirante en su carta a los reyes desde Jamaica.(*N. del A.)*

[1]Los hechos de aquella larga jornada amatoria niegan las arriesgadas tesis de Jean-Louis Cesbron en su publicado estudio *Coulomb. Aimait-il la Discipline?*, París, 1966. (*N. del A.)*

[1] El trimesí estaría considerado en el famoso *Kamasutra* como la máxima posibilidad de complejidad amatoria (sin acólitos); la mayor sensibilización y hasta exasperación de la serpiente *Kundalini* que recorre la columna vertebral y es el centro generador del deseo y del placer erótico. Corresponde, muy probablemente, a la llamada «posición de Indrani» o «muy alta unión» que va acompañada, por parte de la hembra, con el sonido *«Jinn»*. Pero no hay una definición de esta figura. Dice el *Kamasutra:* «Los amantes siguen con furia, ya sin importarles los excesos. La pasión los ciega. Llega un momento en que la unión se vuelve irregular como cosa de ensueño…» (*N. del A.)*

[1]El relato del almirante coincide notablemente con el de otro buscador, protagonista de otra memorable navegación, pero metafísica, René Daumal. Escribe en el *Monte Análogo:* «Estábamos echados en la proa del barco. Se levantó de pronto un súbito viento o, mejor dicho, una poderosa aspiración que nos empujó de repente hacia delante. El espacio se hundió delante de nosotros en un hueco sin fondo, en un abismo horizontal de aire y de agua enlazados en círculos. El barco crujía en todas sus cuadernas lanzado al centro del abismo». (Cap. IV, «Ingreso en la dimensión del Monte Análogo».) (*N. del A.)*

IV
La tierra

Cronología

1498	Aire dulcísimo. Seres bellos y simples. El lansquenete Swedenborg y el habla angelical. Desnudez paradisíaca. Anacaona, Siboney, Bimbú. «Llegaron los dioses barbados y transmarinos.»
1499	*Ordenanza de Desnudez* y *Ordenanza de Estar*. El fin de la Culpa. La última misa. Ulrico Nietz y el nacimiento de la suprahumanidad. Colón religado. El padre Las Casas y la evidencia del Dios Ausente.

1499	Roldán: la primera revolución americana. El burdel de La Diabla. Fiebre del hacer. Los ángeles en cadenas. El fin de un trágico error teológico. El saqueo del Paraíso.
11 Ahau	Informe a Tenochtitlán: «Llegaron los grandes amontonadores de piedras para construir». Sus mastines bravos. El fin de un ciclo solar.
1500	La muerte vuelve a Castilla. El fin de la Secta. Fernando firma la orden de captura del almirante. Rebelión de los perros. Colón en cadenas. Las puertas del Este desmontadas y enviadas a la Universidad Católica de Bruselas.

MAGNÍFICA MAÑANA DE ABRIL. La Corte había acampado desde una semana atrás en una pintoresca vega, no lejos de Almagro, en su marcha entre festiva y administrativa, hacia Barcelona.

Al amanecer salían los caballeros, los peones y las jaurías capitaneados por Fernando. Acechaban jabalíes manchegos en los pantanales del lado de Alarcón. Codornices y pavos de monte víctimas de los dardos de ballesta. Para Isabel y las damas era una fiesta de guisado de vaca con ciruelas, migas, huevos a la flamenca, tocinillos del cielo, cochinillos lechales, perdices a la sidra. Por unos días se liberaban de la dictadura de los cocineros francos y piamonteses con su refinamiento prepotente. A veces ellas mismas cocinaban asesoradas por las viejas del lugar. Las risas rodaban por la vega de agua fresca hasta las mesas donde trabajaban, ceñudos, los funcionarios.

Ahora era un Imperio. No más un reino agrario-colonial. Había un Departamento de Cartografía y los pobres especialistas alemanes y portugueses trabajaban al aire libre protestando por las hojas que caían y por las frecuentes cagadas de los gorriones insolentes que hacían correr la tinta de las Tierras Nuevas.

Casi sin darse cuenta, aquellos hombres que conversaban en las mesas cubiertas con brocatos, en torno del rey Fernando, manejaban lo que ya era la primera potencia mundial. Resolvían las cuestiones globales entre anécdotas de caza y lecturas de informes de sus embajadores.

Isabel había salido corriendo de su tienda con la marquesa de Moya, para capturar a *Diana*, la perra perdiguera que no resistía la tentación de arrimarse a la jauría cazadora de Fernando que aullaba de lujuria frustrada.

El informe que los mensajeros habían traído al amanecer era harto importante. Cambió el humor de Fernando. Logró enfurecerlo y ni el cardenal Cisneros ni Andrés de Cabrera, el más fiel de los *SS,* podían distraerlo.

Lo desesperaba la posibilidad que se insinuaba en la importantísima carta del almirante: que un Imperio como el que dirigía pudiese ver alienadas sus mayores tierras, su potencial, en

territorios sagrados, intangibles como el recinto de las iglesias y de los cementerios debidamente consagrados. Gritó:

—¡Maldito genovés! ¡Se le manda por oro y tierras y él nos devuelve una caja con moñito llena de plumas de ángel!

»¿Es posible que sea el Paraíso Terrenal? ¿Cómo es posible que haya ido a dar justo allí? ¡Sansirolé! Con su sanata de místico de afición. ¡Demagogo celeste!

Se hizo leer nuevamente algunos pasajes de las cartas.

—Eso del seno de mujer…

Isabel ya lo oía. Llegaba arrastrando a *Diana*, a la retranca, con una cadenilla que le tironeaba del cogote. Dijo:

—Majestad, la verdad es que nuestro almirante nunca creyó que la tierra era redonda. Estábamos juntos en Santa Fe cuando nos comunicó sus últimos secretos geográficos: que la tierra es plana para la instancia humana, pero esférica, aunque no perfectamente redonda, en el orden cósmico, como lo son la mayoría de los planetas… Ahora no se contradice cuando nos explica que tiene forma de pera o de pelota con teta de mujer, perdonen vuesamercedes la expresión. Pero si es cierto lo que nos comunica, todo el orden del mundo cambiará, desde ya Roma no podrá seguir siendo sede del Vaticano, sólo tendrá sentido la mística, nadie tendrá derecho a seguir privilegiando la banalidad de las cosas terrenales… —Bajó los ojos, en significativo reconocimiento.

Fernando, cada vez más impaciente, dio disimuladamente una mala patada en el costillar de *Diana* que se había acercado cariñosamente a husmearle la bragueta.

A su lado la Aldonza Alamán, vestida con llamativo traje de *condottiero* y con un antifaz negro donde sólo brillaban sus ojos picaros, gozaba con el trasfondo de la discusión de los reales cónyuges.

—Pero, ¿es posible que se trate realmente del Paraíso Terrenal? ¡Padre Talavera, por favor!

Avanzó el padre Talavera que hasta entonces se había mantenido entre los cortesanos de segundo rango, apoyado contra un chopo (ése era su sabio modo para estar siempre en la primera línea para los asuntos de Estado).

Fernando siguió:

—¡Quiere decir que desde 1492 hasta ahora, en seis años y a pesar de los centenares de personas que pasaron a América, al almirante no le interesaba otra cosa que dar con el Árbol de la Vida…! ¡Sólo le interesaba el centro del Paraíso y no sus formas exteriores! Por eso abandonó las islas, la Hispaniola, que están como están. ¡Para seguir buscando! Nos metió en gastos increíbles. ¡Si es como él dice habría

que mandar la factura al Vaticano! ¡Padre Talavera!: ¿es realmente el Paraíso Terrenal? ¡Es posible?

El padre Talavera duda. No sabe qué responder. Es como cuando una vieja beata informa que la Virgen María le pasó un mensaje. Nada más molesto para la rutina de un cura que la evidencia de lo divino. (Todas las religiones y prédicas nacen de la incredulidad y la nostalgia que buscan respuestas forzando los géneros literarios establecidos.)

El padre Marchena, que estaba a su lado, habló:

—Es evidente que hay cierto aroma de Paraíso… Algunos detalles coinciden con la palabra de los Padres de la Iglesia. Hay frutas exóticas y flores… ¡Un aire delicadísimo, grandes ríos, seres desnudos y blancos!

Y Talavera:

—Sí padre, es verdad. Pero, ¿cuál es la interpretación teológica aceptable para la Iglesia? ¡Qué significa hoy el lugar donde *estuvo* el Paraíso Terrenal? ¿Podría el hombre entrar en él, labrar sus tierras y explotar sus riquezas? ¿Es tierra consagrada, tierra de Dios? Creo interpretar la justa preocupación que noto en Su Majestad el rey. Que sean tierras útiles o tierras imposibles para el tráfico humano… ¿Es *res derelictae?* ¿O es *todavía* residencia, aunque fuese discontinua, del Señor?

La serie de interrogantes agrava la inquietud de Fernando:

—En realidad el Vaticano no tendría por qué rever la cuestión. El Papa Alejandro fue claro en Tordesillas: todo lo que haya partir de 350 leguas al oeste de Cabo Verde, pertenece a España.

(Fernando recordó el secretísimo acuerdo de Laches [Torrejón] que el Pontífice había honrado enteramente al acceder a la cátedra de Pedro.) Miró al Nuncio que asintió con visible prudencia. Comprendió que su argumento, demasiado profano, casi torpe, no convencía ni doblegaba las graves cuestiones que planteaba la carta del almirante.

Para colmo Isabel tomó las misivas en sus propias manos y se puso a leer:

—…«Es una arboleda de maravilla, las islas son verdes, las hierbas crecen como en Andalucía en abril. Es tal el cantar de los pajaritos que el hombre jamás querría partir de aquí. Hay bandadas de papagayos que oscurecen el sol y aves y pajarillos tan diversos de los nuestros que es maravilla… Por su parte esta gente es muy mansa y muy temerosa, desnuda anda, como he dicho, sin armas y sin ley. Tienen el habla más linda del mundo; siempre con una sonrisa. Aman a sus prójimos como a sí mismos…»

Fernando notó que la reina se conmovía. Era evidente que estaba ingresando en una de sus peligrosas zonas místicas. La Corte lo escuchaba embobada. Había que interrumpir:

—Pero enantes habla del oro. ¡Casi no hay ninguna página donde no hable del oro! ¡Ahora sabe que en las islas no hay casi oro y abandona los proyectos y sigue con su búsqueda sin debida autorización!

El padre Marchena se atrevió a decirle:

—¿No es lícito que quien haya ido por el tigre nos entregue la piel del ángel? Puede tratarse de un acto de honestidad… Sin osar contradecir a Su Majestad, no hay que olvidar que el oro, como testimonian tantos Padres de la Iglesia, es también señal del Paraíso Terrenal. Sus Portones, sin buscar más lejos, son de oro, lo dice la Biblia.

Muchos sinceros católicos entre los cortesanos, sintieron con cierta desesperación que el genovés no dejaría ni las bisagras. Ninguna fidelidad al Rey podría consentir el saqueo del Paraíso.

—Oro y perlas y algunas piedras preciosas pueden ser signo indudable del territorio del Paraíso. Así como también la proliferación de azafrán y de culebras. Ningún teólogo serio lo negaría…

Fernando, furibundo, fulminó con una mirada al padre Marchena. Isabel asentía al prelado. Se la veía ganada para la causa del Paraíso.

Fernando se lamentó para sus adentros de no haber recomendado a Aguado detener al genovés y su parentela antes de que zarpase de Hispaniola. Fue un error. Con su instinto político —que Maquiavelo elogiará—intuía que se estaba iniciando un expediente de muy peligrosas consecuencias: ¡un Imperio mitad poder y mitad aire celestial!

Además, con las cartas del almirante, los curas se agrandaban. Podían entrometerse. Pretender que la cosa de América sea cosa teológica.

Isabel dijo:

—¿Acaso no esperamos durante todas nuestras vidas la liberación de las cadenas de lo terrenal? ¿No será que el Señor nos ha dado el supremo privilegio del retorno?

Era evidente que en su voz había ecos de las divagaciones secretas del almirante.

—Una vez que hay evidencias, tememos. En la crasa cotidiana, buscamos. ¡No neguemos la presencia de Dios! ¡Haya grandeza! ¡Tierras más, tierras menos, qué importa! ¿No fenecen y se olvidan los imperios? ¡Coraje! ¡Eso os pido! Coraje para estar a la altura de la epifanía. ¡Amén!

Cerró los ojos y después, ante el acongojado silencio de los sermoneados, se puso a buscar a *Diana* que traveseaba debajo de la mesa y se retiró con la marquesa de Moya y sus damas. Era ya hora de preparar los tocinillos del cielo.

Se podía iniciar una grave crisis de Estado. Fernando llamó a Santángel. Esta vez el genovés había golpeado duro: descolocaba a la judería que quería tierras para terminar la diáspora, burlaba los intereses de sus banqueros y quebraba la unidad —terrenal— del Imperio.

Santángel recibió todas las preocupaciones del rey. Eran justas. Fernando preguntó:

—¿Qué dicen los de la *Banca San Giorgio?* ¿No ven el peligro? ¿Se dejarán embaucar?

Y Santángel sumiso, realmente convencido de la gravedad del problema:

—Escribiré hoy mismo. Advertiré hoy mismo.

AIRE DULCÍSIMO, SOL ALTO, mar fresco y salino. Sus olas corren suaves, se escurren y quiébranse en una playa de arena blanquidorada. De una palmera cayó un coco que se abrió, invitante, con su leche sabrosa que conserva la temperatura del rocío, como es sabido. En lo alto, un mico juguetón hace dos piruetas, saluda y desaparece en la fresca espesura.

Imponente, avanza el almirante. Completamente desnudo, con su melena de color y en el estado de la de un león con muchos años de tráfico circense. Su vientre blanquecino y laxo cae en tres sucesivas ondas sobre un pubis canoso (señal de madurez, de años no vividos en vano). Sus piernas largas y delgadas sosteniendo su cuerpo voluminoso, diríase un mosquito que se hubiese atragantado con un garbanzo.

—Ésta es tierra del Señor —dice con unción.

Está rodeado por la oficialidad y el clero con sus trajes de ceremonia. Estandartes de Castilla. Trompetas y tambores. Suenan siete disparos de bombarda cuando el escribano lee el Acta de posesión, de estilo. (Está molesto por la circunstancia. En 1492 el almirante la había firmado vestido con capa dorada, sombrero emplumada y espuelas de oro.)

Bandadas de loros. Papagayos azules, amarillos y rojos. Algunos silban a coro, otros protestan en una lengua indescifrable pero dulce.

Aves del paraíso, nunca vistas. ¿Cómo nombrarlas? Referirlas a las de España sería degradarlas al color sepia de los libros de ciencia.

La marinería se sumerge en la baja marea para observar peces con colas abiertas como biombos tailandeses. Son pájaros submarinos. Se ve que en esas tierras los colores no se ahogan ni se destiñen como ocurre en los mares fríos. Peces de visible bondad: se acercan para besar los tobillos de los extasiados bañistas que ríen del cosquilleo.

La brisa que sopla del mar cosecha para los hombres: aquí cae una papaya madura, más allá una piña, un mango, un aguacate.

Sabido es que los ángeles, como se lo explicó al almirante el lansquenete Swedenborg, no andan del todo desnudos sino en el cielo más recóndito.

Los que vieron aparecer a la luz del mediodía, entre resplandores enceguecedores de arena dorada, estaban completamente desnudos, salvo algunos de ellos, mujeres, que llevaban una nagua brevísima y no del todo opaca.

Alegróse el almirante. Aquello era la prueba definitiva. Exaltóse en su convicción, ya sin retorno posible. Sentía como la ebriedad poética de Dionisio.

Le dice Swedenborg:

—Los que habitan en lo recóndito del cielo están desnudos, pues han morado siempre en inocencia y lo que a este estado corresponde es la desnudez. Le hago notar que el lenguaje de los ángeles suena como una melodiosa y suave corriente continua de palabras donde predominan las vocales *u y o*. ¿Los escucha vuesamercé? La cantidad de vocales que acumulan en los fonemas del estado afectivo…[1]

Pero el almirante no presta mucha atención. Le dicta al escribano un pasaje de su «Diario»:

—«Luego que amaneció vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos de buena estatura, gente muy fermosa: los cabellos no crespos, salvo corredíos y ruesos como sedas de caballos y todos de la frente y cabeza muy anchas y los ojos muy fermosos y nada pequeños. Ninguno es prieto, tienen más bien el color de los canarios. Traían ovillas de algodón hilado y papagayos y azagayas y todo daban por cualquier cosa. Y yo estaba atento y trabajaba para saber si había oro. Se asomaron algunos viejos y daban grandes voces para llamar a los tímidos hombres y mujeres y decían: *¡Venid a ver los hombres que vinieron del Cielo! ¡Traedles de comer y beber!*»[1]

El almirante no tenía dudas: éstas eran las tierras que había evocado, en una lejana y lluviosa tarde de Génova, el padre Frison. Dijo al escribano:

—Es notable, pero aquí no hay miedo. Ni siquiera en los pájaros, mire, se posan en los hombros de la gente. Observe allá: ¡los peces se dejan tomar con la mano! —Y le dictó: —«Había perros que jamás ladraron (curiosos perros mudos incapaces de creer que algo se pudiera robar). Había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar. Árboles y frutas de muy maravilloso sabor. Aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche, con que se holgaban todos. Ni frío ni caliente: los aires sabrosos y dulces. Grandes arboledas, las cuales eran muy frescas».

El almirante comprueba que sus hombres, ya alejándose de la sórdida querella de cada día, sonreían con placer. Los asesinos y

salteadores con sus terribles cicatrices y los rictus de maldad, las maceradas prostitutas, los traficantes y los curas, sonríen embobados. En ese ambiente de calma y distensión muchos ya tienden a la desnudez: se bañan en el mar sólo con pantalones.

El lansquenete Swedenborg le hace notar que el aire del Paraíso está beatificando incluso a los más infames:

—Poco a poco cesará en ellos la gula, la ambición, la lujuria…

EL *TECUHTLI* DE TLATELOLCO estaba un tanto alejado, junto al cacique Guaironex y otros jefes tainos observaba desde el palmar a los dioses del mar.

Después decidióse a acercarse disimulándose con un grupo de amaestradores de papagayos. Los estudió de cerca. Los recién venidos tenían todos los signos de las profecías, eran los anunciados por Quetzalcóatl. Preparó un mensaje para enviar inmediatamente a Tenochtitlán:

»Los tan esperados, han llegado a estas islas de los tainos. Con infinita bondad regalaron bonetes coloreados, cascabelitos de inefable son y piedrecitas brillantes, seguramente de un carísimo mineral de otro mundo. Son barbados, de un blanco que más blanco imposible, huelen hondo y conocen el uso del fuego y de la rueda.

»Parecen humanos. Pero son más que humanos. (Poco se parecen a los humanos blanquiñosos cjue habitan en las lejanas tierras tristes y enneblinadas del Oriente.)

»Es tanta su bondad que parecen lelos: se quedan mirando los colores de los pájaros más corrientes y se zambullen, hasta quedar sin aliento, para observar a los peces. Todo los maravilla, todo los asombra. Y nada miran con más éxtasis y dulce entrega que las mujeres: se amontonaron en torno de la princesa Anacaona, uno pellizcó —pero sin maldad alguna— a la cacica Siboney.

»Sin duda alguna, no son los *tzitzimines*, los demonios que se cobijan entre las sombras del cielo de Oriente.»

Tomado el mensaje, el *tecuhtli* retornó al palmar cuando Guaironex ordenaba a las vírgenes alinearse para iniciar la danza de bienvenida.

LOS ÍBEROS CHAPOTEABAN en esa agua irresistiblemente pura y fresca. Algunos se secaban a la sombra del palmar que murmuraba a la suave presión de la brisa.

Enceguecía, en realidad, la luz del mediodía. El almirante debía fruncir la frente como el miope que busca una moneda en la penumbra.

De la arena y del mar se levantaban vapores. Todo se contoneaba.

Los finos troncos de las palmeras parecían bailar, menearse, cuando ya se oían los tamboriles y caracoles que traían el ritmo sensual, espeso, del malleón.

Y allí, entre esos velos calientes del aire, donde la forma humana parecía esfumarse en resplandor, vieron avanzar la hilera de vírgenes precedidas por las princesas. Caonabó, Siboney, Anaó, la deliciosa Bimbú. Con gracia seguían el ritmo de los tamboriles.

En la tropa se instaló un silencio denso, similar al que anega a los cortesanos cuando entra el Papa. Las voces se cerraron. Quedaron enredados en el encanto, mudos, concentrados en la vista.

Empujaron de mala manera al lansquenete ciego Osberg de O campo que seguía monologando cuando ya todos estaban mortificados en aquella delicia que obligaba al cerrado silencio.

—¡Cállese, carajo! ¡Huevón!

—Caram-ba, caram-ba —murmuró el lansquenete, siempre ausente de la realidad de los otros.

Anacaona, de maravilla. Piel canela y cobriza. Giraba con las piernas abiertas siguiendo el *areito*. Por momentos el son se aceleraba, cumbanchero, y ella movía las grupas con una rapidez que no le costaba gracia. Una verdadera protomulata de fuego.

Desprendió los cintillos de su tanga y quedó completamente desnuda. Ritualmente desnuda: para simbolizar delicadamente que recuperaba su doncellez ante los dioses nuevos, ante el nuevo ciclo teogenético.

El almirante, despojado de toda banal sensualidad, con majestad pontifical de verdadero descendiente de Isaías, se alejó y ascendió a una duna. Allí se hincó.

—¡Aleluya! ¡Aleluya! —Y tuvo un recogido recuerdo para Isabel, su cómplice en la aventura del Paraíso.

Sintió que había llegado al final de la tribulación. En sus rodillas, el calor acogedor de esas arenas del Paraíso de Abraham, de Isaac, de Jacob y, sin falsas modestias, de Colón.

LAS NAOS FUERON ANCLADAS en el puerto natural.

Empezó un intenso lanchaje de desembarco. Bajaban herramientas para poder trasladar y reconstruir un mundo en otro.

Laboriosamente bajaron la gran cruz que traían amarinada a proa. La falúa casi se tumbó.

La plantaron sobre una duna —imaginando un agradable montecalvario— entre la espigada y grácil población de palmeras. Era la cruz-horca.

El almirante, algo retirado del resto de su gente, juzgó necesario

llamar al padre Buil y a Las Casas. Los vio cruzar la arena dorada. Con sus renegridas sotanas parecían dos murciélagos equivocados, humillados por la luz.

—Ha cesado la muerte —les anunció—. Estamos en tierras de eternidad. Ésta es la Casa, o mejor el Jardín, de donde Adán fue expulsado por su error, por la malicia connatural de la hembra. Tal como decía la profecía sólo siguiendo a un descendiente de Isaías podríamos lograr el retorno. Hemos transcendido. Este hecho cambia nuestras vidas y seguramente el destino del mundo. Tratad de guardar la calma y de comprenderlo. Sed prudentes, como ministros de Dios que sois. Los hombres de nuestra grey no están preparados. Pero poco a poco sus nubladas almas se irán abriendo a la verdad. Ya hay signos… Es importante que les enseñéis que sean prudentes con los ángeles… Que no confundan su mansedumbre con estupidez. Como alguien ha dicho, todo ángel puede ser terrible…

El lansquenete Swedenborg, uno de los indeseables, que tanto los curas como el Veedor real miraban con desprecio, se puso a asentir moviendo la cabeza con descarado entusiasmo. Estaba echado en la arena, a pocos pasos del almirante, con un casco escandinavo de hierro pesado hundido hasta los ojos.

Buil lo observó con tentación inquisitorial. El almirante prosiguió:

—Dijo el Apóstol: «Por un solo hombre entró el pecado en este mundo y por el pecado la muerte y así la muerte pasó a todos los hombres». Es una gran realidad. Pero ahora nos es dado retornar por el camino, desde la mortalidad hacia la beatitud de la no-muerte, el mundo sin muerte. El Señor ama la simetría: uno nos perdió, Adán, uno nos reconduce al Jardín de eternidad, creo que soy yo…

»No olvidemos la palabra de Dios: «Al que venciere le daré de comer del Arbol de la Vida que está en el Paraíso.» Y nosotros hemos vencido al mar tenebroso y ya estamos gozando el premio…

»Pero no os equivoquéis: éste no es el lugar de las almas justas, de los difuntos salvados. No. Éste es el primer ámbito del hombre antes de su caída y de su condena a muerte. Es el Jardín de las Delicias. Recordad a los poetas… No se trata del alma eterna sino de la maravillosa eternidad de los cuerpos. ¡No hay Culpa! ¡No hay pecado! ¡Habéis visto a la marinería?: hasta el más canalla sonríe y entrecierra los ojos extasiado ante los ángeles desnudos, el trinar de las avecillas, el color de las cacatúas y las travesuras de los monitos que nos ofrecen bananas pero nos tiran cacahuetes… ¡Alabado! ¡Alabado sea Dios!»

Y el almirante, ya con la impudicia del justo, se arrodilló exhibiendo la palidez notarial de su trasero a los frailes descentrados por la severa intromisión de lo divino en la rutina del valle de lágrimas. El almirante, al revelarle la realidad del Paraíso Terrenal descolocaba a los profesionales del delirio que quedaban como

chingolos perdidos en la niebla ante la teología invadiendo la realidad. Sintieron una ráfaga de pavor al pensar que Jehová podría estar próximo.

Noble y joven, de reacciones sinceras, Las Casas se hincó y se puso a orar con devoción, detrás de Colón.

Fue entonces cuando pudo enterarse del secreto que hasta entonces sólo conocía Susana Fontanarrosa y que Colón había ocultado siempre tras la densa malla de sus calcetines: entre el segundo y tercer dedo de cada pie había una membranita unitiva, como la de los patos y otros animales de ambiente acuáticoterrestre. El almirante era palmípedo y —ya no cabían dudas: preferentemente anfibio.

El padre Buil veía en el lansquenete Swedenborg un atroz herético, uno de esos teólogos independientes e inconscientes que van solos hacia la hoguera y hasta llevan el yesquero.

Mientras que el espiritual Las Casas se inclinaba a aceptar la revelación del almirante, él —hombre del aparato de la Iglesia, sin más pretensión religiosa que la investidura obispal— mantenía sus reservas. Se resistía a aceptar una evidencia no literaria del Misterio.

Sentía una eclesiástica repulsión ante el desnudo, aunque fuere el de un místico. Comprendía los malos comentarios que había escuchado en la curia de Sevilla sobre Colón. Y entendía el peligro de su relación con la reina. Era una convergencia de alumbrados, de iniciados de la secta del Paraíso.

Nada peor para la estabilidad de la Iglesia que los iluminados, más papista que el Papa. Tanto Isabel como Colón se ponían más cerca de Dios que el clero reconocido y titulado. Se indignaba.

Y para colmo Swedenborg que se le dirigía con insolencia, sin guardar distancia de raza ni respeto ante la ortodoxia:

—«Sí, son ángeles. Y los ángeles sólo hablan y andan desnudos en la parte central del Paraíso.» (En los arrabales del Edén andan con vestiduras esplendentes.) Nosotros, padre, no podemos comprender ni sus códices ni sus palabras. Pero si quisieran que comprendamos, lo lograrían…

—Es cosa suya tenerlos por ángeles. No creo que los ángeles anden orinando sin buscar rincones, ni que muestren la rasgadura de Belcebú, como éstas, las ángelas, cuando se agachan… —dijo agresivo el cura Buil. Y Swedenborg:

—Fornican y comen. No se equivoque, padre, es absolutamente normal. Lo dice el mismo san Agustín, que usted respetará seguramente como dogma de la Iglesia: «Allí, en el Paraíso Terrenal, el hombre seminaría y la mujer recibiría el semen cuando y cuanto fuese necesario, siendo los órganos de la generación movidos por la

voluntad, no excitados por la libido…»Y observe, padre, lo que agrega el de Hipona: «¡Dios nos libre de sospechar que engendraron sus hijos con intervención del torpe apetito!»

La insolencia del lansquenete le pareció insoportable. El cura, por mucho menos había visto quemar gente en España. Lo interrumpió:

—¿Pero no se entera de nada de lo que pasa aquí? Hemos encontrado sodomitas acoplados sin vergüenza entre las palmeras, formando el nefando animal de cuatro patas y dos cabezas. Mis informantes lo vieron. Varias veces. ¡Dos de ellos no tuvieron vergüenza de exhibir sus acrobacias rectales ante mí, hombre de Iglesia! ¡Y ni hablar de esas bestias sanguinolentas, los caribes,que desembarcan de noche para capar y devorar a los tainos! ¿De qué ángeles me habla?

Y Swedenborg, siempre sereno, desde la altura de su teología liberada:

—Me extraña que un prelado de tan alta versación desconozca los pormenores de lo informado por Enoch, vástago de Caín, que fue el primer hombre al que le fue permitido retornar, temporalmente pero *in corporis*, al Edén del que fuera expulsado su abuelo. (Seguramente el Señor le permitió la licencia para retirar algún importante recuerdo de familia.) Bien. Enoch pudo comprobar que los ángeles del Paraíso, en contacto con las perversas hijas de Adán, ¡siempre la hembra!, cayeron en espesa lujuria. Y como suele ocurrirle a los chulos, por exceso de carne de fémina, pasaron al homosexualismo y al bestialismo. ¡Parece increíble que esto pudiere haber ocurrido a pocos pasos del Árbol de la Vida! Pero las palabras de Enoch están en la Biblia.

»Le recuerdo esto, padre, para que no se apresure en sus juicios. Los sodomitas que sorprendió con sus informantes son simplemente descendientes de esa especialísima orden de ángeles caídos que de tanto abusar de hembra y de tanto buscarla terminan hasta por encontrarla bajo la piel del hermano. Recordará, padre, las cosas que hemos visto durante la navegación cuando se puso a soplar de traconchana.

»En cuanto a los caníbales que castran, engordan y devoran a los tainos, que son la belleza, aspiran a reencarnarse con sus formas perfectas y atractivas. Prefieren los testículos, es verdad, y los asan y comen como manjar, porque presienten en ellos el origen de la simiente de perfección. ¿No devora el católico al Cristo hecho hostia para aprehenderlo junto al corazón, en su entraña? ¡Hemos visto mucho católico repulsivamente goloso de Dios! ¿No es verdad?

»Hay también muchas serpientes que los marineros cazan asombrados. Ellas también son animalitos del Jardín de Señor, como los caníbales y los sodomitas…

No les fue posible continuar ese diálogo que se espesaba amenazadoramente. El almirante se había puesto de pie laboriosamente y miraba hacia la costa. Ordenó a Buil (que se sintió molesto pero no osaba revelarse ante el representante legal del poder imperial):

—Padre, que los hombres crezcan y se multipliquen. ¡Pero que lo hagan sin goce vergonzoso y sin piruetas! Aquí cesa ya toda urgencia. La lujuria es un subproducto de la frustración. ¡Sí, que crezcan y se multipliquen! Y sería conveniente, padre, que les recuerde que el Señor recomendó que coman frutas. Frutas que purifican la sangre en lugar de esos guisos de carne que desvían los apetitos. Recuérdeles la palabra del Señor: Génesis, II, 16…

Después, tal vez sublime como un viejo eremita (ya en la etapa unitiva), avanzó hacia la floresta, hacia el bohío de casucas con techo de palma que se veía a lo lejos.

Las Casas y Buil se miraron de cura a cura. Sentían que estaban dividiéndose y tal vez no intuían que ese hecho tendría capital importancia para la historia de la Iglesia Católica. (Buil no soportaba la actitud de vicario de Dios que Colón se atribuía desplazando las funciones tradicionalmente programadas por la Iglesia.)

Entre los religiosos no hubo más que aquella mirada espesa que interrumpió el almirante cuando ordenó a todos los que lo rodeaban:

—¡Ponerse desnudos! ¡Todos desnudos! No mancillemos el Jardín de Jehová con vestimentas que sólo recuerdan la miseria de la caída y el castigo de la vergüenza. ¡Desnudos! ¡Y transmitan la orden hasta el último grumete y los miserables! Cesó el pecado. Que cese la ropa.

Las Casas, con sumisa obediencia, pero con el rostro mortificado, se sacó la sotana y apareció con toda su atroz blanquecinidad eclesiástica, sólo vestido con sus abombachados calzoncillos de muselina roja que le habían regalado las tías de provincia, indestructiblemente convencidas de su destino obispal y hasta cardenalicio.

Buil se sintió vejado. Le pareció obsceno pensar que debía exhibirse en pelotas en ámbitos de Señor (en el caso de confirmarse lo que aseguraba el genovés). De no ser así, era imperdonable solicitarle desvergüenza a un hombre de Iglesia.

Tenía una sotana lujosa, cortada en Sevilla, en Triana, por las mismas modistas que labraban las monteras de los más afamados toreros. Traía por delante una hilera de diminutos botones forrados que iban desde la nuez de Adán hasta la punta de los pies. Por diplomacia, o por obediencia ante el poder terrenal, se desabotonó sin entusiasmo la primera docena. El almirante le preguntó con curiosidad:

—¿Cuántos botones son?

—Cientocincuenticinco —respondió hosco el cura. Colón, proclive siempre a la Càbala y al encanto de las cifras murmuró:

—¡Cientocincuenticinco! Justamente los años que le faltan al mundo para llegar a su fin, que será por el fuego…

Después siguió caminando hacia la arboleda. Encontró un indio mozo, o un ángel, que lo miraba con atención, y el almirante le preguntó con su español aporteñado:

—Dígame, che, un árbol grande, muy grande, un gran árbol... —Y dibujó en el aire una generosa frondosidad.

El mozo se tornó sin dudar y señaló un lugar preciso donde se veía la selva tropical, en el que una familia de tucanes producía un saludo de castañuelas con sus picos amarillos.

—Agrak. Agrak —contestó el mozo.

—Gracias, buen hombre —dijo el almirante y sin dudas ordenó—: ¡Derecho, siempre derecho! ¿Ve, Las Casas?: ¡hablan hebreo! Hice bien en traer el rabino Torres…

El indio mozo, el atlètico ángel, que había oído de boca del cacique Becchio la buena nueva sobre la naturaleza divina de los recién llegados, emocionado cayó de cara sobre el arenal en gesto de entregada adoración.

Poca gente seguía al almirante en su imprudente avance hacia lo desconocido: sus servidores, Quintero, Escobar, algunos marineros aburridos, los curas Las Casas y Buil y dos o tres prostitutas capitaneadas por *la Boloñesa* que estaban seguras de encontrar perlas tamaño huevo de perdiz.

Iban también algunos indeseables que preferían la cercanía del almirante a los peligros de la marinería sin jefes: Jean-Loup Vasselin, el manco que el escribano no quería de amanuense, Ulrico Nietz y un grupo de campesinos que habían oído que Paraíso adentro se cosechaba azafrán del profundo, de ese que en la Bolsa de Amberes se cotizaba a diez mil maravedíes la media libra.

El almirante caminaba delante con la mirada prudentemente dirigida al suelo. Temía ceder a la tentación de la visión frontal. Se repetía continuamente las palabras del Éxodo: «No verás mi rostro. El hombre no puede verme y seguir viviendo».

SE FUERON INTERNANDO EN LA ESPESURA. Orquídeas como los pájaros y los peces, pero con pintas de corbata de mafioso o con sobrios decorados griegos. Mariposones que parecían nacidos de la corrupción de la paleta del Tintoretto; iban bartoleando entre las lianas y troncos ebrios o agobiados por el propio color. Macacos confianzudos o francamente hostiles que se masturbaban al igual que gitanos o

arrojaban bellotas verdes. Arañas más que aterciopeladas, sedosas, como si se hubiesen criado de niñas en la cabellera de María Félix. Cacatúas silbadoras. Bandadas de loros color limón sutil. Gorjeos de mil pajaritos. Elegantes deslizamientos de yaguaretés que el almirante sabía que no había que irritar pero tampoco temer, puesto que sólo comerían hombre a falta de hiena.

«Subía de la tierra un vapor que bañaba toda la faz de su superficie.» Diríase que era como aliento de perro con fiebre.

Y entre tantas especies y por esos fangos salpicados con brillos de amatista, aguamarina y lapislázuli, un horizonte de perritos silenciosos, pelados, que según la tradición de los locales eran capaces de embeberse del alma de los difuntos con dificultades para pasar al Todo. Eran los únicos seres vivientes en que el Señor se había mostrado escaso o avaro de color. Hecho notable en esa parte de la creación donde el Autor había perdido todo control frente a la tentación romántica y barroca.

El almirante sabía y se lo dijo a Las Casas (pero no en el sentido vulgarmente comercial como lo entendieron ciertos autores), que sin duda alguna encontrarían piedras de oro fino —signo indiscutible del Paraíso— y también piedra ónix y resinas perfumadas.

—Génesis, II, 12. ¡Importantísimo!

Buscaba confirmaciones, señales, no vulgar rédito. Antes de la noche observaron que los árboles eran mayores y de madera dura y fina.

Vieron una maravillosa anaconda negra y amarilla y por su tamaño y su lujo no dudaron que era la que le había hablado a Eva. Por suerte se escurrió en la manigua.

Por fin en el faldeo de una colina suave dieron con un claro donde prevalecían un mistol ancho y una gigantesca, imponente, ceiba. En el anochecer su ramaje tenía una presencia serena y terrible. Era el Árbol.

El almirante dio una vuelta en torno del tronco y luego ordenó se acampase. Hizo colgar su hamaca de las ramas bajas. Aconsejó al séquito que preparase tinglados para aguantar los frecuentes chaparrones.

—Aquí las aguas originales están mezcladas en un solo continuo. Estamos en el borde del Principio —explicó.

Se metió en la hamaca, cobijado en la intimidad del Árbol de la Vida. En la red de junco, el blanquecino descubridor parecía un mono albino caído en una trampa, o un monstruoso fruto de la ceiba violada por algún insolente níspero.

El almirante descansaba no de un penoso viaje sino de la fatiga de siglos de moribundia. Se durmió profundamente. Había retornado.

Pero mucho más allá del seno de Susana Fontanarrosa. El Paraíso era el fin de la entropía, de la degradación, de un tiempo de humillante ser para la muerte.

Dos ángeles gentiles, dos locales ansiosos de agasajar al dios venido del mar, le espantaban los mosquitos con abanicos de palma.

La *Ordenanza de Desnudez* llegó hasta la playa dictada por el almirante bajo el Árbol de la Vida.

Estaban ya trabajando en la construcción de la Aduana (y almacén), la iglesia, el cuartel y la cárcel, cuando el pregonero leyó el documento fundamentado, con brevedad, en la evidencia del retorno a la tierra del Origen, sin mal y, en consecuencia, sin innecesaria vergüenza ni pudor.

Aquello se transformó en un aquelarre de excarcelados y prostitutas. Una zarabanda. La jauría de deseos reprimidos malamente invadió la costa.

Interpretando con vulgaridad la nueva disposición, *la Tragasables* capitaneando a las otras, organizó una ronda. Por desnudo no entendieron el total, que puede ser puro, sino el burdelero: calzones transparentes, portaligas y corsés de esos que usaban los cardenales romanos.

Algunos extremeños y andaluces se lanzaron sobre ellas a violamonjas. Las ropas iban cayendo a lo largo de la playa como zorrinos aplastados.

Muchos no se animaban a cumplir la ley: les parecía que sin ropa eran igual que bananas peladas.

—A más libertad, menos goce —murmuró envidioso el cura Squarcialuppi que miraba sin descanso las vicisitudes del pecado—. ¡Al freír será el reír!

La gente sensata y conservadora se horrorizó. El Veedor real perdió el control. Rodríguez de Escobedo, el escribano, comentaba con los pocos señores de la nobleza, como Núñez de Mendoza, que no sólo no se había aliviado de ropas sino que aguantaba el calor tropical sin destornillarse la coraza toledana.

—¡No somos salvajes, coño!

Aquel frenesí sorprendió a los locales. No comprendían la súbita excentricidad de los dioses. Se prestaron gentilmente a los requerimientos. No entendían la curiosidad de los barbados ante obvias partes naturales. Tampoco la efusión jadeante con que abordaban las relaciones más cotidianas.

Les parecía gracioso que en la exaltación de los contactos imitasen a los animales exóticos que habían traído en sus galerones: resoplaban como cerdos, lanzaban patéticos rebuznos en la culminación,

temblaban como jacas con pasmo.

La *Ordenanza* conllevaba una necesaria consecuencia: se celebraría la última misa con *Te Deum* de agradecimiento final al abandonarse la etapa humana, la mortalidad. El sacrificio de la misa carecía de su justificación esencial (no se celebran misas en el Paraíso).

De mala gana, y como era justamente domingo, el padre Buil se dispuso a la misa final ante las protestas de los jóvenes curas y novicios:

—¿Salvados estos pecadores? El genovés no tiene perdón. ¡Hereje! ¡Todos andan acoplándose como conejos!

A las once se celebró. Había un ambiente regocijado de general despedida de la Culpa.

El *Salve Regina* y el *Te Deum* se transformaron en protorrumbas. El coro de seminaristas, educado por los timbales de hueso y los *areitos* de los ángeles. Verdadera *Sonora matan cera*. El *Te Deum* terminó en una deliciosa invasión de princesas y doncellas moviendo las caderas detrás de Anacoana, la espectacular, abrigada con una breve tanga de plumitas de cogote de quetzal (un lujo que entre los tainos equivalía al tapado de visón de los europeos).

Los monaguillos y seminaristas del coro, golosos, perdieron el hilo de la voz ante aquella maravillosa docena de culitos de ángel vibrando con el ritmo.

Los seminaristas extranjeros, Tisserand, Danielou y Caggian, lloraban desconsolados dentro del cajón negro que se había improvisado como confesonario.

—*Finis Ecclessiam* —murmuró Caggian.

Pero a pesar de las protestas, la *Ordenanza* no daba lugar a discusiones teologales; terminaba el texto con una afirmación decisiva: «Estamos religados».

Además se suspendió, por las mismas razones teológicas, la corrida de toros programada para la tarde. ¿Qué eran los toros sino una consecuencia espectacular de la Caída, del Pecado Original?

El toro estaba bajo un tinglado de hojas y de nada valieron las protestas de Joan Velmont ante el Veedor. Debía destinarlo a la reproducción o faenarlo.

La *Ordenanza de Estar* llegó una semana después. Causó gran sorpresa pues modificaría en profundo el proyecto ibérico. Llegó también desde el Árbol de la Vida traída por un emisario y cantada por el pregonero.

Era más difícil de comprender que la primera.

El almirante aseguraba que estaban en Lo Abierto y que todo hacer humano carecía de significación. La actividad, que los blaquieuropeos

habían erigido en paroxística conducta era, según la *Ordenanza*, un signo de condena, una secuela posparadisíaca. (Adán no hacía nada hasta que fue echado por erotómano inducido.)

El trabajo además había dejado de ser sustancial y se había erigido en los europeos un intento de emulación divina, resentida muestra de habilidades, orgullo babélico, de maníaca lacra de rebeldía.

El almirante condenaba el trabajo, pura y simplemente.

La disposición obligaba al Veedor a incinerar las ruedas, martillos, hoces, palas, cuerdas, poleas, tornos, cuchillos, pesas y medidas oficiales, balanzas, papeleo administrativo, armas, material de tortura inquisitorial, instrumentos de música, etcétera.

Esta vez la resistencia fue grande, las protestas casi subversivas. Era más que la desnudez: era vivir en horas desnudas, quedar cara a cara con la realidad de la existencia sin el refugio de las distracciones habituales.

Sólo los ingenuos y los vagos declarados entregaron sin problemas las herramientas. Los labriegos, *kulaks* irreductibles, escondieron las hoces y las piedras de afilar bajo tierra, igual que perros con hueso disputado.

Los pocos elementos de trabajo abandonados fueron recogidos por los especuladores que pronto los revenderían ya a precios de mercado americano, a «precio de importación».

Supieron que el almirante les recomendaba entregarse a la armonía. El ocio apacible y conservado. La meditación, las artes que elevan y alegran (nada de pescaleos y kafkerías). Y el amor, pero sin angurria. La desdramatización de la vida, la distensión.

Les pedía que aceptasen con naturalidad los dones del Paraíso. ¿Para qué acaparar piñas y mangos como hacían los que ya mostraban vocación de verduleros? Se prohibió hacer dulce para conservar. ¿Para qué más de una mujer? ¿Por qué media docena de langostas, si bastan dos y un buen limón?

¡Estar! Apreciar con serenidad los fáciles frutos del Edén. Estar y dejarse estar. La hamaca del almirante se transformaría en el símbolo de aquella etapa de feliz retorno a las madres. Admirar el suave canto de las aves, aprender los mil matices de esos concertistas. Apreciar el dulce vivir de las orquídeas. ¿Por qué ahuyentar con tizones a la pantera que sólo busca el venado suyo de cada día?

Les recomendó el tabacb, vicio novísimo. El consumo de leche de coco y una dieta preferentemente vegetal, pero sin obstinación. Aunque prevenía: «Eviten las carnes rojas, son el alimento de la maldad».

DESPUÉS DE DOS SEMANAS empezaron a sentir que sin el Mal las cosas

carecían de sentido. Se les desteñía el mundo, las horas eran nadería. En realidad el tan elogiado Paraíso era un antimundo soso, demasiado desnudo, diurno —porque la noche ya no era la noche—. Andar desnudos y sin Mal era como presentarse de frac a la fiesta que ya acabó.

Habían nacido y sido educados para edificar el bien. Para caer y rescatarlo.

El estado de salvación decretado por el almirante los descolocaba física y metafísicamente.

—¡Estar! ¡Elaburrimiento, el opio…!

Los curas vagabundeaban por la playa con malhumor. Con las sotanas arremangadas y desabrochadas, buscando caracolas exquisitas. Se aburrían, nadie se confesaba. No obstante, los campesinos los seguían, desnudos, reclamando misa y catecismo. Alguna prostituta, en aquella degradación, osaba invitarlos a «echarse un pasecito».

La marinería, ni desnuda ni *estando* perdía las inquietudes que traían de la realidad, del mundo de la caída. Merodeaban por el campamento desde las diez de la mañana. Formaban grupos para ir de los cocoteros hasta la rompiente y volver. Sin alegría. Desnudos, no parecían más que estar en la antesala de una masiva revisión médica.

Bostezaban. Preguntaban cien veces a qué hora se come. Y sin salsas, sin ají, sin vino ni carnes rojas, ni fabadas, ni guisos, aquello les resultaba comida de sanatorio.

El canto de los «mil pajaritos» elogiado por el almirante, no les decía nada. Ni siquiera reían ya de las acrobacias de los monos.

En el ocio, en el bostezo, descubrieron la posibilidad de fabricar gomeras con el látex de caucho y empezaron a bajar centenares de jilgueros, pechitos-colorados, gaviotas y bichofeos. Era para probar puntería.

Pero la máquina del *hacer*, pieza esencial de la desdicha y diversión de los hombres de Occidente, continuaba su acción con disimulo y nocturnidad. Los campesinos dormían durante el día colgados de las hamacas pero de noche iban a sus parcelas a desbrozar y carpir hasta la madrugada. Terminada la preparación de las huertas llamaban al agrimensor y al escribano para que labrasen y anotasen las correspondientes escrituras de dominio que pagaban al doble del precio oficial.

Los curas Buil, Valverde, Colángelo y Pane, francamente subversivos, amasaban hostias —ya de maíz— sin ocultarse y con entusiasmo.

Los mismos Colones (hermanos, hijos, sobrinos y primos de Colón) andaban alzados maldiciendo la evidencia paradisíaca. Habían llegado desde Génova traídos por la fiebre de notoriedad y riqueza que el

almirante había definido así en una famosa misiva a los Reyes: «Ahora hasta los sastres quieren descubrir».

Jacome Rico y otros genoveses de la Agencia transnacional veían que pasaban los días sin renta apreciable. El Paraíso daba por tierra con todo razonable criterio de *marketing*. Estos técnicos objetivos comprobaron que se había llegado a un indeseable y alarmante «crecimiento cero». Por el momento se abstenían de comunicarlo a la Central.

Un amplio sector de empresarios disconformes, desde el quesero Bavarello hasta los buscadores de oro, empezaron a agasajar inmoderadamente a los lansquenetes, capitanejos y sargentos. Se conspiraba. Hasta se le arrimaron al verdugo «Capucha», que traía *jetta*.

Francisco Roldán, un guardia de Bartolomé Colón, sujeto morocho, de bigotazos y crines lacias, empezó a ser figura de predicamento.

Descaradamente se atribuyó el cargo de «coronel» (título italiano de poco uso en aquella España). Desafiante, empezó a vestirse con chaqueta abundosa de alamares y con un casco de lansquenete prusiano de esos que culminan en punta de lanza.

Estaba liado a *la Diabla* y conspiraba en el tinglado burdel que ésta había obligado edificar a los ángeles en la restinga que llamaban Cabo de Piedra.

Recibía Roldán echado en la hamaca, fumando grandes cigarros de hoja y bebiendo aguardiente de mango, aguantándose el sudor para poder lucir sus grandes charreteras hechas con las borlas doradas del cortinado del altar mayor desarmable, ahora en depósito.

Fue allí donde Roldán empezó a hablar de «patria y dignidad».

En poco tiempo se había transformado en el hombre fuerte. Su ascenso parecía irresistible.

A PESAR DE LA RESISTENCIA, las *Ordenanzas* se fueron imponiendo. Nadie se atrevía, todavía, a discutir el poder legal.

La desnudez celestial establecida por el almirante se fue abriendo camino en la barrera de pudor ancestral. Lentamente fueron llegando al desabrochamiento colectivo. Parecían recién paridos por sus corazas y trajes. Más que desnudos daban la sensación de seres incompletos, gallinas desplumadas. Mostraban una agresiva palidez de años sin luz. Algunos daban la sensación de verdaderas catacumbas violadas por rayos de sol.

A las dos semanas dejaron de sonrojarse al mirarse mutuamente. Como suele ocurrir, surgió una vanguardia de impudicia obscena y una retaguardia conservadora francamente hostil a las *Ordenanzas*. Entre estos Buil, Núñez de Mendoza y los nobles, el coronel Francisco

Roldán que ya se presentaba a las reuniones —debían aguantarlo— del brazo de *la Diabla* que iba vestida de negro de pies a cabeza y con el camafeo de «madame» colgado al cuello con una cinta de seda negra. (Ya no ejercía, hablaba de «la pareja» y les había enseñado a las sobrinas del cacique Becchio algunas artes de aplicación masiva: el estilo «perrito» y la «Duc d'Aumal».)

Pero en realidad era que el amor sin resentimientos ni voracidad recomendado por el almirante y explicado por el lansquenete Swedenborg se había degradado a obscena bacanal. Había manía de repetición y de cantidad. Nadie estaba a la altura que debería prevalecer en el Paraíso. Hombres de buena voluntad, como Las Casas, esperaban que el desmadre volvería al cauce normal. Aquello era un torrente de perros del deseo liberados todos en un mismo lugar y en el mismo momento. (¡No se habían desnudado ni accedido al amor libre desde la conversión de Constantino!)

En pocos días quedaron exánimes, vaciados. No obstante se alzaban tambaleando para correr una vez más a las ángelas y tumbarlas entre las dunas.

Conocieron la rabia y la desdicha del límite orgánico: Algunos, exasperados e incautos, avanzaron por el abismo de los sentidos ensayando las más exóticas posibilidades, pero igualmente desembocaron en la nada, en la flaccidez. Recurrieron a infusiones y pomadas de brujos locales, pero fue alivio efímero. Padecieron el castigo del saciamiento, una de las más solapadas y terribles armas del Creador, «el antídoto del placer pecaminoso», como diría, resentido, el padre Buil.

Este estado de cosas afectó también a la Iglesia. El padre Equarcialuppi, hasta entonces tan apegado a la jerarquía, apoyado en textos de san Agustín y de santo Tomás, colgó la sotana de un sauce. Seguido por cuatro seminaristas se agregó a la bacanal. Al principio interesaron al aportar su imaginativa perversidad de seminario, después también se diluyeron en la repetición.

La deserción de Equarcialuppi, a la que no era ajena la tolerancia de Las Casas, siempre apegado al almirante, fue motivo de violencias teológicas entre los eclesiásticos. Caggian y Pane sostenían que debían ser excomulgados porque un ministro de Dios no se debe desnudar ni en el Paraíso. Squarcialuppi distinguió, para defenderse, entre el Paraíso Celestial de los bienaventurados que renacen en cuerpo pero sin apetitos vergonzosos, sean carnales o de gula (santo Tomás), y el Paraíso Terrenal, alque habían llegado conducidos por el almirante, y cuya naturaleza fue fehacientemente descrita por san Agustín en *La Ciudad de Dios*. Aquí tenía plena vigencia el «creced y multiplicaos» de Jehová en el Génesis, i, 28. Versículo del que se había impulsado Squarcialuppi para zambullirse en su aventura erótica. Concordaba

con Swedenborg.

La Jerarquía, que escuchó el alegato con rencor, los acusó de judaizantes y de atroces milenaristas. La Sentencia fue dejada *in suspectis* y la tortura y el fuego inquisitorial demorados hasta que se declarase, como lo esperaban, la nulidad de las *Ordenanzas* del genovés.

Roldán tuvo que ser contenido por el padre Buil: quería proceder sin más trámite.

Los ÍBEROS ENFRENTARON ALGUNOS PROBLEMAS concretos: ¿Cómo poner en valor esos maravillosos cuerpos desnudos que se ofrecían con una sonrisa? ¿Cómo transformar en deliciosa violación la sosa entrega, tan natural?

Después de unos días la nostalgia del pecado y del Mal hizo que todo resultase aburrido. Era una mecánica intrascendente. No valía la pena ni contarlo. El tradicional juego sado-masoquista carecía de espacio.

Del interior seguían llegando caravanas de adolescentes dispuestas a darse con gentileza a los dioses recién llegados del mar.

Se produjeron los primeros hechos extraños, las primeras violencias eróticas que proliferarían hasta ese punto descrito por Las Casas de su puño y letra: «La gente no podía abstenerse de atropellos, cometían raptos de insulares a la vista de sus padres, hermanos, esposos, dándose a estupros y rapiñas».

Los ultramarinos empezaron a vestir a las ángelas con «enaguas y ropas europeas» aunque a veces ellos mismos seguían desnudos según la letra de la *Ordenanza*.

La Diabla, que tenía olfato para los negocios, vistió a dos de sus pupilas con indumentos de monjitas de la Caridad de Dios y a otras locales —que nada comprendían— como señoras euro peas o de alegres ordeñadoras vascas. En dos días multiplicó las ganancias. Había que anotarse con setenta y dos horas de antelación. Aunque afuera de los tinglados del prostíbulo había docenas de naturales desnudas, fue talla demanda que se hizo necesario colgar un cartel sobre el mostrador del bar: *Se advierte a la distinguida clientela que está terminantemente prohibido hacer dos sin sacar. La Dirección*.

Aparte de la ropa, la otra violencia a la que empezaron a recurrir fue la de los golpes. En el grito lograban un reencuentro con un machismo que había quedado suspendido por falta de objeto dominado. Ayes, latigazos, gemidos. Por esa pendiente pronto llegaron a la muerte: una madrugada, la primera que pareció nublada en esos trópicos siempre azules, encontraron a la graciosa princesa Bimbú desfigurada por las torturas, colgada del brazo izquierdo de la cruz-

horca.

SUSPENDIDO DEL ÁRBOL DE LA VIDA, el almirante descansaba de la viejísima fatiga de Occidente.

Dormitaba, se deleitaba con la independiente armonía de la pajarada, aprendía el olvidado diálogo de las plantas. No se preocupaba de las bromas pesadas de los monos ni de la curiosidad de los ángeles que llegaban incesantemente en peregrinaje para ver a los dioses venidos del mar. Le dejaban pan cazabe, como ofrenda, y le acercaban cocos recién partidos.

Por su parte el lansquenete Swedenborg los interrogaba en hebreo y andaba feliz de poder comprobar sus teorías sobre las originalidades de la parla angelical.

Las Casas, angustiado, trataba de coordinar la teología terrestre que había aprendido en el seminario con las realidades del territorio celestial.

Pero quien sacaba mayor provecho de la gran aventura era Ulrico Nietz, que hacía dos décadas seguía la huella del almirante, desde su lejana llegada al Vico de I'Olivella. No había sido en vano. Había logrado alcanzar el único territorio donde le sería posible poner a prueba, definitivamente, esas intuiciones filosóficas que había sostenido a riesgo de su vida, excitando la fu ria de la «gente sensata» y el rencoroso fuego de la ortodoxia inquisitorial.

Sabía que su subversión ideológica era la más arriesgada desde los tiempos de la aventura de Cristo. Les había dicho a los hombres que Dios había muerto.

Aquel Viejo Sublime, a la vez irresponsable, juguetón, autócrata, cruel por distracción, que podía ser encantador al pintar mariposas o diseñar leopardos, había fallecido.

Dios ha muerto. Y los hombres seguían viviendo disminuidos, como gusanos en torno de un gran cadáver.

Nietz veía en esos indios desnudos y simples en su relación con la Naturaleza, que estudiaban con sano asombro sus bigotazos y sus ojos marrones con estrías amarillas, al hombre sin los desvíos y la humillación por el Tirano difunto. Ulrico sabía que Jehová, el dios que ocupó todos los espacios del Occidente judeocristiano, había sido en realidad un demonio triunfante, un aniquilador demiurgo.

Pero había llegado el tiempo de la prueba definitiva. El lansquenete exultaba de alegría, se preparaba. Al amanecer agradecía con su alemán ronco y se bañaba en la cisterna sagrada de los tainos. Emergía imponente, con la mirada alzada, exprimiendo los bigotes embebidos.

Sin entrar en polémicas con su admirado almirante que

permanecía postrado, seguro del inminente retorno o visita del Señor a su jardín abandonado, Ulrico Nietz preparó una expedición de importancia decisiva. Fue una excursión gnoseológica, por así decido.

Con la ayuda del cacique Guaironex que le proporcionó los guías y con la colaboración del rabino Torres, que hablaba corrientemente hebreo e inglés, se internó en la selva en busca de las huellas de Jahvé.

Marcharon por esteros que se sublimaban en altos árboles de madera fina cubiertos con mantos de orquídeas. Tuvieron que negociar con iracundas familias de macacos. Aceptaron las condiciones de tránsito impuestas por un pueblo de yaguaretés. Por fin alcanzaron la Colina Sagrada que era como una piedra roma, un sorprendente domo en medio de la feraz floresta.

En su ladera encontraron un pórtico de piedra devorado por las lianas. El lansquenete no tuvo duda alguna: se trataba de la famosa Puerta del Este por donde Adán y su hembra habían salido cabizbajos a buscar trabajo.

Torres tuvo que darle toda la razón al alemán (entre ellos se entendían laboriosamente en griego de Universidad). Aquello era prueba del abandono secular de un jardín cuyo propietario había fallecido. Las indias de la cercanía tenían la conducta, la desidia típica de chicos crecidos sin disciplina y sin padre. No había ni rastros de una presencia fuerte y ordenadora.

Sin embargo, con paciencia de entomólogos, se quedaron dos noches al acecho de la Tierra Suprema, o de algún signo de su poder o de su supervivencia. Pero no ocurrió nada.

Decidieron convocar a Jehová por el lado de su reconocida iracundia: el judío Torres defecó sobre una cruz y el alemán Nietz orinó sobre la estrella de David. Pero no convergieron las nubes negras de estilo, ni se cerraron los cielos ni cayeron horríficos rayos. Amaneció un día estupendamente claro, saludado por centenas de calandrias y bichofeos.

Nietz lanzó aullidos de pánica alegría. Había nacido el hombre sin la opresión del Tirano. El superhombre.

—¡Grecia! ¡Grecia! —gritó.

Se volvió hacia el rabino Torres y le pareció insignificante y mezquino con su barba sefardita y su tímida desnudez reglamentaria. No pudo resistir el impulso de tumbarlo de un bofetón. Arrepentido, él mismo lo alzó y le pidió disculpas mientras Torres buscaba sus espejuelos por el fango.

¡Era ya el tiempo de reencontrar las costumbres de sus ancestros: serocioso y brutal, vivir peligrosamente, recuperar el espacio hurtado por los adoradores de la muerte!

El golpe estaba en el aire. Fue el primer bolivianazo. Las *Ordenanzas* habían creado el clima necesario. La hartura erótica y los altos precios del burdel de *la Diabla* «crearon las condiciones históricas» (como diría el indeseable Mordecai comentando los hechos).

La parálisis del estar fue sustituida por el ir y venir de los conspiradores. Los intereses económicos y eróticos conjugados estaban en la base de la acción.

Era lunes y las ocho de la mañana cuando salió el coronel Roldán con sus entorchados y con las botas lustradas por las pupilas. Se trasladó desde Cabo de Piedra hasta la protocatedral. Iba seguido por Adrián Muxica (el futuro y temido ministro del Interior), Diego de Escobar, Pedro Valdivieso, el boticario Bernal que defendía ahora el principio de libertad de mercado y se estaba enriqueciendo con la venta de hierbas y medicamentos de los brujos locales en forma de comprimidos. Los hermanos Porras daban también apoyo a Roldán. Lo más importante era la actitud de la jerarquía eclesiástica, los señores feudales y los representantes de la *Banca San Giorgio*.

El discurso fue patético, nacionalista, previsible. Roldán habló desde los troncos de la base del campanario. Aseguró la libertad de los indios (con la consiguiente «responsabilidad individual que conlleva la doctrina cristiana»). Afirmó el restablecimiento de la moral y las buenas costumbres, condenando en forma implícita el desnudo paradisíaco y el erotismo libre que no transcurriera en las discretas casas de tolerancia. Prometió un pronto y justo desarrollo económico. Fue el primer discurso «occidental y cristiano» que se pronunció en América.

Esa misma tarde se dictaba la norma creando el sistema de inconfesada esclavitud de «encomiendas» y «repartimientos» y se permitía el uso de las indias como concubinas y criadas, sin distinguirse jerarquía ni rango.

Y a la noche, el apesadumbrado Las Casas anotaría en el Libro 1, cap. CLX: «Se vio a los desorejados y gente vil de Castilla, desterrados por homicidas, tomar a los reyes y señores por vasallos para los más bajos y viles trabajos. Sus mujeres, hijas y hermanas eran tomadas por fuerza o por grado». A estas señoras las llamaron «sus criadas». Roldán dijo cínicamente: «Aprovechaos cuanto pudiéredes porque no sabéis cuánto esto durará».

Juan Ponce de León, noble melancólico y erotómano, fue favorecido con la hija del cacique Guaironex. Cristóbal de Sotomayor, señor halconero, recibió a la hermana del cacique Agueybana.

Pedro Mártir, el cronista, anotó que, terminada la arenga, Roldán guiñó el ojo canallescamente a los labriegos, todavía indecisos de dar apoyo al grupo revolucionario, y les dijo textualmente: «¡Apoyadnos! En vez de la azada os encontraréis con las manos llenas de dulces

tetitas. Trabajará la indiada, vosotros reposaréis» (*Décadas*, Libro V, cap. V).

Después se dirigieron todos al espacio de la proyectada catedral y ante la cruz-horca entonaron un emocionado *Te Deum* con el restablecido coro de seminaristas y monaguillos.

El cura Buil, que estaba a la derecha de *la Diabla* emperifollada como una verdadera evita, subió al cajón del púlpito (que con el tiempo será sustituido por el de petiribí «labrado por los indios de la Misión con escenas del Gólgota, que hoy se contempla en Santo Domingo») y señaló pastoralmente:

—La caída es nuestra esencia, la culpa nuestro signo. Nuestra vida no tiene otro objeto que la búsqueda de la salvación a través de los sacramentos de la Santa Madre Iglesia. ¡Que no digan los aventureros que hay otro Paraíso que el celestial, el que nos espera tras la muerte, después de una vida de obediencia! —Y concluyó: —Como dijo el coronel Roldán en su discurso histórico, somos libres, pero no debemos olvidar la palabra de san Agustín: «El libre albedrío es la causa del pecado».

Los Colones, encabezados por Bartolomé Colón, el gobernador, no estaban dispuestos a una resistencia frontal. Ellos también esperaban el pronto restablecimiento del hacer.

Optaron por mandar dos emisarios a Cabo de Piedra, para negociar, sin pedir autorización ni informar al almirante que permanecía en el Árbol de la Vida.

Roldán estaba tomando aguardiente en su hamaca. Sus soldados lo anoticiaron:

—Mi coronel, llegaron unos emisarios de los Colones…

—Fusilar —dijo Roldán con el sombrío laconismo de quien inaugura un estilo. Se escuchó la discordia de los disparos de los trabucones. Al rato, picado por la curiosidad, llamó al sargento Carrión y le preguntó: —Che, ¿qué habrán querido los emisarios esos?

La cosa no pasó a mayores. Bartolomé Colón había perdido dos sobrinos vagos. Al día siguiente mandó a *la Diabla*, que era golosa, un fuentón *de frittelle* espolvoreadas con azúcar. El padre Buil organizó el subsiguiente *statu quo*.

Fue un verdadero golpe de Estado. Roldán tuvo que ser nombrado Alcalde Mayor, pero en realidad tenía todas las riendas del poder, era el hombre fuerte: se había adueñado de las llaves de la armería y de la pólvora. Esta escandalosa apropiación pretoriana será el delito de acción continuada más largo que conocerá América.

La gente exultaba. El comercio no cerraba ni de noche. Como prueba del restablecimiento de la teología española en todas sus

formas, el domingo a las cinco en punto de la tarde se lidió el toro de Joan Velmont.

El matador estuvo estupendo: mató recibiendo, de una estocada entera.

LOS REPRESENTANTES FINANCIEROS y los hombres de empresa pudieron impulsar el espíritu de creación nublado por la delicia paradisíaca y el consecuente dejarse estar.

El hacer retornó con furor demoníaco. La playa se transformó en un enloquecido panal.

Roldán, que como era sabido tenía intereses en la Empresa «Gran Catalana» (tejidos, sargas, textos) dictó una reglamentación por la cual todos debían presentarse vestidos dentro de las setenta y dos horas.

Las breves *naguas* fueron sustituidas por delantales de trabajo. Todas las locales, hasta las princesas, parecieron monjas o mucamas.

Proliferó un perverso comercio de ropa interior «de señora», con diseños aprostibulados que respondían al fetichismo vengativo de aquellos íberos que se habían sentido agredidos por la natural desnudez de los locales.

Fue una verdadera orgía de *culottes* negros con cintillos rojos, de ligas de goma envueltas en seda fruncida, corsés con cordones infinitos y ojales imprevisibles. Se retornó a la deliciosa tortura del desabotonamiento angustioso. En esos tiempos sobraba voluntad y faltaba materia prima europea. Ocurrió que robaron la sotana del padre Buil que los perros de policía descubrieron tirada en la playa arrugada como un cuervo asesinado, pero sin ninguno de sus 155 botoncillos que habían ido, sin duda alguna, a una fábrica clandestina de ropa fetichista.

Los actos de desnudismo y las «exhibiciones deshonestas» fueron duramente reprimidos y condenados desde el púlpito. El burdel de *la Diabla* parió dos sucursales. También *la Boloñesa* y *la Tragasables* accedieron al rango de madamas.

Siboney, la princesa, se negó al absurdo del delantal gris y a las medias de muselina blanca. Se presentó en plena plaza de la Catedral, a la hora de la vuelta del perro, completamente desnuda, con un majestuoso paso de reina y su sonrisa de arroz.

Fue detenida, vejada y procesada. (En el Archivo de Indias de Sevilla todavía se conserva la carátula del sumario policial: «Siboney y otros s/desnudismo en la vía pública y drogadicción». Documento núm. 5.885. Estante 72.)

EL CLERO DICTAMINÓ QUE NO ERAN ÁNGELES ya antes que llegaran

instrucciones de España. Los padres Buil, Valverde y otros mantuvieron una sesuda Conferencia Episcopal (aunque aún el Vaticano no había designado obispo). Con eso desmintieron al almirante. Acusaron de loco —y pidieron su internamiento— al lansquenete Swedenborg.

Aclararon que no eran ángeles ni preadamitas que habitasen un supuesto Paraíso Terrenal sin caída ni muerte verdadera. Eran mortales. Había que determinar si tenían alma, y qué cantidad tenían de ella en caso positivo. Mientras tanto correspondía tratarlos con cariño, como animales domésticos.

Con consecuente equidad se estableció en las instrucciones parroquiales que la violación de las indias era pecado venial: serecomendaba a los curas confesores otorgar el perdón con el cargo de rezar tres padrenuestros y tres avemarias (más o menos lo mismo que para la confesión de masturbación motivada en el recuerdo o el retrato de mujer española).

Aquellas aclaraciones eclesiásticas eran indispensables para orientar la conducta de los empresarios en aquel momento de entusiasta *take-off* económico.

Se iniciaron los envíos de indios para ser vendidos como esclavos en Sevilla. El primero fue de quinientas unidades. Pero aguantaban mal el viaje: morían de pulmonía o de tristeza, sin tener ese alivio invencible que es el ritmo musical de los negros de África. Mal negocio.

Empezaban años de frenesí empresarial. Sobraba mano de obra y comenzaba a saberse emplear la materia prima local. Por ejemplo, los cigarros de hoja, de uso ritual, se impusieron rápidamente en Europa. El doctor Nicot, basado en el informe científico del milanés Francesco Montani, universalizó su uso demostrando que la nicotina, aparte del placer, curaba el cáncer. La industria transformadora funcionó a pleno: las hojas de tabaco empezaron a volver de Europa, muchas veces contrabandeadas por los piratas holandeses, en forma de rapé y de tabaco para pipa en cajas de colores con etiquetas con paisajes de cacería.

Pero, es justo decirlo, el impulso motor para el desarrollo económico provino de la industria textil. La primera labor del hombre, desde el corte de las hojas de parra hasta los tapados de piel de carnero que Jehová confeccionó para la primera pareja de pecadores, antes de mandarlos a la intemperie.

Los Colones, a pesar de su lealtad teórica al almirante, crecieron en este rubro. No olvidaban su pasado de hilado y tijera. Giovanni Colombo puso la sastrería principal (en un tinglado que pronto se transformaría en «Casa de Modas», con modisto francés y pederasta).

Llegaban los primeros muestrarios de sargas y casimires

«tropicales». La competencia fue despiadada desde un comienzo.

Se veía a los caciques del interior, con esa serenidad que sólo puede dar la sabiduría y la jefatura hereditaria, inmóviles bajo elsol, resignados al manoseo de los horteras tomando las medidas con premura. «Espalda 76. Sisa 27. Largo 95.»

De este auge —reglamentario— del vestido, el anhelo del capital no tuvo descanso y se volcó a otros campos.

Los estudios de marketing fueron minuciosos. Se logró que quien tomaba yerba mate, como los tupí-guaraníes, terminasen bebiendo café etiópico en tazas de Talavera (el Alcalde Mayor y el Obispo, en pocilios de Limoges).

El cacao originario, la «delicia de los dioses», retornó por el Atlántico en barritas de chocolate suizo, según el método inventado por el señor Uhlich, un relojero fracasado.

Para pagar menos y vender más caro generalizaron el uso de la moneda. En la «Casa de Contratación» de Sevilla establecieron los términos de intercambio que, unas décadas más tarde, se regularían en forma privada y no estatista en las Bolsas de Amsterdam, de Novai Gorod o de Londres. (Astucia de los piratas que con el tiempo terminaron tecnificándose.)

Crecieron los importadores de luz para uso nocturno que al principio se publicitó para las noches sin luna, después se generalizó como un vicio. Los traficantes de salvación. Los inventores de diversiones físicas y metafísicas de todo tipo: carreras de caballos, filosofía alemana, balompié, teología de Lovaina.

Fueron generosos, educaron a los naturales para que gozasen del mismo grado de bienestar de los europeos.

Importaron los primeros métodos para conservar la escarcha. Se podían hacer refrescos de leche de coco y cócteles de cacao al ron. Las horchatas y achilatas se vendían caras. A todos les parecía haber entrado la furia del fresco. (En la industria del frío, como en tantos otros ramos, los íberos pronto serían desplazados por piratas rubios que desembarcaban sus aparatos con nocturnidad y los vendían a precio de *dumping*. En este tráfico se destacaron William Westinghouse y Jan Philips, grandes mayoristas de temperatura.)

La ojota fue sustituida por alpargatas. Las bellas plumas se exportaron masivamente para uso de bataclanas, diplomáticos y almirantes europeos. Se embotelló el agua de los manantiales y se vendió a precio de oro con receta médica. Y el médico, el doctor Chanca, inauguró un sanatorio privado con botica.

Hasta hubo una industria del paseo colectivo (el pirata Cook desplazaría a los íberos también en este negocio). Los dioses, huacas y pirámides se transformaron en piezas de museo o en sitios de

excursión.

La industria de la fe ocupó desde el comienzo un lugar preferencial. Se importaron masivamente altares, sotanas y casullas de Gamarelli, incensarios, imágenes sacras en color o en blanco y negro, biblias, crucifijos y ediciones de todo precio del catecismo. Había que aprender de memoria la esencia del monoteísmo. Se despellejaría a quien no supiese a la perfección el «Sólo hay un Dios verdadero» y el «No tendrás otro Dios más que a mí.»

El obispo Landa que quemó casi todos los códices mayas, sintetizaría la esencia de aquellos años de frenético hacer en el Epílogo de su famosa *Relación:* «Han ganado mucho los indios con la llegada de la nación española. Ya tienen y se acrecientan muchas cosas que andando el tiempo aprenderán a gozar por la fuerza: caballos, mulos, perros, asnos (se dan mal), gallinas, naranjos, melones, higos, granadas, el uso de la moneda y otras muchas cosas que, aunque los indios habían pasado y podido pasar sin ellas, viven más como hombres teniéndolas. Sobre todo las que se les otorgó gratis sin paga: Justicia, Cristiandad y Paz».

LAS PLANTAS, LOS GRANDES ÁRBOLES, los tigres fueron quienes primero descubrieron la impostura de los falsos dioses.

Las familias de monos, tan neuróticos y vivos en sus reacciones, también comprendieron que los campesinos y los herreros hacían de su hoz y de su martillo los instrumentos de un exterminio. Era absurdo, pero derribaban la arboleda con su complejísima vida tramada desde el origen de los tiempos. Arrancaban las yerbas y lianas, quemaban el follaje, hasta que aparecía una especie de desierto cuadrangular de tierra calva. Después los blanquecinos labraban día y noche, sacrificando la alegría de sus mujeres e hijos y el tiempo para los dioses y el amor, con el fin de volver a plantar. Esta vez endebles plantitas de almácigo que levantaban la indignación de la floresta antigua.

Eran las «plantas útiles», regimentadas en hilera, cuyos frutos se cotizaban en mercado.

Los monos, casi simultáneamente con el coronel Roldán, encabezaron la primera conspiración americana. Aunque se vio que no tendrían poder suficiente, rodearon la ceiba gigante que los humanos llamaban el Árbol de la Vida. Aullaron sin respiro. Arrojaron excrementos.

Pero ese hombre rosado y desnudo, el almirante, no supo entenderlos. Con su vanidad de siempre, prefirió creer que se trataba de una especie de homenaje.

Los monos buscaron entonces el apoyo de los jaguares y de los

indios caribes (eternos y belicosos resentidos por causa de su reconocida fealdad). Los felinos despedazaron una familia de pioneros asturianos y malhirieron a un vasco que plantaba ajo y tabaco (ya agente del grupo Dunhill). Pero las cosas no cambiaron.

Fueron diezmadas las alegres palmeras. Los bárbaros blanquiñosos no comprendían que son simples y alegres como todo grupo de muchachas junto al mar.

Dos virarÓs de respeto y con prestigio sacral fueron hachados para el mostrador y las banquetas de la tasca que puso Domingo de Bermeo, que vendió el excedente de madera para una fila de reclinatorios de la catedral.

La gran vera, el árbol hembra más importante de la región (las plantas tienden a cierto matriarcalismo), hizo comprender que sería una batalla perdida: los pálidos venían signados por una pulsación de exterminio, se habían olvidado de su relación primigenia con el Todo, eran traidores a la hermandad original de lo existente. Perversos, pero perversos sin alegría. En cuanto al Jefe, el almirante, que vivía cobijado en la ceiba grande, advirtió: «Es un iluso. No se puede confiar en él. Ya no ve más la realidad».

Donde los blanquiñosos avanzaban, el orden natural quedaba quebrado. Hasta desviaban los torrentes para irrigar vides, sin saber que esas delicadísimas cintas de plata que corren por la sel va son sagradas, son cintas de vida que exigen el mayor respeto, arterias del cuerpo del mundo.

Por todas partes empezaron a proliferar espejos de agua muerta desvinculados de la Gran Madre de las Aguas (que armonizaba los cielos con lo más hondo de la tierra). Eran meros estanques sin pureza ni latido de fluencia y vida. Al poco tiempo daban mal olor, se transformaban en criaderos de sapos y provocaban en los íberos epidemias de colitis.

Fue patético el éxodo de los felinos hacia las colinas boscosas. Los pueblos de monos iban hacia el exilio en largas marchas nocturnas. «¡Volveremos! ¡Hasta la victoria siempre!» Pero, ¿quién podía creerles?

Tan grave era la agresión que hasta los frivolos guacamayos y las aves del paraíso, hartos de que les robasen las plumas largas para adornar chambergos de espadachín italiano, emigraron hacia el interior renunciando al placer de dormirse escuchando el rumor del mar en la noche oscura.

Después del asesinato de Bimbú y de las repetidas violaciones, ejercicios de travestimiento y acciones sádicas, entre los jefes locales se afirmó la convicción de que habían incurrido en un deplorable error teológico

al evaluar la naturaleza de los barbudos transmarinos.

No les cabían ya dudas sobre la naturaleza genocida de la invasión. Eran los nuevos caníbales, capaces de comerse al caníbal. En la Vega Real y en la Xaragua los supuestos dioses demostraron que eran en realidad los temidos *tzitzimines*.

Desde el primer día en que descubrieron Europa y los barbudos, el 12 de octubre de 1492 (según el calendario —no venusino— de los blancos), se habían sometido con docilidad a las malolientes «divinidades».

Aceptaron con resignación la esclavitud, puesto que el Cuarto Sol había muerto y la banda de ensotanados les explicó que «la vida es un valle de lágrimas».

Cuando los brutos encomenderos les daban latigazos y palos ellos trataban de incorporarse como les fuese posible para ofrecerles la otra mejilla y las partes no magulladas del cuerpo, tal como les había recomendado el padre Valverde.

Cumplían, de su parte, estrictamente con la palabra cristiana. Después de la tortura (hasta les arrancaban los ojos y los testículos para hacerles confesar depósitos de oro y perlas), recogían sus ropitas, se inclinaban y agradecían. Expresaban con ortodoxia evangélica:

—Te perdono señor lo que me has hecho. ¿Quisiéredes pegarme aún más?

Los otros escupían semillas de girasol, tomaban un sorbo de aguardiente y decían:

—¡Vete de una vez! ¡Idiota!

Violada que era alguna de sus hijas, diligentes y cumpliendo con un mandato de renunciación franciscana, iban al bohío para buscar las menores que temblaban acurrucadas de terror, y las llevaban a los violadores a cambio de nada.

Sin embargo aquella ortodoxia severa de los primeros tiempos empezó a ceder espacio al descubrimiento de que estaban entrampados en el más craso error.

«Si éste es Cristo, Cristo es un delincuente», pensaron los caciques viejos.

Anacaona y Siboney, más hábiles y mundaas que otras, empezaron a jugar con la lujuria voraz de los íberos y de algunos genoveses. (En la Vega Real, Bartolomé Colón creyó que la había conquistado para siempre.) Pero casi todas ellas cayeron en esclavitud sexual y de labor.

Las danzas, tan graciosas y sanamente eróticas, como el *areito* y el *naual*, se fueron degradando a rumbones y milongas de burdel (ya no interesaban los finos movimientos de las manos ni las sugestivas posiciones de los ojos, sólo apreciaban el torpe y continuo temblor de las nalgas desnudas).

El asesinato de la bella Bimbú fue una advertencia. La evidencia del futuro de horror se tuvo cuando el pregonero leyó la ordenanza de Roldán sobre «Marcas y señales de cuadrúpedos de trabajo y de naturales.» Los esposos, los padres, debían ir con sus mujeres e hijos, incluso niños, para ser herrados frente a la catedral. A los humanos se les ponía una «G» probablemente deriva da de la palabra guerra. Los encomenderos reconocidos podían agregar un signo distinto previamente registrado en la «Oficina de Patentes y Marcas».

Esto contribuía a hacer más estable el tráfico de concubinas y siervas e impedir disputas cuando se jugaban las princesas al mus. Ahora todas las transacciones serían serias, mediante intervención de escribano. Esto contribuía a dar estabilidad y seguridad a los indígenas.

La guardia de los galpones de trabajadores fue confiada a los perros, generalmente alanos alemanes. Eran implacables en la caza al fugado y para evitar movimientos sospechosos. Tomaron tal importancia que hasta se escribieron biografías de algunos de estos celosos guardianes del orden cristiano. El cronista Oviedo escribió así del perro *Becerrillo* destacando sus cualidades moralizadoras: «Era ferocísimo lebrel defensor de la fe católica y de la moral sexual, descuartizó más de doscientos indios por idólatras, sodomitas y por otros delitos abominables, habiéndose vuelto con los años muy goloso de carne humana».[1]

Empezaron los suicidios colectivos. Fueron registrados en las «Hordananças para el Tratamiento de Indios» (Zaragoza, 1518).

Se encerraban por grupos en las chozas y producían humo venenoso. Se arrojaban a los torrentes con piedras atadas al cuello, siguiendo al más viejo de cada familia. Se colgaban de los árboles con propiedades sagradas.[2]

Pero nada indignó más que la conducta del capitán López de Ávila, hombre del coronel Roldán, con la princesa Anaó.

Durante una acción represiva Anaó fue hecha prisionera con vida. Había prometido a su esposo, guerrero alzado contra los marcadores de mujeres, que no toleraría ser poseída por otro hombre.

El fraile Landa que contempló los hechos con franciscana tolerancia anotó así en el capítulo XXXII de su *Relación:* «Las mujeres locales eran apreciadas por lo buenas. Y tenían razón, porque antes de que conocieran a nuestra nación, España, lo eran a maravilla —según los viejos hoy lo lloran—. De esto traeré un ejemplo: el capitán Alonso López de Ávila, cuñado de Montejo, prendió una moza india, bien dispuesta y gentil mujer. Ésta había prometido a su marido, temiendo no ser matada en guerra, no conocer otro hombre más que él. No bastaron con ella los métodos de persuasión para que no se quitase la vida por no quedar ensuciada por otro varón. Por lo cual la dieron a

los perros (aperrear)».

El lansquenete Todorov, que presenció esta atrocidad, creyó enloquecer de impotencia. El filósofo Jean Loup Vasselin, quien ya había mandado a la Academia Real de Francia su *Traité de la Modération*, se hizo repatriar con el primer cargamento de palo brasil que partía para Cádiz.

Poco tiempo después del hecho, el cura Landa era promovido a obispo del Yucatán.

ERA NECESARIO ALCANZARLE LA VERDAD al *tecuhtli* de Tlatelolco que se había embarcado con el sereno orgullo de haber comprobado el cumplimiento de la profecía: el retorno de Quetzalcóatl y sus divinidades menores.

Los poetas escribieron el texto del informe que enviaron con el mejor emisario:

Todo está terminado.
La madre dice levantando al recién nacido: ¡Ah chiquito! ¡Ah criatura!
Ahora venido eres al mundo a padecer:
¡sufre, padece, calla!
Del Oriente vinieron los barbudos,
los falsos mensajeros de la señal,
los extranjeros,
los hombres rubicundos.

¡Ay! Entristezcámonos porque vinieron,
porque llegaron los grandes amontonadores
de piedras, de vigas para construir,
con fuego en el extremo de sus brazos.
¡Entristezcámonos porque llegaron!

¡Nuestros dioses ya no volverán más!
Este «dios verdadero que

viene del cielo»
sólo de pecado hablará,
sólo de pecado será su enseñanza.
Inhumanos sus soldados
crueles sus mastines bravos.

Solamente por el tiempo loco,
por los locos sacerdotes de sotana negra
fue que entró en nosotros el cristianismo.
Fue el principio de nuestra miseria,
el principio del tributo,
el principio de la limosna.

Estamos seguros. Hemos hecho la experiencia.
Ha comenzado la era del Sol en Movimiento
que sigue a las edades del Aire, el
Fuego, el Agua y la Tierra. Éste es
el comienzo de la edad final, nació
el germen de la destrucción y de la
muerte. El Sol en Movimiento, el Sol
en la tierra, eso pasará.

(*Libro de los Linajes* del
Chilam Balam de Chumayel.)

El emisario taino no alcanzó al *tecuhtli*. Lo despedazaron los mastines bravos antes de embarcarse.

El texto citado, recuperado por los hombres de Roldán, está en el Museo Histórico de Viena, en la misma vitrina donde se contempla la corona de plumas del emperador Moctezuma.

NADA ALTERABA EL SOSIEGO DEL ALMIRANTE convencido de que los

desórdenes graves de que le informaba el padre Las Casas no eran más que conducta pasajera, el arrastre de gentes que no se podían acostumbrar a la beatitud del Paraíso después de siglos de bajeza. Vivían todavía la estropada de la nave, ya sin velamen, del Mal.

—Ya pasará, ya pasará. *Tutto finisce* —murmuraba sin dejar de prestar su atención a los movimientos y susurros de la fascinante intimidad de la selva.

—¿Escucha, padre? ¿Escucha?: es el gemido de las orquídeas alzadas…

Las Casas se sentía impotente, parecía no creerle las violencias que ocurrían en la costa:

—¡Están exportando ángeles! ¡Ayer embarcaron quinientos! Los venden en Sevilla… —Pero era inútil seguir.

Además el almirante no congeniaba con el futuro obispo. Sus delirios razonables quedaban cortos para su propia imaginación. Cuando le hablaba de teología siempre tenía la sensación de que el cura pretendía controlar y estudiar la Mar Océana metiéndola en botellas vacías de agua mineral.

Las cosas se habían complicado en esa última etapa. El almirante moraba en el tiempo como un gato junto al fuego. Estaba despatarrado en el Ser y poco a poco todo lo humano volvíasele ajeno.

Las Casas se sintió completamente solo cuando escuchó el informe de la expedición de Ulrico Nietz. El lansquenete parecía liberado de un terrible íncubo. Andaba con la cabeza alzada, dispuesto a bajar a la playa para arengar con su tremenda enseñanza.

Osó decir así de la constante fe de Las Casas: —«¿Es posible que este joven santo no haya oído decir en este bosque que Dios ha muerto?»

Se estaban produciendo tres actitudes de muy significativa importancia: el almirante, en su moranza contemplativa, ya salvado, por decirlo en el lenguaje tradicional; el lansquenete Nietz, resurgido de los abismos de la locura y dispuesto a moverse hacia los hombres para hacerles ocupar el puesto del Gran Viejo fallecido; y Las Casas, judeocristiano incorregible, que no se disponía a vivir sino a morir con entusiasmo por la visión de Dios.

Los tres hombres se desinteresaron mutuamente (Roldán y Buil podían dormir tranquilos). Lo único que los mantenía unidos era el hecho de vivir bajo el mismo follaje, el Árbol de la Vida, nada más y nada menos.

La gente que los acompañó al comienzo ya los había abandonado. Preferían la pajamulta de la vida. Las modestas alegrías y frustraciones de lo cotidiano.

Los perritos mudos permanecían fieles. Merodeaban entre las

hamacas y los tinglados. ¿Qué adivinaban en aquellos hombres extraños?

Los locales, desorientados por la poca acción de estos tres dioses venidos del mar, después de la adoración, habían pasado a la indiferencia. Les llegaron rumores de lo que estaba pasando en la playa y veían el éxodo de la gente de los bohíos cercanos que seguían las huellas de los monos y yaguaretés (estaban en los inicios de ese retraimiento físico y psicológico que ya lleva cinco siglos).

El almirante salía a veces de su sopor de religado y platicaba con desgano.

—¿Se da cuenta, lansquenete Nietz?: los días se hacen cada vez más largos. La red del tiempo aquí se desteje. Casi nada significa ya hablar de día, de noche, de semanas, de año… Esas palabras no eran más que ilusiones. Trucos para medirnos, administramos, doblegarnos. ¿Qué quiere decir ahora juventud, vejez, muerte? Por ejemplo, ¿qué me diría usted si le pregunto cuántos días hace que estamos aquí?

—¡Cuatro años! —interrumpió con impaciencia el padre Las Casas.

—¿Qué quiere decir, padre, con eso de «cuatro años»?

—Cuatro años.

—¿Cuatro años?

Las Casas no supo qué contestarle. Se veía que el almirante se había fugado —con éxito— de los sistemas métricos, de los calendarios, de las distancias usuales.

Colón prosiguió:

—Cede también la malsana ilusión del supuesto conocimiento del espacio… ¿Es ésta la continuación del mismo mundo donde estábamos? ¿Se podrían sumar estos miles de leguas de tierras nunca holladas, a las del territorio de España, de Andalucía, digamos? ¡No! Sería como pretender sumar cuatro gallinas a cuatro guayabas…

Las Casas lo escuchaba impotente. Concluyó Colón:

—Estamos en otro espacio. ¡Por fin estamos dentro del mundo, *en* el mundo y no ante la realidad, como eternos mirones tristes con nuestro metro de sastres!

RESULTABA EVIDENTE QUE EL ALMIRANTE había sufrido una mutación ya probablemente sin retorno. La conciencia racional, característica de los «hombres del espíritu» de Occidente, lo había abandonado.

Sin saberlo, como para apenarse o jactarse vanamente, se había transformado en el primer sudamericano integral. Era el primer mestizo y no había surgido de la unión carnal de dos razas distintas. Un mestizaje sin ombligo, como Adán.

Los sabios tainos y el cacique Guaironex analizaron la evolución —

o involución— de aquel dios venido del mar que no mostraba la misma conducta que el resto de los transmarinos. Pensaron, con acierto, que sería el primer producto de la humanidad del nuevo ciclo naciente, el del Sol Negro.

Aquel día vivía en un estar sobón, sin grandes expectativas ni desesperanzas definitivas. Prometeo lo había abandonado.

Se entregaba sin prudencia al ocio de la hamaca. Se alimentaba de lo que llegaba del entorno o caía de los árboles, sin mayor nostalgia por las carnes rojas —y en su caso por las pastas—. ¿Qué comía?: ananás, camote, hormiguillas saltadas, leche de coco en cantidad, jugo de mango.

Sus días eran largos y sin sobresaltos. Ni la subsistencia ni la existencia lo ponían en movimiento. Algunos bostezos le duraban veinte minutos. ¡A ese punto había llegado a perder la noción del tiempo en que se había criado!

En su mente, vencidos los corredores y andariveles racionales, el recuerdo y la realidad se le mezclaban como en los sueños, en un solo continuo de modo que los tiempos verbales —del pasado, presente y futuro— se hacinaban en el olvido de un museo gramatical.

Los hechiceros tainos juzgaron que no necesitaba drogas: su capacidad interna de secreción de delirio era perfecta, tal vez de un nivel tan alto como la del rey-poeta Nezahualcoyotl. Omitieron en su caso el*peyotl* y la *ayahuasca*, que tan útiles suelen ser para evitar el embrutecimiento racionalista de los humanos.

El río de pensamiento y ensueños que invadía al almirante, también había tomado una coloración americana. Los paisajes góticos de la Castilla en blanco y negro, con luz de hoguera humana, habían sido desplazados por imágenes más dulces. Cuando aparecía Anacaona, la princesa que había sido llevada a España con su infortunado esposo, Caonabó, invariablemente su figuración se mestizaba con la silueta de la inolvidable Simonetta Vespucci en el rol de Venus, tal como aparecía en el cuadro que Lorenzo *el Magnífico* había encargado a Botticelli. Pero eran las piernas de Anacaona como dos arcos tendidos hacia un fuego central, y la cabellera color oro fatigado de Simonetta, como un atardecer de otoño sobre el Arno.

Pasaba Isabel vestida como en el sitio de Granada, pero hay un fondo de palmeras. *La Beltraneja* con sus percherones bayos. Más allá, como en el fondo del tiempo, Beatriz Arana esperando a los verdugos sentada en el barril de sanguijuelas.

En general todos los recordados aparecían con una común ociosidad: se desperezan, dormitan, contemplan geranios. Todo tendía a la síntesis o al símbolo (como en los sueños): los años del terror en Castilla se reducen a las sombras con mantilla negra de mujeres conchumbrosas que van a misa de siete.

Son recuerdos lacios que no desembocan ni en el drama ni en la grandeza histórica. Incluso Beatriz de Bobadilla, la fogosa, apareció ya dos o tres veces en la penumbra del adoradero, sobre la cama de blanquísimo cabrito, pero es una pantera de piel negriazulada, con ojos verdes, de los que inmovilizan antes del ataque.

Se gesta una nueva forma de imaginación. La piel canela de Siboney, las flores negras en la vereda tropical. La supuesta perfidia de Anacoana.

Son horas sin inquietud las del almirante suspendido del Árbol de la Vida.

LAS CASAS PARTIÓ SIGUIENDO LA RUTA ASCENDENTE que había agotado Ulrico Nietz días antes. Era llevado por un viento de fe: buscaba a Dios en su esencia de invisibilidad.

Encontró las puertas de mármol y otras indiscutibles huellas de El Dios. A saber: una cascada que se quebraba sobre las rocas produciendo un sonido ensordecedor generando una neblina con los siete colores primordiales de la creación; un cascarudo con pintas doradas en el lomo; una serpiente de la cruz con una nítida cruz cristiana en la cerviz; no menos de una docena de mariposones gigantes con los colores del Vaticano, un delicado talco amarillo y un blanco como de azúcar espolvoreada.

No tuvo dudas. No necesitaba más. Había sido educado para comprender a Dios por el lado de la ausencia.

La presencia de su gran ausencia, para decirlo con la precisión de los grandes de la Iglesia.

Cayó en profunda oración celebratoria y agradecida. De rodillas, sobre el fango, se aguantó el tren de chaparrones nocturnos. Un verdadero baldeo, pero nunca fue abandonado por el calor interior que secaba su piel. La pila de la fe.

En el fondo de su alma había escuchado el silencio de Dios, grave y expresivo.

Notó que las señales de serpientes petrificadas se repetían en varias ruinas de piedra que aparecían entre las lianas. No cabía duda de que era el símbolo de la furia del Señor ante el instrumento de la tentación. Encontró una enorme cabeza de anaconda, igualmente petrificada.

No necesitaba más evidencia del lenguaje y los designios de Dios. Sus huellas digitales se notaban más allí, en el paraíso abandonado, que en otras partes de lo creado. Hasta el investígador más chambón tendría pruebas aplastantes de la inequívoca voluntad del Todopoderoso.

Volvió completamente seguro de su misión pastoral. ¡A por las

cosas!

Pasó por el Árbol de la Vida pero sólo se detuvo para buscar su sotana, arrugada y desteñida por las lluvias. Apenas si saludó al lansquenete Swedenborg. El almirante dormía.

SOBREVINO LA MUERTE. TODO CAMBIÓ EN CASTILLA. Lúgubremente doblaban las campanas de Salamanca, Arévalo, Segovia, Madrid, Badajoz envueltos en paño negro, tañidos grises.

Varios fueron los anuncios sombríos en los últimos años. Había llegado la enfermedad de Indias, la sífilis. Los burdeles habían perdido su alegría medieval. Pústulas y chancros vergonzosos. De las ciudades hanseáticas se importaban sales de plomo (las mismas que Francisco I recomendaría a Carlos V). Se iniciaba una larga época de peligro venéreo, de maldición de los cuerpos, que durará un poco más que la Inquisición misma (hasta la penicilina).

La desgracia se ensañó con Fernando e Isabel: murió la primera hija, reina de Portugal, y también don Miguel, el nieto. Juana, la hipersensible, casada con Felipe *el Hermoso*, estaba en plena crisis, corría rabiosa y enceguecida de celos. Semidesnuda, bajo la tormenta, se había encaramado en lo alto del portal de hierro del castillo de Medina del Campo y se negaba a bajar.

Murió Torquemada y con él perdía el Imperio su motor de culpabilización colectiva. Había llegado a los setenta y cinco años de incansable crueldad redentora. Una mañana apareció en su lecho el cuerpo inánime, frío, envuelto en un abundante talco de esperma. Se ve que las sucesivas capas de semen seco de sus muslos, como superpuestas películas de mica, al perderse el calor de la vida se habían deshecho en un polvo inodoro. El antiguo olor a urinario francés que lo había acompañado toda su vida, desapareció. Algunos cronistas católicos, llevados a error por ausencia de hedor, se atrevieron a escribir que «murió en aroma de santidad».

Pero la tristeza definitiva, la desgracia mayor, fue el fallecimiento del príncipe Juan, el hijo predilecto, el heredero recién casado, de sólo veinte años. El delicado y maravilloso príncipe Juan, educado en las altas letras, en la guerra justa, en la elegancia.

Isabel siempre había temido la debilidad física y la delicadeza de aquel hijo que no había heredado la terribilidad angelical de los padres pero nunca pensó que moriría como murió, de amor. Incapaz de saber administrar su erotismo hacia la bella Margarita de Austria.

Tanto se había debilitado en el abuso de los dioses que en los últimos meses había perdido toda defensa ante la realidad del mundo: bastaba la visión de un jorobado o de una solterona fea para hacerle subir la fiebre; durante un banquete se desmayó cuando el tenor erró

las notas de la romanza.

Cuando Isabel viajaba hacia Medina del Campo para tratar de descolgar a su hija de lo alto del portal, Fernando fue informado de la grave crisis del príncipe en Salamanca y partió sin detenerse en las postas.

Al llegar comprendió que la cercanía de la muerte había mutado los roles normales: el príncipe era el padre de su padre, el rey. Juan le dijo:

—Padre mío, sólo he conocido la felicidad, el amor, los dones. Aceptemos humildemente la voluntad de Dios.

El rey sollozaba en silencio, casi con honda pena de labriego. Besaba la mano delicada de su hijo exhausto, vencido. Le dijo:

—Hijo muy amado, tened presencia ya que Dios os llama. Que es mayor rey que ningún otro y tiene para ti otros reinos y señoríos más grandes que los que tenías y esperabas…

Pedro Mártir anotó esa noche: «Con su deceso se perdieron las esperanzas de toda España».

La muerte con todo su poderío golpeó a la reina para siempre. Todo giraba en redondo. Debía replegarse hacia aquel palacio de la metafísica medieval del que había huido con Fernando durante aquellos creativos años de parábola renacentista. La pasión del Paraíso Terrenal, la confianza en el cuerpo y en la fiesta de la acción quedaban heridas en su centro.

Cuando Fernando la informó de lo peor que ella podía oír, sólo atinó a murmurar:

—¡Dios nos lo dio y Dios nos lo ha quitado! Amén.

La aventura de los adolescentes terribles quedó decapitada. La piel se aflojó sobre el rostro de Isabel: Esa misma tarde empezó su enfermedad, una terrible sed, hidropesía. Dio espalda al mundo y marchó hacia los parajes del más allá. Se aventuraría en la bruma helada, tanteando, desesperada, para reencontrar, ya en el mundo de los muertos, el rostro del hijo amadísimo, el encantador príncipe Juan.

Abandonaba para siempre la secta de los buscadores del Paraíso Terrenal.

El rey Fernando pasó de la desolación al resentimiento cual si hubiese sido víctima de una estafa o una burla. Excedido por el dolor se inclinó a pensar en «la maldición de América». La figura del almirante no andaba lejos de su horizonte de rencor.

Se dio con evasividad y furor a la distracción de las cosas de Estado.

Con el peor humor se ocupó de los expedientes de Indias y escuchó

todas las maledicencias y envidias de Corte. Fue informado de las *Ordenanzas*, de la rebelión de Roldán y de las preocupaciones de la jerarquía eclesiástica.

Nunca vio en Colón más que un místico independiente, una especie peligrosísima.

Se indignó pensando que por su causa ese Nuevo Mundo quedaba divinamente interdicto, las tierras cultivables cubiertas por el manto del Señor, como el coto de un propietario que, aunque ausente, no toleraría la ocupación indebida.

Para colmo el almirante osaba sugerir que los naturales eran ángeles. Ni siquiera esclavos que pudieran venderse. Fernando cortó por lo sano, los declaró cristianables y vasallos. Esto es: ni cosas de Dios ni cosas apropiables para la plebe española que se los había repartido.

Fernando tomó la resolución sin mucha demora: convocó al comendador Francisco de Bobadilla y le otorgó plenos poderes.

En esa misma tarde gris de Castilla, donde los tambores de la guardia resonaban enlutados y se oía bajar de la capilla la interminable letanía de las damas de compañía compartiendo el rosario con Isabel, firmó la orden de captura de Colón y su gente. Era el 21 de marzo de 1499.

SE ENTREGÓ CON MANSEDUMBRE. Todo hombre que haya pasado los umbrales de Lo Abierto queda inhabilitado para mortificarse por la nadería del mundo apariencial.

El coronel Roldán supo manejar con habilidad el poder pasajero del comendador Bobadilla (se sometió con el mismo sentido táctico que emplearía siglos después Hitler con el mariscal Hindenburg). Se ofreció para comandar la partida que se abrió camino hacia el Árbol de la Vida.

El almirante los vio irrumpir sin mayor sorpresa. Rodearon la hamaca apartando las decenas de perrillos impersonales que parecían cómplices de la inactividad de aquel hombre canoso que se pasaba los días dormitando.

—Está vuesamercé detenido por orden de los reyes —dijo lacónicamente Bobadilla.

Los esbirros entraron en acción. Le pusieron un sayo de franciscano como si la desnudez arcádica de Colón fuese lo más grave y configurase delito de atentado contra el pudor público.

Ruido de cadenas y grilletes. Quinteros y el cocinero Escobar los traían en la caja de herramientas. (El padre Buil, generosamente, desde los primeros días de la Revolución había puesto a disposición del coronel Roldán el material de procedimiento inquisitorial. Desde

entonces la represión en América tendría ese sabor profundo de tortura salvacionista, pastoral, exorcizante.)

El almirante, pacientemente sentado en la hamaca, observaba cómo cerraban a martillazos las argollas en torno de sus tobillos. Le maravilló que sólo errasen una vez. La marcha hacia la costa fue lenta y humillante. El escribano, que había tomado debida nota de los hechos, intentó conversaciones forzadas con el Veedor real para cubrir el ruido de los grilletes sacudidos a cada paso.

También se detuvo a Bartolomé, su hermano, encargado del poder temporal, y a todo el grupo de «ios Colones»: queseros, sastres y tejedores que se estaban destacando en el comercio y la industria.

SUS OJOS FATIGADOS, ACOSTUMBRADOS YA a la filtrada luz de la espesura, fueron golpeados por el resplandor de la costa.

Había una calle principal que con el tiempo se llamará Boulevard Colón. Desembocaba en la plaza y en la catedral todavía con troncos pero ya con progresiones de piedra tallada desmontada de las pirámides y templos indígenas.

A lo largo de la calle Mayor la chusma lo insultó:

—¡Almirante de los mosquitos!

—¡Embaucador! ¡Hebreón!

Ganado por la visión de lo sin límite, ya no podía juzgarlos. No sentía ni mansedumbre ni furia. Ni si quiera desprecio.

Era indudable que en aquellos tiempos en que había permanecido recogido bajo el Árbol de la Vida el *hacer* se había consolidado prepotentemente. Los hegelianos «hombres del espíritu» se habían impuesto sin misericordia. Encontró que todos, incluso sus parientes, estaban entregados al saqueo del Paraíso.

Los ángeles, azotados, enflaquecidos, repartidos en «encomiendas». Raleados por los suicidios y desaparecidos en lo hondo de las minas. Víctimas del progreso. Definitivamente cortados del alma del mundo donde habían crecido hermanados con las papayas y los pumas.

Profunda pena sintió el almirante.

—El hombre destruye lo que dice más querer —murmuró.

En aquel humillante recorrido comprendió que sus congéneres civilizados nada temían más que ser devueltos a la armonía primordial. Que estaban demoníacamente desviados al placer del dolor. Que preferían el infierno al cielo como casi todos los lectores de Dante.

Era claro: después del breve sobresalto de las *Ordenanzas*, estaban de nuevo cómodos en la explotación, las difíciles alegrías y los esfuerzos de la decencia para imponerse entre tanta tentación de

infamia. Era como un juego o un vicio garantizado por el orden inmutable de Roldán.

Nostálgicos sin embargo, los domingos se purificaban de la maldad semanal. Squarcialuppi y el flamante juego de párrocos italianos les recordaban desde el púlpito las bondades del Paraíso. Los instaban a ser incondicionales partidarios del Bien.

El almirante pudo observar que no sólo la catedral sino también muchos otros edificios eran ya de albañilería o de adobe. Leyó los abundantes anuncios: «Banco Santángel & Hawkins Ltd.», «Salón de Belleza Bologna», «Palacio de la Inquisición (SemperVeritas)», «Agencia Cook», «United FruitCo.», «Hostal Castilla», «Refrescos Sagardúa».

ESE DÍA NADIE PUDO IMAGINAR, ni haber estado preparado militarmente, para responder a la sorpresiva revuelta de los perros.

Fue una invasión silente. Más resistencia pasiva que acción depredatoria.

Eran esos centenares de perrillos del Paraíso (tal vez nostálgicos de Adán, como lo creían el almirante y el lansquenete Swedenborg). Bestezuelas incapaces de ladrar que los primeros cronistas españoles hasta llegaron a negarles naturaleza perruna, la «esencia de la perridad» como diría Heidegger. Algunos los describieron como «especie de roedores comestibles que no ladran pero emiten chillidos agudos si se los golpea». Estos cronistas no sospechaban que sus almas, embebidas de las de sus amos muertos o desaparecidos, servían para guiarlos hacia el Todo, después del sobresalto de la vida (los toltecas los habían sacralizado e incluido en el Calendario. Todo perro podía ser *nahual*, continente de una desdichada alma humana).

Ahora los veían bajar por las dunas hacia el pueblo, como un manto móvil, sin temer a los orgullosos mastines policiales, que ladraban desaforados, ni los gritos y arcabuzazos de los guardias rebalsados por la cantidad.

Invadieron todos los lugares. No mordieron ni siquiera a los niños. No aullaban. Sólo meaban donde podían: paredes, bultos, en toda verticalidad inmóvil o poco atenta (hasta en las botas del lansquenete ciego Osberg de Ocampo que no quiso oír las voces populares).

Insignificantes, siempre ninguneados, ahora en el número eran sólo animal grande y temible. Causaba miedo esa enorme presencia pacífica y silenciosa.

La Diabla ordenó que se cerraran las puertas de su establecimiento y que las pupilas se amontonaran en los altos, en el salón «París».

Gritos, voces, sablazos. Corridas de los chicos enloquecidos de alegría al saber que no mordían.

Dominaron la ciudad durante más de una hora.

Era la media tarde cuando resolvieron retirarse hacia la espesura. Desde entonces y para siempre los portadores de nostalgia se declararon en rebeldía por vía de la inacción. No se replegaron a lo inaccesible con el orgullo de los jaguares ni a las altas ramas como los quetzales y las orquídeas más finas. Desde entonces merodearon por los campos y poblaciones, silenciosos, desde México hasta la Patagonia. Algunas veces, acosados por hambre extremos a, atacaron rebaños y caballadas (en los virreinatos del Río de la Plata y de Nueva Granada abundan relatos de estas agresiones episódicas. Hasta llegaron a aislar algún fortín militar ya entrado el siglo XX).

Por ahí andan esos seres irrelevantes que nadie inscribiría en ningún «Kennel Club».

LA COMITIVA POLICIAL ENCABEZADA por el coronel Roldán alcanzó por fin la costa.

Cuando el almirante subió a la falúa que lo llevaría hacia la carabela de su deportación a España vio apilados sobre la playa los mármoles tallados de la Puerta. Una cadena de forzados, semihundidos en el agua, cargaba los bloques. Hizo un gesto al hijo del cacique Guaironex y a Mordecai, el rebelde y piloso, que pagaba caro sus ideas de redención.

Las piedras talladas, con números en carbón según el plano de quienes habían desmontado el zócalo, se embarcaban a pedido de la Universidad Católica de Bruselas donde ya se había abierto una sección de «Arqueología Amerindia».

El almirante miró hacia el diezmado palmar que le había murmurado alguna vez un saludo de llegada, vio los castigados forzados y los bigotazos y el correaje de Roldán y su gente. Comprendió que América quedaba en manos de milicos y corregidores como el palacio de la infancia tomado por lacayos que hubiesen sabido robarse las escopetas. Murmuró, invencible:

Purtroppo c'era il Paradiso…!

París, enero de 1983

1Éstas y otras comprobaciones del lansquenete Swedenborg que se leerán aparecen en su conocido libro *Del Cielo y del Infierno. (N. del A.)*

1Este malentendido de raíz teológica tendrá trágicas consecuencias. En 1492 había en la Hispaniola unos 250.000 indios. En 1538 sólo quedaban 500. La población indígena de América pasó del 100% en 1492 al 5,9% en 1942. Véase Ángel Roseblat, *Lapoblación indígena de América*, 1492-1950. Buenos Aires, 1954. (*N. del A.)*

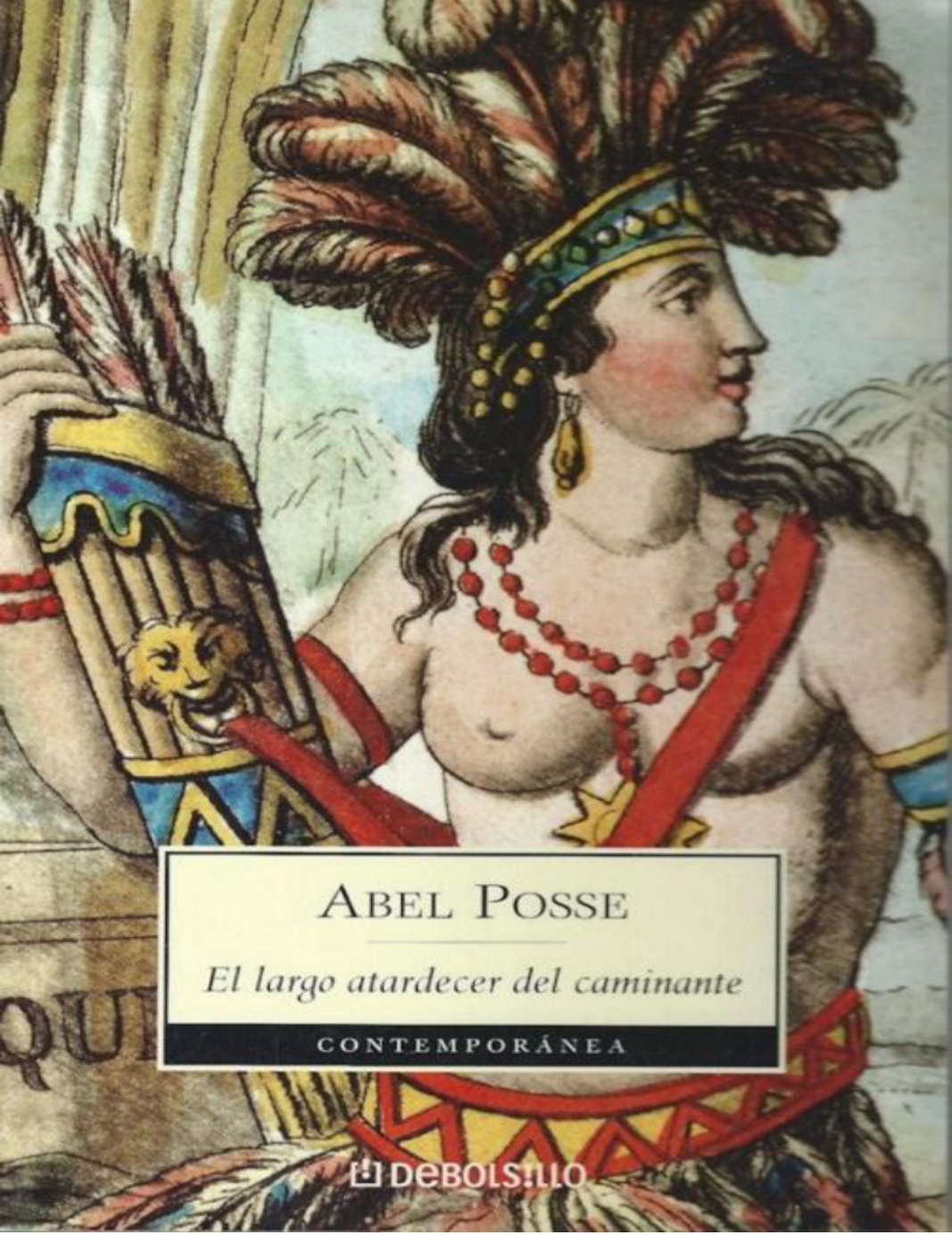
1Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de Indias*, tomo X. También merecieron justas biografías el hijo del anterior, *Leoncico* y *Bruto, Amadís, Calisto y*

Amigo, de la pluma de Juan José Arrom, Herrera, Chalevoix, *etc.* El coronel Roldán organizó una comisión de canes, guardiana de la moralidad pública y la censura. En esto también fue un precursor. (*N del A.)*

[2]Corresponde reiterar la nota de la pág. 198. (*N. del A.)*

Índice

I.El aire
II.El fuego
III.El agua
IV.La tierra



ABEL POSSE

El largo atardecer del caminante

CONTEMPORÁNEA

DEBOLSILLO

Abel Posse

El largo atardecer del caminante

Colección: Palabras Mayores Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa
Diseño portada: Leer-e

© Abel Posse
© de esta edición, 2013
Leer-e
www.leer-e.es

ISBN: 978-84-15858-57-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Distribuye: Leer-e 2006 S.L.
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

En memoria de Carlos Barral, símbolo de aquella Barcelona mágica y subversiva de los años sesenta, abierta a los escritores que llegábamos de una América crítica y quebrada.

Noticias del Cabeza de Vaca

Se sabe poco porque sus libros eran para la Corte y el peligroso mundo de aquella España grande y terrible. Por elegancia natural o por una extraña pasión subversiva, se separó del tipo humano del «Conquistador». A pie, desnudo como un indio, desarmado y sin cruces ni evangelios (visibles), se lanzó a la caminata más descomunal de la historia (ocho mil kilómetros a través de lo desconocido) tal vez tratando de demostrarse a sí mismo que el hombre no es lobo del hombre.

Fue el verdadero descubridor de los Estados Unidos, pese al tendencioso interés de los norteamericanos por preferir un descubridor originario de la barbarie nórdica y no católico: La Florida, Alabama, Mississippi, Luisiana hasta Galveston, Texas cruzando el territorio de la hoy tan populosa Houston, Nueva México, el Arizona hasta la región de Mesa. Entró en México por Sonora y Chihuahua donde se detuvo entre el pueblo de videntes, los Tarahumaras, cuatro siglos antes que Antonin Artaud. Cuando llegó a la ciudad de México se dio cuenta que ya tenía pie de indio: no le entraban las botas.

De regreso (triunfal) a España fue premiado por Carlos V con el cargo de Adelantado y Gobernador del Río de la Plata.

Encuentra un Paraguay con una guarnición militar y religiosa corrompida en las felicidades de la lujuria. Lucha contra el incesto y la poligamia generalizada. Suprime la esclavitud de los indios. Les dice que «Sólo la fe cura. Sólo la bondad conquista». Lo devuelven a España en cadenas acusado municiosa y coordinadamente de todos los delitos que cometieron sus condenados. No había entendido que los hombres prefieren a veces el caos y no el orden.

Se sabe que era alto, de músculos correosos, con barba valle-inclanesca y aquijotado. Tengo en mí que Cervantes, casi niño, se lo cruzó un par de veces por la calle Sierpes, cuando don Alvar vivía casi sólo de salpicón y tenía raída la señorial boina de terciopelo. (La gente

diría: «Ahí va el loco del Cabeza de Vaca».)

Todo hombre tiene sus molinos de viento personales. Los de Cabeza de Vaca fueron la selva paraguaya, los desiertos a los que se hizo buscando más iniciaciones espirituales que tesoros, los vampiros, los curas erotómanos, los leguleyos que saben transformar la ley de la Corona en artero puñal, los mosquitos y sobre todo el mar: cada uno de sus embarques terminó en naufragio.

Herny Miller, que odiaba la retórica de la Conquista, escribió de Cabeza de Vaca que «su iluminación borra las crónicas sangrientas de Pizarro y Cortés».

Era un niño bien de Jerez. Nació rico y feliz (hacia 1490) y murió pobre y solo (pero seguramente enamorado y en Sevilla) probablemente a fines de 1558.

Primera parte

Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Alvar Núñez y Cabeza de Vaca, mi nombre resonaba en el espacio de mi celda como un verso homérico, poderoso, alto, claro. En la penumbra del atardecer mis apellidos son como un gonfalón de esos que mueven los *condottieri* bajo el sol de Italia. Desde niño, y tal vez por el orgullo de los relatos de mi madre, la jerezana, quise que mi vida fuese precisamente como colores de seda flameando sobre el gris de la mediocridad.

—Tendrás que elegir: ser buey, o águila como tu abuelo, el Vera que sometió las Canarias… —díjome una vez mi madre cuando yo me reponía del sarpullido febril que suele acometer a todo niño (había omitido recordar a mi padre, sólo se refirió al abuelo terrible). Nunca olvidé esas palabras. Ella me quería fuerte, águila. En realidad no me daba mucho para elegir más que entre los extremos.

Ahora recuerdo la casa en la finca de Extremadura. La mañana fresca y diamantina de invierno. El aire liviano, el cielo como un azul de taza china. Creo ver el perfil de la madre, pero en realidad no lo recuerdo. ¿Cómo era su nariz? Es más presente su voz firme, como escondiendo desesperación y ternura, y su perfume de ropa mantenida entre azucenas y lavandas. A través de la ventana se veían limoneros y naranjos, más allá los olivares parejos sobre la tierra ocre de la provincia dura y seca. Recuerdo que creí ver ese paisaje durante la gran caminata, entre Sinaloa y Culiacán, cuando volvía del país de los Tarahumaras y me había asomado al conocimiento de la raza primigenia, la raza de los gigantes. Entonces creí ver en el espejismo del aire ardiente del desierto, la figura de mi madre que entraba con jazmines en el patio de la finca. Recuerdo que ella me miró y se rió del «águila»: yo era, sí, un águila. Irrisoria, desplumada, huesuda, resecada por el aire de los páramos. Pero águila.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Ese apellido, que mi madre me hizo vivir desde la infancia como un destino heroico que debía ser cumplido sin vanidad, casi como una necesidad de la que ella no dudaba. De niño mi nombre me impresionaba mucho. Imaginé siempre una cabeza de vaca separada del cuerpo, sólo la cabeza, instalada en medio de un salón. Sería una tremenda presencia. Hay en la cabeza de vaca una

imponencia de templo de puro hueso. Dicen que en Oriente la vaca es símbolo del Universo. Aquí, en estas Españas, es distinto.

Soy español, soy andaluz, soy extremeño. En todo caso, hombre de la España profunda. De una casa con más linaje y orgullo que riquezas; aunque siempre hemos tenido en la olla más carnero que vaca. En ella siempre pisó más fuerte mi madre que mi padre, generalmente ausente o indeciso y de quien la servidumbre solía murmurar que no había demostrado estar a la altura del apellido. (Nada más negativo para un hombre que tener que vivir empeñado en alcanzar un destino impuesto o imaginado por los otros.)

En esa finca, más allá del patio de los limoneros, empezaban los regimientos de bíblicos, retorcidos olivos. El tejado y los cobertizos de los jornaleros. La mágica herrería con su fragua encendida en las mañanas de invierno cuando se herraba al percherón. Los viñateros, los labradores. En el reservado primer patio se alzaba la capilla que había mandado edificar mi abuelo, el feroz Pedro de Vera a su regreso de Canarias y seguramente para alijar pecados.

Teníamos un cura italiano, don Abundio, y un sacristán contrahecho que se decía había sido engendrado por el terrible obispo de Jaén en una de sus correrías. Ellos oficiaban para nosotros solos, para la familia. Se puede decir que de algún modo teníamos un Dios propio. Era el Dios de mi madre (tal vez el mismo Dios que el Adelantado Vera usó en Canarias). Un Dios mucho más cercano del todopoderoso Jehová bíblico que del Cristo crucificado. A este dios melancólico e inexplicablemente bondadoso con los dudosos seres humanos, no se le hacía el lugar debido en nuestra casa. En la graciosa capilla de adobe que había entre el tercer patio y las huertas, los hortelanos y los palafreneros tenían la posibilidad de volcar su devoción hacia un enorme Cristo de yeso, con su carne de pintura amarilla y sus goterones de sangre bermellón.

Nuestro dios era el Viejo olímpico y pagano. El Dios del Génesis. Admirable y minucioso creador. Adorador del sinsentido y del absurdo. Más preocupado por los infinitos espacios del cosmos que de las nimiedades de esta Tierra, un planeta sin luz propia. Para ese Viejo sublime la rendición de los hombres habría sido una ocurrencia de su hijo humanista.

Mi madre no vacilaba en repetir una frase del abuelo Vera, el Terrible: «Hay un dios para salvar horteras, hortelanos, rufianes y putas; y un dios para los señores».

Pedro de Vera no había dejado entrar al Crucificado en Canarias. Sólo había exportado el dios terrible, el que le venía mejor a la Corona. Crecí escuchando las historias de sus hazañas. Se decía que ordenaba colgar a los caciques guanches de las orejas y de los pulgares contra el muro ardiente del castillo. Agonizaban hasta resultar sólo

pellejos salados por el aire del Atlántico, desgarrados por los buitres. En Canarias se inventó el Imperio Atlántico que hoy goza nuestro nuevo Rey, Imperio donde nunca se pone el sol, como tan atinadamente se dijo. Mi abuelo señaló el camino en Canarias que luego seguirían el genovês y sus hermanos; y Cortés, los Pizarros y todos los otros. Como a las Canarias, a América llegó sólo el dios de los señores. La única cruz que refulgía por allá era la de las empuñaduras de las espadas toledanas.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Náufrago eterno, peregrino desafortunado, caminante. He llegado a viejo y todavía no sé si estoy de parte de Dios o del Demonio. Los años más bien alejan de la sabiduría.

Algunas de estas cosas he tratado de explicarle a la adorable Lucinda. Su curiosidad por mi pasado terminó por encender la mía, y así fue como me fui cayendo hacia adentro de mí mismo, como buscándome de una vez por todas. (Ahora que ya es tan tarde. Tengo sesenta y siete años y por momentos mi yo queda ya muy lejos de mí. Apenas si me recuerdo, ¿quién era Alvar Núñez en aquel entonces?)

LUCINDA, LA BELLA, fue quien me recibiera cuando llegué a la nueva biblioteca de la Torre de Fadrique. Fue mucho más agradable encontrarse con su rostro que con la barriga del canónigo. Era un día de revuelo en la ciudad: habían llegado galeones por el Guadalquivir y se había reforzado la Torre de Oro. Señal de que llegaba de América lo único que interesa a estos ingenuos entusiastas. La gente vive como riqueza propia este oro de la Corona. Hablan fuerte, ríen. Ven en el oro su seguridad, el futuro de sus hijos. Es tiempo de pura insensatez. España se indigesta de oro robado: máscaras rituales, aguamaniles, formas de dioses para nosotros desconocidos, vasos sagrados, collares de princesas vejadas y vendidas como putas a la soldadesca. Hay algo de fatal en todo esto y yo creo que el nuevo Rey, cuyo retrato vi recientemente entronizado en el ingreso de la Casa de Contratación, tiene algo profundamente fúnebre o fatídico. ¿Por qué son tan tristes estos Austrias? Parecen amenazados de una catástrofe inminente, de una atroz locura.

Toda España se está adornando con las vestiduras de dioses muertos.

Asusté a la buena Lucinda con mi título de juez del Tribunal Supremo y le solicité ver esos mapas recientes (habían dibujado uno de las costas de Florida). Me gusta ver cómo los cartógrafos van precisando la forma de tierras que pisé como misterio.

La discusión con el viejo insolente de Fernández de Oviedo me levantó curiosidad por ver cómo sería aquella costa donde pasé tanto tiempo de mi juventud.

Estampé mi nombre en el registro al recibir de Lucinda los rollos. Al leer mi apellido sus ojos se encendieron.

—¡Yo bien conozco a Vuesamercé! —exclamó y enseguida se sonrojó—. ¡Bien que tenemos aquí su libro!

—Mis *Naufragios*, claro. Sólo naufragios y sobran comentarios…

—¡Lo he leído!

Comprobé que casi no me quedaban retazos de vanidad literaria alguna. Eso también era pasado.

Me acomodé en una mesa con buena luz y extendí los rollos de pergamino que fastidiosamente tendían a enrollarse. Traté de seguir con la punta del dedo la casi obscena curva de La Florida. Habían

omitido señalar la isla del Malhado. Era como si hubieran negado mi voluntad, como si me hubiesen desautorizado entre el cartógrafo cortesano y el historiador Oviedo. Habían dibujado algunos islotes pequeños cerca de la costa, pero sin anotar el nombre.

Al enrollar el pergamino recordé a Hernando de Soto. Fue mi desafortunado sucesor en La Florida. Al volver del Perú lo hicieron Adelantado (fue uno de los tres capitanes de la matanza de Cajamarca). Anduvo por aquellas tierras de mis andanzas. Iba llevado por los demonios: de crueldad en crueldad. Por fin lo mató un cacique de menor cuantía y sus hombres lograron rescatar el cadáver porque los indios querían devorarlo —devorar así su coraje—. Se impidió esta indigestión, pues su maestro de campo lo metió en un tronco ahuecado, bien enrollado y lo abandonaron Mississippi abajo, bogando dulcemente por el gran río hacia el gran mar por donde había llegado. Los indios se salvaron de comer demonios, de endemoniarse.

Le entregué el rollo de mapas a la moza.

—Volveré otro día con más tiempo —le digo como justificándome. Ella tiene preparado un ejemplar de mi libro y me pide que se lo dedique al canónigo o a la biblioteca. Estaba realmente leído, arrugado en los bordes.

—¿Cómo te llamas?

—Lucía de Aranha. Se escribe con una hache antes de la a. —Hay una vibración de inquietud en su voz porque es un apellido judío. ¿Acaso no se llamaba Arana o Aranha la barragana cordobesa del genovés descubridor? Anoté en la primera página del libro: «A Lucinda de Aranha, en el comienzo de nuestra larga amistad. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el caminante que no llega a ninguna parte». Lucinda ríe y protesta. Durante un instante me quedé mirando mi mano. Es una piel arrugada, con manchas pardas, de viejas quemaduras solares. Es tan desagradable de ver por su flojera como la piel del cogote de los pavos. Entregué la pluma y retiré la mano como con vergüenza. Prometí volver otra vez, con tiempo. Pero Lucinda había leído ya la dedicatoria y protestó:

—Me ha puesto Lucinda en vez de Lucía…

—Lucinda te sienta mejor… —Me mira fingiendo enojarse. Huele bien. Huele como huelen las mujeres antes de ser una hembra. Todavía no nació. Estoy a más de medio siglo de la tirantez y la tersura de su carne.

Volví caminando ni tan despacio como para que quienes me desprecian me consideren un viejo desocupado, ni tan rápido como para impedirme el placer de gozar el atardecer. (Me incomodan los inútiles, enfermos o fracasados que andan siempre por las calles, husmeándolo todo, y que se me acercan para que les cuente cosas de

mis marchas y de América. Siempre tengo alguna excusa: «Me esperan en lo de mi pariente Cuellar», «Mis primos los Estopiñán bautizan una criada». En realidad me gustaría quedarme entre ellos y aliviar unas horas de soledad. En casa cuido las flores, les doy de beber la mejor agua. Tomo mi vaso de vino, re-caliento y como las sosas viandas que me prepara doña Eufrosia.)

Las calles de tierra, volviendo de Santa Clara, están hechas un muladar. Hay chicos gitanos, desnudos, que se pelean con los cerdos. Espantoso olor de inmundicia, moscas y perros que ladran famélicos, con los ojos como brasas. Hay tantas moscas para espantar que uno extraña el rabo que tuvieron los primeros hombres.

Emboqué el inicio de la calle de las Sierpes donde cada día aparece una tienda nueva. Al pasar por la fonda Calvillo encontré en una de las mesas de afuera al falso marqués de Bradomín, con sus barbas largas y cenicientas de astrólogo.

Tiene este hombre algo fantástico y desdichado que me atrae. Hay brillo en sus ojos pequeños como agujas, entre burlón y sarcástico. Sin decir nada siento que sabe de mis falsos apuros, del ninguneo que padezco. Escribe incansablemente pero sin mayor fortuna: viajó a la villa y Corte de Madrid sin suerte. Su talento es grandilocuente, esperpéntico. Pese a sus fracasos, su dominio del idioma es insuperable. Toma su invariable copa de xerés con unas aceitunas.

—¿Ha visto Vuesamercé? Están llegando las naves de América. Tuvieron suerte: ni tifones ni corsarios. Parece que traen una carga muy grande. ¡Su oro, don Alvar! ¡El oro de sus ciudades mágicas!

No me gusta su tono de sarcasmo y no me siento. Me cuenta que el Duque volvió el domingo por la noche de Toledo y que contó que el Rey está empeñado en construir un palacio gigantesco en ese lugar peligroso que llaman El Escorial.

—¡Desde allí gobernará al mundo! —dice el falso marqués. Me sondea para que diga algo contra el Rey, pero no le doy el gusto y sigo para mi casa, que como siempre está completamente a oscuras y huele a humedad encerrada.

No le dije lo que sé: que El Escorial es un lugar maldito, embrujado. Un depósito de azufre y maléficas sales de hierro que hacen enloquecer la brújula. El nuevo Rey no sacará nada bueno de allí, ni para él ni para España.

Hoy he revisado minuciosamente mis trajes, ha sido como visitarme y recorrer mi propio pasado. Los descubrí encerrados en los dos arcones del entrepiso y ordené a doña Eufrosia que los fuera subiendo a la azotea. Huelen mal, están como asfixiados. Que espolvoree flores de alhucema o romero o lo que fuere, pero que haga algo urgente. Incluso le sugerí que compre clavo de olor o canela o alguna sal con aroma. Pero que haga algo, porque huelen a muerto.

Me gustaría inundarlos con una damajuana de vino. Paseo frente a ellos, respirando el aire fino de la mañana. Están extendidos sobre la pared de claraboya que es seca y los expone debidamente al sol. Siento que el aire entra por las mangas y las solapas. Siento que respiran todavía.

Trajes: vestiduras/investiduras/imposturas, como se quiera, pero ya parte de la vida, de la larga vida.

Sólo ocho años he pasado desnudo, sin ellos. Los ocho años famosos de mi descomunal caminata. Ocho años como devuelto a mí mismo, fuera de los trajes. Pero es mejor no ser aquel ser. Mejor el ser de las investiduras-imposturas, como se quiera.

¿Por qué uno no se desprende de estos cadáveres solemnes y prestigiosos? No es fácil salirse de su tiranía. Son los únicos cadáveres visibles de nuestras sucesivas muertes. El cuerpo es ducho, más bien disimula sus muertes. Sólo van quedando los trajes, en su tonta honestidad de fantoches, como las vainas de aquellas serpientes de Sinaloa, pieles resecadas perdiendo sus colores en el ardido desierto. Nuestros sucesivos nosotros, que se nos van muriendo por el camino.

El arcón vacío tiene un vago aroma de humedades malsanas, de tumba exhumada.

Le pregunto a doña Eufrosia si es el 5 de noviembre, pero no entiende. Me mira perpleja.

De mi armadura de los tiempos de Adelantado queda sólo la coraza, el peto. Eufrosia la subió también y quedó tendida junto a los trajes mostrando su acero con cánceres olvidados y vetas de viejo óxido. Le cuelgan unas obscenas correas de cuero reseco que alguna vez tuvieron hebillas. Convexa, da la contradictoria sensación de

indefensión de un caparacho en forma de un pecho de pollo, como lo tienen los alfeñiques.

En cambio el casco de paramento tiene una cómica presencia de vida con sus articulaciones atornilladas para la visera y el ventalle. Tiene las abolladuras que no se ganó en batalla sino cuando rodaba en la sentina maldita de la nao *Comuneros* en cuya bodega me traían encadenado desde el Paraguay.

En el silencio de la noche aquel desdichado y lejano Alvar escuchaba desde la camareta-calabozo, de tablones de lapacho mal clavados, las corridas de su yelmo por la sentina de orines y podredumbres. Es un ritmo negro, una eterna protesta. Cuando el barco se alzaba de popa empezaba a rodar golpeando contra los tablones como una fiera encadenada hasta que se ahogaba una vez más en el agua inmunda, en la oscuridad del resumidero.

Doña Eufrosia limpió el acero oscuro del casco con una mezcla de ceniza, piedra pómez y vinagre; después le pasó aceite de oliva. Refulge bajo el sol en la parecita de la azotea que da a la Giralda. Lo miro y estoy seguro de que me mira desde la sombra de la visera rebatible, desde la oquedad del tiempo pasado.

Cuando frente a Brasil, en la costa de Santa Catalina, se levantó el terrorífico temporal que duró cuatro días, la *Comuneros*, a palo seco, empezó a crujir aplastada por las olas. Es en esas ocasiones cuando los hombres quedan desnudos ante su poca cosa, su casi nada. El terror cambia a muchos. Y Alonso Cabrera, mi torturador, mi verdugo, bajó en la oscuridad de la bodega, abrió los candados y se echó ante la piltrafa maloliente que era yo, para besarme y lamerme los pies como una bestia sumisa, vencida por su sentimiento de culpa.

«Estese usted quieto, Cabrera, no sea usted loco aparte de criminal». Pero el hombre gimoteaba y comprendí que había perdido la razón. Me quería dar el comando de la nave con tal de que cesara el huracán (como les llaman en América). Con su acólito empezó a martillar para abrir los grillos que él mismo había soldado con una risa hipócrita en Asunción. Empujaba al marinero Manosalvas mientras gemía su pedido de perdón: «Señor, todo lo que he hecho es por dinero y por poder», y sollozaba con chillidos de puta.

Me pusieron en la cubierta como a un santo o un ángel guardián. Por suerte en no más de dos o tres horas empezó a amainar y se amontonaron a rezar como ovejas, como un hato de viejas beatas que se salvaron de la peste.

Fue al mismo Manosalvas a quien mandé para que abriese la sentina y rescatase y lavase ese yelmo que refulge ahora sobre la pared que da a la Giralda.

LA CERDA SE ADUEÑÓ DE TODO. ES el poder más visible en esta ciudad de mi infancia. No queda casi nada de aquella Sevilla del orgullo de mi madre, los Cabeza de Vaca. Entre los oidores, leguleyos y cagatintas ha desaparecido la vida sosegada y noble de mi infancia. A veces paso por el palacio de mi familia. Ha sido dividido. La casa principal ha sido comprada por un traficante flamenco de joyas. La parte del fondo, con los patios de sirvientes y esclavos, ha sido vendida a unos franceses que se dedican al curtido de pieles americanas que luego revenden por toda Europa. Proveen a varias cortes de yaguaretés, zorros plateados, cibelinas y visones.

Disimuladamente me trepé a unos bultos preparados para la carga y desde allí, cerrándose ya la noche, traté de ver el limonero de la infancia que señoreaba aquel huerto claro donde viví la aventura de los imaginarios combates y descubrimientos a la hora de la siesta. Creí ver un tronco deshojado, rodeado de mesas de tablones, donde de sol a sol trabajan los curtidores. Reconstruí los espacios que alguna vez me parecieron infinitos y cargados de misterio. Creo que quedan los mismos macetones pero transformados en depósitos de líquidos abrasivos y de tinturas. El ámbito de otrora parece ahora increíblemente reducido. El recuerdo de la geografía de la infancia prevalece, y parece que la realidad es lo irreal. Me da la impresión que el limonero está muerto o agoniza entre las malas aguas de la industria de los franceses. Me digo a mí mismo que nunca más me aventuraré por el lado de ese difunto palacio de la infancia…

VARIAS VECES ME HE METIDO por la *Alcaicería*, el barrio de estos flamencos, alemanes, italianos y franceses; que no es otra cosa que un *suk* moro: sólo tiendas. Se ven las piedras preciosas de los ríos de América talladas a la vista por habilísimos judíos retornados de Flandes y Génova, ahora entusiastas del catolicismo. Perlas engarzadas, zafiros, aguamarinas, rubíes. Laminan el oro de las máscaras rituales y de las momias y lo trabajan con suma habilidad, agregándoles esmaltes horneados, a la manera de los de Toledo. Me gusta caminar horas por ese nuevo mundo movido por hombres eficaces que lucen camisas y jubones de seda. Tienen una guardia propia que los protege de robos y

por la noche cierran el barrio, hasta la calle de los Francos, como una ciudad prohibida dentro de la ciudad. Pero lo más notable es que esta legión de aprovechados conversos inunda España y la *Alcaicería* con su producción de terciopelos, brocados, sedas labradas, armas finas, perfumes orientales, copas de Bohemia. Hasta salchichas al pimiento, quesos fermentados y vinos espumantes que los cursis franceses presentan como joyas. El oro que entra por el Guadalquivir sale por los Pirineos.

Son los ricos nuevos de Sevilla, los de la Cerda Rosada, como yo digo cuando hablo con el Bradomín y sus amigos, los resentidos escritores. Hoy la Cerda manda en toda Europa, puede con los gobiernos. Cuando el nuevo Austria termine su palacio cerca de Madrid, tendrá que invitar a la Cerda y sentarla a su mesa. Tendrá que hablar otro idioma en su propia casa.

Si de la *Alcaicería* uno sigue hasta la calle de los Francos, uno comprende de qué modo la estupidez y la putería se pudo haber adueñado de este hervidero de vanidad que se llama Europa.

La Cerda Rosada. Los felices burgueses. Los señores de imitación. No tienen molestias de honor. Les duelen más los juanetes que el honor.

El viejo Oviedo llegó a Sevilla para indagarme, era eso una ocurrencia casi final que debería honrarme por la importancia que parecía concederme. Y digo parecía porque a los tres meses de regresado a Madrid murió. Me enteré de esto hace un par de semanas.

Quedó jadeando, recuperándose, cuando subió los veinticinco escalones de mi modesta escalera de lajas. Me trató como tantos otros, con una falsa ceremonia exterior que apenas ocultaba la mala opinión que de mí quedó. La creencia de que mi condena era bien motivada, pese al posterior perdón real. Oviedo me trataba con respeto formal y a la vez con íntima convicción de que mi descrédito era justificado. Había conocido a Oviedo cuando llegué de México y narré mi gran caminata ante la Corte. Recuerdo sus ojos atentos y desconfiados como buscando más mis ocultaciones que mis hazañas. Es de natural ladino. Sabiendo yo que se había sorprendido de que mi casa lindase con la judería le dije:

—¿Sabe usted? Con los años me siento mejor cerca de los moros y de los judíos. Esta casa la compré muy barata por su ubicación, con el poco dinero que me quedó después de las confiscaciones… Buena gente estos judíos… Estas casas caleadas, estos patios, al fin de cuentas es lo mejor que ya queda en esta ciudad de cagatintas, delatores y leguleyos…

El viejo Oviedo empezó a hablar como si no hubiese oído mis palabras. Dijo que tenía la muerte en los talones. Era como para advertirme que no tenía mucho tiempo que perder. Me explicó que escribía mientras duraba la luz del día, incluso ahorrándose la hora de comer. Es evidente que don Gonzalo Fernández de Oviedo está convencido de que la Conquista y el Descubrimiento existen sólo en la medida en que él supo recuperar, organizar y relatar los hechos. Es el dueño de lo que se suele llamar ahora «la Historia». Lo que él no registre en su chismosa relación, o no existió o es falso…

Le serví una copa de vino. Tiene la mano siempre enguantada en demoníaco terciopelo negro por causa de no sé qué infección de Indias. Las visitó en viajes administrativos, sin embargo tiene el coraje o el desparpajo de hablar con nosotros como si fuera hombre de espada y de conquista. En realidad es como esas mujeres que con los años se tornan autoritarias y terminan mandando a su marido, sea un

viejo almirante o un gran general.

—Estoy seguro de que ésta es la última vez que estaré en Sevilla —murmuró el viejo. Se sentó en una de las dos sillas presentables que tengo. Sostenía en forma inestable el copón de vino que le serví.

Un historiador frente a un conquistador hace el triste papel de una cotorra enfrentada con un águila.

—¿Qué quiere de mí, don Gonzalo? —le dije sin falsa bon-homía (como dicen los franceses).

—Usted sabe: soy ya un hombre viejo y no me gustaría perder tiempo en circunloquios. Dicen que usted tiene una versión secreta, una tercera versión de su viaje o su caminata de ocho años desde la Florida hasta México… Dicen que es una versión que usted sólo confiaría al Rey. Pues he venido para tratar de que usted me diga algo sobre tan curiosa versión…

—Es simplemente falso. El informe oficial de mi jornada lo entregué a la Real Audiencia y es el texto que usted recibió e incluye parcialmente en sus escritos, según me dijeron los amanuenses que se adueñaron de mis memorias. Una segunda versión de ese texto, mejorada literariamente, es la que publiqué en Valladolid para ganarme algunos reales. Dicen que no escribo tan mal, la han traducido…

Oviedo me mira indagatoriamente, más bien con sospecha. Es un típico viejo cascarrabias que ya no tiene nada que perder ni justificar. Habla como si no me hubiese oído:

—¿Pero esa tercera versión se referiría a un viaje o visita secreta a las Siete Ciudades?

—¿Cree usted don Gonzalo que si yo hubiese podido saquear las Siete Ciudades de oro estaría viviendo en una casa comprada a los judíos expulsados? —Esto le pareció convincente o concluyente. No sabía qué responderme.

—Cuando se leen sus *Naufragios* uno tiene la sensación de que usted oculta más de lo que cuenta. Ocho años son mucho tiempo para tan pocas páginas. Hay contradicciones. Años enteros solucionados, o escamoteados en pocos renglones…

Es un sabueso. No hubiera querido tenerlo de inquisidor. No tiene reparos al hablar.

—Por ejemplo, y aunque le parezca un detalle menor. En la primera versión usted no habla de esa isla del Malhado. En la segunda versión la bautiza así, o la inventa…

—No hubo esa intención. Simplemente que me había olvidado. Como usted bien dice, fueron muchos años. Mis testigos están todos muertos, no puedo probarlo más que con mi afirmación. Pero esa isla terrible donde viví mi esclavitud se llamaba del Malhado…

El viejo mo observaba, En realidad quería tener una semblanza

final de mi discutida personalidad. Para eso había venido y para ver si obtenía de mi alguna reuelacion secreta 8 sensacional de la realidad. Los dueños de la Crónica, sin excepción, me tienen por un ser sospechoso.

—Debo confesarle que a mí lo que más me convenció de su relato es cuando usted habla de tres categorías diferentes: usted habla de cristianos, de indios y de un misterioso *nosotros*. ¿Quiénes son esos misteriosos *nosotros?*

—Me toma usted en frío. Me cuesta explicarlo… Es como si lo hubiera escrito sin haberlo razonado debidamente. Tal vez me haya querido referir a los que ya no podemos ser ni tan indios ni tan cristianos…

Oviedo me mira perplejo.

—Sí, ese nosotros, anda por su relato como un fantasma indeciso…

—Tal vez sí. Tal vez hubo un momento en que, en efecto, empezó a haber cristianos, indios y nosotros… Nosotros, simplemente.

El viejo apura el vino. Seguramente comprobó que conmigo no se obtiene más que resultados ambiguos y que no estoy muy lejos de merecer el descrédito que me labraron oidores y cortesanos. Por la ventana entra un provocador vaho de aceite de oliva frito. Los judíos preparan su cena.

Fernández de Oviedo se despidió bastante desesperanzado, malhumorado. Dos ayudantes lo suben a una especie de mínimo palanquín y lo llevan hasta el final de la calle del Agua. En la penumbra me parece que se bambolea como a bordo de una piragua que va abriendo la penumbra húmeda de la noche recién nacida. Seguro que el viejo renueva su convicción de que los conquistadores y descubridores no son la gente seria y circunspecta que debieran ser. No somos dignos del orden de sus crónicas.

Oviedo, que escribe catorce horas por día, será el conquistador de los conquistadores, el depósito de la verdad. El corral de hechos y personas. Hará con la pluma mucho más de lo que efectivamente hicimos nosotros con la espada. Curioso destino. Pero Jehová mismo no sería Jehová si los judíos no lo hubiesen encerrado en un libro.

Para bien o para mal, la única realidad que queda es la de la historia escrita. El mismo Rey termina por creer lo que dice el historiador en vez de lo que le cuenta quien conquistó el mundo a punta de espada.

Todo termina en un libro o en un olvido.

SOY UN VIEJO CÓMICO QUE NO SE DA POR VENCIDO: me pareció que la cara de Lucinda se iluminaba de alegría al verme aparecer con mi traje negro de terciopelo, ya bastante inadecuado para este abril que entra caliente.

—¡Vuesamercé, qué bien luce hoy! Pensé que no iba a terminar la semana sin que viniera…

Lucinda no sólo había desplegado los mapas sino que con un papel de seda había calcado los bordes de La Florida y había anotado la isla que le señalara yo con el nombre de Malhado.

Hizo un trabajo cuidadoso y no tuve menos que felicitarla, aunque su cuidado ahora me obliga a no desilusionarla y mirar los mapas como si realmente tuviera un gran interés, como si tuviese la más remota intención de refutar al finado Fernández de Oviedo y los dueños de la verdad imperial.

Lucinda me tiene preparada una sorpresa: una resma de papel imitación pergamino, del que fabrica su tío de Córdoba. En cada folio hay un escudo de agua que transparenta la insignia de los Cabeza de Vaca.

—Es para que Vuestramercé siga escribiendo, ya que me dijo la otra vez que lo que había escrito no era verdad o era «la poca verdad…» «Yo le haré de copista en cuanto me lo diga… —Tiene una mirada bondadosa y dada. Es en este papel que divago al atardecer. Es sobre este regalo de Lucinda donde escribo con eso nuevo y extraño que llamaría libertad. Trato de llenar cada día dos o tres cuartillas. Me pongo al atardecer en mi escritorio desvencijado con el candil que me prepara doña Eufrosia. Pero antes me visto con medias finas y alguno de los viejos trajes que exhumé. Me visto como para visitarme a mí mismo y dialogar con los otros Alvar Núñez Cabeza de Vaca, los que ya murieron o merodean dentro de mí como almas en pena. Me sirvo una copa de xerés. Bastaría hasta que me salude a mí mismo.

Mejor así. Si tuviera que escribir para Lucinda sería algo tan mentido y empacado como mis *Naufragios y Comentarios*. Sería tan oficial y exterior, tan convenido, como una relación al Consejo de Indias o al mismo Rey. He, pues, decidido que seguiré libre sobre este campo blanco, infinito, que a veces me hace acordar a aquellas mañanas lúcidas del desierto de Sinaloa. La soledad salvaje, la verdad.

Libre: sin ningún lector de hoy.

No tengo más remedio que mentirle a la buena y bella Lucinda.

—No soy de pluma ágil. Te ruego que me des tiempo. Una vez por semana vendría por aquí, para ver los mapas y mantener un relato más o menos coherente, ya que tantos años pasaron. ¡No vaya a ser que los historiadores vuelvan a enojarse conmigo!

Brillan los ojos de Lucinda, hace un mohín gracioso. Tal vez intuye que hago trampa.

Me senté muy cómodamente junto a la ventana, pero en ningún momento pude concentrarme. No tengo paciencia con la prestigiosa mentira de la exactitud. Más bien en algún momento me divertí porque marqué con cruces los lugares donde me parecía que habían ocurrido mis naufragios. (De mí nunca alguien podrá acordarse como de «¡Don Alvar el Navegante!»). Mi carrera naval fue francamente indecorosa, desafortunada, porque en esto del mar la suerte cuenta mucho más que la habilidad. El Genovés, por ejemplo, era un extraordinario navegante y además tenía suerte. Sobre todo tenía la serena y triste persistencia del judío, que vive la vida como una resignada condena de la cual es menester sacar partido. «*Don Alvar, el Náufrago*», sin dudas eso es lo correcto. Fui honesto al ponerle título a mi primer libro.

Las cruces están ahí, entre Cuba, la costa de México y La Florida. Mis naufragios precoces, infantiles, sin experiencia. Porque también tengo naufragios de la madurez, los penúltimos, y por cierto que habrá ese naufragio final, el serio, que sin dudas ya acecha en las correntadas de mi sangre.

Desde la distancia se hacen ridículos todos nuestros esfuerzos. La tragedia se torna ópera cómica. Somos cómicos. Bípedos tenaces, devoradores, invasores. Venciendo mil dificultades, sin paz ni sosiego. Escribo esto considerando y recordando esas noches de desastre: el agua violenta, con gusto y color de acero líquido. Gritos, imprecaciones. Los que se entregan y los que quieren organizar la catástrofe. El héroe que se ahoga tendiendo la mano al amigo y el que se salva dejando el hijo a la deriva. El que se hunde con sus pertenencias, por avaro y codicioso. El que se va al fondo por mantener la espada o la cruz o —las más de las veces— el arconcillo lleno de ducados y maravedíes. En todo caso, yo que sobreviví a varias de esas noches atroces, siempre tuve la sensación de que había algo de justicia, una especie de aliviador sentimiento de que la catástrofe y la muerte de tantos era simplemente un adelanto del juicio de Dios.

Desde joven tuve la sospecha de que pertenecemos a una especie profundamente degenerada y hasta peligrosa.

Los ojos abiertos en la noche, la mirada ya puesta en otra dimensión de quienes, en el instante del abandono, nos miran. Esas

miradas no se olvidan: son los ojos de Corvalán que muchas veces se me aparecieron entre sueños. Y los ojos del grumete Gandía, el joven pederasta que acompañaba y hacía de paje a Pánfilo Narváez. Me contó Dorantes que éste le soltó la mano, llorando. Luego, una gran ola verde se llevaría al miserable de Narváez, mi jefe.

No omito un sentimiento de jocosidad sin alegría. Uno sintió alguna vez que, de haber seguido en vida, la mayoría de ellos hubieran sido tan miserables como toda esa gentuza que España, las catacumbas roñosas de las Españas, vomitaron sobre América.

No me siento sentimentalmente solidario. Por suerte el tiempo no me ablanda como a un sastre o un notario de la Real Audiencia. Y si viviese quinientos años más diría lo mismo. (Pero seguramente dentro de quinientos años ya no existirá España, como hoy no existe Roma, y nadie se acordará de nosotros, que le dimos su grandeza.)

FINGÍ TOMAR NOTAS. Antes del mediodía, ya sin el cansancio en las piernas que persiste tanto en estas semanas, devolví el material a Lucinda y le agradecí de nuevo la resma de papel.

—Debo decir a Vuestramercé que el señor canónigo está muy honrado de que usted visite nuestra biblioteca… —me dice.

—¿Honrado? ¿Estás segura?

Lucinda se sonroja un poco. Alma pura.

—¿Seguro de que está honrado?

No quiero que Lucinda sufra. Le señalo un pájaro que canta en el naranjo del patio. El canónigo debe haber hecho algún gesto, alguna referencia a todas las habladurías, a esas ambigüedades que se hablan de mí. La pobre Lucinda quiere ocultar las cosas. Debe ser la única persona que tengo a mi favor en esta Sevilla ganada por aventureros, maricas flamencos y truhanes.

Digo que volveré el próximo jueves.

Cuando me fui de Santa Clara con la resma bajo el brazo, esquivando los charcos infectos del suburbio, no pensé que Lucinda me había regalado, con inocencia, con sabiduría, una posibilidad de existir, de reexistir. Al día siguiente, cuando me puse a escribir, comencé con el tono de siempre, el estilo del señor que a través de solemne notario se comunica con su rey que es el estilo frecuente y frecuentado. No sin trabajo fui rompiendo las frases y los silencios convencionales. Mi brazo y mi mano se resistían. Por fin, ya seguro de que el mío podría ser un libro absolutamente secreto, como lo será, empecé a lograr que la punta de la pluma más o menos calcase la voz interior. Empecé a caer en mí mismo, lo cual no es fácil. Continuamente tuve que repetirme que ese libro sería como para ciegos: no había ojos que amenazasen la libertad de expresarme; porque los ojos del otro son el fin de nuestro yo, de nuestra

espontaneidad. Así pude ir convenciéndome de que el otro no existiría, al menos hasta mucho tiempo después de mi muerte. Y desemboqué en el lujo de la libertad. Una libertad de papel. Una nueva forma de caminar, de aventurarme por los desiertos, adecuada para el viejo que ya soy.

En la semana pasada este lujo adquirió un ritmo frenético. Viví el vértigo de esa independencia a punta de pluma. Una exaltación como la de aquella mañana cuando decidimos dejar esta «civilización» de aventureros y tiranos y nos lanzamos desnudos hacia el desierto, hacia el espacio abierto. (Bueno, no por cierto la misma sensación de aquel tiempo de frescura y juventud cuando fui capaz de dar el más osado e insólito paso que cualquier caballero conquistador hubiese imaginado, seguramente más importante que el famoso salto de Alvarado o la supuesta quema de las naves de Cortés o de la raya en la arena de la Isla del Gallo. Pero una enorme excitación que por momentos me quita el sueño: me quedo pensando en la cama y sólo puedo dormirme al amanecer, extenuado por mis correrías interiores.)

En la costa del Guadalquivir el imperio aparece en carne viva. Basta que uno se ponga a caminar por el Arenal, como llaman a la costa de arena que forma el banco y donde se apoyan los muelles que siguen creciendo, arruinando el viejo panorama que todavía soy capaz de recordar. Ya se completaron las naos que fueron llegando de la Veracruz y acerca de las cuales se tejieron tantas inquietudes. Los corsarios ingleses y franceses no dan tregua, no dejan de robar ni expoliar en paz a quienes tienen derechos papalmente acordados para hacerlo.

Tenía razón Bradomín, trajeron mucho oro y metales preciosos. Se ve que la plata del Potosí pasó por Cartagena y de allí fue llevada a Veracruz.

Desde el amanecer hasta la noche hay un movimiento frenético. Los señores que hasta hace poco todavía conservaban sus casas en la zona, ya las vendieron y se conforman a no gozar el señorial fresco que entra por el río en los atardeceres tórridos. Ya no quedan los viejos faraones…

Es un incesante vocerío en todo lo que va, por ambas costas, desde la Torre del Oro hasta el puente de barcazas para pasar a Triana.

Gracias a mi sello de miembro (virtual) del Tribunal Supremo pude superar la guardia y aproximarme a la Torre custodiada por un regimiento de lansquenetes alemanes o suizos. (De los mismos que custodian al Santo Padre.) Controlaban y volvían a lacrar los cajones de plata peruana y mexicana. La traen en lingotes ya sellados. Atentamente los cuentan esos voraces acreedores de mirada de águila que vienen de Génova o de Flandes, como los Fugger, que según dicen todavía se están cobrando los cuatrocientos cincuenta mil florines que aportaron para comprar hace décadas a los grandes electores de Carlos V.

Discuten en su lengua y se dirigen a los oficiales nuestros en ese español breve y autoritario que se aprende hoy por todas partes, sobre todo para fines comerciales. Son hombres secos y concretos que por suerte —o por desgracia— nuestra tonta España actual no sabe producir.

En la muy custodiada tarima puesta contra la Torre se ve un selecto regimiento de ídolos de oro. Abollados dioses humillados que

pasan de la sentina a la balanza. Se ven varias pilas de máscaras, seguramente funerarias porque tienen manchas verdosas y oscuras de la corrosiva cadaverina de caciques, guerreros-águila o sacerdotes que vieron violadas sus tumbas, váyase a saber en qué lugar, en qué región más transparente del aire…

Con urgencia —no pasará de esta noche misma— cargarán ese «oro en forma» como lo llaman, y lo llevarán custodiado por el regimiento de suizos hacia ese lugar secreto, que dicen que está en el camino de Córdoba, donde muy especializados artesanos holandeses lo refunden para transformarlo en lingotes de exactísimo peso, como debe ser un adecuado y serio medio de pago aceptado internacionalmente.

Seguí más allá, hacia el muelle de los grandes bastimentos de Indias: azúcar, aromáticas especias, cacao, piedras medicinales, pieles curtidas, plumas exóticas y hasta sagradas —como las del quetzal— que, según dicen, las reclaman a cualquier precio las putas finas de Venecia y de la corte borgoñona. Me gusta demorarme en ese muelle. Me apoyo contra los altos fardos de hojas secas de tabaco y aspiro profundamente el olor de aquella América. Las balas de goma látex, el susurro de las bolsas de porotos. Pero lo que más me gusta es hundir la mano abierta en los granos de cacao y aspirar el aroma denso.

Por esos muelles trajinan los mayoristas y transportistas en eternas discusiones y acuerdos. Compran por diez las materias que luego volverán a España en forma de joyas, chocolates, ropa fina, abrigos principescos, y serán vendidos al precio de cien.

Al fin del muelle que llaman «de ultramarinos», me encontré con la sorpresa de dos grandes jaulas de caña con grupos de indios que miraban sin comprender o que dormitaban echados. Se me dijo que venían de Yucatán. Cuando me aproximé, muy excitado como en cada ocasión en que encuentro americanos, pude tranquilizarme y comprobar que tenían la frente achatada y eran muy cobrizos, indudablemente mayas. Pero pese a ello me sentí súbita e incontroladamente mal. La frente se me cubrió de transpiración y por las axilas corrían gotas frías. Temí una descompostura. En mi alta edad sudar es tan anormal como ver salir aceite de un adoquín. Temía la inminencia de un fuerte mareo. ¿Y si alguna vez me toque encontrar, entre estos desdichados, alguno que yo pueda creer hijo mío? Me apoyé en la viga del jaulón y empecé a recuperarme. Tranquilicé al guardián con un guiño. Era en realidad un responsable de la Alhóndiga. Me explicó que una jaula iría para Lovaina y la otra para Leipzig. Desde la sanción de la bula *Sublimis Deus* de Pablo III, hay una enorme demanda para estudiarlos en las grandes universidades. El Santo Padre los declaró definitivamente humanos. Valen mucho porque pronto enferman y mueren sin que pueda

descubrirse la causa. Se quedan quietos, con la mirada fija y perdida durante días y días; como afectados del famoso *banzo* que suele aquejar a los negros esclavos. Terminan por morir sin pronunciar palabra o cantando alguna mágica melopea. Muy pocos se adaptan. Algo parecido pasa con los tigres, los guacamayos grandes y las panteras de Guyana.

Del otro lado del canal estaba amarinando el *Cabo de Luz*, que ya vi el año pasado, antes de su travesía anterior. Estaban cargando para el fuerte de Cartagena esos cañones bruñidos que labran en Bruselas como verdaderas joyas. Estibaban decenas de cajas de mosquetes, mosquetones y alabardas de admirable artesanía. En la punta del atracadero vi varios curas controlando planillas de carta. Santería al por mayor. Enormes figuras de vírgenes con sus miradas inexpresivamente iguales. Ropería eclesiástica. No menos de dos docenas de impresionantes Cristos tamaño natural, por suerte no consagrados, que los esclavos moros del puerto llevaban hacia la bodega como laboriosas arañitas arrastrando un avispón muerto. Me puse a ver los retablos que olían a pintura fresca: los hacen en San Bernardo al por mayor y les ponen firmas prestigiosas, como si viniesen de Florencia. Muchas cajas con misales y catecismos que embalan envueltos pacientemente en papel encerado. Copones y custodias de latón con pintura de oro, adecuados para producir en misas lejanas ese Cristo un poco de segunda que los indios devorarán con unción y obligación. Me sorprendió ver las inconfundibles roscas de madera estacionada de olivo de dos imprentas de regular tamaño. Dicen que han fundado universidades y editan ya libros. Delirio de los curas, que terminan por creerse lo que predican.

Del lado de la isla de la Cartuja llegaban relinchos, balidos, mugidos y hasta cacareos de los pobres animales que partían para su travesía de Indias. La brisa traía un sano olor de bosta. Me pareció distinguir entre esos ruidos resignados el bramido profundo y amenazante de alguno de esos toros de lidia que los ganaderos indianos empiezan a exportar para sus corridas o para cruza.

Cientos de personas que seguirán trabajando incluso entrada la noche. Redes, guinches, cargas, risas, martillazos, imprecaciones. Los sonidos se ahogan en la corriente lacia del Guadalquivir, anochece. Desde los castillos de popa, contramaestres tratando de hacerse oír, contadores de lápiz atento y de vez en cuando la silueta de algún capitán que bosteza aburrido debajo de su tricornio con vistosas plumas americanas.

Quien vaya alguna vez por el Arenal podrá irse haciendo una idea más o menos clara del mundo en que vivimos.

TENGO UN SOMBRERO DE FIELTRO NEGRO DE ALA PEGADA, con penacho de plumas de los que ahora se estilan, naturalmente con los colores de mi casa. Dos plumas están quebradas pero no se ven mucho, disimuladas en la móvil policromía.

Tengo también zapatos de hebilla de esos que llaman italianos y que lo hacen sentir a uno como si anduviese descalzo. Eso será bueno en Florencia, pero no en esta Sevilla de malolientes lodazales. Esos zapatos sólo sirven para gente de carroza o palanquín, no es mi caso. Yo siempre anduve con brutales botas militares o descalzo del todo. Ocho años descalzo —o a veces con ojotas, que es el mejor calzado del mundo—. Ocho años descalzo, con las plantas echando suelas de cuero amarillento, como una autodefensa. Verdaderos rebordes del mejor cuero del mundo, que es el cuero de uno. ¡Al servicio de Su Majestad el Rey y de la Santa Fe!

Antes de llegar a México, creo que en Culiazán, entré de nuevo en las botas después de limar con un indio entendido los pies de salvaje que me habían crecido en aquellos años.

Las botas son como coturnos. Coturnos de esos de madera, que hacen caminar como muñecos a los actores y que retumban fuerte sobre el tablado de la escena. O son como zancos, también. Y uno se mueve oscilando en lo alto, como zancudo de feria. Uno se bambolea y hay que disimular. En México —Teno-chtitlán fui recibido con mis botas— coturnos, creo que me los había prestado el Gobernador. Cortés me miraba con sorna. Yo ya había perdido la costumbre de ser soldado español (tal vez, incluso, de ser español) y me bamboleaba un poco como si entrase en zancos en el salón donde se me homenajeaba. Cortés tenía botas finas, de cabritilla y dicen que no se las sacó hasta su muerte. Dicen que fue enterrado con esas botas. El marqués de Oaxaca…

OBSERVO MIS PIES en esta tarde dominical. La terraza es el lugar más accesible de la casa. Se ven los techos moriscos del viejo barrio de la judería. A la derecha la descomunal Giralda, una extraña diosa transformada en campanario. Doña Eufrosia me puso una gran palangana de agua tibia y largamente he observado, con

imparcialidad, mis fatigados pies. Casi no tienen huellas de las viejas lastimaduras y quemaduras. Se los ve jóvenes, renovados. Y como siempre, me parecen poco sólidos para el destino que tuvieron que cumplir: sostener al caminante. Llevar al hombre que más debe haber caminado por esta tierra (y con tan poco resultado).

Son anfibios. Les place el agua. Están sumergidos bajo la tibieza del sol como dos lagartos de La Florida. Ciegos, obedientes, mediocres, nunca dieron grandes disgustos ni grandes sorpresas. En este sentido son una de las partes más claras y seguras del cuerpo, peligroso individuo que más bien nos tira estocadas, amenazas y bajunas traiciones a lo largo de toda la vida. La piel se les ha puesto transparente como un pergamino. En estos años de prisiones y de pleitos han perdido todo recuerdo de los caminos y de los desiertos, se han transformado en dos cagatintas pálidos de esos que trabajan en la Real Audiencia.

Lavé cuidadosamente los pies porque he mandado reservar en el burdel de «La Gitanilla» de Carmona, para esta noche.

COMO ME DI MI BAÑO QUINCENAL PROFUNDO, pude observarme en el espejo del cuarto de aseo. Lo que hice el otro día con mis trajes, lo repetí ahora con su desganado relleno. Bien dicen que espejo antiguo no conoce susto. Curiosos seres, medio misteriosos, estos espejos que sin indigestarse devoran nuestras figuras y las escenas de nuestra vida. En este espejo veneciano —una de las pocas cosas que conservé de mi último naufragio, causado por la expoliación de falsos influyentes y leguleyos— mi madre se vio antes de su casamiento. Ella también entró en su recuerdo como yo ahora. Tal vez desde el otro lado de la capa de estaño esté mirándome con una sonrisa de tierna ironía al ver lo que queda de su hijo (el águila).

Extraño objeto lleno de conocimientos pero condenado a la desmemoria. Nada puede sacarse de él: es como un lago quieto en el que todos nos ahogamos y desaparecemos.

¿Uno se presentará ante Dios vestido? Prefiero creer lo mejor, lo más decoroso, aunque los grandes pintores de Flandes sigan pintando el Juicio Final con legiones de gente indecentemente desnuda ante la mirada de Dios. Con los años hasta los más tristes harapos son mejores que nuestra piel.

De frente la cosa más o menos se disimula: el rostro alargado, la barba canosa pero nada enrulada y bastante parejamente cortada (por doña Eufrosia); luego un pecho flaco, medio puntiagudo, de gallo viejo, en el que seguramente una doncella no lograría adormecerse ni apapacharse.

Con cierto temor giro hasta quedar de costado. La barriga se fue cayendo más de lo imaginado y todo lo que parezca tener alguna vitalidad parece querer descolgarse de la percha ósea. Arriba quedan los homóplatos y las clavículas un poco como nostálgicas del tiempo de la carne.

Por suerte este espejo veneciano es ambiguo como la misma gente de la *Serenissima*. Las formas se mezclan con una permanente niebla perlada, de atardecer lacunar, una *foschia*. Es un espejo admirablemente confuso, elusivo, como esos embajadores que manda Venecia para espiar la grandeza más bien bestial de nuestra España.

La carne va cayendo como el cebo de una vela en extinción y se acumula sobre las sólidas columnitas romanas de los muslos. Es una

informe cantidad de ser que pareciera querer cubrir desde arriba ese confuso follaje ralo, canoso y ceniciento, donde la bragueta cumple honestamente y sin mayor esfuerzo su función.

Urgía cubrir la visión: me eché la camisa con rapidez como quien púdicamente cubre el cadáver de un viejo amigo.

PRESIENTO QUE ESE CUERPO está preparando su muerte. Es lógico que sea así y debo aceptarlo. En las tardes me suele acosar un cansancio insuperable que me obliga a sentarme en cualquier sitio y a respirar profundamente para recuperarme. Ayer mismo fue así. Debí disimular ante doña Eufrosia. Es un anuncio de que algo muy malo combinan los humores internos.

Pero, contradictoria como siempre, esa vieja carne también me manda extraños mensajes de lozanía. No puedo creer que sea efecto de la exaltación de la escritura, pero desde hace más de un mes me despierto muchas veces con fuertes erecciones y creo salir de sueños cargados de espesas voluptuosidades, como si acabara de ser expulsado de un burdel y no recordase absolutamente ningún detalle. (Con todo el respeto que esa niña merece, debo decir que un par de veces me pareció que se asomaba Lucinda en esas confusiones nocturnales.)

Es un inesperado retorno del ardor. Un curioso renacimiento de fuerzas que creía perdidas. Orino con vigor y cierto escozor.

En suma: que no sé si empiezo a morirme o si al cuerpo se le ha ocurrido otro ciclo de vida.

El burdel de «La gitanilla» está en las puertas de Carmona. Había reservado para el jueves, día bien laico y jupiterino, ya que para mí el viernes es día de ayuno, preparatorio de los ejercicios religiosos de sábado y domingo. Aunque mal cristiano, cristiano soy. (En la Catedral conservo mi sitial de privilegio, de capitán general, y me arrodillo en el mismo lugar donde lo hacía mi abuelo.)

Pasado el gran calor, salimos en la carroza de alquiler. Hacía unos seis meses que no tomaba la decisión de insistir en esas cosas porque sólo dejan sentimiento de desilusión y gastos. Pero uno lo hace por inconfesado orgullo. O para seguir sintiéndose en vida. Además, también como honesta respuesta a ese renacido ardor al que me referí.

Ningún medio es más conservador de los lejanos prestigios de nuestro pasado que el colegio de la infancia o el burdel. La Gitanilla, que es una vieja emparchada y rellenada con cremas, polvos y perfumes egipcios, me concedió reverencias de honor como las debidas a un jefe de Estado o a un Borgia. Se ve que quedaron en la noche de Sevilla los recuerdos de mis correrías de hace treinta años, o los de aquella fiesta burdelera que pagué para todos los oficiales y pilotos de mi flota de Adelantado, antes de zarpar hacia el Paraguay. Podemos ser más famosos por el lado de nuestros pecados que por el de nuestras virtudes.

Me senté en el salón morisco bebiendo mi cuarto de xerés. Oí que la Gitanilla gritaba con entusiasmo hacia el vestuario: «¡Niñas, el Adelantado!»

Pasaban con tules de bailarinas moras, como señoras flamencas de sombrilla, un par de monjitas descalzas y varias «fernandinas», esto es disfrazadas de hombre, generalmente de guerrero, como se dice que prefería el rey Fernando a la Bobadilla y a la Alamán.

Elegí la inglesa: una pelirroja muy joven. Arreglé el enorme precio con las menores palabras posibles ya que la Gitanilla me largó varios latinazos sobre esas malas artes y a mí no me gustan diálogos con alcahuetas. (Curiosamente en estos tiempos en que el español se afirma como el único idioma universal, el latín clásico sólo parece sobrevivir en los burdeles, curioso destino del espíritu pagano que lo engendró.)

Nos dieron la sala veneciana, preferencial. La «inglesa», aunque

dijo llamarse Vázquez, era realmente bastante inglesa y como dijo la alcahueta, pelirroja real y completa.

La ensarté firmemente por detrás. La cosa no duró mucho: ascenso rápido y rápida caída en el tedio de la hora, de la tarde.

Como siempre la repetida sensación de haber llegado, de haber estado muy brevemente y de haber sido expulsado de una patada hacia la vida de siempre. Acababa de vivir con la inglesa la parábola del pobre Adán.

El camino de vuelta, ya entrando la noche, me pareció interminable. Es cuando uno hace las cuentas y sopesa la vana estupidez. Dada mi posición tuve que fingir que el dinero es nada para mí o que me sobra. Tuve que ser magnánimo en propinas incluso con la jorobada que actuaba como moza de alumbres y permanganatos. Pero en realidad aquella salida —o entrada— tan breve y estúpida me costaría pasar de carnero a vaca. Y a la pobre Eufrosia la condenaba a un mes de ensaimadas y salpicón.

Siempre predominará la desilusión al volver del burdel. Sensación de banalidad y humor sombrío. La convicción de que un oportuno y sabio meneo hubiese abreviado la pena y el gasto. De joven, uno más bien iba al burdel para encontrarse las imágenes para futuros coitos imaginarios.

Es evidente que sigo teniendo una vida sentimental más bien pobre. Que no he aprendido casi nada en este campo.

Yo que he entrado en tantas putas, judías, moras, barraganas e indias, me voy a morir sin haber conocido la carne de una mujer decente de mi jerarquía. Alguien como mi madre, digamos.

TOMAN MUCHO CACAO, está de moda. Sobre todo en las tabernas finas y en las hosterías donde van los comerciantes de la calle de los Francos. Lo venden carísimo, en tazones, aunque no tengan idea de cómo lo preparaban los mexicanos. Los holandeses lo ofrecen en tabletas que envuelven con papeles finos, dentro de cajas con etiquetas hechas a punta de pluma con escenas mitológicas de Grecia y de la antigua Roma. Es el regalo que hoy estilan los nuevos ricos.

Para mí es un aroma evocador. Enseguida me remonto a Vera Cruz, a las mañanas lúcidas de Tenochtitlán cuando todo me quedaba por delante y yo era el joven de «la gran hazaña». Pero sobre todo, el aroma del cacao me arrima al recuerdo de Amaría.

También se consume tabaco. Lo difunden los britanos y los infaltables flamencos. Nosotros luchamos, descubrimos y transportamos. Ellos venden y ganan. Se quedan con los productos y con el oro con que debemos recomprárselos. Han sabido poner negocios para vender tabaco y lo difunden por sus bondades para la salud. Los amariconados franceses que mercan en la Alcaicería, durante sus discusiones abren cajillas de marfil o de plata y aspiran tabaco molido, rapé. Muchos lo fuman también, como los caciques tupís en sus rituales. Ayer, en la casa Calvillo, el marqués de Bradomín que festejaba la anormalidad de un reconocimiento literario (como él dijo), lanzó pesadas pullas hacia la mesa del indiano o perulero enriquecido Fontán de Comer, que había encendido un formidable charuto apestando todo el local. Festejaba la llegada sin averías de su carga en la flota que llegó el otro día. Comió una enorme pata de chancho y después se puso a fumar. Es un nuevo cacique pero que no pierde el tiempo en buscar el paraíso, el *Yuv Mará Ey*. Fontán de Gómez ya está definitivamente instalado en él. Ahora sólo le falta expulsar a Dios y todo será más fácil y agradable. Lo conseguirá pronto.

Orondo, se infla apaciblemente. Rosado, tirante, con sensatas manos de manteca que nunca perdieron tiempo empuñando espadas. Los gitanitos mendicantes se congregan junto a la ventana de su mesa para verlo fumar como a un extraño ídolo de los tiempos nuevos. Es un brujo vacuo, un chamán de chaleco de brocado. Indiano butafumeiro. Según los amigos de Bradomín, resentidos como toda

gente de arte, Fontán de Gómez está a la busca de palacio y escudo. Hace fuertes ofertas. Habría que tenerlo en cuenta.

No se distrajo jamás en aventuras. Con el oro de tres cargas afortunadas puso una fonda en Triana, un burdel para tropa del lado de San Bernardo y una letrina de esas pagas, cerca de la Catedral (los domingos gana mucho con los caballeros que ya no mean contra los arbotantes).

Comer, follar, cagar. Fonda, burdel, jamerdana. He aquí un hombre que opera exclusivamente en torno a la esencia, como dijo el sarcástico Bradomín. Son en realidad los tres verbos de esta nueva España rica y poderosa. Una Roma que pronto se irá deshaciendo en Babel.

BRADOMÍN ES MANCO. Cuando bebe, como ayer en su festejo, cuenta historias disparatadas sobre la pérdida de su brazo. Ayer contó que lo enterró solemnemente en Cuernavaca después de un terrible encuentro con los indios y que Alvarado y yo habíamos sido padrinos de ese velorio parcial y no tan triste como hubiese sido un entierro completo.

Bradomín es flaco, esmirriado, con largas barbas entrecanas de profeta furibundo e insolente. Estuvo dos veces en prisión por deudas, o por adulterio, no se sabe bien. Seguramente terminará como carne de Inquisición porque su irreverencia es incontenible y extremadamente talentosa. Estos son tiempos en que por un adjetivo se puede perder la vida, y él preferirá siempre un buen adjetivo.

Como ocupo el lugar de honor de la mesa, lo tengo a mi lado. Estuve tentado, pero no me atreví, a comentarle esa exaltación extraña con que vivo esta inesperada «jornada literaria» de mi vida y que se origina en la resma de papel de Lucinda. Bradomín escribe demasiado bien y yo no escribo por cosas de estilo sino para decirme verdades que resultan todavía inconfesables. Todo posible acercamiento entre nosotros resultaría infructuoso.

Festivamente, Bradomín anunció en su brindis que me dedicaría el nuevo libro. Parece que se trata de aventuras imaginarias también en México, con tiranos terribles y condesas debidamente libidinosas. Dice que se lo editará un supuesto vizconde de Calafell, un rico señor con imprenta en Barcelona y en Florencia, un tal Barral o Berrai.

EL REY ME HABÍA MANDADO A BUSCAR CASI EN SECRETO. ¿Por qué no contarlo? ¿Puedo temer todavía a la Inquisición, a la Real Audiencia o al mismo soberano?

Con los años uno termina por perder el temor hasta de Dios.

Fue el 11 de septiembre del año pasado que los cascos de los cuatro caballos atronaron el callejón de la Pimienta, inquietando a todo el vecindario tan curtido de terrores antiguos y de fuego de hoguera.

Doña Eufrosia, casi temblando, hizo pasar a un empenachado capitán que me esperó mientras yo me vestía adecuadamente. Me informaba que el Emperador quería verme en Yuste. Si yo «lo veía bien» pasarían a buscarme en una semana.

Tuvimos unas jornadas ya no tan calientes. Me alegró cruzar los polvorientos caminos de la infancia que sólo el recuerdo podía amenizar. Por entonces, los olivares me parecían gigantes regimentados en esa tierra seca y dura de la España profunda.

Decían que el viejo Emperador, al retirarse abdicando en favor de su hijo Felipe II, eligió Yuste, el monasterio de los Jerónimos, para acomodar sus cuentas con Dios, y seguramente y en especial, la del saqueo de Roma en 1527.

Carlos, primero y quinto, el hombre más poderoso de la Tierra, estaba allí, en esa hondonada umbría. Nosotros, los conquistadores, y la legión anónima de sus soldados, éramos la fuente de su grandeza. Fuente reseca y olvidada. Fuente de esas donde sólo abrevan los mulos.

AQUEL SEGURAMENTE SERÍA MI ÚLTIMO VIAJE por aquellas tierras, ligadas al recuerdo de mi infancia, y el Emperador estaba en las penúltimas curiosidades del suyo. Tardamos cinco días y no me fue penoso. Fui tratado según mi dignidad, con inesperado respeto. La vida tiene estas cosas: Dios deja que la manejen los diablos juguetones.

El Emperador se sobrevive en una edificación de dos plantas construida especialmente junto al viejo monasterio.

Está atendido por una Corte mínima y por unos sesenta monjes gordos como gato de rico. Porque el «refectorio» se ha ido

transformando en sala de un banquete continuo. Su Majestad renunció a casi todo, pero no a la buena mesa que atienden sus seis cocineros. Además, por prescripción médica del doctor Mathys, dados los tan intensos ataques de gota, el Emperador debe comer muchas carnes rojas, mariscos, ubres y mollejas que puedan segregar los aceites que necesitan sus articulaciones resecas.

Me dejaron descansar debidamente en una celda amplia y caleada que daba a un jardín florido, murmurante de fuentes de piedra. Al día siguiente me llevaron ante el Emperador, que desde la muerte de su querida madre, Juana la Loca, vive con las paredes cubiertas de seda negra, sólo interrumpida por los esplendores de Tiziano. Fui vestido con mi discreto traje de juez del Tribunal Supremo. En la antecámara, donde me recibió, estaba el superior del convento, el padre Angulo; el secretario del Emperador, Martín de Gaztelú, y su médico el doctor Cornelius Mathys. Yo entré siguiendo al Chambelán, pero nadie me observó. Todos miraban hacia donde miraba el Emperador desde su reclinatorio con almohadones. El Emperador tenía la cabeza estirada hacia el extremo opuesto del cuarto donde el maestro relojero, un tal Juanelo, estaba dedicado a la tarea semanal de dar cuerda al enorme reloj flamenco que marcaba las seis y diez de la tarde. El maestro ejecutaba cada vuelta con el mismo ritmo, como para no alterar o enojar las entrañas de acero de la máquina. Sólo se oía el ruido de la cuerda al girar la manivela, el susurro árabe de la fuente de agua y un jadeo sordo que provenía del pecho del Emperador. Se veía que en ese palacio el tiempo era ya un objeto de extremo cuidado. El maese relojero hizo una reverencia y salió.

El Emperador me observó largamente. Todos estaban en silencio. Después de un rato se oyó una quebrada voz administrada según el criterio del menor esfuerzo:

—Tú eres el famoso caminante… Ya ves, el Emperador casi no puede caminar. He vivido como preso, sí, preso. Incluso durante las cacerías que era lo que más me gustaba. Si hubiera caminado no estaría postrado. ¿Pero dónde se puede ir dentro de un palacio? Tú caminaste ocho años, dicen… Una vez estuviste con nosotros en Toledo, ¿no? ¿Eras tú?

Moví la cabeza asintiendo. Nuevamente se estableció el silencio y se oyó el desagradable jadeo en peligroso contrapunto con el implacable tictac metálico del reloj. Además el Emperador raspa los dientes como para alinearlos antes de cada frase, ya que son flojos y no coinciden adecuadamente.

—Ahora bien… ¿Por qué has pagado aquella expedición al Río de la Plata? ¿Por qué insististe después de lo de México? ¿Querías corregirlos? ¿Quisiste corregir el curso de la realidad? El paraíso de Mahoma…

Volví a asentir, en silencio. Hubo una larga pausa.

—He tratado de conocerlos a todos, al menos a los que pude, porque son muy pocos los que regresaron o no se volvieron locos o criminales… Tú eres uno de los menos claros, un caballero andante caído a conquistador. Estás en el otro extremo de ese demente, el Lope de Aguirre, que parece, me cuentan, se rebeló en medio de la selva marañona contra mi hijo… Y tampoco eres como tu abuelo Pedro de Vera, que tanto bien hizo a la Corona. Fue un hombre muy cruel y muy eficaz: acababa con guanches o moros, según donde se lo mandara. Vosotros, los conquistadores sois hombres demasiado poderosos. Sois, por naturaleza, de la raza de los grandes. La Corona tiene que ganar tierras y almas, pero después sólo puede haber orden y obediencia. ¿Puede pedírsele a un león que sea ordenado y obediente?

Su voz resonaba en la sala más desde su prestigio que desde la real fuerza de sus gastados pulmones.

—No vayas a creer que no sé de esas grandes perfidias que tú has visto ejecutar en las Indias. Abusaron y aún siguen abusando de la autoridad delegada (por Dios, no por mí, que no soy nada). Se necesitaron los conquistadores para vencer a los indios. Ahora se precisan regidores, corregidores, curas y notarios, para dominar a los vencedores… He trabajado los últimos diez años de mi vida para dejarle a mi hijo un Reino donde la arrogancia de los grandes capitanes quedase ahogada en un orden administrativo…

Sí, pensé, pero esa arrogancia de los capitanes intrépidos es la que hizo de reyes mortales, inmortales.

Hubo otro espeso silencio que no incomodaba en nada a los cortesanos allí reunidos. Se veía que el Emperador, aunque echado, era incapaz de sacarse su largo cansancio. Ese convento— palacio no tenía otro objetivo que el de cobijar una gran muerte; madurar la enorme muerte que correspondía a una gran vida. Dicen que el Emperador siente desde que llegó a esta soledad que va a morir. Lo sabe por el ruido del segundero del reloj metálico que dice «escuchar como si fuesen campanadas» y por el aliento fétido que lo persigue desde hace veinte años. Es el famoso «aliento de león enfermo» como escribió el Contarini, el insolente embajador veneciano (no es malo que lo haya escrito porque es sabido que espiar es la tarea de los embajadores, lo malo es que su insolencia se haya conocido en todas las cortes de Europa).

El Emperador vive con su muerte. Ayer me contó un monje que ya ensayó su propia misa de difuntos. Hasta pidió que lo ayudasen a meterse en el ataúd instalado, como es usual, ante el altar. Como goloso de muerte se echó y empezó a dormitar arrullado por el cántico fúnebre de los monjes. Es un ataúd de emperador: acolchado con tibia

seda china de color damasco. El Emperador vive —o premuere— amenazado ya por esa peligrosa melancolía que enturbió a tantos de su familia, a su abuela y a su madre Juana.

—Por la Corte decían que tú guardabas un gran secreto que sólo a mí o a mi hijo el Rey confiarías…

Me quedé mirando el suelo. Se oía el tictac abrumador, el blando murmullo de la fuente, el aire que pasaba a través de las flemas del pecho imperial. Su curiosidad era débil, como la vida que le quedaba. ¿Iba a hablarle de las Siete Ciudades de barro y estiércol? ¿Le hablaría de iniciaciones y de segundos nacimientos? ¿De mi crónica secreta? Era ya tarde, al menos con él. El Emperador entendió que yo no tenía nada que contestar.

—Has padecido, lo sé, pero más o menos te hemos compensado… Creo que te han dado un puesto, ¿verdad? ¿Hay algo que tengas que pedirme?

Mi demonio me sugirió solicitarle la restitución *ad honorem* de mis títulos de Adelantado y Capitán General. Pero rechacé al tentador no bien asomó sus fauces. No tengo nada que pedir, ni siquiera al Emperador. Lo mío es tan claro que ni siquiera dudaron mis enemigos: ni Irala ni sus barraganas ni aquel desdichado Alonso Cabrera, mi torturador, que enloqueció lamiéndome los pies en la sentina donde me llevaban encadenado.

Ya era tarde para toda retórica.

—Absolutamente nada, Majestad —dije.

El hombre más poderoso de la Tierra desde los tiempos de Augusto y de Trajano, había saciado su discreta curiosidad para conmigo, para con *uno de nosotros*. Tuvo la ocurrencia de recordarme, me hizo venir y cuando llegué, ya se había desinteresado…

El hombre más poderoso no podría hacer lo que hace cualquier niño: correr, reír, saltar, odiar, amar. Me fui retirando según se estila. No sentía rencor alguno por su larga indiferencia. Más bien cierta comprensión, como si yo hubiese llegado a ser el padre de mi padre.

Anoto estas páginas desde mi ventana que mira a la Giralda. El Emperador murió en Yuste, y las campanas doblan acordes negros y broncos. Desde el patio del Alcázar, suenan los tambores cubiertos con un velo negro. La ciudad está silenciosa como si su destino se hubiese detenido. Con él Sevilla fue *caput mundis*. El Emperador murió en el primer día de un otoño que seguramente será muy largo para toda España.

Fue el gran protagonista de esta eterna comedia que representamos los cómicos de la legua. En cada generación estamos hermanados por haber pisado las mismas tablas, pese a la diferencia y la oposición de los roles: Cortés, el conquistador feliz, el torvo Pizarro y sus hermanos y los Almagro; Orellana, Alvarado; Ponce de León que salió a buscar la

magia de la eterna juventud y encontró la punta de una flecha envenenada. Y Ata-hualpa y Moctezuma, los desdichados y perplejos emperadores que comprendieron el sentido de la «civilización» cuando los degollaban o los llevaban al suplicio. Protagonistas en una interminable representación.

Y también, claro, el caminante, que a falta ya de buenas piernas, avanza por estas cuartillas siempre blancas, siempre nuevas, eternas.

Hoy no parece azul el cielo sobre el que se recorta la Giralda, la diosa, hija de otro dios tan terrible como el nuestro.

Segunda parte

FUI EL CONQUISTADOR DESNUDO, EL PEATÓN. De todos los naufragios que narré sin vergüenza ni jactancia, hubo uno decisivo, merced al cual me convertí en conquistador indigente, caminante. Fue en aquel 5 de noviembre en las costas maléficas del Mal-Hado.

Bajaron los demonios para burlarse de mí, para jugar con sus manos de agua como gato con ratón, sin siquiera dignificarme con la muerte. Los demonios del agua, entre juguetones y pérfidos.

Rápidos, enérgicos, azotes despreciativos de las manos del agua. Nuestra barca, calafateada con resina de los pinos y armada con clavos caseros, se iba desarmando en esa fiesta de demonios. Gritos, súplicas, blasfemias y plegarias. Los hombres se ahogaban. En el instante final se veía las manos como garras tratando de asirse a una imaginaria cuerda de agua o a una indiferente orla del manto del Señor. Algunos lograban mantenerse de la borda y con las piernas desolladas, quebradas, sangrantes, trataban de alejar la barca de los arrecifes.

Era el agua enemiga, que yo bien conozco, de las noches de naufragio. Fría y espesa como acero líquido, con una espuma salada que vuela en el torbellino como baba de una risotada demoníaca. (Nada que ver con el agua inocente de los días de bonanza.)

En la noche helada de noviembre habíamos tratado de salvar las ropas, armas, yelmos y corazas, dejándolos en la barca. Allí estaba todo el material fino, de guerrero de buena familia que se lanzó como un Amadis a la aventura del mundo, despedido por la madre en el umbral de la casona de Xerés.

Los diablos del huracán saltaban en el viento. Las olas cortas nos daban secos bofetones y latigazos. Uno se mareaba y trataba de mantener la cabeza fuera de la marejada para respirar. Era un maligno endriago de corrientes bajas, encontradas y desencontradas en un laberinto de corales. Creo que cuando advertí el riesgo de ser aplastado contra los arrecifes, intuí que era mejor abandonarse al destino y a la suerte de las aguas. Vi a Palacios debatiéndose desnudo con los calzoncillos ridículamente bajados hasta los talones como una siniestra burla de Belcebú. El oleaje me levantó y me hundió, me arrolló y me rescató del fondo. Me arrancó la camisa y hasta la venda que tenía por causa de un flechazo. En la penumbra vi entonces la

destrucción de la barca y sentí la curiosa alegría de estar llegando al fin de algo. Se desarmó como un hato de leña caído en el torrente, y así fue al fondo mi primera armadura. Era del maestro Foggin, de Florencia, y mi madre le había encargado labrar el peto con el escudo familiar. Allí en la profundidad del mar de los Caribes siempre imagino, en el crepúsculo de los abismos, ese metal seguramente eterno, inútilmente eterno, que fue cayendo llevado por las corrientes, perdiendo las plumas del penacho, como un vencido gallo de riñas que muriera antes de su ataque.

Las manotas de agua me echaban de aquí para allá, como a pelele. Y yo, en algún momento aflojé el cuerpo como para reírme con los labios, y a partir de allí todo fue distinto. Traté de agregarme a la fiesta de los demonios. Se me ocurrió no resistir el aquelarre. Me di cuenta de que el agua era más caliente que el aire del amanecer, y hasta me pareció que tenía cierta acogedora tibieza. Reflotaba coronado de espuma fosforescente. El azar quiso que el mar me levantase para luego arrojarme sobre la playa, no sobre las piedras. La fiesta de los diablos había terminado. Respiré entre cantos rodados, algas y caracoles. Mordí esas algas que me parecieron un manjar tibio y partí con los dientes algunas conchas de berberechos y los mastiqué bien. En ese tiempo uno tenía todos los dientes, todas las ganas. Todavía hoy recuerdo que sentí que había sobrevivido por haberme sabido agregar sin resistir a la danza de las brujas. Así resisten las gaviotas al furor del mar, sin resistir.

Estaba en calzoncillos ante la inmensidad de la noche fría y estrellada.

Había perdido vestiduras e investiduras. El mar se había tragado la espada y la cruz.

Quedábamos sólo cuatro en el amanecer de aquel 5 de noviembre. Sólo cuatro de la poderosa flota de Narváez.

Ése fue el verdadero naufragio: desnudo y sin España.

No puedo decirle las cosas a Lucinda tal como las confió a la pluma en estos días largos y sosegados de mi caminata por el papel. Pero ella me obliga a recordar más o menos ordenadamente, siguiendo la letra de lo que ya escribí en los *Naufragios*. Todo me suena episódico y exterior. Son los meros hechos como para el Tribunal de Indias o el Emperador (o la misma Lucinda, tan púdica). Los *otros* nos obligan más bien al silencio. La verdad exige la soledad y la discreción para no ir a parar a la hoguera.

Estamos tan fuera del hombre que toda verdad íntima y auténtica se transforma en un hecho penal.

—En cambio un grillo, un simple grillo, puede salvar una flota —le digo a Lucinda que me mira sorprendida. Se ríe. Tiene un delicioso lunar en la mejilla y justo allí se le forma un hoyuelo, un remolino de vello imperceptible, como un valle en la piel de un melocotón.

Entonces le cuento lo que ocurrió con las naos de mi flota de Adelantado y Capitán General del Río de la Plata.

Ocurrió que un grumete, casi un niño, llamado Sandoval embarcó un grillo escondido. Travesura, porque está prohibido agregar a las alimañas de a bordo, incluidos hombres, otras que normalmente no son viajeras. Basta y sobra con las cucarachas, pulgas, piojos y las infaltables ratas que las más de las veces terminan sirviendo como reserva alimentaria antes de la muerte o de la costa feliz.

Sandovalito escondió el grillo en la juntura de una cuaderna y cuando lo fue a buscar ya no lo encontró. Seguramente el grillo había saltado por la borda para no soportar el hedor humano.

Después de dos meses alcanzamos la costa del norte de la tierra del palo brasil. Bogábamos en conserva proa al sur, llevados por fuerte viento de popa. En el silencio de una noche en que sólo se escuchaban los pasos y los trabajos de cubierta (gualdra-peos, escotas que silban con el viento que arrecia antes del amanecer, algún relincho trasnochado de algún caballo insomne), en la bodega de proa se empezó a escuchar el persistente canto del grillo. A los hombres les pareció que tenía una fuerza inusitada. No sólo el animalito no se había suicidado ni muerto sino que había sobrevivido, sin hambre ni marco. Fue entonces cuando el viejo Benalcázar, todavía más judío que converso, saltó fuera de sus sueños y agitó a los hombres que dormían y alertó a la guardia. «¡El grillo sólo canta si está en tierra! ¡Peligro!» Se alertó a la cofa entre gritos alarmados. Se escrutó por babor y estribor y enseguida aparecieron entre los velos de humedad los arrecifes del norte de Brasil apenas a la distancia de un tiro de ballesta.

El piloto había llevado mal el rumbo y tenía mal calculada su marcación a tierra, se había creído en alta mar. Se atronó con la bombarda para alertar desde la carabela capitana a las otras naos y se logró enderezar el rumbo hacia el mar libre antes de caer en las corrientes atractivas.

—¡El grillo! ¡El grillo!

Hicieron una pantomima. Le sirvieron vino tibio con azúcar. Le intentaron poner una coronita dorada y una capita de terciopelo rojo.

El grillo siguió cantando ajeno a los honores hasta que las proas estuvieron bien entradas en el mar.

Días después, cuando bajamos por agua fresca y palmitos, ordené que lo llevasen a tierra para premiarlo según su ancestral voluntad. Merecía lo que todos deseábamos. Pero nadie pudo encontrarlo…

Lucinda se reía divertida y yo me sentí exaltado y como súbitamente joven.

Así era el azar o la voluntad enigmática de Dios. El grillo había salvado a treinta caballeros y cuatrocientos hombres aparte de las naos que habían costado toda mi fortuna familiar.

Lo que quise explicarle a Lucinda es que hay seres desafortunados, seres sin grillos. Y eso fue el desdichado de Pánfilo Narváez…

Rematé mi triunfo oratorio ante Lucinda recitándole esa especie de copla que escuché decir a uno de los poetas de la agitada mesa del marqués de Bradomín:

Música porque sí, música vana
Como la vana música del grillo
Mi corazón eglógico y sencillo
Se ha despertado grillo esta mañana…

Mi primer naufragio, el padre de todos los otros naufragios fue el de haber tenido la mala suerte de haber seguido a un náufrago. Fue como un ciego que siguiese a otro ciego, y este ciego fue Pánfilo Narváez. Lo que narré de la desgracia en la isla del Malhado fue el final de una cadena de desgracias marítimas que comenzaron cuando nos embarcamos en Sanlúcar de Barrameda.

Pánfilo Narváez tenía mala estrella y para colmo había elegido el peligroso rumbo del odio. La obsesión de su vida fue imitar, superar, vencer, aniquilar a Hernán Cortés, a quien le dedicó ese rencor continuo e ingenioso del que sólo son capaces los cornudos. Un día lo quería liquidar por medio de la Justicia, al siguiente por medio del puñal de los asesinos o los conjuros demoníacos. Generalmente embestía de frente, como toro enardecido pero cegado por su propia sangre y por las moscas del odio.

Narváez era bruto, valiente, desafortunado. Curiosamente ahora, a tantos años de distancia, lo recuerdo por un gesto y por el rostro que seguramente tuvo en el momento de su muerte, cuando se ahogaba, hecho que ocurrió cuando yo estaba a varias millas de distancia, salvando mi propia piel de la garra marina, según conté. No lo veo en el castillo de popa bajo su sombrero empenachado de plumas tropicales sino con los ojos saltones y desesperados de un ahogado que lucha contra lo ineluctable.

Tuve la mala suerte de que varios de los allegados de mi poderosa familia lo conociesen y me enrolase en su expedición haciendo así mis primeras armas en el arte de Indias.

Narváez había sido derrotado por Cortés en una escaramuza en la que el conquistador de México sólo había perdido dos hombres. No le quedó a Narváez más remedio que buscarse un México propio. Era tan tenaz que en poco tiempo consiguió montar una flota importante. Su México sería La Florida con sus secretas ciudades de oro. Él también vencería a un gran emperador, tendría sus malinches, aboliría ídolos demoníacos y sería recibido por el gran César Carlos I.

Pese a mi juventud y a mis escasos méritos militares, mis influencias me permitieron enrolarme como Tesorero y Alguacil Mayor, sería prácticamente el segundo en jerarquía.

Nos embarcamos el 17 de junio de 1527, y no anoto esta fecha en

vano. Todavía no habían llegado las noticias de las atrocidades cometidas en Roma en el mes anterior. No podíamos saber que ya partíamos maldecidos por la voluntad de Dios.

Habían sido un mayo y un junio calientes. El más bello tiempo que pueda recordar en mi vida. Me graduaba de conquistador y mi exaltación no tenía límites. Días de amor dolorido, de sensualidad con mi gitana trianera que hasta había intentado disfrazarse de grumete y osado presentarse en los controles del muelle de la Contratación. Con su olor pegado a mi cuerpo yo llegaba hasta las naos para ocuparme del cargamento. Aquellos gritos de los cargadores, el rechinar de las poleas, el rítmico *¡arre! ¡arre!* de los esclavos moros que jalaban las cuerdas subiendo las lingadas de bastimentos; es la música más bella que yo haya oído en mi larga vida. Es cuando la juventud levanta velas y se hace a la mar sin tiempo. Es cuando se parte de la rutina hacia el misterio.

Dos días antes de zarpar llegó el carretón tirado por bueyes con mis pertenencias de conquistador lujoso, más dispuesto a instalarse en el palacio de un Moctezuma que a conquistarlo a fuerza de espada y sufrimiento. Vi subir la lingada con la caja verde, florentina, con la flamante armadura regalada por mi madre y cuyo primer y único uso debe haberlo hecho algún gracioso delfín de la Florida. Mis paquetes de libros clásicos, los tomos salmantinos y la Biblia del abuelo Pedro de Vera el Terrible. Hasta las cajas enceradas con las cuartillas en blanco para mi crónica y para —seguramente— mi poema épico. El armario calafateado de mis trajes de gala tropical, inhumados en la penumbra y oliendo a abundante romero y azahar espolvoreado por las tías. Y mi tonel de aceitunas, los quesos curados con pimentón, mis vinos, las avellanas y nueces de la finca de Extremadura y hasta el paquete ridículamente rosado con las confituras y mermeladas preparadas por Petronila y sus moritas de Xerés, bajo el se-verísimo control de mi madre.

Cinco navíos y seiscientos hombres zarpamos en junio y sólo quedaríamos unos quince o veinte desnudos o harapientos después del último naufragio, el 5 de noviembre, que narré.

Habíamos descuidado los horóscopos, los astrólogos, los arúspices. Partimos con inocencia sin saber que la suerte del feo y tenaz Narváez era moneda de pago en compensación del escandaloso saqueo de Roma. Cuando nos despedíamos del olor de los jazmines y azahares de los jardines del Alcázar, en Roma se oía el fétido olor de la sangre y del humo de los incendios. Sólo mucho después supimos de la prisión del Santo Padre, de la lujuria y de las borracheras de los lansquenetes, mercenarios y de los dos mil españoles de tropa. Supimos que se abrieron las tumbas de santos y patriarcas y que hubo saqueo y profanación de reliquias. Se utilizaron los crucifijos y custodias como

blanco para los arcabuceros. Se violó a las monjas y hasta se pretendió venderlas en montón a los traficantes moros de Argel.

Pienso y anoto secretas coincidencias. Uno de los jefes españoles participó en el saqueo. Fue don Pedro de Mendoza que me precedió como Adelantado en el Río de la Plata (pagando su expedición con su parte del robo). Fundó Buenos Aires, que tuvo mal destino. Y a mí me tocó sucederlo. ¿No estaba ya condenada mi empresa?

Antes de pasar a la Florida, cuando recalamos en Trinidad de Cuba con los dos navíos a mi cargo, me tocó perderlos como lugarteniente y jefe, de la forma más insólita que pudiera imaginarse. Allí llaman huracán a unas tormentas de tal demoníaca violencia que no se conocen en el Mediterráneo ni en el mar del Norte. Creo que fue allí que comprendí que aquellas tierras en las que queríamos repetir nuestro mundo eran en realidad otro planeta, con leyes propias e incomparables. Antes de desencadenarse el caos celestial se había establecido un clima caliente y paradisíaco, de modo que no entendíamos a esos indios que abandonaban sus pertenencias y partían hacia las colinas interiores. Yo había quedado a bordo con los pilotos y por suerte la mayor parte de la gente había desembarcado.

Sobrevino un viento alucinante que afortunadamente me sorprendió también en tierra, porque había bajado para asistir a misa. Se hizo noche de día y el agua cayó a baldazos impulsada por este viento que transformaba las gotas en balas. Primero fueron las ramas y los techos de las chozas, después los mismos árboles y arbustos fueron arrancados de cuajo, las palmeras quedaron calvas, doblándose como juncos. Fue entonces, en esa obscuridad, que escuchamos las voces vivas de los demonios hablando y riendo salvajemente entre ellos. Eran legión. Bailaban en las ráfagas que levantaban hasta las piedras y caracolas de la costa. Escuchamos nítidamente una horrible orquesta de diablos que movía tamborinos, cascabeles, flautas y otros instrumentos como de catedral infernal. Yo y tres o cuatro más sobrevivimos por haber encontrado una cueva de piedra cerca del poblado. Desde allí, en el tenebroso amanecer, vimos desplomarse y caer la iglesia y las capillas. La torre se precipitó con un tañido de campanas muertas.

Esa América era tierra de furias. Fue mi primera experiencia. El aire olía como a azufre. Se respiraba en una humedad caliente y se jadeaba, porque era un aire viciado y enfermo como aliento de hiena. Después, extenuados de tanta amenaza y terror, creo que nos dormimos profundamente perdiendo noción del tiempo.

Cuando pudimos salir había un silencio siniestro. Nada quedaba del poblado. El mar había entrado en algunas partes hasta las colinas y había limpiado toda presencia humana. Una milla adentro encontramos una falúa de una de las naos que no había navegado sino

volado hasta allí. Después los cuerpos irreconocibles de los pilotos y a un cuarto de legua de la bahía del silencio, vimos anclado entre los árboles de una colina mi propio navío, que había sido llevado en forma bastante cuidadosa, hay que decirlo, por los demonios, hasta ese lugar donde ya sólo podría zarpar en dirección al cielo y donde serviría como nido para pájaros en vez de peces.

LUCINDA ESTÁ TAN ASOMBRADA que no me cree. Debo buscar en las páginas primeras de mi propio libro que ella tiene tan anotado para mostrarle que todo está allí ya dicho.

Lucinda me dijo algo así como una reflexión, en el sentido de que, a pesar de todo, ella preferiría esas aventuras y esos peligros al aburrimiento de que nunca pase nada. Y miró en torno a los libros de la biblioteca y al canónigo que pasaba hacia su seguro almuerzo de los viernes, con pescado y natillas.

REALMENTE NOS HABÍAMOS CAÍDO EN AMÉRICA. Éramos como indios entre los indios; tal nuestra pobreza, nuestra falta de imperio y poder. Curioso destino: haber llegado con voluntad e investidura de conquistador y enseguida haber caído en una posición inferior y más penosa que la del último conquistado.

Además, desde aquel terrible amanecer en la isla del Malhado, se puso en evidencia que sin los indios y sus artes eficaces y primitivas, no hubiésemos podido sobrevivir.

Nunca podría comprender un oficial del Consejo de Indias que, desde un punto de vista estrictamente natural, nosotros estábamos comparativamente disminuidos frente a ellos. Simplemente eran mejores animales de la tierra. Sabían encontrar tunas, olfatear bayas, atrapar peces cuando se tiene solamente las manos y preparar trampas para venados, que son tan desconfiados y huidizos.

—¿Pero qué pasó? ¿Qué fue de Vuesamercé y de sus compañeros?

Le explico entonces a Lucinda que cuando estábamos muriéndonos de frío en las playas del desastre final, nos vimos rodeados por los dakotas adornados con sus terribles figuras en negro y rojo, sus colores de guerra, y que en vez de matarnos, como tal vez hubiese ordenado Narváez de encontrarse en la situación inversa, abandonaron sus armas en la playa, nos rodearon, se arrodillaron y empezaron a llorar a gritos para reclamar la atención de sus dioses en favor nuestro. Era un ritual de compasión, de conmiseración, tan sentido y desgarrante que Dorantes supuso que eran verdaderos cristianos. Dibujó una gran cruz en la arena de la playa pero el jefe la miró con indiferencia, sin dejar de clamar a los cielos. Lágrimas como de lluvia de verano corrían por sus rostros pintarrajeados. Nuestro dolor, nuestro desamparo, fue como absorbido por aquel gran gesto de pena ritual.

Traté de explicarle que este hecho, del que no tenía yo referencia que hubiese acontecido antes, pasó a tener una importancia decisiva en mi vida. Al menos en mi vida de «conquistador».

ERA EVIDENTE QUE UN DIABLO JUGUETÓN se había ensañado conmigo: los bárbaros —esos que mataban por centenas hombres como Narváez o

Pizarro para establecer la verdadera fe— eran quienes lloraban por mi desamparo, condoliéndose de nuestra inhabilidad y desdicha. Nosotros, los dominadores del mundo desnudos y sin coraza ni espada, debíamos aprender de los salvajes a coger peces y raíces no venenosas.

¡El colmo fue que en ese mundo al revés de la isla del Malhado, fuimos nosotros, los civilizados, los que nos descalificamos a la categoría de verdaderos monstruos por causa de nuestro canibalismo! Ocurrió que un grupo de cinco náufragos de otra de las barcas que habíamos construido y botado en la bahía de los Caballos, se refugió en una choza en otra punta de la isla.

Se fueron devorando entre sí hasta que después de varias lunas quedó uno solo, seguramente el más astuto. Los dakotas lo descubrieron en la atroz cabaña, solo, gordo, rodeado de huesos y con tiras de carne salada con sal de mar previsoramente colgadas del techo. Los dakotas se horrorizaron y comunicaron la nueva de semejante escándalo incluso a las tribus enemigas, como si estuvieran ante una explosión de peste o ante un peligro de tal magnitud que los obligaba a aunar fuerzas. Eso fue muy malo para todos nosotros. Con ese hecho perdíamos predicamento ante gentes que habían estado dispuestas a creer en la divinidad de todo barbado que llegase por mar desde el Este.

No olvidaré el nombre de los caníbales sucesivamente devorados: López, Corral, Palacios y Gonzalo Ruiz. Esquivel después prepararía en tasajo a Sotomayor y, según confesó meses después llorando, había también devorado a dos frailes que habían dado por muertos en manos de los indios. Lo indignante de Esquivel sería tal vez que hasta había aumentado de peso. Recuerdo ahora, a la vuelta de tantos años y tantas cosas, su mirada resbaladiza, viscosa, intoxicado de tanta condición humana. Se instaló a vivir entre nosotros sin siquiera mucha culpa, como si más bien hubiera sido víctima de una mala jugada del destino. Trataba de pasar inadvertido.

Creo que los indios se asombraron de que nuestra justicia no lo hubiese condenado a muerte. Habían visto cómo ajusticiábamos a hombres por desertar o por robar bastimentos y les escandalizó nuestra pasividad ante Esquivel.

Supe que tiempo después, cuando ya nos habían separado en varios grupos, los indios lo mataron porque una mujer había tenido el sueño premonitorio en el que lo veía devorando golosamente a su niño. Lo entregaron a los feroces chacales.

NOS REPARTIERON YA MÁS COMO ESCLAVOS que como hombres. Quedaba olvidada toda ilusión sobre la divinidad que nos habían atribuido. No éramos semidioses ni cuasi dioses. Éramos apenas humanóides indigentes, desconfiados y poco útiles para los trabajos de la intemperie.

Pero tuve suerte, fui adoptado por una familia de los que vivían en los montes interiores y que pronto partiría terminando su invernada en el Malhado. Fue el mismo cacique quien me estudió un poco, me miró profundamente a los ojos y sentenció que yo me quedaría con ellos. Retornarían hacia el norte, entrándose en tierra firme, hacia el país de las vacas gigantes y de los venados corredores.

Serían seis años de mi vida los que pasaría entre ellos.

—¡Seis años así como así! —exclamó Lucinda cuando me vio más bien dispuesto al silencio rápido con que había liquidado tanto tiempo en mis *Naufragios*.—¡Seis años! —Su sorpresa es inocente pero tan lógica como la manifestada por el desconfiado Fernández de Oviedo cuando vino a visitarme.

Releyéndome ahora, encuentro que mi silencio de seis años, resuelto con página y media de mi libro, es lo suficientemente descarado y evidente como para que los estúpidos inquisidores de la Real Audiencia y del Consejo de Indias no sospechasen nada. A los tontos hay que sorprenderlos con lo absurdo, que es lo que más bien creen. Me reí de mi descaro: escribí que soporté seis años de esclavitud porque esperaba que se repusiese Lope de Oviedo, oficial de Narváez, de su enfermedad. Aparezco así como el más abnegado caballero cristiano. Ya había visto morir a quinientos ochenta y cinco de los seiscientos hombres de Narváez. No era cosa de dar seis años de mala vida y de esclavitud con riesgo de muerte por un hombre que apenas conocía y que cuando inicié o proseguí mi viaje hacia el poniente, a contra-España, por así decirlo, prefirió quedarse con sus barraganas indias y ensayando sus conocimientos de labriego con esperanza de hacerse rico con frijoles. Nada de esto digo, por supuesto.

—¡Cómo quería Vuesamercé a su amigo! —exclama Lucinda y supongo que sin ironía, porque es muy joven e inocente.

Pero no puedo contarle lo que no comprendería ni podría aceptar.

Sólo a mí mismo me puedo contar mi verdadera vida. Esas vidas de ese *otro* que siempre anda escabulléndose y disfrazándose como un gran delincuente buscado por todos los poderes y todas las buenas opiniones.

Y me place ahora encontrarme con ese otro de aquellos días, bajo el gran cielo despejado y desconocido. Aparece y hasta creo que imagino las exactas formas de su cuerpo. Se me acerca en estas largas noches calientes de Sevilla en la azotea donde lleno estas cuartillas a la luz del candil que me deja preparado doña Eufrosia «con la carga justa para que no dé olor ni queme la mecha».

Creo que pude haber escapado de los indios marames y después de la familia de los chorrucos. Pero ni lo intenté. Una secreta voz me tentaba para seguir andando detrás del sol, en dirección opuesta a la de mi mundo.

—Tú vales. Tú puedes servir —me dijo el cacique en su lengua que ya empezaba yo a comprender con más detalle (esas lenguas de las diversas tribus apenas difieren una de otra. Con el tiempo aprendí a dominar unas seis, casi una por año…)

Eran un curioso pueblo. Estos hombres mantenían en todas sus conductas un firme desprecio y desconfianza por la condición humana. La mayor parte de las niñas recién nacidas eran dadas como alimento a los perros. La explicación era clara: no correspondiendo el incesto, que degenera la raza, las mujeres terminaban por ser desposadas y fecundadas por hombres de otras razas y tribus. En todo caso se reproducirían enemigos, seres hostiles.

Tenían el peor concepto de la mujer, en esto hay que elogiarlos, porque no diferían mucho de los españoles. Las destinaban a los más duros trabajos y sólo les permitían descansar unas seis horas por día. Creían que era imprudente dejarles mucho tiempo para sus infamias. En lo que hace a los viejos, los chorrucos se consideraban, no sin modestia, herederos de una sabiduría ancestral, según la cual lo conveniente era que muriesen lo antes posible. Sabían que todo hombre que llega a viejo ya está muerto de algún modo y que, si logró sobrevivir, es por sus dotes de maldad y no por su benignidad. No había ningún pecado de redundancia si se mataba prontamente a los viejos recargándolos de trabajo. Sólo podían comer en caso de que sobrase la comida destinada a los niños.

Estos americanos —desde Waldseemüller hay que llamarlos así— no le concedían mucha importancia a comer ni a sobrevivir. Esto último más bien parecía cosa de mediocres. Un jefe guerrero o un gran sacerdote consideraba un honor no pasar los treinta años de vida (que ellos, por cierto, contaban de forma muy especial y retórica, pues no tienen una noción del tiempo y de la vejez que pueda compararse con la que tortura a los europeos).

Para ellos lo importante son las danzas sagradas, la fiesta, sus areitos interminablemente sensuales. Beben licor de raíces y de extrañas bayas y setas que les producen una ebriedad que se relaciona más con el rito y su fe que con la alegría simple de los borrachos catalanes o vascos.

Los niños que dejan sobrevivir (no son muchos), son adorados como verdaderos diosecitos. Les dedican todas las atenciones y privilegios hasta esa edad en que deberán asumir los dolores y la gloria de la hombría y del coraje. Estas iniciaciones son muy duras. Los que aspiren a ser jefes guerreros deberán infligirse heridas de gravedad mortal y luego tendrán que saber curarse y reponerse por los propios medios, abandonados a la soledad de esos montes ásperos. Muchos mueren. Los que sobreviven, mandan.

En los buenos tiempos comen tiernos venados y vacas salvajes. En las malas épocas, sin queja ni comentario, se alimentan de lo que circunstancialmente pueda dar la tierra sin abundar en comentarios culinarios: huevos de hormigas, gusanos, lagartijas, culebras y hasta víboras de las especies más venenosas. Si cuadra, también comen madera blanda de cortezas rayadas, tierra de la negra y estiércol de venado. Cuando ni esto encuentran, usan una reserva de polvo de espinas de pescado y de huesos molidos que mantienen en tinajas enterradas. Mezclan esto con polvo de hojas y de cáscaras y con ello cuecen una especie de caldo muy nutritivo.

Son duros y espartanos en caso de guerra: durante la campaña los guerreros guardarán la propia mierda de cada día que ofrecerán los unos a los otros en caso necesario.

Estuve seis años, como dije, entre estos hombres. Su fuerza consiste en asumir el universo tal cual es y sobrevivir sin que importen mucho los afectos, la calidad de los alimentos o las catástrofes de Dios o de los hombres. Es por esto que son fuertes, libres y todavía hoy, a varias décadas de tiempo, los evoco con cuidadoso respeto. Bailan siempre.

El cacique Dulján se proponía devolverme al cosmos. Suponía que yo tenía extraordinarios poderes y conocimientos y entonces no podía comprender mi incapacidad física, mi melancolía, mi abstención de borrachera sagrada. Me pareció que estaba convencido de que yo estaba fuera del ritmo universal como un pez agonizando fuera del agua. Seguramente esto lo movía a cierta piedad activa, a un discreto paternalismo.

Pasadas las semanas empecé a estar seguro de que yo no era objeto de engorde para el sacrificio ritual. Hasta noté de parte del cacique cierto afecto. Seguramente al comienzo tuvo curiosidad por este ser llegado desde otro punto del universo y sobre los cuales se tenían, desde el mar de los Caribes, noticias muy contradictorias que oscilaban entre la creencia en un retorno de dioses barbados civilizadores —reencarnación de Quetzal-cóatl— y una invasión de detestables y criminosos *tzizimines*, demonios enanos venidos del mar, capaces de todo crimen, acosados por una lujuria insaciable, entusiastas ladrones, guiados por un dios que había sido condenado a muerte, mediante la tortura de la cruz, por algún motivo muy poco claro o por entonces muy malentendido, ya que el mismo pueblo, según la leyenda que repetían los blancos barbados, había preferido dejar en libertad al ladrón, al asesino, y no a él.

Me parece que Dulján empezó a comprender después de minuciosas observaciones que físicamente yo cumplía más o menos las mismas funciones que él mismo y los suyos. Desde el punto de vista del dolor-placer y de conducta afectiva, yo no parecía ser extraordinariamente diferente. Al principio mi barba lo había desconcertado mucho ya que ellos son preferentemente lampiños. Un día no pudo resistir la tentación y le dio dos o tres tirones para saber si era o no agregada como esas barbas de utilería que usan los cómicos en sus representaciones. Sin embargo era en las uñas donde el cacique y sus asesores más se habían demorado. Estaban desconcertados por su debilidad, sobre todo en lo que hace a la de los pies, que ellos tienen fuertes y amarillas como colmillos de tigre. Mis uñas los maravillaban por su fragilidad. Para ellos serían como esas espadas de imitación que hoy se venden para nuevos ricos como el Fontán de Gómez, que luego dicen que pertenecieron a un inexistente abuelo

guerrero. Eran uñas que no podrían sostener el cuerpo trepado en la corteza de un árbol, ni podrían rascar una baya dura hasta conseguir su polvo alimenticio. Además ellos no comprendían que no me gustasen los gusanos verdes aplastados sobre tortillas de hojas que cuecen sobre piedras calientes y prefiriese la tortilla en seco. Tampoco entendían que yo matase los cangrejos de mar y los pelase antes de comerlos. Ellos los masticaban vivos y hasta gozaban con la breve lucha de los animalitos dentro de la boca.

En cuanto a las cosas o costumbres afectivas creo que pronto se convencieron de que no había grandes diferencias en la forma en la que el mismo cacique Dulján y yo mirábamos a su sobrina mayor cuando se inclinaba para levantar la cesta de moras o de tunas.

CEDÍA YO A ESA OSCURA TENTACIÓN que nunca confesé, que más bien oculté cuidadosamente: aceptar mi situación, despojarme de todo lo que podría sintetizar con la palabra España.

Era la tentación como de huir de mí mismo. La tentación de todo niño de aventurarse más allá del cercado de la casa de su infancia, aunque corra el riesgo de la catástrofe.

Dulján y su tribu inició una larga y festiva marcha hacia los montes de los chorrucos. Yo era el extraño del grupo. Los niños corrían en bandadas a mi alrededor y gritaban y hacían morisquetas. No eran hostiles. Las mujeres que caminaban muy cargadas miraban con atención. Adelante iba la corte del cacique, con sus brujos, herbolarios y estrategas. Se acampaba cada dos días en lugares que parecían reconocer.

No era un nuevo mundo. Era otro mundo.

Yo veía en ellos a los hombres en el Origen. Ellos comprobaban en mí los peligros de un ser desbarrancado en la antinaturalidad. A veces Dulján venía con sus consejeros y chamanes y hablaban en voz queda, como quien hace comentarios de carácter científico, observándome como a una pieza de estudio.

En una de esas ocasiones, Dulján se separó de los suyos y me dijo con voz muy lenta para que yo entendiese bien sus palabras:

—Te hemos observado: no estás tan perdido. Estás más bien como entumecido, duro. Tu cuerpo, como cuchillo olvidado bajo tierra. Ahora tienes que retornar porque si bien eres un dios o un casi dios, has pagado mucho, estás degenerado… Estás como de espaldas… Te he observado: eres un hombre triste, no bailas. Cuando intentaste hacerlo con los tuyos, estábais muertos de miedo. Parecían muñecos de madera. Muñecos. Además tú no entras en nuestras bebidas sagradas ni en nuestro humo: te quedas afuera, sin perder la mirada como quien siempre está apuntando con su arco hacia su presa… Pero no estás del todo perdido y me gustará alguna mañana poder llamarte

hijo, como a todos los míos. —Dulján me miraba con ojos muy firmes. Después se volvió hacia el magnífico paisaje serrano que anuncia el valle de los chorrucos y movió majestuosamente la mano cubriendo el horizonte que todavía hoy no olvido y dijo:

—No es posible que insistas. No es posible que te pierdas la vida entumecido, sin poder bailar tu espíritu por esas rocas y cañadas de agua cristalina. No es posible que ya no puedas entrar en este Palacio…

Mi vida al revés, siempre al revés: yo era Moctezuma, yo era el indio. Yo recibía el «requerimiento» para salvarme en la nueva fe. (Por suerte Dulján iba a demostrar ser mejor persona que el chanchero Pizarro, que asesinó a Atahualpa.)

Era un espléndido valle cerrado por montes no muy altos, cruzado por un río estrecho y nervioso, de aguas tan puras como las de Castalia. Allí pasaría gran parte de aquellos años disimulados.

En cada temporada levantaban nuevas chozas. Casi no conservaban nada de lo antiguo. Arman sus ranchos con cueros sostenidos por unas pértigas que siempre llevan consigo. Entierran los cueros de vacas salvajes antes de partir de invernada. También esconden enseres y utensilios, pero no las armas de guerra que no abandonan. De modo que en los primeros días de nuestra llegada al valle, mi trabajo consistió en cavar los lugares donde los brujos habían escondido ollas, hachas, cueros y piedras de cocinar.

Elegí un buen lugar para mi propia choza y la armé discretamente, casi con la libertad de un guerrero sin familia. La levanté cerca del río y me gustó dormirme escuchando el susurro del agua.

Mis trabajos de sobreviviente exigían continua astucia. Debía mantener cierto equilibrio político entre la simpatía que me demostraba el cacique y los celos y la sospecha que causaba mi extranjeridad en ciertos jefes y chamanes, sin descuidar el solapado rencor de las mujeres casadas que, como en todas partes, envidian y conspiran porque se aburren y son maltratadas.

Armadas las chozas, todos los hombres, incluso los pocos esclavos de la tribu quevene, construimos una represa o piletón, en la parte más profunda del río, para atrapar peces. Al atardecer juntábamos leña y hierbas frescas.

Yo me desgarraba con las espinas y los guijarros. Terminaba cada día despellejado, aliviándome en las aguas del río de Castalia (como yo lo bauticé, porque ellos no les ponen nombres a las cosas, pues más bien no quieren ni apropiárselas ni dominarlas para siempre). Por mi inhabilidad yo sentía que me consideraban un pobre mediocre. Esto no era lo peor que podía pasarme, pues no convenía destacarse por cualidades muy fuertes ni ser una mera bestia de trabajo, que uno puede matar o sacrificar en cualquier momento.

Era evidente que, en comparación con esos hombres de la tierra, yo estaba casi incapacitado para sobrevivir a menos que me devolviesen al Paraíso Terrenal donde las frutas, incluso las manzanas de Eva, estaban al alcance de la mano. Pero lo que ellos no podían

saber es que si bien era casi incapaz para valerme por mí mismo, en cambio conocía secretos para mejorar la vida.

Tenía que ser muy prudente. Debería ir deslizando los conocimientos de nuestra civilización sin mucha jactancia, más bien como si fueran descubrimientos de ellos mismos. No debía despertar la idea de que yo pudiese poseer poderes o conocimientos sobrenaturales. Aunque no son caníbales en el sentido alimentario, como conté en relación con el espanto que les causó la golosidad de Esquivel, ellos ejercitan una especie de canibalismo mágico o sagrado. A veces devoran ciertas partes de seres con cualidades destacadas. En el caso de guerreros muy notables, parece que comen los pies y las manos, pero cociéndolos de manera muy especial. Yo temí que pudieran decidir comerme para absorber esos descubrimientos de nuestra civilización. De alguna manera, uno está siempre amenazado, sea por la Inquisición, por los dominicos de España, por estos chamanes emplumados, o por el poder rencoroso de los alguaciles del emperador Carlos Quinto. El canibalismo debe de ser una enfermedad mundial.

Lo pensé bien y después decidí librarles el secreto del comercio. Me pareció lo mejor, me permitiría tener más tiempo para mí y viajar libre y solo hacia las tribus no del todo enemigas. Convencí a Dulján de que podíamos mandar una carga de piedras porosas, de las que se encuentran en las estribaciones de la Sierra y que los quevenes utilizan para tallar sus ídolos. Eso se podría cambiar por las setas aromáticas que tanto quieren los chorrucos y por las fresas salvajes que los otros juntan en el bosque. A Dulján le pareció increíble que pudieran conseguirse esos dones maravillosos a cambio de unos cuantos guijarros. Aunque dudaba de lo que le parecía mi ingenuidad, me dejó intentarlo. (Históricamente muchas tribus marames habían invadido, causando muerte y destrucción en el valle chorruco, justamente para llevarse esas piedras porosas con las que allí sólo jugaban los niños, porque además tienen la cualidad de flotar.)

Después de muchas discusiones y conciliábulos por fin partí una mañana con una mochila de piel de ante cargada.

Enfilé hacia el país de los marames, en el lago Gaviota.

Después de cuatro maravillosas jornadas de soledad sin miedo, ingresé sin mucha aprensión en el territorio marame. Los guardias me condujeron ante los jefes que me creyeron pura y simplemente un enviado del cielo. Se maravillaron de recibir lo que antes habían tenido que conquistar a punta de flecha y lanza. Me regalaron corazones salados de venado y se sorprendieron de mi humildad cuando les pedí que me llenaran la mochila de setas silvestres y de esa jalea de fresas que las viejas de la tribu preparan para los niños.

Me despidieron sonriendo y riendo. Sonriendo como a un ángel

que viene del cielo y riendo de un tonto blanquiñoso y huesudo que cambia lo precioso por lo banal, y se siente encima contento.

TRATÉ DE EXPLICAR AL CACIQUE NUESTRA TEOLOGÍA. Traté de ser lo más discreto y displicente posible, tanteando sus reacciones. Porque nada despierta más los odios.

—¿Pero cuál es vuestro dios? Dices que creen en uno solo…

Expliqué como pude que es uno pero que es tres, con el Hijo y el Espíritu Santo. Un ser que es padre e hijo a la vez.

Dulján se rió con benevolencia. Esto me desarmó, me hacía sentir como un delirante y desistí de mis propósitos de pedirle autorización para hablar de nuestra religión entre su gente. Sin embargo se interesó mucho en nuestra versión de los primeros hombros, los primeros padres, Adán y Eva. Hablé del pecado, de la expulsión (y clausura) del Paraíso Terrenal, de la condenación eterna de la especie humana, sólo redimible por el bautismo y la verdadera fe. Repetí muchas veces mis palabras pues no tenían equivalencia. El cacique escuchó más bien regocijado. Por la noche, junto al fuego, me llamó hacia donde estaba con algunos temibles chamanes y jefes guerreros y me dijo:

—Blanco venido del mar, cuéntanos esa historia de la mujer bella y del primer hombre. Lo de la víbora y la fruta roja…

Traté de repetir lo narrado pero me resultó muy difícil ante las miradas hurañas. Algunos se rieron con el cacique. Yo no alcanzaba a transmitir la gravedad bíblica. Hicieron preguntas irreverentes. No les parecía necesario ni verosímil que Cristo hubiese tenido que nacer de mujer virgen (y me pareció que hasta desconocían ese término). Atur, el jefe guerrero, se enfurecía preguntando sobre el pecado original. Creo que no entendió ninguna de mis palabras. Lo tomaba más bien como un insulto a su dignidad. ¿Por qué el hombre debe tener un castigo que no tienen el águila ni el tigre, animales no menos crueles?

El momento más crítico de esa larga y peligrosa noche fue cuando el gran brujo se levantó y gritó desde la horrorosa máscara de corteza pintada (nadie debe ver nunca su rostro, ni el cacique sabe quién es):

—¿Por qué el hombre tiene que ser hecho para señorear sobre las aves y los peces y las bestias de la Tierra?

Yo no encontraba debidas respuestas. Era evidente que mi imprudencia pastoral había ido demasiado lejos y yo estaba desarmado de las sutilezas teológicas de un jesuíta o de un doctor de Salamanca. Por suerte, omití toda referencia al sacramento de la

comunión. Después del incidente de Esquivel habría caído muy mal.

Mi fe era algo claro y absoluto, indiscutible desde los días del primer catecismo. Había cometido un error al tratar de arriesgarla al duro y simple razonar de los bárbaros.

POR SU PARTE EL CACIQUE, que con el tiempo me había tomado verdadero (y seguramente piadoso) afecto, se esforzaba en intentar devolverme al ritmo cósmico. Sus palabras eran muy complejas. Como tienen un lenguaje breve y casi salvaje, los más doctos —si esto puede decirse de ellos— abusan de metáforas poéticas que hay que descifrar, como ocurre con esos nuevos poetas que aparecen en Sevilla. A la vuelta de tantos años no podría hoy recordar exactamente las palabras de Dulján. El recuerdo deja un residuo esencial. No recordamos lo que nos dijeron, lo que nos pasó, sino más bien, lo que creemos que nos dijeron y que nos pasó.

—Saldremos juntos a la pradera —dijo el cacique—. Tú te has alejado.

Me pedía correr y hasta corría conmigo. Ellos corren rítmicamente, respirando de una forma serena y pareja, de modo que la carrera se torna movimiento normal, como el caminar.

—En el hombre está el pájaro, y la serpiente, y el águila y el pez. Tienes que olvidarte de tu peso de hombre y correr, correr livianamente, sintiendo el aire como el pájaro.

No era fácil. Dulján dictaminó que mis huesos estaban muy hundidos en la tierra y que sería difícil levantarlos.

Tiempo después me enseñó a correr los venados cortándoles el camino hacia su refugio. En poco tiempo aprendí a distinguir las hembras e incluso las preñadas. Ellos las respetan y sólo en caso muy extremo las atacarían. Ni el hambre de un mal año justificaría eso.

Llegó el día en que corrí hábilmente, administrando las fuerzas y logré lo que me hubiera parecido imposible: alcancé un venado y lo atrapé del cuello. Rodamos en una polvareda y recibí varias patadas del animal mientras a lo lejos veía al cacique que agitaba los brazos exultante. Yo no era ya un caso perdido para el cosmos.

Una noche, generosamente, me llevó hasta el medio del páramo donde se alzan los primeros roquedales de la sierra y que tienen la facultad de conservar el calor del sol hasta bien avanzada la noche. Me obligó a tenderme a su lado, cara a las estrellas, y a dejar caer la mirada en el espacio sideral. Al poco tiempo perdimos referencia del entorno. Era como si nosotros también girásemos en la lentitud de la noche. Dulján logró que la noche me llevase. Sin vértigos, fui cayendo en su seno oscuro, como un cometa libre. Fue ésa una experiencia inolvidable.

Aquella atención del cacique no mejoró mi difícil posición en la

tribu. Los niños y las mujerotas horribles que los mandaban me gritaban «gallinazo desplumado» y se reían de mis piernas largas, huesudas y claras.

En esos meses aprendí a guiarme por los vientos y por la posición de las estrellas. Aprendí a distinguir las aguas y los pastos por su sabor. Entraba cada vez más en el desierto que va hacia el Camino de las Vacas y descubrí la vida que hay en él. Vencí repulsiones banales según las cuales la carne sangrante de un buey es un manjar, y no así los cangrejos de tierra, los huevos de hormigas rojas o las lombrices verdes de largos cuernos. Creo que comprendí que en la callada y disimulada vida de los seres del desierto podía encontrar también el sustento de mi propia vida.

Seguramente cuando me creyó más respetuoso de la naturaleza, Dulján me llevó con los hombres que saben hablar, y suelen tener corriente comunicación con las plantas y los animales, y con aquellos capaces de intuir los ríos que corren dentro de la tierra seca y aparecen inesperadamente, a muchas jornadas de marcha, por el paisaje más árido. En la noche, estos hombres se aplican a las peñas o quiebros de la tierra. Son capaces de comprender el casi inaudible susurro que denuncia el anhelo de esas corrientes secretas.

Uno de los chamanes hablaba con los pájaros. No había que acercarse mucho a él, sólo era posible observarlo de lejos. Por los pájaros lograba saber la suerte del tiempo —tan importante para la guerra y para la fertilidad de las plantas alimenticias. Tenía mucho prestigio, se sabía que mucho tiempo atrás había sido amigo de un águila real que le entregaba noticias de regiones muy remotas, hasta de pueblos desconocidos. Y hasta se dice que los chorrucos recordaron el secreto de las Siete Ciudades justamente por confidencia del águila.

En esos paseos, y cuando volvíamos fatigados y cubiertos de polvo de la orilla del desierto, Dulján sabía transformar en una verdadera fiesta el simple remojón en el agua de la cañada.

—Cierra los ojos, cierra los ojos —decía—. Siente ahora cómo la fatiga se va con las aguas, cómo te rodean las corrientes mínimas y se llevan tu fatiga como un terrón de polvo, disolviéndose…

Luego me pedía que, con los brazos abandonados en la corriente, supiese enlazar mi sangre y mis latidos con la dulce carrera, casi imperceptible, del agua fresca.

En su generosidad no me exigió ninguna definición religiosa. Me explicó, con ceño de preocupación, que el Sol vivía una etapa de alarmante anemia y que no era extraño que volviese a ocurrir, como mucho tiempo atrás, «antes de los ancestros», que el Sol pudiese nuevamente morir cubriéndose nuevamente la Tierra de los hielos de la muerte. Ésta era su mayor preocupación. De algún modo esta sospecha teñía de escepticismo y de cierta vaga melancolía toda su

visión de la vida y del futuro.

—Esperemos, deseemos que nuestro padre Sol no muera. Pero hay signos: ya no se encuentran pájaros muertos en el mediodía de verano por atreverse a volar bajo sus rayos. Antes esto era lo común… Los grandes pueblos del Sur lo alimentan con sangre. Esperemos, deseemos que nuestro padre Sol no muera…

La sobrina de Dulján usaba una camisola de ante. Era como otra delicada piel que se adhiriese a sus formas. Las niñas son las únicas que usan un breve vestido, porque las matronas andan completamente desnudas y continuamente se oye el batido de sus tetas cuando van y vienen refunfuñando o peleándose entre ellas.

Entramos en la temporada de tres meses de fiestas rituales antes de emigrar hacia la costa del Malhado. Los hombres vivían casi continuamente en un éxtasis de alcoholes sagrados y del humo que inhalan hasta perder los sentidos naturales y entrar en una especie de locura. Dicen que en esta situación realizan grandes vuelos, visitan el país de los muertos y hasta afirman acercarse a las regiones del dios misterioso. En este caso, si lograsen aproximarse debidamente, tienen la obligación de implorarle por la salud del Sol, el Dador de Vida en la Tierra, e informarle de su creciente anemia.

Mi posición no era la mejor durante estos ritos porque ni participaba ni podía mantenerme muy alejado, como un esclavo o un repulsivo infiel. Debía tener una presencia discreta. Por eso aprovechaba esas épocas para realizar los viajes comerciales.

Cuando regresé, con una exitosa carga de setas y de las preciadas conchas rojas, alcancé la última semana de los rituales.

Yo me quedaba echado cerca del fuego observando las danzas y los infinitos relatos de los poetas salvajes.

En la tercera noche el cacique Dulján se levantó de su puesto y se dirigió hacia mí. Me alcé y me incliné para tocar tierra en señal de amistosa sumisión. Me dijo señalando a su sobrina:

—Es tuya. Eres probablemente hombre. Aunque ella es de mi familia, princesa, es tuya. He visto tu larga mirada. No eres ratón, es tuya…

Como los turquescos, estos hombres se manejan y deciden más por el lenguaje de las miradas y de los gestos que por las palabras, como nosotros. Agradecí el honor, turbado, descubierto en mis deseos. En la convivencia de la tribu todos los deseos e intenciones se van definiendo en silencio y al poco tiempo todos conocen los anhelos de todos.

A través de los leños y de los resplandores del fuego sentí las miradas hurañas de los jefes guerreros.

Acepté aunque aquello significaba un verdadero matrimonio y la traición de mi fe. Al decirme Dulján que yo no era ratón, prácticamente me obligaba a formar parte de la tribu. Los hombres-ratón son los plebeyos, no por sangre sino por desinterés vital, por mediocridad. Hay jefes guerreros y hasta chamanes que descienden a la jerarquía de ratón. En general prefieren matarlos mediante la lapidación colectiva para evitarles el sufrimiento moral de la degradación.

ELLA SE LLAMABA, EN EL LENGUAJE DE LOS HAN, Niña-Nube. Yo la rebauticé como Amaría y a ella le gustó mucho. Como tomamos ya hacia la costa por falta de cacería, levantamos nuestra choza en un punto muy apartado y muy hermoso, en una roca sobre el mar.

De acuerdo con las leyes del pueblo yo no debía aparecer, o al menos pasar con la cabeza baja, frente a la parentela de la moza, hasta que se produjesen los indicios evidentes de fecundación. En todo caso no podía acercarme a menos de la distancia de un tiro de ballesta.

Todo lo que yo pescaba o encontraba, algas buenas, berberechos, mejillones, ella debía llevarlo a la casa del cacique (no tenía padre, pues fue guerrero muerto en combate contra los quevenes) y de allí traía la comida para uno o dos días, a veces la misma que había llevado por la mañana.

Después de la larga noche de amor la veía caminar desnuda por la playa. Volvería sobre el mediodía con su carga. Esa imagen de ella en la playa debe de ser una de las más placenteras que me van quedando de la larga vida. Yo me dormía entonces exhausto, dentro de la manta de piel, hasta bien entrada la mañana.

Nosotros, los cristianos, más bien caemos sobre el otro cuerpo poseídos por el deseo, que es un perro rabioso. Más bien siempre violamos o robamos. Siempre asaltamos con la torpeza de Adán (allí está el origen), en forma nocturna, pecaminosa. Salvo las putas, nuestras mujeres se sienten pecadoras, incluso mediante el sacramento.

Amaría envolvió mi asalto con dulzura. Todo fue diferente. Ellos no ven nada malo en el cuerpo. No ocultan sus partes. Las acarician y les hablan con palabras dulces, susurradas. En su barbarie no pueden imaginar la presencia del pecado. Se demoran en una larga ciencia de los sentidos volcados a gozar la mayor sensualidad. Les interesa más el placer que la procreación, que en modo alguno atribuyen a la unión carnal.

No es que un cuerpo (normalmente el de la hembra) sirva al otro hasta la satisfacción. Ambos cuerpos ingresan demoradamente en la esfera de la sensualidad y se apoyan mutuamente sin ya existir macho o hembra. Es como un solo ser rodando por una pendiente de delicias.

En realidad rodábamos dentro de la manta de piel de marta que todo esposo debe preparar ritualmente. No hay nada más cálido ni acogedor, se pliega como una bolsa y ellos la llaman «el vientre del mundo-madre». Pasamos noches y parte de días dentro de ella, abrazados. (Cuando los otros náufragos, destinados en otras tribus, se enteraron de mi amancebamiento, me mandaron un manto de piel de marta, seguramente para burlarse de mí, que siempre había acusado esas cosas. Anoté el incidente del manto de piel en mi libro de los *Naufragios*, y miento, claro, al decir que me habían regalado eso «al saberme enfermo»).

Amaría tenía una gran ciencia del placer. Se ve que les hablan a las niñas de estas cosas. Las viejas las instruyen, o los niños las escuchan porque ellas parece que hablan todo el día de torpezas. Pero es más: no dan signo de tener temor ni vergüenza, les parece algo natural. Yo aprendí a hundirme dulcemente en ese conocimiento del placer y de los sentidos. Aprendí a gustar el sabor de su sexo como el de una fruta madura y renovadamente fresca. Me envolví en su piel y ella rodó por la mía descubriendo insospechables valles de placer.

Las horas se detuvieron. Veíamos entrar la mañana muy despacio, veíamos el día abriéndose muy lentamente, imperceptiblemente, como una flor salvaje y nueva. Nos bañábamos desnudos en el mar de los Caribes y nos tendíamos en la arena blanquísima como harina de la Mancha. Bebíamos la leche siempre fresca de los cocos, que Amaría sabía abrir de un solo buen golpe con el hacha de pedernal.

Comprendí entonces lo que realmente entendía el genovês aventurero cuando le comunicó a la Reina Isabel y al Santo Padre que había descubierto el Paraíso Terrenal.

Así, EN EL DÉCIMO MES nació mi hijo Amadís y en el siguiente año, Nube, que se consideró necesario dejar vivir. Un tercero nació en el cuarto año, pero nació muerto.

Debo anotar que cuando tanto Amadís como Nube cumplieron su tercer día en este mundo, los tomé en secreto y los llevé hasta la cañada. Les mojé la crisma con agua fresca y les puse un poco de sal, bautizándolos en nombre de Nuestro Señor Jesucristo y la Santa Madre Iglesia.

¡Por fin! Por fin pude escribirlo. Nunca me costaron más unas cuartillas que éstas. Las rompí varias veces y hasta las quemé en la azotea como los papeles de un criminal. Ayer, cuando subió doña Eufrosia para traerme el tazón de caldo, escondí con premura de perseguido las hojas escritas como si la vieja analfabeta hubiese podido entender mi escritura. Pero pasé el Rubicon: esas páginas quedarán. Tal vez me puse a escribir estas memorias no porque Lucinda me haya regalado la resma de papel, sino porque quería llegar a este punto y saber que alguien, alguna vez, al descubrir el manuscrito, me liberará de algún modo del tremendo peso de haber muerto sin confesar mi felicidad, mi amor por mi familia india: Amaría, Amadís, Nube… Los nombres de los seres ligados a mi carne, a aquella carne de aquellos años. Nombres en mi alma. Nombres de amor, al fin de cuentas.

Tengo más de sesenta y nunca me había atrevido a escribir lo de Amaría. Fue por orgullo. Orgullo de los de mi casta. El excesivo peso de la memoria de mi madre y de mi abuelo el Adelantado. ¿Cómo decirles de vida marital con una india? ¿Cómo decirlo sin mentir ni burlas, liviandad o falso justificativo de sensualidad? Lo callé para siempre. Y un poco más y hasta ordeno olvidarlo a mí mismo. Nunca fui libre como Cortés y tantos otros en esto. Me dicen que los pérfidos britanos y los holandeses tienen como la peor vergüenza confesar amores con indias y otras nativas. Son piratas y asesinos, pero tienen la delicadeza de no reconocer hijos de otra raza. En este mal sentido he sido más británico que buen español, esto es, cristiano. No he sido como Cortés, ni como Irala o Pizarro. Mi orgullo me jugó una mala pasada en esto…

El peso de ocultar lo que se ha querido, y los seres de las propias entrañas, es muy caro. Cuando terminé de redactar con la mayor sinceridad posible mi real vida entre los chorrucos y el casamiento con Amaría, dejé la pluma y caminé de una punta a otra de la azotea. Si pudiese haber un muezín en lo alto de la Giralda, me hubiera mandado apresar por loco. Hasta hablé solo y lancé al aire los nombres de Amadís y Nube, hasta grité, sí.

Sentí un profundo amor por las hojas de papel y por el tintero. Y si hubiese estado Lucinda la hubiese abrazado y besado.

Guardé mis papeles y bajé de la escalera casi a los saltos, como no

debí haberlo hecho desde hace veinte años. Me vestí y me largué a la calle lleno de imágenes y de voces que me corrían por la cabeza y que deben haber dado a mi mirada un brillo inusitado. Nunca me pareció Sevilla más maravillosa. Fui hasta las costas del Guadalquivir y luego volví a los trancos, me tomé dos manzanillas en lo de Lucio y como siempre que algo se mueve dentro de mí, en profundo, enfilé mis pasos hacia el solar del palacio devastado de los Cabeza de Vaca, el patio de las plantas de mi madre. La higuera, la palmera. Me trepé a una piedra, disimulado por la penumbra del atardecer, y miré hacia el patio que esta vez me pareció un poco más grande que otras veces, aunque nunca como en el recuerdo de mis lejanas travesuras de la siesta. Sentí agradecimiento. Era como un lugar sagrado, un templo secreto. Pensé que cada hombre debe tener lugares así, de incomunicable valor. El limonero me pareció menos debilitado por el ácido de los curtidores flamencos que compraron la casa.

Animado, sentí que no podía quedarme solo escuchando refunfuñar a doña Eufrosia por los precios de la feria cuya alza atribuye al desdichado descubrimiento de las Indias. Me encaminé hacia Sierpes, por la ribera de la Maestranza. Entonces recordé que era el mismo camino que habíamos hecho con mi madre y las esclavas moras, casi corriendo entre la gente, para ver pasar la fanfarria y el desfile de indios, papagayos, tucanes y tigrillos enjaulados, que presidía don Cristóbal Colón, al regreso de su viaje. Eso debió haber sido en 1493, era un domingo de Ramos y había entrado «esa brisa de África», como decía mi madre, que anunciaba ya el verano. Era muy niño, no recuerdo casi nada. En algún momento una de las moriscas me hizo trepar a sus espaldas para ver por encima de la multitud maravillada y vociferante. Creo que vi un pajarraco casi sin plumas atado de la pata a una cruz. Vi un palo cubierto de una lámina de metal, probablemente una máscara. La gente gritaba «¡Es oro! ¡Oro!» Y yo sólo vi como un latón más bien sucio que no refulgía ni brillaba. Era opaco, insignificante, pero gritaban señalándolo como si fuese la Macarena o la Custodia de la Catedral en la procesión del Rey. No vi nada. Sólo quedan retazos. Tal vez el olor de la mora sudada. «¡Cristóbal Colomo! ¡Colomo!», gritaban, y la gente contaba historias exaltadas, y mi madre que ordenaba la retirada hacia el sosiego de nuestra casona. Todos desilusionados. Desde el primer día. O falsamente ilusionados. Desde el primer día.

El haber contado la historia equivalía a haber inscripto mis hijos en «este mundo», en nuestra civilizada historia. Era como si yo hubiese estado enterrándolos y que recién ahora los dejase respirar, ser.

Recordé a Amadís corriendo por el prado del valle chorruco, su velocidad de gamo, su carita siempre sucia de barro y hasta la

quemadura de su hombro cuando inexplicablemente sintió el impulso, casi antes de musitar palabra, de volcar la olla de las brujas, hecho que consideré una confirmación de su pertenencia y confirmación en la grey de Dios, nuestro Dios, y producto de la voluntad de nuestro Señor de aceptarlo como secreto cristiano. Y vi a Nube, berreando en los brazos de su madre cuando yo volvía del mar con mi pesca atada con juncos, y creo que extrañé el cuerpo tibio de Amaría, gimiendo de amor dentro de la piel de marta. Nosotros, sólo nosotros, somos los del pecado original. Ellos son los de la inocencia: no se avergüenzan del cuerpo, no necesitan la hoja de parra ni la oscuridad para evadir la mirada de Jehová. Hace doce siglos, desde que se convirtió el romano Constantino, nos hemos negado al cuerpo desnudo, salvo de putas.

Fueron hijos fuertes. Como dijo el cacique: «pueden correr con el gamo, junto al gamo y vencer al gamo si fuere necesario vencerlo». Hijos cuidados. Los chorrucos amamantan al niño a veces hasta los diez o doce años, casi cuando ya se les despiertan los sentidos.

Los amamantan las madres y si se les corta la leche hay unas mujeres tetudas que ellos mismos llaman en su lengua lo que equivaldría a vacas. Mujer-vaca, dicen. Y éstas casi no tienen otra ocupación. No pueden dedicarse más que a cuidar niños, coger setas y bailar en los meses de fiesta. Mueven sus tetas lechosas al son de los areitos.

Fueron Amadís y Nube, que merecieron vivir. Y yo me sentí como hombre de ellos, de ese mundo y no del cristiano, cuando tuve que matar a la segunda hembra. Anoté que nació muerta. Pero no: seguí el consejo del cacique y le ahorramos la vida, o nos ahorramos enemigos, porque según el número de las que habían nacido ese año, la niña tendría que haberse apareado con macho de los aguaces o quevenes. Enemigos.

No. No sentí nada en el estremecimiento breve de su ahogo en las aguas del río. Ya podía sentir que era devolverle al universo una parte que igual se tomaría.

(Esta última frase debe ser la más grave que debo haber escrito en mi vida. Pero tengo el gran alivio de ser sincero. De la verdadera confesión. El cura que me absolvió de este terrible secreto murió de peste en Tenochtitlán, días antes de mi retorno a España.)

En la casa Calvillo transcurría la mesa de los jueves por la noche, animada y ruidosa. Y esta vez me agregué sin evasividad, como descansado de mi propia solemnidad.

Bradomín, siempre el más rápido, descubrió mi íntima alegría de aquel día y me hizo alguna velada sugerencia referida al amor, con el debido respeto que debe. Achispado con el vino fresco volvió a contar la historia de la pérdida de su brazo durante sus supuestas aventuras por México, del que me hacía Gobernador. Perseguido por feroces

olmecas se refugia en una caverna y allí una tigra recién parida le arranca el brazo creyendo que atacaría la cría.

Durante más de media hora todos escuchaban embelesados y hasta los servidores se demoraban en sus viajes a la gambuza.

Lo más fascinante de la mentira literaria es la facultad para acumular detalles. La historia termina siendo más interesante que la verdad. Al fin de cuentas no tengo ya a casi nadie en Sevilla. Estos amigos, los poetas, son los únicos que pueden hacer buenas migas con los guerreros y conquistadores aunque en tiempos activos se desprecien.

ERA NECESARIO AMANSAR LOS CELOS creados entre tantos jefes que ya me veían como un forastero peligroso. Dos veces las viejas matronas, que tienen mucho poder indirecto, de opinión, como los cortesanos de España, mandaron a los chicos a arrojarme terrones y bolas de estiércol de venado. Era muy mala señal. Muchos son sacrificados o arrojados a los chacales por haber sido vistos en los sueños de alguna mujer cometiendo un crimen. Imprudentemente aceptan la creencia de que el futuro se aparece en la imaginación de esas desgreñadas brujas.

Atur, el jefe guerrero, tampoco veía con simpatía mi reciente influencia como consejero militar del cacique.

Se imponía entregar el secreto de la rueda o algún otro para consolidar mi posición. Pensé en algo práctico y factible, como la ballesta o la brújula. La rueda hubiese tenido el carácter de una verdadera revolución y sería muy adecuado para pueblos indeclinablemente nómades. Pero juzgué que alteraría demasiado aquella paz contemplativa con el ruido de los chirriantes ejes, otorgándoles a los chorrucos una supremacía que los alejaría de la tranquilidad del alma.

La ballesta tenía el inconveniente de agregar muerte, desequilibrando el juego de guerra en que están empeñadas esas tribus desde remotísimos tiempos. Entre ellos la guerra tiene algo de justa entre caballeros: hay muerte, pero no tanta muerte y encono como entre cristianos. La guerra sirve para que se distingan los mejores y el cuerpo no se enmohezca como una flecha enterrada. Ven en la guerra una fiesta.

Después de mucho pensarlo me decidí por algo útil, por mejorar el sistema de encendido del fuego. De modo que «inventé» el yesquero. En el cerro encontré piedra de chispa y pedernal. Los tallé. Armé un sostén de madera muy dura y por una caña ahuecada pasé lana de chivo trenzada y embebida en ese aceite de la tierra que emerge en la frontera de los quevenes.

Aquello fue recibido con exaltación. El objeto casi recibió veneración religiosa. Al principio se lo guardó en la cabaña de las armas, después se fue popularizando y cada matrona tuvo el suyo en su choza.

Mi situación mejoró considerablemente.

Después del nacimiento de Amadís, me afirmé como asesor militar de Dulján. Se temía un ataque de los quevenes, como en todas las temporadas, pero esta vez quizás alentados por el «secreto del fuego rápido».

El valle tenía un solo frente abierto a la llanura desértica que conduce a un casi mítico «camino de las vacas». Las otras partes están bien cerradas por una serranía en forma de herradura. Sólo era necesario fortificar los dos o tres pasos que siempre usaban los quevenes para caer sobre el poblado. Inventé defensas de piedras sostenidas por troncos, capaces de transformarse en verdaderas avalanchas si se tiraban unas pocas cuerdas.

Noté que les parece desleal estar muy defendidos. Algunos jefes guerreros protestaron. Era como si se desconfiase de su capacidad como combatientes. Una presunción de cobardía, tal vez. La eficacia es, como expliqué, un valor menor para un guerrero. No recuerdan a veces si sus héroes ganaron o perdieron la batalla. Sólo memoran y conmemoran el coraje, la gesta.

La temporada bélica está precedida de rituales muy complicados en los que los poetas evocan guerreros y tradiciones de tipo patriótico. Los chamanes se concentran y convocan a los grandes jefes muertos. Su aparición es saludada con gritos de entusiasmo frenético y los soldados jóvenes, recién salidos de las pruebas de iniciación, corren nerviosos gritando alrededor del fuego para tratar de ver las formas de esos ídolos que surgen mezclados con el humo. Los chamanes pronuncian los nombres de los legendarios y se alzan voces de saludo de los jefes (vivos): «¡Tú, ser grandioso, ¿cómo estás?!» «¡Alegría de verte en todo tu poder!»

Los recién venidos son más bien silenciosos, cautos. Es sabido, entre los chorrucos, que los que están vivos son apenas como niños que viven una especie de frívola aventura infantil. Para ellos la muerte es lo normal; surgir hacia la vida es una casualidad sin mayor importancia, como ser convocado a participar de una representación de algún teatro de cómicos de la legua.

En todo caso, el aporte de mis conocimientos militares (o mejor: el simple uso de la astucia y de la perversidad natural de los que llevamos la piel blanca) fueron de buen uso, ya que los quevenes no pudieron recuperar sus esclavos.

ATUR, EL PRINCIPAL GUERRERO, concibió por mí un odio abierto. Yo le quité la posibilidad de transformarse en un héroe de los que visitarían para siempre la tribu desde el país de los muertos.

Pero un inesperado hecho me alivió de este enemigo que empezaba a enconarse.

Ocurrió que Atur se enamoró de uno de sus soldados. Esto es

bastante común, como entre los aztecas, y no es mal visto ni condenado. Es sabido que aparte de los sacrificios sangrientos, es el pecado nefando la lacra que más odio causa entre los cristianos cuando juzgan a estos pueblos. Había en nuestra tribu muchos amariconados que viven y visten como mujer. Son putos, como empiezan a llamarse eufemísticamente entre ellos los de Sevilla, deformando la palabra *putti*, con que los italianos designan a esos angelitos semidesnudos que revolotean en los cuadros de sus pintores que comienzan a tener tanta fama en las cortes de toda Europa.

El matrimonio de Atur con el soldado le significaba al jefe tener que abandonar su cargo militar y adoptar la posición de cualquier mujer de la tribu.

Una noche ese gigante hosco apareció vestido con una de las camisolas de piel de ante que usan las casaderas y el mismo cacique Dulján lo tomó de la mano y lo llevó hasta donde estaba el soldado. Después del ágape partieron hacia una choza apartada. A la mañana, muy temprano, veía partir a Atur con las matronas del poblado en busca de leña y raíces. Al relatar esto me acuerdo de una coplilla recitada en la fonda por Nalé, el poeta amigo de Bradomín:

El amor, si puro es,
no se fija en el dinero.
Conozco un zapatero
casado con un marqués.

RELATÉ EN LOS *NAUFRAGIOS* MI INICIACIÓN como brujo o curandero. Lo hice en forma muy oblicua y evasiva para no alentar el siempre bien dispuesto fuego inquisitorial. Y en realidad nunca había yo tenido semejantes inclinaciones ni pretensiones de brujo.

Pero fue Dulján quien me obligó a esas actividades. Me dijo:

—Tú estás lleno de poderes atados —e hizo con las manos un gesto como quien tiene un ovillo de pescador enredado. —Los poderes se te ven en la mirada y tú los tienes. Si los poderes no se desarrollan te puedes volver loco o asesino, mal hombre… Uno pasa a ser enviado de los demonios, de las fuerzas malas.

Dulján, ya instruyéndome, me dijo que un terapeuta o curador no debe hacer mucho por la vida de nadie, porque la vida no es un valor importante. Dijo que antes que nada hay que ver si el enfermo merece no morir, porque el supuesto bien de seguir con vida puede, en realidad, ser un mal para el mismo enfermo como para toda la tribu, como es evidente en el caso de los viejos, de las mujeres varias veces paridas y de los hombres-ratón.

Con mucha paciencia me enseñó los muchos tipos de piedras con facultades de atraer el mal y el dolor. Hay toda una ciencia para pasarlas por el cuerpo, no solamente en el lugar donde aparentemente

está la enfermedad. Las piedras se van cargando de mal. Luego el brujo debe saber si se vuelven a descargar o si hay que enterrarlas, pues son de mal agüero y de desdicha.

Un curandero lleva seis o siete de esas piedras en su morral. Según Dulján, la que debe usarse es «la que despierta más brillo al aproximarla a los ojos del enfermo».

La forma general y normal de curar es con las manos. Hay que cerrar los ojos y pronunciar oraciones a los dioses y pasar las manos cerca del cuerpo enfermo. Un brujo avezado sentirá enseguida un muy leve cosquilleo en las palmas de sus manos. Es el cosquilleo del mal. Vibraciones. Muy raramente el mal es tan intenso como para dañar al curandero. Pero si esto pasa, hay que abandonar inmediatamente el enfermo a su destino.

Dulján entendió como perfectamente comprensible que yo usase oraciones en mi idioma. Eran el *Ave María* y el *Padre Nuestro*. Ese aprendizaje me iba a salvar y alimentar en los duros trabajos que me esperaban. Dulján me convenció de no negarme a curar. Y como narré en los *Naufragios*, hasta fui capaz de resucitar a uno dado por muerto.

Me atreví a comentarle al cacique que entre los nuestros, los cristianos, esa actividad era considerada diabólica y que los que la ejercían eran dados a la hoguera. Se rió piadosamente y me explicó que el curandero, el brujo, no existe.

—Él no es nada. Él es sólo como un reflejo del agua. El poder que se tiene no es otro que el de reflejar el poder, la fuerza, del enfermo que trata de salvarse de la muerte. Tú no haces nada. Tus gentes son muy tontas. Me parece que no son más que gentes llenas de miedo…

Me recomendó algunas hierbas esenciales para curar. En el caso de grandes heridas usan el repulsivo fango maloliente de las lagunas y suelen salvar mucha gente. Cuando mi hijo Amadís volcó la olla de las brujas y se desolló el hombro, lo cubrieron con ese fango pese a mis gritos. Pero Amaría me tranquilizó, y tenía razón.

En esos años sólo tuvimos tres enfrentamientos de importancia: un ataque nuestro a los doguenes y batallas contra los mayeyes que están en expansión y consideran que deben extender e imponer su forma de vida y alguno de sus dioses locales.

Los mayeyes, aliados con algunos quevenes, alcanzaron a sitiar el pueblo, aislando a las mujeres en las chozas. Desviaron el canal de la quebrada. Habían logrado pasar la sierra, pese a nuestras sólidas defensas.

Durante tres días temimos una hecatombe de mujeres y de niños, pues si atacaban podrían hacerse con el poblado muy rápidamente aunque luego los venciéramos.

No tuve entonces más remedio que librar el secreto de la catapulta.

En dos días logramos construir diez, usando los pinos de la ladera y flexibles tiras de cuero de venado.

Hice ensayar durante la noche y antes del amanecer hice emplazar las catapultas concentrando todas hacia un objetivo central: donde estaban acampados los jefes enemigos. Les cayó una terrible lluvia de cantos rodados. Los improvisados artilleros tardaban apenas en tensar nuevamente las catapultas y cargarlas de piedras.

Fue mi consagración. Pasé a ser un Aníbal de esos llanos y hubo una gran fiesta en la que me costó pasar inadvertido y no despertar el rencor de todos los jefes y de los mismos chamanes.

Intuía que estaba rozando mi perdición.

En el amanecer del segundo día de triunfo, Dulján me llevó con él para tres días de cacería de venado y de «cercanía de dioses», como dicen en su lengua pintoresca. Era un gran honor que sólo suele dedicarse al gran chamán o al jefe guerrero o a un gran cacique visitante.

Llegamos casi hasta el borde del camino de las vacas.

Temí que me ofreciera el cacicazgo, porque varías veces había anunciado sentir el aburrimiento de la vida y la inclinación por iniciar el peregrinaje de las Siete Ciudades. Esa distinción me hubiera sido fatal, ya que los caciques sólo tienen muy relativo poder y no pueden imponer mucho tiempo cosas importantes sin la anuencia de los jefes.

Por suerte, no fue ésa su intención.

Más bien me instó a partir, con mucha pena.

—Ya nada puedo enseñarte aquí. Yo soy apenas un pequeño jefe del mundo llano, de la costa. Tú tienes muchos poderes y eres un hombre noble. Deberías iniciar el giro de las Siete Ciudades, de las cuales nosotros, hombres de pueblos muy menores, conocemos sólo los arrabales. Sólo las rutas que llevan a las primeras laderas. Sólo sabemos el nombre de tres de esas ciudades: Marata, Ahacus y Totonteac…

»Más allá están las alturas de los grandes fundadores. Allí podrás crecer…

Dulján habló de los hombres que conocían los secretos antiguos. Según dijo, es en las grandes montañas donde se conservan los secretos supremos de los pueblos. En esas montañas hay sólo acceso si uno es aceptado por los guardianes. Allí sólo habitan unos pájaros gigantes, los cóndores, capaces de levantar un venado con sus garras y perderse entre las nubes.

—Nosotros, los del llano, somos apenas hombres tuertos: sólo podemos ver la mitad del mundo, de sus secretos, aunque tengamos dos buenos ojos y buena puntería con el arco. Pero tú, blanco, debieras irte…

CANSANCIO POR LAS TARDES. ES alarmante y casi insuperable. Debo echarme en el catre como si hubiese caminado varias millas, a mis años. Nunca pensé que la exaltación de escribir estas notas pudiese gastar de tal modo. Visitar a punta de pluma mi pasado es un viaje tan cansador como cualquier otra jornada. Tal vez haya también un desgaste de la memoria y de las emociones. Me pasé un buen rato tironeando del olvido hasta que pude ir recomponiendo la cara flaca, broncínea, del cacique Dulján, con sus ojos muy negros y pequeños, su nariz quebrada como pico de águila, la vincha apretándole la frente. Y también creo que logré reconstruir la clara y fresca cara de Amaría y la curva de las piernas de Amadís, que corre levantando polvo detrás de los zopilotes.

La debilidad debe estar también relacionada con el hecho que ya van dos días seguidos que he perdido sangre. Lo atribuyo al descuido senil de doña Eufrosia, que cuando pica el resto de pollo para el salpicón, troza también pedacitos de huesos que terminan por herirme la tripa. Le llamé la atención y bajó la escalera a los gritos prometiendo dejarme.

Como mañana es un día negro, día de Auto de Fe, resolví ir caminando despacio hacia la biblioteca. No bien entré, mi cansancio y mi laxitud se transformaron en ansiedad. Lucinda tenía la cara hinchada y negra. Apenas pude disminuir el temblor de mi voz. Me dijo que había tropezado y caído en el zaguán de su casa. Pero me resultó poco convincente.

Fui a mi mesa habitual y traté de concentrarme en la lectura. Mis manos temblaban sin poder estarse quietas entre las páginas del libro.

Aproveché cuando Lucinda salió para dar agua a los malvones de los canteros y me fui de muy mal humor, sin despedirme.

Fue una penosa caminata de retorno. Me arrojé en mi lecho con la mirada perdida en la azotea donde doña Eufrosia, con infinita paciencia, cepillaba mi traje negro de ceremonias.

El traje estaba colgado del cordel donde pone a secar la ropa lavada. Era un ente vacío, un pobre pelele con sus brazos sin voluntad. Con los reflejos del atardecer brillaba su terciopelo. Pese a todo había aguantado estos lustros mejor que mi piel.

El Auto de Fe había sido programado para la asunción del Rey Felipe II pero por diversas razones fue demorado. Desde hace diez días se estuvo convocando al pueblo con bandos y tambores llamando a la atroz fiesta. Se libera a los pecadores mediante el fuego de la hoguera, se celebra el triunfo de la justicia, de la verdad obtenida con los tormentos de la Santa Inquisición.

Teníamos que reunirnos en el portal del Palacio arzobispal. Doña Eufrosia ayudó a vestirme. La chaqueta me sobraba por los cuatro costados. Se ve que pierdo peso y ese debe ser el motivo de la invencible fatiga de los atardeceres.

Estaba de alma tan caída por lo de Lucinda que me pareció que el traje —el pelele que ayer estaba oscilando en la cuerda— me ayudaba a ser, me sostenía en la apariencia. Me ayudaba a aparecer tal como esperaban de mí los letrados y curas. Arreglé como pude el penacho de plumas de mi sombrero; plumas de pájaros que volaron mucho.

Nos fuimos ubicando por estamentos, yo en el montón judicial, entre los mismos escribas y leguleyos que me hicieran tanto daño. Adelante iban los grandes embaucadores del Reino, los veedores, los de la Real Audiencia y un capitán general de batallas dudosas.

Las palomas volaban asustadas y nadie las observaba. Atolondradas por el miedo revoloteaban como bandada de golondrinas jóvenes. Pero no era esa danza de amor de los pájaros, era más bien puro escándalo. Sin embargo no abandonaban Sevilla: en su vuelo no superaban el domo de la nueva Catedral, y desde allí torcían hacia San Bernardo donde ya ardían los fuegos preparatorios. De allí retornaban para pasar sobre nosotros.

Las campanas de todas las iglesias llamaban a misa por los condenados. Era una babel de sonidos que caían sobre la ciudad como lluvia de cristales rotos.

Los tambores negros y los lamentos de las trompetas acompañaban la lenta marcha precedida por el imponente estandarte de la Inquisición: la cruz, la espada y el ramo de olivo (simbolizando más bien la tardía paz de los ya muertos).

La gente aplaudía a nuestro paso con sospechoso entusiasmo. Entusiasmo sobreactuado, como con el terror agazapado detrás del ¡viva! y la sonrisa obligatoria.

Desfilaban las congregaciones con sus trajes ceremoniales, seguidos por hileras de monjes encapuchados. Adelante, el Gran Inquisidor y los jueces del Santo Oficio, seguidos por sus torturadores y verdugos. Después, las lacrimosas familias de los condenados llevando cirios. Algunos de éstos fingían sonreír, esforzándose por festejar la extirpación del demonio y del mal aunque al precio de la vida del ser querido; otros sonreían heladamente —si esto puede anotarse así— para no dar sospechas de compasión que pudiese ser incriminada

como complicidad o encubrimiento.

Un cardumen de rotosos gitanitos, mendigos, tullidos y hasta los leprosos de Punta Umbría, que sólo pueden entrar en la ciudad en esta ocasión, seguían la fila gritando y haciendo muecas a los condenados. Éstos iban en la zona central de la procesión asistidos por los «familiares» que los preparaban para ingresar alegremente en la muerte, en la pureza de la expiación. Los condenados llevan un cirio tan amarillo como sus sanbenitos, que parecen camisones de leprosario. Lucen en el pecho la fatal cruz de San Andrés.

Tambores, gritos, letanías, campanas voladoras, cantores improvisados que desde las ventanas dirigen a los *morituri* infinitas saetas o seguidillas, a veces envidiando la próxima visita a la Virgen o a Nuestro Señor, a veces explicando que la muerte es mejor y más dulce que la vida.

Me di cuenta de que ya estoy muy viejo y muy sabido y que las cosas que antes me parecían normales cosas de la fe, hoy me causaban un profundísimo desprecio. Sentí que Sevilla era una ciudad hipócrita, salvajemente superficial. En esa fiesta aparentemente de la fe y de la fe católica, se escondía el demonio de la intolerancia judía y la ferocidad mora.

Ocupamos nuestro lugar en un inmenso tablado presidido por la silla arzobispal. Allí se alzaba la cruz verde de la Inquisición. Los monjes se turnaron durante horas para leer el infinito papeleo de los procesos, algunos luciendo voz de tenorino, otros embraguetados como notarios de Dios. Al escucharse los apellidos de los condenados se alzaban llantos y plegarias. Entonces, los que no podían escuchar chistaban enfurecidos para que se hiciera silencio.

En el tablado, en la grada más alta, estaba la hilera de los condenados a muerte; allí seguramente corría el aire más fresco, para los de la hoguera. Observé una a una las caras de esos infelices. Me acerqué demasiado a sus almas y hubiera sido mejor no hacerlo porque como miembro (aunque honorífico) del Tribunal Supremo, de algún modo *yo también* los condenaba. Yo, el brujo de Malhado, tenía muchos más títulos para ser condenado que cualquiera de esos infelices; sin embargo, me tocaba estar del lado de los jueces, de los custodios del orden. En ese tablado horrible, bajo la espléndida luz de Sevilla, sentí toda la ridiculez de nuestro mundo como en una súbita revelación. Yo había curado con piedras mágicas, con polvo de cola de serpiente, con soplos y oraciones, con talismanes, por imposición de manos. Yo visité los arrabales de las ciudades secretas que esplendecen de noche y desaparecen a la luz del día. Yo, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, era allí el más culpable para los fuegos del gran Auto de Fe.

Observé el rostro de un pobre portugués judaizante. Lo habían

condenado a veinte años de galeras. Estaría veinte años engrillado en una sentina y, sin embargo, por poder estar de este lado y evitar los momentos terribles de la hoguera, miraba al cielo y sonreía.

Muchos había allí que serían inocentes. Es sabido que corre la delación fundada en la envidia, el despecho o el rencor. Los del Santo Oficio lo saben, pero necesitan víctimas. Hay que aterrorizar para conservar la fe. Si el que muere es inocente y confesó por el dolor de los carbones y las calzas napolitanas llenas de aceite hirviente, poco importa. Las razones de la fe necesitan los caminos del demonio.

Había una moza desgreñada que lloraba convulsivamente y gritaba dentro del sanbenito. Estaba acusada de bruja y de haber tenido relaciones sensuales con un gato-demonio. Yo estoy seguro que era inocente y que la acusó algún poderoso a quien no quiso entregarse. Hay frecuentes casos en que la infamia busca la venganza de la justicia sagrada.

Hubo pocos reconciliados. Ocho eran los condenados al fuego. Sonó un clarín, como al iniciarse la fiesta de toros, y la procesión se trasladó hacia el lado de la Huerta del Rey donde se habían erigido las piras.

La exaltación de la gente, disfrazada de alegría, aumentó entonces en forma muy enfermiza. Algunos rompían la fila y se acercaban, pese a los palos de la guardia, para escupir a los condenados. Escupían su propio miedo. Olían muerte y aplaudían a los oficiales del Santo Oficio y a los siniestros encapuchados. Aterrorizados, en verdad.

Se encadenaron a las cruces verdes sólo a seis, porque dos de los condenados eran relajados y tenían el privilegio de ser ahorcados con el garrote vil antes de ser quemados.

La gente entonces hizo silencio escuchando el chisporroteo de las ramas y leños. Cuando las llamas empezaban a hacerse de los cuerpos, trataban de distinguir entre los gritos de horror la voz del demonio, que suele manifestarse en esos casos y hasta se despide con alguna indicación útil o regalando algún número que saldrá seguramente premiado.

No. Nada me une ya a mi pueblo ni a la ciudad de mi infancia (que es la misma, pero yo cambié). Me escabullí sin despedirme de ningún dignatario. No quería hablar ni mostrar mi ceño.

En Oaxaca, Cortés me había llevado a ver la ceremonia siniestra del sacrificio de los aztecas. Subimos por la escalinata ensangrentada de la pirámide. Vimos cómo se hundía el cuchillo de obsidiana en el pecho de un joven tlascalteca esclavizado. Vimos cómo el supremo sacerdote, adornado con brillantes costras de sangre en sus crenchas, arrancaba el joven corazón palpitante y lo ponía en el altarcillo de piedra del *chac-mool*.

Hoy sentía lo mismo.

No. Ya soy definitivamente otro. La vida, los años, me fueron llevando lejos de mi pueblo. Ya ni su gracia, ni su odio, ni su hipócrita silencio, ni la alegría de sus macarenas, me pertenece. Soy otro.

Soy el que vio demasiado.

DURANTE EL HORROR INQUISITORIAL casi no había pensado más que en Lucinda. Volví a casa extenuado como uno de esos disolutos enmascarados que regresan de un baile veneciano. Pese a ello, seguí con mi ocurrencia: me despojé de mi traje de ceremonias y vestido como un pordiosero, con una gorra vieja que uso para podar la viña, me lancé a la calle casi corriendo hasta el convento de Santa Clara. Sabía que Lucinda estaría necesariamente ocupándose de la biblioteca porque el canónigo había pasado en la procesión.

Me aposté en un ángulo umbrío frente a la entrada, esperando el favor del crepúsculo, la hora de salida de la moza.

Me fue fácil seguirla. Mi indumentaria me transformaba en un viejo vagabundo sin pretensiones, normalmente soy más bien un viejo vagabundo con pretensiones, soy un *alguien* despechado por el mundo… Esto era más cómodo y nadie reparaba en mí, ni para bien ni para mal. Lucinda caminaba con paso rápido y yo ya no soy ágil. Alcanzó la calle larga de la costa enfilando hacia el puente de barcazas.

Fue allí que corrió hacia ella un sujeto que debía estar esperándola conociendo su itinerario. La tomó por la mantilla y desvergonzadamente le descubrió el rostro. Hubo una discusión que no pude oír debidamente. Traté de acercarme, pero mis rodillas no se sostenían: se doblaban como cera junto al fuego. El sujeto la abrazó. Lucinda trató de empujarlo y separarse. Yo corrí, pero me detuve cuando ella dejó que sus brazos se escurrieran por los hombros del mocetón abrazándolo y ofreciéndole sus labios con inconfundible ansiedad.

Mi corazón latía como un pájaro demasiado grande para ese costillar viejo y raquítico de mi pecho. Sentí que jadeaba y un peligroso mareo me hizo buscar la pared, como el toro herido con rejón de muerte.

Aquella era mi hoguera sin fiesta ni siniestros tambores. Mi Auto de Fe solitario y final.

Como pude, enfilé hacia Santa Cruz. Creo que alguien trató de ayudarme, como a un viejo menesteroso, en la escalinata del mesón de doña Elvira.

Un viejo. Un viejo terminal que no termina de terminar.

Por fin me decidí a volver a la torre de Fadrique. Había estado casi quince días sin salir, escribiendo, que es hoy mi forma de vivir, de revivir y de encontrar a alguien por los senderos de las cuartillas desiertas.

Había comprendido que mi rencor no había sido más que una extraña reacción, digna de un viejo iluso que no se resigna a salir del «Palacio».

A pesar de esa fatiga que duplica el peso de mis piernas, sentí el impulso de las calles de Sevilla. Es algo mágico, inesperado, que nos puede sorprender como una brisa fresca, un trino o la sonrisa de una doncella mora. Con los añares, Sevilla se transforma en todos nosotros en «alguien». Es mucho más que un lugar, una ciudad o una patria. Es una presencia fraterna, familiar. Y cuando ya no tenemos a nadie, ella, que siempre la tuvimos utilitariamente como un escenario o un mero lugar, se transforma en el otro, el amigo o la amiga de los días finales.

Esto pensaba cuando enseguida tuve que pasar a los insultos: enjambres de moscas y la calle de Capuchinos transformada en una atroz jamerdana donde las ratas y los cerdos errabundos se disputan el manjar de las heces humanas. Tuve que desviarme hacia la calle larga que va a Santa Clara para evitar la fetidez irrespirable. Quedó quebrado el encanto de mis consideraciones y caminé insultando a esa ciudad, hoy el *caput mundis*.

Lucinda me vio entrar sorprendida. Creí adivinar que adivinaba en mi ceño el ánimo que pudiese traer para con ella. Fingió arreglar algo en la mesa y luego levantó hacia mí su cara radiante.

—Necesito seguir viendo los mapas, Lucía, pasa que me olvido de los lugares por los que he pasado.

—Aquí los tiene Vuesamercé, tan preparados como siempre. Lo estaba esperando…

Tal vez fue por causa de su voz, pero sentí crecer en mi pecho una inusitada agitación. Respiraba mal, me costaba hacerlo. Faltó poco para que mis apergaminadas manos empezasen a sudar. Era incontrolable.

Era algo así como rencor o rabia senil. Algo semejante a los enojos y furias de los viejos locos internados:

—¡Te he visto como una perra prendida al cuello del hombre que

te golpeó! En la calle que va de la Mancebía hacia el lado de Triana. ¡Te seguí!

—Vuesamercé no es quién para seguirme ni para decirme nada. ¡Vuesamercé, téngase!

Creo que intenté abalanzarme hacia ella con el brazo tendido. Se corrió la mesa que nos separaba. Estalló en un llanto sonoro y corrió hacia el patio interior.

Creo que yo temblaba como un náufrago aterido (mi destino, al fin de cuentas). Mi corazón se preocupaba por sus golpes seguramente desacompasados. (Visto desde esta página y en esta azotea frecuentada por la furtiva elegancia de los gatos, aquello tiene algo de vergonzosamente teatral. Aunque era salvajemente honesto.)

Creo que con el codo barrí la mesa y tiré todos los libros y el tintero de bronce del canónigo. Por suerte creo que no había testigos.

Volví por las calles como quien asciende un calvario sin redención ni gloria. Me eché en el camastro agobiado, deseando ahora morirme de una vez por todas: la vergüenza de la incontinencia es peor que el dolor. El ridículo es el castigo del que pretende justificarse detrás de los sentimientos.

Y eso es lo que soy: un pobre viejo sentimental.

¡PERDÍ EL SUEÑO Y TODA FORMA DE PAZ DEL ALMA! Veía nacer el día como un misterio; y escuchaba en la penumbra del cuarto su infinito morir, porque el día muere en los sonidos de la tarde que vigilaba y reconstituía desde mi camastro. Vocerío de niños jugando al gallo ciego, hasta que uno llora, los últimos martillazos del talabartero, la carreta con la mula del vendedor de agua que regresa costeando el murallón del Alcázar. Después el olor profundo del aceite de oliva con el que los judíos hacen sus fritos.

El alba, en cambio, es apenas un resplandor que necesita alimentarse de silencio. Se va filtrando por las ventanas, tiene algo de ladrón furtivo o de culpable que entra con miedo de ser descubierto. Cae una leche incierta entre las rendijas de la persiana. Avanza por debajo de la puerta. El día nace temerosamente, como quien llega anunciando desgracias.

Estuve tres días así, sin moverme de la cama. Con frío, pese al calor. Echado, aunque sin sueño. Viendo sucederse y envejecer vírgenes las tazas de gazpacho que doña Eufrosia renueva con protestas. Haga lo que uno hiciere, sea quien fuere, en la vejez se termina tratado como infante: con esa mezcla de amor, prepotencia e impaciencia que tanto nos irritara de niños. Ya nadie respetará nuestra libertad.

En el atardecer del cuarto día de postración escuché los aldabonazos en la calle de la Pimienta. Y luego el diálogo rápido pero afligido de dos mujeres. Mi corazón volvió a saltar (el pájaro sobresaltado iba de una costilla seca hasta la otra). Sabía que era Lucía, Lucinda. Seguramente la vieja metida se asustó y mandó alguno de sus mensajeros, generalmente algún morito o un tullido.

Seguramente prepararon algo en la cocina y por fin subieron la escalera. Traían pan, queso, un buen vaso de vino y un oloroso plato de sopa de verduras. Todo preparado con un cuidado que no era el de doña Eufrosia.

—Vuesamercé tiene visitas —dijo la vieja.

—¡Iba hacia lo de mi tío y se me ocurrió preguntar por Vuesamercé…! Me pareció que le será útil este mapa que hizo comprar el señor canónigo y que hicieron los cartógrafos de Leipzig. Toma toda La Florida y está anotado el nombre de ese caballero don

Pánfilo de Narváez que Vuesamercé siempre nombra…

Lucinda, agregando detalles, me abreviaba la incomodidad de la verdad. Y la verdad era su piedad, seguramente su compasión. Nada hiere más cuando se esperan sentimientos de vida, de fuerza, hasta de lucha. Ella lo intuía y se manejaba con habilidad para mentir con detalles, don que es connatural de la mujer.

—¡Vea qué tarde maravillosa, señor Adelantado! Venga que preparamos su mesa en la azotea. Corre un aire delicioso.

Prepararon en la azotea y me dieron tiempo para peinarme la barba y mis ralos pelos largos y canosos, como de pope. Se veía que había visto el tintero y los carpetones:

—¡Es verdad que don Alvar trabaja! ¡Esto me tranquiliza! ¡Es una suerte que no se pierda el relato de esas extraordinarias cosas que ha vivido y que sigue viviendo al escribirlas! —Lucinda hablaba ambiguamente hacia la ignorante de doña Eufrosia pero para que yo la oyese.

—-¿Es verdad que te interesa?

—¿Cómo puede Vuesamercé preguntármelo? Todos conocemos los relatos de Conquista y las cartas de relación, pero lo que Vuesamercé me cuenta es muy distinto. Termina una teniendo una imagen muy distinta de las cosas…

Se despidió para no exigirme tener que acicalarme debidamente. Fingió urgencia en ir hasta la imprenta del tío y voló escaleras abajo.

Comí tranquilamente, frente a mi amiga la Giralda. Persistente, muda, mora. Y cuando doña Eufrosia retiró los tazones, me puse a escribir estas cuartillas, halagado e impulsado por lo que había hecho Lucinda, que ya estaría colgada del cuello moreno de su peligroso amigo.

Tercera Parte

El cacique consideró que ya era tiempo de hacerme huir. Mi situación se tornaba insostenible. Los jefes guerreros y los brujos empezaban a creer que debían integrar definitivamente en su ser los dones extraordinarios que me atribuyeron. Estaban ya convencidos de la utilidad de devorar mis manos y mis pies y alguna otra parte, algún órgano que ellos seguramente habían precisado en sus conciliábulos secretos. Me querrían comulgar con unción y respeto (como hacemos nosotros cada domingo con Nuestro Señor encamado). Sus almas se enriquecerán con el aporte de un ser transoceánico, tan digerible como cualquier otra bestia de la tierra.

Conjeturé que podría demorar un poco ese peligro con la entrega de un secreto espectacular, capaz de transformar la vida de toda la región. La rueda o la pólvora (yo sabía dónde encontrar azufre, carbonilla y otros elementos minerales en tal cantidad como para provocar una buena explosión). Pero eso no había de conducir sino a entronizarme como rey de un reino que no era ni será nunca mío, donde en el mejor de los casos no habría sido más que un rey-impostor.

También pensé en la moneda, que evitaría los inconvenientes, las cargas, descargas y marchas del comercio de trueque. Pero siempre tuve una intuición del peligro de ese invento. Como si fuese algo demoníaco, peor que el fuego, el acero o la pólvora. Hasta tuve cierta repugnancia de tacto hacia las monedas (como observé que la tiene cierta gente rica y bien situada, de la nacida con casa grande…).

El tiempo obligaba a decidirme. Aproveché uno de mis periódicos viajes comerciales de la época estival y dejé mensajes a los pocos españoles sobrevivientes en las otras tribus, la mayoría de ellos con varios hijos y transformándose en guerreros simples o en meros peones de carga. Salvo el negro Estebanico que había sido adoptado como amuleto de la principal tribu de los quevenes (es moro, renegro y de línea tan elegante como la de esas estatuillas de ébano que se trafican en Orán), todos tuvieron un destino tan mediocre como el que les tocó, o habían demostrado tener, en España. Curioso hecho que merece reflexión.

Lope de Oviedo me hizo saber que prefería seguir entre los agaces. Vive allí, más que amancebado, como reproductor melancólico,

perdida toda fibra de hombredad, relajado en la sensualidad.

En cambio Palacios y Dorantes recibieron mi mensaje con buena disposición para la aventura. Esto me sorprendió, porque yo fui claro. No les propuse ir en dirección a Cuba y España sino hacia el Poniente, a contra-España, digamos. Estebanico se nos agregaría, como dije, por simple espíritu de juego y de riesgo. España no es para él algo que pueda connotar alguna nostalgia.

Dorantes y Palacios tenían ambiciones: habían oído hablar de las Siete Ciudades y del Quivira y creían en edificios de oro (suponían edificios desarmables, que podrían vender pronto en forma de lingotes).

Les hice saber que debíamos esperar a reunimos en la próxima migración de verano y en todo caso, si se resolvían, partir desde la costa hacia el Poniente…

Dulján inició la temporada de cacería y me hizo acompañarlo hasta donde se inicia «el camino de las vacas». Su propósito era desorientar a los jefes que pudieran salir en mi persecución, porque mi ruta sería la opuesta: el rumbo del maíz, camino que me conduciría, según Dulján, hacia la proximidad del «mundo de arriba».

—En las planicies de las vacas te encontrarían siempre —me dijo el cacique— pero en el otro camino te protegerán los pantanales de los grandes ríos. Aunque allí tus enemigos serán los caimanes. Son mucho más poderosos que el hombre y conocen todos nuestros engaños y debilidades. Son intratables: nunca respondieron a las preguntas de los brujos. Lloran falsamente, como mujeres. Prefieren el fango, comen carroña o deliciosos peces frescos; esto los torna muy independientes. Odian mucho, se han quedado como sobrando. Son de otro Sol, de otro tiempo de la Tierra. No han sido todaví a redimidos de la cadena de la vida…

Caminamos tres jornadas por el desierto del norte. El cacique llevaba su comitiva de jefes guerreros y esclavos de varias tribus.

Alcanzamos el punto donde anualmente aparecen esos enormes animales velludos, los cíbolos, de cuernos cortos y curvos. Pasan por millares en fechas más o menos precisas, cuyas variaciones los brujos conocen. Son más grandes que los toros de España, pero no tan feroces.

Los baquianos se echan oreja contra la tierra y son capaces de escuchar la proximidad de la manada cuando aún se encuentra a varias leguas de distancia.

Al cuarto día hicieron la señal. Seguramente por la noche o en el amanecer siguiente ya habrían llegado. No se sabe qué los trae tan hacia el sur. No buscan el mar. Tengo para mí que les placen las praderas de pastos tiernos de ese río que llaman Mississippi. Pero, según Dulján, se mueven según extrañas leyes de amor. Por eso galopan como furiosos, con los ojillos rojos como ascuas encendidas. Por amor. Seguramente ese amor mueve el sol y las estrellas, del que habla Dante (que Dulján, claro, no leyó).

Dulján dijo que cinco jefes jóvenes se mezclarían en la manada y tratarían de alancear algunos de los grandes. Eso equivale a una consagración. A veces uno logra prenderse de la cuerna y voltearlo a

mano. Si lo consigue, aunque muera aplastado por los otros, tendrá su lugar definitivo entre los héroes del pueblo. En esto hay algo de nuestro toreo, que además, dicen, viene de Grecia y Chipre, de un misterioso y lejano origen.

Hablamos gran parte de la noche con Dulján, junto al fuego. Me dijo:

—Antes de partir será bueno que hagas alguna de las experiencias de nuestros guerreros. Te será útil para tu viaje. Tu cuerpo está olvidado de muchas cosas…

Estábamos en un roquedal alto y allí prepararon su tienda. Tendieron un lecho de pieles de vaca para que Dulján pudiera echarse cómodamente y fumar sus hierbas embriagadoras para «entrar en el Palacio del Cielo», como dicen en su lengua pintoresca y que costaría mucho traducir literalmente.

Me habló con una voz muy sosegada. Comprendí que había decidido aquel viaje para expresar su preocupación.

—Blanco, ya sabemos que ustedes no son los dioses. No son mejores. Creíamos que erais los esperados, los venidos del mar. Pues así lo pensaron los hombres de gran saber, incluso los ilustres de Tenochtitlán. Fue un desengaño muy triste. Creíamos que traíais las nuevas fundaciones, el nuevo Sol… Sabemos que vosotros también sois sólo una prueba, hombres de paja, como nosotros, apenas muñecos, aunque a vosotros falta aún mucho tiempo para saberlo… Tenéis la fuerza, todavía, de los que se creen verdaderos. Vosotros y nosotros: apenas muñecos, apenas una prueba del Dador de la Vida. Apenas los ancestros del Verdadero, pobres abuelos del hombre que surgirá en otro Sol. Renacuajos apenas, de esos que en la laguna anuncian la aparición de los verdaderos peces.

Monologaba el cacique con la cabeza dirigida hacia el cielo, aspirando lentamente su charuto de hojas. El estrellerío de la noche era muy impresionante.

—Ya sabemos de vosotros, blanco. Pasaron muchas lunas y muchos cielos desde que los primeros de los vuestros llegaran a las islas en sus palacios flotantes. Y de la entrada en Tenochtitlán sabemos…

Fue duro escucharlo. Los emisarios de las tribus cercanas que habían llegado hasta México o bogado de isla en isla, habían hecho lamentable relación de los hechos que hoy conocemos. Como en una fatal elegía o como un recitador de letanías de muerte, Dulján enumeró agravios:

—Habéis calafateado vuestras barcas con la carne y la piel de nuestros hombres. Humillasteis al padre ante el hijo. Los dueños de la tierra se vieron esclavos y reducidos al trabajo de las bestias, buscando dignamente morir lo antes posible. Tú sabes que familias enteras, pueblos enteros, se encierran en sus chozas y las inundan de

humo para morir abrazados. Tú sabes que vuestros mastines están enseñados para devorar a nuestros hijos. Y predicáis, blanco, un dios de bondad y de perdón que se dejó amarrar a una cruz para dar ejemplo. Negáis vuestro propio dios, blanco, y esto es muy escandaloso. Avasalláis los hombres, los árboles, los bosques. No respetáis las hembras fecundadas. A vuestras propias plantas les imponéis el rigor de la esclavitud, siempre en tristes filas, no como las dispuso milagrosamente el Señor Dador de la Vida… Blanco, sabemos que desaparecemos, como decían las profecías, pero sabemos que vosotros no sois los dioses, es una pena… Ahora seremos viento en el viento. Nos habéis aliviado de la ilusión, ahora nos podemos ir porque este Sol ya no se encenderá ni con la sangre de todos los hombres y animales de la Tierra… Ahora sabemos que os buscáis a vosotros mismos en cada puñalada que nos dais. Sabemos que no veníais traídos por vuestro dios, sino más bien huyendo de vuestros propios demonios…

AL AMANECER SE OYÓ UN RUMOR PROFUNDO, como si surgiese de las entrañas de la Tierra. Vimos en el horizonte una gran nube de polvo. Era el río de los animales, el torrente de salvajes cíbolos, la descomunal torada. Aquellos guerreros, parados en las piedras, miraban con silencio religioso ese espectáculo de fragor y poder naciendo del desierto. Dulján cree saber que se mueven siguiendo el rumbo de las estrellas. Siempre pasan por el mismo sitio dejando su estela profunda de bosta y de pezuñas que escarban la tierra árida como un cauce reseco. También dice Dulján que la manada conoce o intuye las corrientes secretas que corren bajo la tierra y que saben alcanzar los lugares donde ellas emergen. Allí inician las bestias jefes y los machos ambiciosos sus feroces combates por el poder y por las hembras. Establecen sus nuevas jerarquías, renuevan su gobierno. Eligen los mejores: los que mejor saben del camino de las estrellas y de las zonas donde es posible la vida.

Nos vimos envueltos en el polvo de tal modo que la mañana se hizo crepúsculo nocturno. Bramidos, el sordo retumbar de miles de cascos. Bramidos y el olor profundo de una bestia única y gigantesca, un dragón múltiple, de infinitas cabezas. Nos cubrimos la cara con las manos, para filtrar el polvo. Si intentaba hablar, sentía mi voz temblar en el pecho, sacudida.

Fue entonces que los jóvenes guerreros, enardecidos, intentaron las suertes del coraje. Se acercaron al río de toros, algunos con insólita temeridad, y arrojaron sus lanzas de madera quemada, preparados con esmero. Uno quiso prenderse de una cornamenta: resistió un tiempo hasta que cayó bajo la miríada de pezuñas. Fue despedazado y desapareció en la tierra arada por la bárbara manada. Casi no quedaron rastros del más valiente.

Protegidas por los guerreros y un poco más alejadas, pasaron las hembras y luego las crías. Al final los más viejos, en sus laboriosos esfuerzos para alcanzar por última vez un último verano.

Yo debería seguir el largo rumbo del maíz. El cacique marcó con una vara dos arcos opuestos sobre el suelo polvoriento. El que señalaba el camino del maíz se curvaba hacia el sur y hacia la costa del otro mar infinito, luego entraba hacia la tierra de los mexicas y las altas cumbres, las «cumbres misteriosas» como decía Dulján. Montañas en altura inimaginable, «desde donde descienden los Fundadores cuando se nubla el Sol».

Durante todo el siguiente día los guerreros y los esclavos estuvieron recogiendo el excremento de los cíbolos. Por la noche, un grupo de ellos regresó con un enorme toro descuartizado. Había sido herido de un lanzazo y fue agonizando hasta caer a dos leguas de nuestro campamento. Habían recogido la sangre en los intestinos del animal abatido, y hubo un brindis general cuyo sentido ritual me era ajeno. La imponente cabeza del toro quedó en medio de las tiendas del improvisado campamento con toda la autoridad de un dios. Trajeron como homenaje al cacique los párpados cortados de la bestia. La grasa de los ojos, así cruda pero todavía con la tibieza del cuerpo, es considerado el supremo manjar. Dulján no tuvo otra ocurrencia que convidarme y no pude negarme. La repulsión es más imaginativa que de paladar. Pensé que había comido hormigas y gusanos puestos como jalea sobre corteza de pino joven y aquello que tragaba no me pareció lo peor. Recuperé el gusto con el maravilloso asado que se hizo por la noche con la carne del toro gigante. Era realmente delicioso y me hizo recordar los mejores mesones de la lejanísima Andalucía. También el estómago sabe levantar nostalgias y melancolías.

El cacique seleccionó unos pocos hombres y partimos hacia otro punto de aquel desierto.

—Tienes que hacer una experiencia que desde jóvenes hacen todos nuestros guerreros. Sin ella no podrías alcanzar el camino del maíz ni el portal de las Ciudades Sagradas.

Llamó a aquello algo así como «experiencia de la Tierra sustentadora».

Armaron un campamento y me hizo internar en el desierto durante una entera jornada acompañado por dos de sus baquianos.

—¡Tienes que saber para siempre que no hay nada que debas temer de parte de la Tierra! Que tú mismo eres Tierra. Aunque tú pareces como caído de ella, o como si te hubiesen echado de ella los tuyos, los mismos que te enseñaron a vivir. Pero puedes volver, debes volver… —dijo Dulján al despedirme.

Los brujos y baquianos, que no hablaban palabra, como cartujos, me señalaban los lugares donde había alguna raíz no tan reseca o restos de animales. Con dos piedras y agua se preparaba un menjunje alimenticio y tuve que aprender lo más difícil, tragarlo. Me hicieron raspar la tierra para distinguir los terrones más nutritivos, si esto cabe. Si se mira bien, un simple puñado de tierra tiene muchas diferencias y posibles usos. Durante el primero y segundo día sufrí cólicos por alimentarme de «la tierra portadora», después me acostumbré al espartano manjar. Había dicho Dulján:

—Tienes que aguantar, blanco. La tierra te va dejando su sustancia al pasar por tu cuerpo. Tus venas se alimentan y la sangre cobra fuerza como con cualquier otro alimento. Así se aprende a no temer más el hambre. Para siempre…

Con dos piedras, aprendí a reducir a polvo raíces secas y pieles de iguana resecas como suelas. El brujo me enseñó a sorprender y atrapar las serpientes; a sacarle el veneno haciéndole morder un borde de piedra y luego a beber su humedad y su sangre y comer después la carne blanca que, en algunas especies, es tan sabrosa como la de los camarones o la de los pollos bien criados.

Creo que comprendí la ciencia de San Antonio en el desierto: gozar la pasta de las orugas, chupar las patas del alacrán como si fuesen las de nuestros mariscos. Me hice ducho para urgar en pos del agua y extraerla de los troncos y frutos de tunas y otros cactos salvajes. Esto no es lo más fácil. Los brujos sabrían extraer agua o humedad hasta de las piedras o de los libros de la biblioteca de teología del convento de Santa Clara.

Realmente creo que mi entrenamiento fue muy válido. Si uno alcanza a aguantar lo peor y lo repugnante, es difícil no sobrevivir en las más adversas condiciones.

CUANDO VOLVIMOS ABRACÉ A AMARÍA Y A LOS NIÑOS. Tuve la triste sensación de que ya había comenzado un fin que nada podía cambiar. Yo no podía llevarlos en mi destino, sacrificarlos introduciéndolos en una España que los considera más como animales curiosos que como humanos.

Eran seres de la Tierra. Amaría parió sus hijos como los pare el ante o la ceiba cuando larga su fruto. No le enseñé palabra alguna en español, porque el idioma, el conocimiento, pervierten. Durante aquellos años el silencio y el gesto nos comunicaron mucho más que las palabras. Y ella pudo seguir siendo ella misma, de su pueblo.

Los chorrucos evitan a toda hembra de su raza el peligro del conocimiento teórico. En esto son muy parecidos a los montañeses gallegos y a los atroces aragoneses.

Los niños, Amadís y Nube, corrían por el llano levantando polvo, a una velocidad increíble, junto con los más pequeños de la tribu. Pasan los días mezclados por edades. Más o menos como en España, juegan a las cosas que los grandes juegan tomándolas por serias: son guerreros y se pintarrajean con barro, o son madres y mecen una muñeca de ramas, o son brujos y se asustan entre ellos.

Los educan para despreciar a los viejos: les arrojan terrones o estiércol de venado. Lejos de ayudarlos con sus cargas, los empujan hasta hacerlos caer malamente bajo el hato de esa leña que deben transportar desde el amanecer. Entienden esto como una forma de piedad que inculcan a sus niños: tratar de beneficiar a los viejos con la muerte y, a la vez, de aliviar lo antes posible a la comunidad de la carga y la tristeza de todo cuerpo que pasó los treinta o treinta y cinco años de vida.

Por cierto yo no podía llevar a Amaría y a los niños en mi aventura. No se los puede sacar de su tierra, de sus paisajes ni de sus dioses. La familia no es entre ellos tan importante como para renunciar a las vinculaciones y obligaciones esenciales de su comunidad. No podía imponer mi comodidad de afectos ni mi egoísmo. En ningún caso podía pretender llevarme a mis hijos, porque entre los chorrucos la tribu se sobrepone de lejos al derecho que puedan creer tener los padres. Recuerdo que medité durante muchos días estas circunstancias y confieso que no me costaba mucho

entender las razones de los chorrucos en lo que hace a organización de la vida. No me pareció que fuese superior ni inferior a la nuestra. Las mujeres no sufren por la lejanía de los hombres o por su muerte. Más bien están acostumbradas a lamentar su mediocridad: que no quieran ser héroes o adquirir el conocimiento de los magos y que prefieran vegetar en las chozas como labriegos, cazadores o soldados sin mucha valentía. A veces, cuando hay razones fundadas, estos maridos-zánganos son eliminados, generalmente mediante envenenamiento de pócimas que preparan las matronas bajo autorización directa del cacique.

Amaría, emparentada con el cacique y con dos hijos, podría pretender casarse con algún jefe, o con varios, o habitar en las chozas de las matronas que eligen sus hombres por temporadas y prefieren vivir sin la pesada y generalmente violenta presencia de lo masculino. Traté de convencerme, de aliviar el adiós. Pero a veces la verdad no convence ni puede superar la Culpa, que siempre vence o convence, por lo menos a nosotros, los hombres del mundo superior.

En un amanecer tibio y rosado por el caliente sol del verano confié a Amaría que debía partir. Había en su mirada una dulzura infantil y alegre. Me señaló el mar, las olas que una y otra vez rompían en la playa; luego señaló el cielo y su brazo describió un amplio y lento arco omnicomprensivo. Después se sonrió y se zambulló para nadar con los niños.

REVIVÍ EL SENTIMIENTO DE LA ALEGRÍA DE PARTIR, otra vez, hacia lo desconocido. Exultación. Temor y llamado de lo ignoto, lo nuevo. Esas tierras que avanzaban hacia el infinito oeste, en un continente que el genovês Colón, hasta morir, creyó que eran las Indias. ¿Qué nos esperaba? (Creo que era una apuesta, como en una mesa de juego. Pero perder podía costar la vida. Ésa era la diferencia. Y tal vez, mientras anoto esto, pienso que no fuimos otra cosa que una generación de terribles jugadores.)

Había pasado casi seis años en el mundo nuevo de una tribu modesta de los llanos. Años que se escurrieron como agua de mar entre los dedos. (No mentí demasiado en mis *Naufragios* cuando reduje todo a un par de carillas: ¿Cómo explicar los contenidos de un mundo que no se comprende? O se desprecia o se comprende, y ninguna de esas dimensiones me habían afectado todavía.)

Dejaba una familia en estado salvaje, una familia no cristiana. La familia del cuerpo y de los sentidos. Me desprendía de una etapa y me echaba por inciertos caminos. Había estado años al lado de Amaría. Había engendrado en su vientre. Pero nunca la sentí esposa a nuestra manera. Fui tan despreciativo como un britano, o tal vez aquello sucedió así porque seguía alentando en mí el demonio de la libertad. La voluntad de enfrentar solo y sin España ni Cristo ni nadie, los espacios abiertos de ese mundo nuevo y virgen. Sentí la ebriedad del aventurero, la ceguera del iluminado.

¡Qué exaltación!; el estero en la oscuridad de una noche sin luna. La extraordinaria fosforescencia de la rompiente del mar. Las luciérnagas como efímeros cometas perdidos en el espacio que sirvieran para iluminar brevemente los perfiles del capitán Dorantes, de Castillo, del negro Estebanico que serían mis compañeros de jornada.

Surgía aquí, en la azotea, aquel otro Cabeza de Vaca, frente al que muere en un largo atardecer. Llenó de un salto esta azotea. Lo vi con nitidez en estas alucinaciones imaginativas a las que somos propensos los viejos. Tenía la plenitud sin arrogancia de quien anda lleno de días por delante.

Creo que me miró sin prepotencia: soy apenas su escribiente, su muriente. Soy su tumba, su memoria. (Él podrá despreciarme, pero sin

mí y mis cuartillas, no existiría.)

Me pareció que era más alto que yo. Su pecho y su cabeza se proyectaron hasta cubrir la Giralda. Estaba desnudo. Apenas cubierto con un taparrabos de venado, cuyas tiras ajustaba con un nudo marinero de su invención, que mis manos ya no podrían repetir. Sus piernas y sus brazos tenían músculos correosos, eficaces. Cuando nuestro cuerpo cae en el tiempo, las rectas del perfil se transforman en curvas, la carne en blanduras, la velocidad en titubeo.

Ese que pasó un instante ante la eternidad del cielo sevillano era el que vivió aquella noche de partida hacia lo desconocido. Era el mismo que se despidió emocionado del cacique. Se encontraron sigilosamente en la noche de la partida para no ser vistos por jefes y brujos de la tribu. Fue cuando Dulján le entregó el amuleto tallado en turquesa, símbolo de la «confianza sagrada». Les ayudaría en el «camino del maíz» y en las escarpadas sendas del «mundo de arriba».

Dorantes y los otros pretendían conservar sus cuchillos, hopalandas de piel, escapularios y hasta la Biblia que había usado Narváez en sus prepotentes «requerimientos». Discutimos. Les dije que eso sería suicida. Sería como entrar en América con toda España encima. Traté de convencerlos de que la Biblia era también un objeto y que lo importante no era exhibirlo como un talismán sino llevarlo en el gesto, en el corazón, en la conducta. Y que si el tuerto miserable de Narváez lo había usado para justificar sus matanzas y robos, era mejor no llevarlo. Dije que no transigiría.

Pese al apuro tuve que aceptar que Dorantes se pusiese a cavar un pozo para enterrar el Libro. Hicieron un pequeño túmulo y lo coronaron con una piedra del mar.

Después, con menos reticencia, se despojaron de otros objetos que pretendían conservar y de la hopalanda de Dorantes. Costó que Castillo aceptase renunciar a un puñal que tenía por vaina un cuerpo de Cristo. Impuse en este caso también mi autoridad y arrojamos el repulsivo instrumento en el estero.

Yo no podía permitir que iniciáramos camino descuidando la sabia indicación del cacique Dulján: presentarnos a los sucesivos pueblos del rumbo del maíz, desnudos de todo, desarmados y sin la prepotencia de sentirse el brazo de Dios.

Así fue como le dije a Dorantes:

—En verdad, Andrés, todo lo que hemos traído del otro lado del mar, ya lo hemos tirado en estos años y no necesitamos exhibir lo bueno que nos pueda quedar del lado de adentro, lo que hemos aprendido en brazos de nuestra madre…

HE NARRADO EN LOS *NAUFRAGIOS* algunos detalles de esas largas jornadas en las que fuimos perdiendo temor de la Tierra y de las tribus que

pudiésemos encontrar. Cruzamos los cuatro grandes ríos[1] y las cinco regiones que separan el camino de las vacas de la mítica ruta del maíz.

Hombres nuevos en tierra nueva. Desde el inicio fuimos reconocidos como terapeutas. En cada pueblo del llano respetaban el talismán de turquesa que yo llevaba. Nos conducían ante los jefes de aquellas tolderías y enseguida ante los enfermos. Muchos, en efecto, se curaban por su poder de creer en nuestros poderes.

He contado el episodio de uno que estaba muerto y que resucitó al día siguiente del que le pasara las piedras de lava que llevaba en mi alforja. La piedra absorbió esa muerte. Estoy seguro porque la noté fría y pesada cuando la devolví al bolso de venado. Tan fría y pesada como un macizo canto rodado extraído del torrente.

Yo no puedo decir nada de estos misterios. La voluntad de Dios pasa a través de nosotros. O no.

Exultantes, nos pagaban con tal cantidad de corazones de venados que no podíamos cargarlos, de modo que invitábamos a comer a todos. En los lugares más desérticos nos proponían inesperadas frutas, pájaros coloridos, deliciosas doncellas.

En algunas de esas poblaciones se inclinaban a adorar a Estebanico. Lo rodeaban a él y él se dejaba alabar sonriendo. Las viejas matronas sopesaban su sexo que parecía más negro que el resto de su piel renegrida. Él reía o asumía posturas estatuarias. A veces los brujos y los niños bailaban alrededor.

Confieso que siempre temí, como una premonición de lo que sería su destino, que lo sacrificaran para halagar a sus dioses. Es lo que más debe uno temer en estas tierras de América: lo que esta gente está dispuesta a hacer con tal de calmar la melancolía del dios Sol, en extinción. Pero Estebanico reía y no temía nada. Se transformaba en el principal oficiante de su propio ritual: bastaba que escuchase un tamboril para que él tomase otro y empezase a batir el parche con un ritmo maravilloso que viene de esas tierras impenetrables de África en las cuales nació. Las tierras del Preste Juan.

En estas vastas extensiones que van desde La Florida hasta esas laderas de los montes rocosos (que por fin habíamos alcanzado sin mucha penuria), nunca se vio negro alguno y por cierto nunca más lo verán. Y si alguna vez llegan otros, seguramente los adorarán y los ensalzarán como ahora a Estebanico.

Nos creían miembros de alguna exótica tribu nómade. Iniciados en busca de las ciudades secretas de la montaña. Nada en nosotros demostraba nuestro origen transatlántico. Evitábamos levantar sospechas. Cuando hablábamos, no decíamos ni España ni Castilla ni Cristo. Convinimos en hablar de «Hisperia» y de «El Señor». Y siendo ya avanzado nuestro viaje, logré que hablásemos en lo posible en la lengua de los caddos, que es la que más conocíamos. Era necesario

porque algunos jefes y caciques del llano ya sabían lo ocurrido en La Florida, en México, en las Antillas. Quienes habían tomado por «dioses barbados que venían del mar», se habían mostrado como demonios de segunda. Los temidos *tzitzimines*, portadores de muerte. Ladrones, violadores y asesinos malhumorados que repetían sus trágicas conductas en casi todos los puntos que estaban tocando de las nuevas tierras.

Nuestra arma mayor, nuestra identificación con el espíritu de esa tierra y con esa costumbre de hombredad de esos pueblos, era nuestra desnudez. Logré imponerme a todo intento de insistir en la indumentaria. Aunque a veces utilicen trajes de cuero o de algodón, según la temperatura, los hombres del llano piensan que la desnudez es una condición básica, como en los animales. El hombre desnudo es lo justo, y estaría capacitado para sobrevivir de ese modo al igual que sus otros hermanos del reino animal.

De este modo vimos renacer en nosotros fuerzas corporales secretas. Nuestra piel se gastaba y la cambiábamos con la estación casi como ocurre a las serpientes. Las plantas de los pies crecieron como flexibles suelas y nuestras uñas se fortalecieron hasta acercarse a la primigenia garra animal.

Los de estos pueblos no tienen barba o la tienen muy rala. Conjeturé que las nuestras, tan abundosas y cerradas, tienen que ver con un origen vinculado al frío polar. Mi barba era la más larga y abundante y varias veces me la corté, como quien entabla una batalla contra uno mismo, y tantas veces desistí.

Es peligroso que a uno lo tomen por un dios barbado venido del mar y después no saber estar a la altura de tan generoso crédito.

CRUZAMOS EL FAMOSO DESIERTO donde los gatos salvajes cantan durante las noches como ruiseñores enamorados. Avanzamos por las tierras donde aúlla el chacal amenazando a los invasores de sus heredades. Cruzamos los eternamente inundados esteros de fango, defendidos por terribles tábanos, serpientes ponzoñosas y disimuladas sanguijuelas. Es allí donde viven, cubiertos de fango fétido, los desagradables y traidores homopuevas. Hombres primigenios, seguramente anfibios, que pasan sus vidas durmiendo en el fondo de las lagunas. Dícese que emergen brevemente, movidos por el amor. No tienen cabeza. Sus ojos están en el pecho, más o menos en el lugar de las tetillas, y la boca, ancha y de finos labios femeninos, a la altura del ombligo.

Estebanico juró haber sido corrido por uno. Pero son visiones que concreta su propio miedo. Estebanico es negro y moro, no puede tener la entereza de nuestra condición.

Otra vez volvió temblando. Lo habíamos mandado en busca de moras salvajes y dijo haber visto animales caudados, con una cresta

serrada y blanquecina, de hueso o de marfil. Estos dragones habitarían el gran desierto que separa el comienzo del camino del maíz. El capitán Dorantes también aseguró que existían y que aquello no era mero delirio del negro. Dijo haber visto grandes huellas porque probablemente estamos en un punto donde se mezclan o confluyen las edades del mundo (los «Soles», como dicen los hombres del llano).

Nuestra marcha era pareja. Teníamos buena provisión de corazones salados y de tunas. Nuestros odres con buena agua. Fuimos bordeando la cordillera de rocas abruptas y a instancia de Castillo y de Dorantes pugnamos por acercarnos a Ahacus, que sería la primera de las Siete Ciudades. Ellos creen, desde la facilidad de la ambición, que sus calles y sus palacios son de oro.

Continuamente indagaban, cada vez con más ansiedad. Dimos con un poblado de indios leprosos, que viven en fosas que cavan en el polvo del desierto y ellos les señalaron la posición de Ahacus. Durante una semana viajaron en esa dirección, pero no encontraron nada.

Los indios, como Dios, no necesitan más que nuestra propia ambición para manejarnos o para castigarnos.

1 El río Brazos, el San Bernardo, el San Antonio y el Colorado hasta el Grande o Bravo. Los actuales estados de Louisiana, Texas, Arizona, Nuevo México. (*N. del E.)*

CAYÓ UN SÚBITO Y VIOLENTO AGUACERO que me sorprendió en la azotea con todos los papeles desplegados, en plena singladura recordatoria. Me apresuré: bastan unas gotas y el Malhado, Dulján, Amaría, Estebanico y todo aquello desaparecería para siempre de toda memoria. (¡Qué responsabilidad estar tan cargado de muertos y de ausentes, de misterios!) Siempre andamos como bordeando el absoluto silencio de la eternidad. Nuestra memoria, empecinada, no hace otra cosa que andar hurtando retazos a ese olvido primordial. Esa niebla tragona que nos espera con paciencia. Equilibristas somos. Caminantes en el filo de la espada.

Presurosamente cubrí las cuartillas con un hule y me quedé parado bajo el alero observando cómo la misma Giralda empezaba a temblar. Se iba esfumando en el aguacero cerrado. Mientras desaparecía, me sentí como un pequeño dios protector del destino de esos seres que corrían por las páginas. Cosas de viejo terco. ¡Yo mismo estoy desapareciendo como la Giralda en el aguacero y me preocupo de robar memoria! No me resigno a cerrar la puerta y partir.

Y sin embargo uno debería irse despidiendo con dignidad. Así como la Giralda se borró momentáneamente (esperemos que reaparezca después del chaparrón), un día será el último en que yo pueda verla. Habrá un día que será el último en que veré al gato del panadero doblar la esquina…

La lluvia me instaló en este melancólico y lúgubre espíritu de despedida. Pero curiosamente, cuando me senté frente al escritorio de abajo, junto al acogedor candil, sentí casi amor por el tintero de bronce y el sillón, tan formado ya a la curva de mi cuerpo.

Abrí el hule y de las cartillas intactas resurgieron esos seres que yo robaba al olvido. Nube, Amaría y Amadís y el olor de las hierbas que fumaba Dulján para caer hacia el cosmos en la noche estrellada. Los hombres-ratones cuyos rostros son anónimos. El sabor de la tierra preparada con raspadura de raíces (lo vuelvo a sentir en mi lengua). Y la palabra de Dulján: «Mamar de la teta de la Tierra infinita, madre».

Y resurgió una frase de Amaría cuando estábamos en nuestra tienda en la costa del Malhado, con los niños junto a las brasas de leña, viendo el repiqueteo de las gotas de lluvia fuerte sobre el lomo gris y quieto del mar: «El gran Señor Dador de Vida es la lluvia. Es así

que viene él a amarnos, a visitarnos. Ésos son sus pétalos, de agua, de vida…»

El gran salón. El gran teatro. Todos nos tenemos que ir despidiendo. Algunos con tiempo, otros sin ni siquiera poder tender la mano a los que seguirán un rato más de este lado. Y de seguro que nuestro grupo, nuestro Salón, no será tenido por el más aburrido de la historia. Si cada generación es como un pequeño pueblo que se va deslizando hacia ese antes comentado olvido, hay que decir que el nuestro tuvo sus buenos personajes. No me cambiaría de época, salvo por los tiempos de César.

Algunos han sido águilas, otros bueyes, otros apenas ratones del llano. Tuvimos en nuestro salón al rey Fernando, a Cortés, al genovés sinvergüenza y marrano. Y desde Moctezuma, el gran señor, hasta el humilde y sereno Dulján o el desdichado Ata-hualpa. Y mi madre y mi padre —sumergidos en la sombra del abuelo terrible. Y mi abuela con sus historias. Y Amaría y la frágil y silvestre Nube, corriendo entre cervatillos y crías de chacales. Y los grumetes que se ahogaron sin dejar recuerdo de su nombre. Y esos mugrientos seres de sentina que de algún modo son el alma oscura de los barcos. Y espléndidos capitanes entrando en su día de gloria. Y los sórdidos cagatintas cortesanos como ratas acosando los leones heridos. Un buen Salón, al fin de cuentas. Con todo lo que puede traer la vida: el ángel y la alimaña. Y en lo alto el gran rey Carlos, Primero y Quinto. Emperador in-vencido que murió viendo el deslizamiento de los últimos metálicos segundos, implacables, en el reloj que le trajo el niño don Juan de Austria, su hijo e hijo de la bella doncella de Ratisbona. Y el viejo Oviedo refunfuñando contra los conquistadores. Y el pobre Estebanico devorado por la capa de hormigas, el más horroroso manto, que no mereció su inocente imprudencia.

El Salón, mi salón, se vacía. Casi todos están ya más bien del otro lado. ¿Esperará alguien a alguien?

Basta una lluvia para que uno caiga en filosofía. De ser así, dentro de poco los más grandes filósofos serán los de Flandes y los de Alemania, ya que viven como peces, en la humedad eterna.

Lo cierto es que voy siendo uno de los últimos en partir, como esos pesados que se quedan hablando borrachos en las fiestas. Me siento obligado hacia estas cuartillas. Me visto con traje de ceremonia, cada noche, para encontrarme conmigo mismo. Me saludo y empiezo a

escribir. Soy casi ya el bisabuelo de aquel Alvar Núñez que se presentó desnudo el otro día en la azotea. Aquel que nadó entre los tiburones del Malhado y que tuvo en el mundo la ocurrencia o el coraje de meterse tierra adentro, sin coraza ni escapulario. ¿Ese Alvar se asomará así, poderoso y sarcástico, para curiosear el velatorio de este abuelo escribiente, este viejo que vive de la memoria de sus restos? Aquel Alvar temido por las serpientes ponzoñosas, respetado por los chacales del desierto. ¿Habrá existido o será también ilusión de una tarde de lluvia?

Basta de digresiones y de filosofía *in humido:* reaparece nítida la Giralda con todo su garbo y una corola de golondrinas juguetonas.

CORTÉS HABÍA BAJADO A SEVILLA para arreglar cosas de su testamento. Fue la última vez que lo vi en el «Salón». Fue, claro, en el verano de 1547, a tres años de mi llegada en cadenas desde el Paraguay y cuando yo estaba en plena lucha contra calumniadores y cagatintas. Se sabía que quería testar en favor del hijo que había tenido con doña Mariana y que se llamaba Martín. Algo se debería remover con fuerza en el fondo de su complicada alma como para resolverse a bajar en pleno verano al horno sevillano.

Se instaló en el Mesón del Moro con todo el fasto digno de un marqués advenedizo, de esos que tratan de convencer a todo el mundo de que en realidad lo son. Le mandé un recado porque quería evitar ser desterrado a Orán, el castigo que mis enemigos habían imaginado. Nos vimos en la tarde siguiente.

Cortés y su corte ocupaban medio mesón. En las esquinas del patio estaban sus guardias vestidos con los colores de la «casa de Oaxaca». Si se cuidaba de alguien sería más bien de algún cornudo retrospectivo, que los hay y hasta abundan.

Habían tendido sobre el patio, sostenido por sus cuatro palmeras, uno de esos toldos de loneta fina que por aquí llaman velas. Fue en esa extraña luz tamizada, a la peor hora de la siesta, que lo vi, sentado en un fastuoso sillón de mimbre. Avejentado, triste, caído. Pero sobre todo tan pálido como para que yo tuviera la sensación de que venía del otro lado sólo para poner la firma al testamento que cancelaría alguna de sus culpas. Su piel era blanca, transparente. Se decía que estaba doblegado por el mal de Nápoles. La enfermedad y la vida de la Corte (tal vez sean términos equivalentes) le habían hecho perder la robustez campesina, o de soldado romano, que era la cualidad con que lo recordaba desde nuestro ya lejano encuentro en México-Tenochtitlán. Se casó con una sobrina del duque de Béjar y ya no volvería a México. Pensé que ese hombre extraordinario concluía por donde yo había empezado: en una casa señorial. Cumplía el sueño de todo hidalgo pobre de Sevilla o de Extremadura. Mucho servicio, sábanas bordadas de hilo, escudo en el pórtico. Cuando a su vuelta se integró en la Corte, el Emperador lo recibió muy bien y con deferencia. Pero era demasiado para cortesano. Era un capitán vencedor, no un noble divertido, culto, buen catador de vinos y

confidente de mujeres. Este hombre que había vencido en los más peligrosos desafíos militares, perdió la batalla de los saludos y las invitaciones. No lo pudo evitar: no le perdonaron su pasado de aventurero pobre y mujeriego; el no haber podido pagar su pensión de estudiante de Salamanca. Un marquesado no basta, se requiere solera y elegante descuido de sus ancestros. No tenía Cortés más antepasado que sí mismo, que su coraje. Siempre había corrido hacia adelante, hasta para ennoblecerse. En este sentido su destino de acción (esa construcción insensata en la que más bien perdemos la paz del alma y todo sosiego), había coincidido perfectamente con el destino de España que hoy es imperio universal y donde, ayer nomás, la reina Isabel se jactaba de poder invitar al arzobispo de Toledo porque había pollo para el almuerzo.

Mientras Cortés hablaba, sentí que yo nunca había creído en ese futuro. Nací con el futuro puesto, dada mi estirpe. No hice otra cosa sino tratar de desembarazarme de él buscando más la aventura que la conquista y el poder. Fui un peatón, un caminante de reinos perdidos, de nuevos misterios. Para consolarme, más de una vez, cuando me tenían detenido, conjeturé que el castigo no era absurdo pues en lo profundo de mí nunca había cumplido con los propósitos del Imperio.

Ese gran hombre, el gran Cortés, ahora se había quedado sin porvenir y su vida se vaciaba. Pero lo grave es que se había quedado sin su América. Volvía a encerrarse en España, en la Corte y así perdió todo. Porque sólo en ese infinito de América fuimos libres. *Fuimos*. Sólo allí la ramera de Triana se volvió duquesa, Cortés se hacía marqués y el chanchero Pizarro, virrey. Sólo allí los hombres dan de sí lo que realmente pueden y quieren.

Me miraba. Estaría sorprendido de verme ya menos indio, menos desnudo y con los pies acostumbrados al calzado fino. Se acordaría de que, cuando lo conocí, no podía soportar todavía las botas que el virrey me había prestado.

Me estudió. Sonrió y ordenó se me sirviese un vaso del vino fresco que estaba tomando. Tenía la piel transparente hasta un punto inquietante. Noté que se le acumulaba un rocío de transpiración en la frente. Tuve la fugaz intuición de que se estaba muriendo, allí mismo, en el sillón de mimbre del Mesón del Moro.

Cortés divagó. Prometió ayudarme (despacharía esa misma tarde una esquela para mejorar mi situación en el Tribunal).

—Quiero que mi hijo Martín, el indio, sea tan heredero de mí como los otros. Y quiero ser enterrado en Coyoacán. Para esto sólo vine…

Dijo que no me había olvidado con las vueltas de los años. Yo era el único que había entrado a descubrir por los caminos del desierto,

mezclado con indios, como un indio más.

—¿Quiénes eran? Nunca los he conocido… Los traté sólo para manejarlos, para vencerlos. Fueron en realidad muy poco hábiles… Pero lo que pasa es que no creían ya en sí mismos. No creían más en el hombre, en los hombres, ni en ellos mismos… Pero en todo caso nunca los hemos descubierto. Más bien los hemos sepultado, que es tal vez lo que querían: andaban en decadencia, como desenterrados… Vusted, don Alvar, debió haberlos visto y conocido realmente. Desde el Palacio sólo se manda, se pone preso, se mata… Creo, con los años, que los vencimos por el solo hecho de creer que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios.

—¿Qué Dios? —le pregunté. Me miró con cierta perplejidad.

—Dios, el único. Nuestro Dios. Que es el Dios de Abraham, de la Biblia y de Cristo. Nuestro Señor. Vencimos porque teníamos un dios más fuerte, don Alvar…

—Tal vez no vencimos, tal vez sólo hemos agregado territorios creando una enorme España, grande y débil, pese a todo lo que dicen. —Y repetí una frase que dije varias veces y hasta anote en los *Naufragios:* —Sólo la fe cura, sólo la bondad conquista.

—Si eso pasa es más bien por el lado invisible del mundo, que es como la cara oculta de la Luna. Yo me refiero a las conquistas, reales, las que hacen los ejércitos y las administraciones. Todo lo demás… Sin ir más lejos su propio caso, don Alvar: ninguno de los territorios que descubrió en sus periplos han quedado agregados a la Corona. —Se quedó pensativo, bebió un sorbo de vino y agregó:

—Y sin embargo es también verdad que parecería que nada hemos conquistado. Como si hubiésemos pasado por encima, sin tocar en profundo… Tengo apenas un recuerdo como de seres leves, de esos que habitan los sueños y que son barridos en el despertar. A veces me pregunto si no habremos sido como aquellos bárbaros que llegaron a Roma y la sepultaron sin darse cuenta de lo que hacían. Tal vez nosotros y los curas y obispos no tuvimos el coraje de explicarle al Rey la verdad de esas tierras. Yo escuché decir a Las Casas que esos hombres creían más en sus dioses que nosotros en el nuestro: probaban con la muerte y la extinción que creían en sus dioses y que sin ellos sus propias vidas carecían de significado. Se suicidaban, se enfermaban de muerte lenta… Yo estoy seguro de que Vusted es el que más sabe de estas cosas porque conoció a aquellos seres de igual a igual. A propósito, dicen que Cabeza de Vaca fue el único que vio las ciudades sagradas, ¿es verdad?

Entonces le conté algunas cosas de Ahacus. Pero callé lo de los Tarahumaras de la Sierra Madre porque no me entendería o me tomaría por débil o loco. Sólo hablé de la visión de Ahacus.

—Y cuando a su vuelta de México Vusted arriesgó hasta el último

centavo de la fortuna familiar en la expedición al Paraguay, ¿fue para buscar las Sierras de Plata?

—No. Ellos me interesaban ya por lo que sabían más que por lo que tenían. Con el Potosí bastaba por todas las Sierras de Plata… Tal vez quise ser un conquistador distinto, y eso es imposible. Ni los hombres de Iglesia me dejaron. Fracasé. Y ya me ve don Hernando: defendiéndome de las trampas administrativas…

Hizo una señal a un viejo muy uniformado, seguramente gente que lo había acompañado en los días altos, y dio la orden de preparar una misiva.

—Ese Dávila de la Real Audiencia me debe mucho. Mañana por la mañana tendrá mi esquela sobre su caso.

Dio por terminada la visita. El mismo capitán viejo lo ayudó a incorporarse. Lo saludé con la reverencia que merecen los marqueses, aunque nuevos, y me encontré con sus ojos carentes de todo brillo. Ni siquiera reflejaban ya la resolana de la tarde caliente.

Cortés murió dos días después, ni bien llegado a la casa de Castilleja de la Cuesta. Le dedicaron fríos honores.

AHACUS ESPLENDÍA EN LA NOCHE. Por fin la ciudad secreta, la oculta. Desde el valle la vimos danzar en la oscuridad azul. Una centena de grandes hogueras de troncos de pinos la iluminan desde la base de las altas murallas de mica y de vetas de metal dorado. Por amor de los fuegos, esas grandes murallas de piedra parecen bailar sensualmente, según el lento ritmo de las llamas. Danza callada, fascinante.

Por los contrafuertes roquizos y las altas torres de la ciudad efímera se veía avanzar una columna de antorchas. Esclavos que subían las literas de los grandes sacerdotes llegados para los ritos invernales.

Ahacus seria con seguridad una de las primeras ciudades secretas, inaccesibles. Mis guías acamparon frente a ella, en el borde del río que refresca el valle pedregoso. Era el confín de lo prohibido. Se escuchaban los tamboriles incesantes y las roncas flautas que señalaban la presencia de los chamanes o brujos venidos de país de la alta montaña, el país que se llama de «las Cuatro Regiones del Mundo».

Comprendo que se pueda haber dicho y se crea que Ahacus es una ciudad construida con oro: las micas de sus paredes de roca y las vetas de mineral dorado, seguramente cobre o hierro oxidado, producen ese efecto luminoso aurífero, con el reflejo de la llama de las antorchas.

Cerca de nosotros hay varios grupos llegados desde regiones lejanas. Alzan sus tiendas y encienden fuego junto al río. Danzan en silencio en la oscuridad. Equivalen a peregrinos, pero desconozco sus rogatorias y la naturaleza de sus dádivas. Se aproximan a los misterios, a los secretos de la montaña. Seguramente son hombres de los insignificantes pueblos del llano, como diría el cacique Dulján. Hombres-ratones que no deben ver más allá de sus narices, si no enloquecerían.

Pero no deja de ser posible que la montaña-ciudad esté recorrida por vetas de oro puro. Así lo creyó Estebanico, el negro, según mis relatos y de allí que logró convencer al pobre fray Marco de Niza y al mismo virrey para emprender una jornada hacia «las Siete Ciudades».

Sé, por experiencia que tuve después en la Sierra de los Tarahumaras, que a los sacerdotes aquellos no les interesa extraer el oro y los diamantes. Usan ese lujo una sola vez al año, o dos, para los

ritos que los congrega en los solsticios. Nadie puede ingresar en Ahacus en esos días señalados, cuando la ciudad se hace y es. Después volverá a ser una mera montaña árida sobrevolada por los zopilotes.

Era increíblemente atractivo ver esos muros que parecían oscilar en la noche entre velos dorados. Los contemplé hasta el alba y no los olvidaré nunca. Hoy mismo, aquí en Sevilla, me siento como el poseedor de una visión exclusiva que ningún otro hombre de la cristiandad ha tenido.

Es una ciudad sagrada. Ciudad de una noche, como de un sueño, de una alucinación o de una momentánea epifanía. Tan efímera como los resplandores de una hoguera que agonizará con el amanecer. A la mañana, el viajero no encontrará más que las paredes de roca de un cerro circular que se alza en la aridez del paisaje. Un simple cerro con restos de hogueras a sus pies. Nada podrá saber de sus cavernas secretas y de los disimulados altares a cielo abierto, donde durante la noche realizaron los ritos que ocultan a la barbarie de nuestro dios. El dios con más espada que cruz, como ya dicen por aquellas tierras.

Amanecía ya cuando los guías prepararon el retorno. Bajamos por aquel valle seco, rodeado por gigantescos cactos.

Habíaseme concedido ver Ahacus. Era el privilegio de mi talismán de turquesa. La Ciudad de Oro se disolvía ya sin la niebla del alba. Nadie podría encontrarla hasta que volviera a resurgir en los ritos, en su esplendor efímero y sublime.

Fray Marco de Niza supe que organizó una entusiasta expedición hacia las Siete Ciudades e intentó entrar en la que le dijeron que se llamaba Cibola. Estebanico, que se quedó en México con Dorantes cuando yo me embarqué de regreso hacia España, fue quien convenció al cura. Váyase a saber qué pudo haber oído o entendido Estebanico de mis relatos. Su mente era infantil, fantasiosa, como la de todo negro. Cuando yo estaba de nuevo en Sevilla y preparaba mi expedición como Adelantado en el Paraguay, en 1539, Estebanico y fray Marco se largaron desde Cu-liazán al norte, hacia el misterio. Me contaron que Estebanico se consiguió un collar de amatista, creyendo que eso bastaba para ingresar. Y ésa fue la perdición de aquel ser siempre dispuesto a la alegría y a alegrar: se metió en una de las ciudades secretas y fue descubierto por los guardias. Lo condenaron al horrible suplicio de quien ose violar los secretos sagrados. Fue sajado con afilados dientes de ratón en mil lugares de su cuerpo, para que sangrase lentamente y luego, adobado con miel, fue abandonado a las hormigas del desierto, esas que hasta temen los chacales cuando empiezan a envejecer. Aquel horror injusto, porque Estebanico fue un eterno niño, no frenó a fray Marco que, según la relación que escribió y que leí en la misma torre de Fadrique, se aventuró, parece, hasta la misma Ahacus que yo conocí. La describe redonda y con paredes de

amatista. Se aventuró seguramente hasta un punto desde el cual pudo verla desde muy lejos, sin que lo acercasen los guías, como en mi caso privilegiado. El fraile se sintió empujado a intentar lo mismo que Estebanico: «Podría perder sólo la vida» anota en su relación. Pero se decidió, creyéndose testigo único, a volver para contar la existencia de esas ciudades. Elige la literatura, pero para fomentar la malsana ilusión del oro. No comprende que la ciudad era efímera y que el oro y las piedras preciosas eran un adorno de la misma naturaleza intacta, para los ritos solares y las visiones que provocan los licores sagrados que usaban aquellos extraños monjes.

Me contaron que fray Marco volvió de nuevo a su Italia. Vive como un excéntrico, encargado de una parroquia campesina adornada con signos que nadie puede comprender. Y un crucifijo recubierto de amatista.

Por fin entramos en el camino del maíz. El paisaje cambiaba con los días de marcha.

Poco a poco cambian las costumbres. Los pueblos ya no son sólo de cazadores que emigran periódicamente. Hay ya tribus que siembran maíz, porotos y calabazas y saben hacer depósitos de los excedentes de los buenos tiempos. Las mujeres ya no se visten con taparrabos o vestidos de cuero suave, sino que andan con camisolas de algodón, a veces pintadas con colores vivos o con formas de animales sagrados.

Siempre llegamos precedidos por nuestra fama de terapeutas. Pasamos una gran variación de tribus y pueblos que, aunque habitan cerca, más bien se desconocen y no buscan dominarse. Guerrean y se roban entre ellos. Pero no se llega a extremos de odio. Es difícil comprenderlos.

Es más bien nuestro temor y desconcierto que inventa la crueldad de estos seres menos separados de la Tierra que nosotros los europeos, los cristianos, los poderosos de Castilla.

Algunos de estos pueblos son pobres, tristes, inimaginativos. Viven en cuevas, en el polvo del desierto, sin poesía ni alegría. Veneran dioses descuidados, que no les aportan muchas alegrías o esperanzas. Suelen tener la piel enferma, con grandes manchas y por cierto no se curan cuando les pasamos nuestras piedras que absorben el mal.

Otros pueblos, a veces muy vecinos de los tristes, transforman la vida en cosa de heroísmo y arrojo. Luchan siguiendo a sus jefes guerreros y a sus brujos que los incitan a la grandeza. Beben durante semanas alcohol de tuna, agradeciendo sus triunfos. Danzan, aman, se adornan. Comen a sus vencidos (si fueron hombres de coraje) y sus brujos beben la sangre de los sabios conquistados. Sin crueldad ni jactancia.

Cruzamos territorios de mujeres bellas que nos saludaban como emisarias de sus caciques mostrándonos los pechos y entreabriendo con encanto sus piernas. En estos pueblos las mujeres hacen abluciones, hacen brillar sus dientes con piedra pómez o arena, untan sus partes secretas con bálsamos picantes o refrescantes, según el rito de amor que corresponde por la fase lunar. Sus maridos se sienten halagados cuando el extranjero penetra en sus bellas mujeres.

Hay también pueblos de hembras desdentadas y malolientes, que

echan injurias soeces al caminante y que parecen llevar entre las piernas una amenazadora madriguera de reptiles. Estas mujeres, a los veinte años, parecen macilentas matronas de cuarenta. Van seguidas por su cría, como una maldición.

De todo tiene esta América. Y quien hable de indios o americanos en general, miente.

Hay pueblos donde se espera la muerte con toda la quietud posible. Otros esperan o inventan la vida casi con frenesí, aun en las grandes hambrunas. Todo depende del carácter del dios que aliente un pueblo.

En todo caso, siempre hicimos honestas y afortunadas curaciones. (¡Como dije, más bien nos esperaban para por fin creerse curados!) Nos pagaban con corazones abiertos de venado, con fruta silvestre o caracolas mágicas. En uno de esos pueblos, casi con indiferencia, nos dieron un puñado de esmeraldas de las grandes. Las mirábamos hipnotizados por su inexplicable belleza: es agua de la más pura altamar hecha cristal, joya de Dios. Estebanico se las puso adheridas a su frente sudada y bailó tratando de mantener inmóvil la cabeza hasta que cayeron en el polvo. Uno pasaba simplemente los dedos y reaparecía esa esplendorosa transparencia que puede conservarse durante toda la eternidad.

Castillo y Dorantes cayeron en la febrilidad de la ambición, y tengo para mí que fue por causa de ese puñado de esmeraldas. Desencadenaron una enfermedad larvada, que incubaban desde los comienzos de nuestro viaje. Repentinamente se creyeron en el umbral de ciudades pavimentadas con piedras preciosas y con muros de oro. En la noche yo encontraba sus ojos desvelados, encendidos como brasas. Al principio hablaron de Marata y de Totonteac como posibilidades. Después, malentendiendo lo que malentendían los indios que interrogaban de continuo, terminaron por discutir entre ellos sobre la posición exacta de las ciudades. Es común que el humano tome sus deseos por la realidad. En un segundo momento matará y depredará en nombre de esa «realidad» imaginada, nada real.

Los dos creyeron que el inesperado puñado de esmeraldas no era más que un adelanto modesto, una propina del rico Destino.

Ojos como brasas en la noche, ojos de felino en acecho. Soñaban con el poder del oro. Seguramente se repartían Castilla y sus caballerías y flotas. Prostituían duquesas. Llegarían a Brujas con séquito de capitanes empenachados, monjes obedientes y doncellas venecianas.

Un amanecer, cuando aún dormía, me sobresalté con los rugidos y jadeos de una verdadera contienda de chacales alzados. Dorantes y Castillo rodaban sobre el polvo en feroz pelea. Se golpeaban, mordían, retorcían. Fueron inútiles mis gritos disciplinarios, estaban llevados por las furias. Con Estebanico intentamos tomarlos, para separarlos. Pero Castillo dio un feroz puñetazo al negro que rodó con el labio partido. Opté por hacer como con los perros rabiosos: tomé una correa de cuero de venado y empecé a estrangular al capitán Dorantes hasta que se inmovilizó y se desprendió de su enemigo. No se atrevió a volverse contra mí y su mirada fue cayendo en la razón.

Los obligué —a los tres— a ponerse de pie y en fila. Les dije que levantaría un acta y que recordasen, como hombres de armas de Castilla, la disciplina, las obligaciones y los castigos que correspondieren. Los tres sangraban y me miraban en silencio. Era cómico, allí en el amanecer, mi corto ejército desnudo, recibiendo amonestación y órdenes de disciplina.

Durante un instante volvimos todos a nuestras tierras de Andalucía.

No hemos descubierto nada en las Indias. Esta España enferma que emerge como un subterráneo río de aguas servidas en la riña de Dorantes y Castillo. El Imperio que traía el dios verdadero, se descubre con un dios miserable, que siembra muerte en nombre de la vida. En los puntos más lejanos nuestra maldad se repite como una costumbre.

Estas tierras nuevas, opacas de polvo y piedra de los desiertos, son sin embargo un espejo: el espejo de España. Un espejo como el mío, el que me tortura en cada mañana mostrándome mi muerte como aquel reloj metálico que midió la interminable agonía de Carlos V. En el espejo del desierto nos hemos mirado y hemos encontrado un monstruo que se repite como la Hydra de mil cabezas: los Castillos y Dorantes son los Almagros, los corregidores, los Narváez y los Soto.

Debajo del águila y del león de Castilla, que lucen en gonfalones y escudos, salta un pueblo de hienas malolientes, devoradores de carroña, sembradores de muerte. Llevan a Cristo labrado en el mango de sus puñales sangrientos.

Tuve que hacer algo urgente, temí que Castillo y Dorantes, enfebrecidos de ambición, me matasen dormido. Inventé entonces la necesidad de formar dos grupos y durante quince jornadas buscar la mítica Totonteac en dos direcciones. Partí con Castillo, y Dorantes marchó hacia Poniente, con Estebanico.

Castillo, el plebeyo, me siguió refunfuñando. Llevábamos varios indios guías, que nos creían casi dioses.

Castillo, hijo de un menos que hidalgo de Trujillo, recuerda la piara familiar, el rebuzno de los asnos al atardecer, cuando llegan cargados de aceitunas a la fuente de piedra de Trujillo. Lo hago hablar. Me cuenta una infancia de hambre y latigazos de un padrastro cruel.

Entonces comprendo su fiebre, sus ojos ardiendo de ambición en la noche, su oscura rabia.

Ocurre que aquí, en esta América de soledades, es el único lugar donde estos hombres empiezan a ser libres, o a ser, simplemente. Aquí pierden el yugo de los estamentos seculares. Nacen el carácter y la fuerza de cada uno (o su debilidad y cobardía). Se crea un nuevo orden. Los fuertes surgen, los débiles desaparecen. Los decentes y cautos, mejor que emigren.

Un nuevo orden terrible. Sin dios, ni moral. Un nuevo orden de señores asesinos.

—Nunca volveré a España… —me dice Castillo—. ¡Ni muerto!…

LO CASUAL PROVOCA A VECES LAS EXPERIENCIAS más importantes. Ocurrió que volvimos a reunimos con la novedad de que Dorantes y Estebanico habían llegado «a los territorios que sustentan a Marata», la ciudad de oro. Venían alucinados. Ebrios de su propia ilusión. Dorantes busca confirmación en Estebanico y este negro juguetón agrega detalles a la ilusión de Dorantes.

En realidad no supieron darnos la situación exacta de la ciudad ni supieron explicar por qué no habían ingresado en ella.

Nos ocurrió de entrar en un pueblo indio al pie de una sierra que se extiende hacia el sur con cumbres altas. Nos agasajaron y me suplicaron que cure a un guerrero, hijo del cacique que protege el ascenso a la montaña, a «los pueblos de arriba». El joven jefe había empezado a morir y lo bajaron de los altos bastiones que comandaba.

Era pálido y ya la muerte lo afinaba, lo aniñaba. Tenía una punta de flecha que había quedado en su pecho, clavada cerca del corazón.

Juzgué inútil pasar las piedras curativas, y hasta las oraciones imponiendo las manos. Opté por hacerme secundar por Dorantes. Preparé un buen cuchillo que templé y purifiqué en llama de leña noble. Atamos al guerrero a un catre y le hicimos beber mucho vino de tuna, hasta que perdió conciencia.

Le abrí el pecho con buena decisión. La punta ya laceraba el envoltorio del corazón, que tiembla y huye como un animal escurridizo. Con los dedos y la punta del cuchillo conseguí por fin apretar la punta de la flecha y tiré hasta alejarla de ese extraño animal vivo, que es el corazón, que parecía no tener nada que ver con el resto del cuerpo. Un torrente de sangre manaba de ese espantoso boquete que yo había hecho, con extraña seguridad, apartando la carne y las costillas. Quedaba poco tiempo. Dorantes preparó una aguja de hueso duro y muy fino enhebrada en tripa de rata, que es lo más resistente. Cosí aquello como un costal. Lo limpiamos con alcohol de árbol y hierbas curativas (que suelen usarse más bien para quemaduras) y la sangre reingresó en su torrente circular. Los labios del guerrero, casi blancos, empezaron a pintarse.

Se salvó. A la media mañana empezó a gritar de dolor: inconfundible seguridad de la existencia de vida.

A la semana quería correr. Mostraba el costurón desprolijo con

jactancia.

Hubo bailes rituales durante muchas jornadas.

El cacique bajó de la montaña para buscar a su hijo. Se hizo una gran fiesta. En esos pueblos cocinan en hornos de barro. Prepararon patos silvestres, cuises y cervatillos. Nunca comimos mejor en aquellos años de travesía.

Fue lo casual. Porque cuando el cacique nos premió con corazones de venado y un collar de conchillas rojas (cuyo poder y significado debería ser inigualable, por la veneración con que admiraban ese objeto), me animé a pedirle que me llevara al «pueblo de arriba», al pueblo de la montaña, donde existía una universidad de idolatría.

Así, por casualidad como dije, me fue dado entrar en el mundo de arriba.

Yo venía de abajo, del mundo de «los equivocados». Los súbditos del cacique me guiaron durante dos jornadas, por la sierra, mientras Castillo, Dorantes y Estebanico intentaban precisar el lugar de la supuesta Marata que creyeron haber visto. Generosamente el cacique les facilitó diez guías, mujeres y hombres. Esperé todo un día en el bastión de piedra que domina el acceso a la sierra y fue allí que vinieron a buscarme «los de arriba». Con ellos seguí el ascenso.

Estos hombres, silenciosos y extraños, se llamaban tarahumaras y la parte de la sierra que dominan (y es inaccesible) es llamada «Sierra de los Tarahumaras». En mi relato de *Naufragios*, apenas hablo elusivamente de este paso, refiriéndome a sus yerbas mágicas y a frutas parecidas a manzanas, que pueden dar vida o muerte.

Tuve que ir subiendo por senderos de cabra. Viven muy alto, donde uno ya es vecino del cóndor, que es el pájaro más grande y majestuoso de la Tierra. Soplan allí corrientes de vientos helados.

Cuando Cieza de León me habló de los uros tuve que contarles esa visita a los tarahumaras que para mí tendría una importancia decisiva.

Son altos y flexibles, estos tarahumaras. Aristócratas en ojotas. Desprecian la palabra como un equívoco de los hombres del llano. Huyen de todo bienestar y de toda forma de apego o desprecio por la vida. En algún tiempo formaron parte de las confederaciones de los aztecas, pero se aislaron definitivamente en la altura. Los tlascaltecas, mayas, aztecas y el gran imperio de las sierras del Sur, son para ellos despreciables expresiones de torpe afirmación de la vida inútil. Brutales formas de civilización, vida degradante, pues todo progreso en el tiempo significa bajar en la pendiente de abyección. Los tarahumaras tienen serias reservas frente a la reproducción de los humanos. No la propician. Si engendran hijos es exclusivamente para que sean monjes de los ritos sagrados que permiten —a través de sus chamanes— que los hombres puedan comunicarse todavía con la totalidad del universo.

Ellos son hombres anteriores a los de este Sol enfermo. No tienen nada que ver con este ciclo del mundo. Las desgracias, desde el imperio de los aztecas y la llegada de los «barbados malolientes de Hispania», son hechos perfectamente explicables: el mundo no sube sino que baja por una pendiente de ruina y maldad, de generación en

generación. Sólo ellos, los de arriba, conservan el recuerdo de los fundadores. Para ellos Tenochtitlán, la gran urbe, es el símbolo del cercano fin y la segura muerte de este Sol (por más sangre que se le dé a beber).

Fui siguiendo a esos hombres mudos, adentrándonos en la sierra, hasta alcanzar las cercanías de un poblado de piedra que creo que llamaban Norogachic. Sería seguramente una de esas «universidades de idolatría» sembradas en los puntos más inaccesibles.

Me consideraba inexplicablemente un privilegiado. Tal vez el talismán de turquesa del cacique Dulján o mi curación del guerrero me abrían esos senderos de piedra.

Esperé dos días en una casa de piedra, ansiando la mañana para calentarme con el sol. Desde el poblado llegaban gritos y llantos de niños. Cantos incomprensibles, llamados que rebotaban entre las rocas.

Un viejo bajó y me estuvo observando sin hablar. Miró mis uñas, mi indumentaria, común entre los hombres del llano. Mi barba le debió parecer una extraña degeneración para proteger a los hombres que viven entre hielos.

Fue entonces que supe que se me concedería la ceremonia o rito del Ciguri. El Ciguri, el rito, es el puente que mantiene la relación entre este arrabal que es la Tierra con el universo del cual más bien nos estamos desprendiendo.

El Ciguri es una gran purga: hay que vaciar el «equivocado», como quien da vuelta un costal sucio y lo purifica a la luz del día. Sólo así es posible que el predestinado al Ciguri reciba las fuerzas primigenias del universo, se recomponga, o al menos se asome a la doble vista, que hemos perdido paulatinamente: vemos con demasiada nitidez cuanto nos rodea, aquí y ahora, pero hemos perdido la gran dimensión. Somos ciegos parciales, «tuertos», como decía el cacique Dulján.

Los tarahumaras viven orgullosamente. Saben que si su rito se olvidase, la Tierra se perdería en el caos infinito. Ellos tienen la misión de contener el gran caos, nada menos.

El Dador de la Vida (de quien depende el Sol mismo) puede tocar el alma equivocada, y rescatarla mediante el Ciguri.

Ciguri es un vegetal que preparan sus sacerdotes (escribo esta palabra para no hablar de «brujos», que es la expresión degradante y descalificadora que usan nuestros curas). Lo maceran o mastican y tiene extrañísimas propiedades. Pero curiosamente lo que adoran no es la planta sino el raspador de madra que usa el monje tarahumara para rallar esa sustancia que produce visiones. Es tan sagrado este instrumento que al sentirse morir lo enterrará en un lugar escondido, dejando signos casi imperceptibles para que un joven iniciado pueda encontrarlo y retomar así la misteriosa tradición.

Durante toda la tarde estuvimos tomando un vino de maíz que llaman Tesquino y que infunde una rara serenidad. Los dos emisarios bebían también en silencio. Comprendí que se había iniciado la

ceremonia. No entendí bien, pero dijeron que debía seguirlos.

Laboriosamente subimos hacia una planicie abierta en la sierra, en las afueras del poblado.

Había un espacio circular y a su lado una viga larga que servía de asiento. Una y otra vez llenaban mi taza con Tesquino.

Los que me habían acompañado clavaron no menos que diez cruces de madera que no tienen nada que ver con las nuestras, sino que representan un hombre con los brazos abiertos en el espacio. Como ya atardecía, encendieron una hoguera en el centro del círculo. Le llamaron *Onorname*, que quiere decir Sol en su lenguaje sagrado. Luego se retiraron y volvieron con el viejo que me había estado observando a mi llegada. Era el mago, el guía. Traía un cetro de madera, plumas de pájaro y tenía la mirada ya vidriosa.

Lo seguían dos niños que se sentaron a mi lado. Entonces uno de los ayudantes se acercó y me dijo:

—Equivocado, enfermo, el Ciguri tratará de tocar tu alma… Te hará ver. Hará que te puedas parir a ti mismo.

Eso fue todo. Retiraron mi tazón de Tesquino y me dieron a masticar una sustancia con vago aroma de limón. Yo debía escupirla cuando me dijesen, en un hoyo profundo excavado delante de la viga.

Sentí inmediatamente sueño. Pasé de la sueñera del Tesquino a un sopor que no excluía la lucidez, como la de un borracho resistente.

El viejo lanzó un terrible grito de chacal que retumbó entre los cerros. Bailaba y producía sonidos con cascabeles de conchillas. Llamó o alejó a los chacales. Luego hizo abluciones con agua, salpicándose y arrojando gotas al espacio. Giraba en torno al fuego. Partió un corazón de ciervo que trajeron los ayudantes. Hizo correr la sangre por la tierra.

Me hicieron escupir y volver a masticar una nueva ración. Recién entonces me di cuenta de que había arriesgado demasiado. Tuve miedo. Sentí náuseas, creo que vomité. El viejo escupió y orinaba. Luego levantó la cabeza y emitió gritos de pájaros.

Quedé tendido al pie de la viga, comprendiendo que entraba en la muerte. Tenía o sentía —creo— la impotencia del que vive una pesadilla y no puede despertarse. Estar desdoblado, pero sin poder actuar ante su destino. La lucidez que sentí es inolvidable, pero lo que veía era un paisaje cargado de escenas de pesadilla.

Creo que fui superando el terror y pude ir viajando por el espacio y el tiempo. Sin dudas estuve por Xerés y di la vuelta a la plaza de la Catedral con mi madre, y ambos entramos en la frescura del patio del palacio con espeso aroma de jazmín y humedad de helechos. No puedo saber la confusión y el orden de aquellas escenas, intensas y fugaces, como en todo sueño. Con agobio vi a mi padre abrazado con mi madre, engendrándome. Mi padre no tenía rostro: tenía un óvalo

de bruma amarillenta. Muchos pasajes o visiones son repetidamente indecorosos. Se refieren a acoplamientos monstruosos, a demoníacas delicias en las que yo gozaba, o me hundía, ya fuese como hombre o como mujer (¡me vi abrazado a Estebanico!). Diría que no se puede contar lo que realmente somos y sentimos. Somos un campo de demonios encerrados… Un laberinto sin ángeles.

Luego padecí nuevos naufragios. Llegué entonces a las playas de la muerte. Se renovó en mí el terror, debí haber gritado. Recuerdo la cara desencajada del viejo también gritando como un pájaro y golpeando el raspador contra el cetro.

Fue cuando empecé a separarme del cuerpo: lo vi echado a lo largo de la viga. Me pareció un objeto querido pero escasamente útil del cual debía necesariamente alejarme. (Supongamos algo así como una guitarra sin cuerdas o una espada destemplada.)

Me fui levantando de la playa quieta de la muerte. Caí hacia el espacio. Me parí desde mi propio cuerpo. Caí o subí, rodé o corrí. La hoguera tomó un brillo enceguecedor. Me dolieron los ojos. Sentí, horrorizado, que éstos también llameaban y que caía en *Onorname* sin remisión. Un fuego que no quemaba.

En algún momento de tantas peripecias, más sutiles y abundantes que las del más imaginativo libro de caballerías, vi la Puerta, similar a la que me describiría Cieza de León contándome sus merodeos por Tiahuanaco. Era un portal insólitamente instalado en el desierto. Un portal digno del más lujoso palacio de los árabes.

Tuve miedo al verlo. Pero después pasé por él. No sé si salí hacia el universo o si volví a entrar en la Tierra.

Era el portal de Cieza de León, pero yo lo había encontrado en mi cabalgata de sueños y pesadillas, llevado por Ciguri. Años antes de su relato en Sevilla.

Luego —recuerdo sólo algunas imágenes— vi raíces por las que corría amarillo oro o maíz. Colores rotos, muy vivos, que sustituían objetos, planetas. Ideas de colores. Sentimientos fluyendo como agua. Luego, una súbita, como inesperada, pérdida de resistencia, esto es, de angustia. Sentí que me abandonaba a la fluencia, me disolvía, volvía a aparecer. Era, luego me deshacía, alternativamente, como un semiahogado que la tumultuosa corriente se lleva y devuelve en los remansos.

Comprendí que había viajado por avenidas de ciudades secretas. Que Marata o Totonteac bien podrían ser esas residencias indescriptibles a las que sólo se accede por el Ciguri, por la descomposición de todos los sentidos, con el viaje a lo transreal.

Banal esfuerzo tratar de llevar a la palabra tal cúmulo de sutiles sensaciones, tal vez de valor absolutamente personal. (¿Tendría valor la crónica o relato de Lázaro? Más bien no dice una sola palabra de su

viaje al trasmundo…)

Quedé echado, tal vez durmiendo. Cuando me desperté, no había nadie. Habían retirado las cruces que señalan los puntos espaciales. En medio de la tierra pisoteada había brasas frías y cenizas.

Mi talismán de turquesa, que llevaba tomado al brazo, había desaparecido. Seguramente lo robó alguno de los chicos.

DURANTE TRES DÍAS TUVE UNA GRAN LUCIDEZ, que fui perdiendo durante el retorno al llano. Viví la más extraña experiencia, que quedaría para siempre en mí, como la aparición de un dios, o de un demonio, o de ambas cosas. Como si hubiera caído hacia adentro de mí, en una insospechada dimensión, en un mundo tan extenso y misterioso como el mundo exterior.

Castillo y Dorantes estaban enfurecidos: habían fracasado (más bien se consideraban engañados) en el intento de alcanzar una de las siete ciudades del reino de Quivira.

No sólo eso: en una aldea habían encontrado un indio que ostentaba una hebilla de cinturón español y un clavo de herradura. No sólo no habían dado con las ciudades de oro sino que se habían topado ya con los de España.

A tres días de la aldea del cacique amigo se veían ya los pueblos que se trasladaban hacia el norte, huyendo de nuestro humanismo y de nuestro dios. Se saludaban de tribu en tribu, despidiéndose de animales, plantas y del mismo paisaje que quedaría repartido en propiedades cuadrangulares. Las cosas habían cambiado: no se confiaba. Sabían que la salvación del dios de la cruz significaría el fin de sus propios dioses. «Requerimiento» quería decir la pérdida de sus creencias; «encomienda» era ya sinónimo de esclavitud y muerte.

Comprendí que había acabado nuestra aventura de caminantes. Pedimos a los indios amigos que ya no nos siguieran, pero tenían demasiada bondad o fe en nosotros, insistieron.

Caminamos para reencontramos con España. El desierto era aún más desierto: las tribus estaban retiradas en las sierras, los bohíos abandonados. Me aparté con Estebanico y unos once indios, soldados del jefe que yo había curado. Sobre el mediodía vi acercarse cuatro jinetes con armadura y yelmo. Los indios contuvieron su terror ante los cristianos y se estrecharon a mi lado. Era una patrulla del capitán Diego de Alcaraz. Se mantuvieron en la cabalgadura como a punto de atacar preventivamente.

—Soy don Alvar Núñez Cabeza de Vaca —le grité—. ¡Alguacil Mayor y Tesorero del Rey en la expedición de don Pánfilo de Narváez!

Nunca vi cara de tamaña incredulidad. Atónitos daban vueltas alrededor nuestro. ¡Yo, desnudo, con un taparrabos, pero con barbas

cubiertas de polvo y de una estatura mayor y hablando castellano! Por suerte no traían perros. Nos pecharon con los caballos. Me mantuve firme, con los brazos cruzados.

—¡Obedezca! —grité. Me interpuse cuando uno de los jinetes quiso arrollar a uno de mis indios que corrió despavorido.

Nos llevaron media legua, como en un arreo, hasta su capitán, el dicho Alcaraz. Andaban haciendo esclavos. Pero estaban perdidos y no encontraban indios, pues como dije, éstos habían abandonado los pueblos con justo temor.

Llegaron después Castillo y Dorantes con unos seiscientos de la tribu amiga.

Los indios empezaron a llorar al sabernos cristianos. Era como enterarse de que un ser querido ha sido poseído por el diablo.

Traté de calmar a los indios que negaban ante los soldados españoles que yo fuese cristiano. Al mismo tiempo debía contener la insolencia del Alcaraz y de sus esbirros torpes que creían que yo era loco y no respetaban mi jerarquía por estar yo desnudo y asalvajado.

Alcaraz secuestró nuestras cosas, incluidas las esmeraldas (eran cinco muy grandes). Pero le pedimos a la tribu que bajasen de los montes comida y mantas de vaca para los españoles.

Por fin Alcaraz nos tomó presos con el simulado justificativo que debíamos ir a San José, a ver al Gobernador, que nos honraría como merecíamos. Un alcalde con cara de asesino, un tal Zerbero, nos condujo.

Alcaraz, libre de nosotros, esclavizó unas seiscientas personas.

Volví a ser tratado como cómplice y protagonista de nuestra España: me dieron ropa. Después de ocho años sin camisa no fue fácil. Pero lo imposible fueron las botas. Una india esclava me limó las uñas y callosidades de los pies. Mi cuerpo no aceptaba catre ni cama; para dormir debía echarme por el suelo. Esta costumbre, que habría arruinado a cualquier mesonero, me duró hasta la llegada a México. Allí me metí en la cama por decoro, para que los sirvientes del palacio virreinal no descubrieran a la mañana que estaba intacta.

Así pudimos ir a México-Tenochtitlán y fui recibido por el virrey Hurtado de Mendoza y por el marqués de Oaxaca, don Hernán Cortés, que sonrió al verme parado sobre las enormes botas que seguramente habían tomado de algún gigantesco lansquenete muerto.

Era otra vez don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el señor de Xe-rés. Pero era otro, por más que yo simulase. Era ya, para siempre, un otro.

Cortés me dijo que, según su cálculo, yo era el hombre que más había caminado en el mundo: pensaba que había hecho unas dos mil leguas por tierras desérticas o desconocidas.

—¿Por qué lo hizo, se equivocó? —me preguntó el virrey. Cortés me miraba con sorna.

»¡Dos mil leguas! y, ¿qué trajo Vuesamercé a la Corona?

Había sido un conquistador inútil. No había tomado posesión ni servilizado súbditos. No había rebautizado las sierras, los ríos, el paisaje. Pensándolo bien, ahora, había algo de cómico en todo lo mío.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no marchó Vuesamercé hacia Panuco, hacia la costa donde había desembarcado o naufragado?

Era como un conquistador conquistado. Sin embargo me respetaban por algún oscuro motivo que todavía, con los años, no descubrí.

Un excéntrico. Eso es lo que llama la gente un excéntrico. Ni tan rebelde como para negar al dios de su infancia ni tan sumiso como para esclavizar y matar en nombre de un Rey.

Un excéntrico. Un otro. (Un dolor de cabeza para el cascarrabias cronista Fernández de Oviedo.)

Alonso del Castillo Maldonado, hijo de un doctor de Salamanca y el ambicioso capitán Dorantes, de Béjar, comprendieron que habían seguido a un loco o a un equivocado.

Empezaron a sospechar que las ciudades secretas del reino de Quivira, que presumían de oro y plata, eran más bien aldeo-nes de adobe. Empezaban a descreer en su ambición, y es lo peor que podía pasarles.

Ellos difundieron, al menos Dorantes, que yo en efecto había sido guiado por los brujos y había visto y hasta entrado por el pórtico de oro de Ahacus. ¿Cómo explicarles que se trataba de otro oro, como el de los alquimistas?

Había ciudades secretas que sólo se abrían al conocimiento de los hombres y que no tenían ni calles ni muros de plata.

Yo no podría ni negar —ni explicar— que esos pueblos tenían acceso a grandes secretos inmateriales.

En mi relación ante la Corte, en Toledo, sólo dije, con mucha discreción y ya con amenaza y sospecha de inquisidores, que yo debía asegurar que en las dos mil leguas recorridas no había visto sacrificio humano alguno ni idolatría… Pero no era posible decir más sin ir a parar a la hoguera.

Ni Dorantes ni Castillo fueron creídos. Se supuso que eran despechados, como todo joven capitán o soldado ambicioso que se enrola tras un jefe loco o incapaz.

La gente le creyó al increíble Estebanillo, que con los ojos muy abiertos hablaba de ciudades esplendentes custodiadas por soldados con cola de león.

Por lo menos le creyeron el infortunado Coronado y fray Marco de Niza.

Pero «mi secreto, que no confesaría ni al Rey», me serviría para

continuar mi proyecto oculto esta vez en el Río de la Plata.

El 23 de julio en México-Tenochtitlán, Cortés me brindó una estupenda corrida de toros de su ganadería nueva, con un hierro en forma de equis. Eran toros con sangre de Andalucía, de cornamenta astifina, cornamenta para la muerte, para el odio profundo y diabólico. Porque el toro ese es el mal, es el Minotauro de Teseo. (Después de los griegos, somos los españoles los que nos hicimos cargo de ese rito de lucha contra el Mal.) Bebí, recobré el lenguaje de las corridas, brindé con el rejoneador triunfante, olí otra vez el aroma dulzón de los excrementos mezclados con la sangre de los caballos despanzurrados.

No era yo. Era un actor. Un histrión. Actuaba de español pleno, como si nada hubiera pasado. Tal vez, disimulaba.

Me acordé de los enormes cibolos, sin cornamenta casi, mal armados, ingenuos como esos regimientos de indios que había vencido Cortés.

Bebimos el vino de cepas riojanas que el marqués de Oaxaca había hecho plantar en sus dominios en «Nueva España» (tenía veintitrés mil indios encomendados a su cristiana guía).

Era un hombre fuerte, entonces. Un cónsul romano en su apogeo. La mirada negra y brillante, astuta, sagaz.

Hagamos lo que hagamos, esto siempre termina en desastre. (Nuestra cínica suerte para vivir es olvidar la experiencia, lo que sabemos.) Ese Cortés ya nada tendría que ver con el que encontré en el Mesón del Moro, ya sobre la puerta de la muerte, ya con la mirada opaca.

En Veracruz, donde debía embarcarme para España, pasé un tiempo fantasmal, como quien flota entre neblinas.

Se demoraba la zarpada, como suele ocurrir. Esperé en un mesón, con más de prostíbulo que de casa de comidas. Uno de los dos únicos que hay en el puerto. Ya había negros esclavos que cantaban y bailaban con tamboriles. Iban y venían las mestizas provocadoras. Gritos, risas, los martillazos y el ronquido de los serruchos de los carpinteros de costa. Los traficantes con sus fardos. El latigazo de los capataces. La marinería borracha y la mirada sin luz de los indios

inmóviles, despojados, una mirada opaca (como esa de Cortés cuando me despidió en el Mesón. Su mirada era la misma, con opacidad de muerte. Era mirada de indio vencido, eso era.) Pasé una semana en una hamaca tendida entre los postes que sostenían un tinglado de hojas de bananero, para atajar los furiosos y breves chaparrones.

Sudaba, allí hasta las mesas sudan. Al escampar, se levantaba ese vapor caliente que disuelve el alma, el propósito. Aquello era como las fauces de un gran monstruo febril, era América. En ese aliento de animal enfermo se disuelve toda idea de Dios o de Demonio. Todo se disgrega en la materia sin bordes ni definiciones: resolana, calígine, ruidos, y la permanente danza de los negros con las mulatas y mestizas que levantan sus enaguas y muestran muslos morenos, escurridizos de sudor, como delfines juguetones que se sumergiesen en el Caribe demorando nuestra ansia de verlos reaparecer.

Allí se beben alcoholes brutales, hechos de caña macerada.

Aquello ya nunca sería la «Nueva España», la repetición que quería Cortés. Será para siempre otra cosa.

En esa hamaca pasé un tiempo de sopor. Había arriesgado demasiado en mi aventura. Me había ido de la Casa y ya no encontraba el sendero del seguro regreso.

Me había arrojado en medio de la Creación. Con sus pócimas, los brujos tarahumaras, tal vez me habían hecho ver, o ingresar, en una dimensión donde ya no había muerte o necesidad —y posibilidad— de salvación. Me habían enseñado a estar, como estaba allí en la hamaca: echado en el manto de Dios, del mundo.

Sentí que volvía a una vida de seres profundamente enfermos y que la misa solemne y la corrida de toros eran dos caras de un mismo tronco.

Como una revelación, *sentí* que los cristianos somos grandes desdichados, verdaderos herederos de Adán, el Expulsado.

Nuestras iglesias, nuestra religión, no son más que hospitales para almas profundamente enfermas. Y nosotros, los enfermos, arrasamos los pueblos en nombre de la salvación.

Dulján, los tarahumaras, el esplendor de Ahacus en la noche; me habían dado los signos de algo distinto, de una verdad que yo no podía comprender o descubrir. Apenas la intuía con la torpeza del ciego que busca la puerta donde sólo distingue apenas un resplandor.

Estuve en los jardines exteriores del misterio, de una posibilidad, que mis connacionales destruyen sin entender.

TENDIDO EN AQUELLA MOLICIE TROPICAL creo haber comprendido algo terrible; algo que escapa a la visión normal que tenemos de nuestro mundo, de nuestra historia. Lo diría con estas palabras: *En donde nosotros entrábamos, el mundo inmediatamente perdía su inocencia.*Éramos como una mancha que se extendía más allá de nuestra voluntad, de nuestra capacidad militar. De este modo daba lo mismo lo que hiciera Cortés o Pizarro o Alvarado o ineptos como yo —que soy un mal militar— o cualquier capitán improvisado que se cree un Aníbal. Los americanos, los aborígenes, quedaban derrotados ante nuestra simple presencia, antes de que entren a actuar la cruz y la cruz de los puñales.

El Demonio nos precede, hagamos lo que hagamos. Seamos un Pizarro o intentemos, como en mi caso, defender que «sólo la bondad conquista». Ahora, según he leído, a los doctores de Salamanca se les dio por hablar mucho de la palabra cultura, que antes sólo se aplicaba cuando uno hablaba de repollos o de huertas. Pues bien, creo que hay algo que nos precede y es esa «cultura». Sospecho que tiene que ver con el Mal, que es una esencia perversa e invisible, difuminada en nuestra forma de vivir.

Al anotar esto comprendo que estoy avanzando por caminos muy peligrosos, que sólo podrían llevarme a la hoguera inquisitorial, ¿pero qué puede asustar a un viejo que ya apostó y perdió?

No vencíamos nosotros sino ese invisible Demonio…

Muchas veces me incliné a pensar que ese poder que desarmaba a los indios antes del juego de armas, provenía de la verdad de nuestra fe y del poder de Nuestro Señor. Pero luego desistí: su palabra es de vida y de salvación y no de exterminio y muerte. En nuestra religión existe el bien de nuestro Señor y los santos, pero también el mal. Y es el mal el que prevalece en nuestra cultura. Era el Demonio, esa sombra que nos precedía. Pienso que nuestra maldición no es otra que la de los judíos, de quienes somos herederos directos. Nosotros somos la reencarnación de ese espíritu destinado a sembrar nada más que tristeza y muerte y desprecio de la vida misma, de la vida tal como la dio Dios, el Dador de Vida, como lo llaman los poetas mexicas.

No, los americanos no tienen nada que ver con aquel Pecado Original. Y sin embargo nos empeñamos en convertirlos en pecadores,

en seres caídos que nuestros curas y obispos tienen generosamente que salvar. Fuimos como el médico perverso que enferma al sano para poder curarlo y justificarse.

Ése era el morbo que nos precedía. Las armas eran innecesarias. Bastaba la proximidad de nuestra enfermedad y pueblos enteros desaparecían en la nada.

No, los americanos no tienen nada que ver con Adán. Ni con Sem, Cham y Jafet. Somos sólo nosotros quienes los hemos sacado de la eternidad y les hemos metido el sayal de los pecadores.

Hemos sembrado el morbo. Les hemos robado para siempre la paz del alma.

Este y no otro fue mi «famoso secreto» que llegó a oídos del César Carlos V. Un secreto inefable, que sólo me daría el calor de la hoguera. Un secreto para nosotros. O para hombres de otra época, no de ahora. Un secreto inútil, como casi todo lo mío.

Ellos, los indios, simplemente estaban en la vida como estos gatos que enigmáticamente especulan por las azoteas de Santa Cruz. Nacen, padecen, gozan, engendran, desean, mueren. En un continuo sin griterío ni sorpresas (¿quién inventó la palabra tragedia?). Hay algo profundamente justo, digno y admirable en estos gatos que me recuerdan a aquellos hombres del llano.

¿Siempre habrá bárbaros? ¿Siempre vencerán los bárbaros? ¿Será no más como dicen los tarahumaras que el paso del hombre por la vida no es más que la carrera hacia la catástrofe? ¿Que todo cae y se degrada?

Zarpamos de Veracruz el 10 de abril de 1537.

Cuarta parte

LOS INESPERADOS SIGNOS DE VITALIDAD SE REPITEN. Bienvenidos sean. Cuando uno habla del Salón y de que nos preparamos para saludar e irnos, aparece la renovada fuerza de la vida, la voluntad desconcertante de seguir de esta parte, de no pasar todavía aquel Portal en el desierto que tanto preocupó a Cieza de León.

Mi orina es fuerte: me produce un escozor casi ardiente. En la última semana he vuelto a despedir sangre. No se lo cuento al doctor Granda porque inmediatamente me hablaría de «mucho vitalismo» y me recomendaría sosegarme con sanguijuelas o hasta con alguna sangría.

La ciencia está avanzando a un paso inaudito: en las últimas tres décadas se supo del cuerpo, de la vida, del mundo y del universo, más que desde el nacimiento de Cristo. Un caso notable es el de Miguel Servet, que bien vio cómo es esto de la sangre en sus vueltas por el cuerpo. Los atroces calvinistas lo condenaron a la hoguera, ¡como si pudiese haber alguna oposición entre la enseñanza de Dios y la realidad del mundo y la de sus seres creados!

Rara es la mañana en que no me despierto molestado por la rigidez de mi pene. Durante los sueños se transforma en un arma maravillosa que me demuestra ese aludido vitalismo, casi juvenil. Muchas veces, cuando ya sube doña Eufrosia con el tazón de chocolate, que es mi único desayuno, no desarma y debo esconderlo como puedo, como hace el asesino con la daga de sus crímenes.

Vivo como viejo, pero tengo sueños veinteañeros. Hay hombres que quedan pegados a su juventud. Otros nacen ya viejos, como Oviedo, el dueño de nuestras historias.

Uno de los poetas amigos de Bradomín, un ciego de apellido portugués o marrano, que es el más sutil de todos ellos, dice que la palabra «viejo» es una invención. Antes de los moros en España, los hombres morían de guerra, de suertes de coraje, de accidentes banales o por mano de algún cornudo enfurecido. Si alguien encanecía y entraba en muchos años, no se le decía viejo, sino afortunado o sabio. No existía esa desagradable categoría. El poeta ciego dice que los moros trajeron la manía de los números y desde entonces, para desgracia, se cuenta todo de diez en diez, incluso la vida de los hombres. Se termina por creer en la cifra y no en la verdad. Y

volviendo al ejemplo: el Oviedo, que a los veinte años era ya un cagón incapaz de empuñar otra cosa que plumas salmantinas, resulta que sería un «Joven»; y Cortés o Pizarro, en México y Perú, en el apogeo de su coraje, serían viejos, por cosa de números.

Retomando el tema: mi pene es un aldabón de esos de acero toledano que resisten a todo, al incendio de la casa, al saqueo de los moros, a los terremotos de Lisboa. Está allí, aquí. Cuando la casa queda derrumbada, sigue resplandeciendo bajo el sol. Responde al cuerpo y a los sueños, no a mi voluntad o educación de caballero de buena cepa. Muchas veces toma la delantera y me mete en la vida. Hay que seguirlo, sabe lo que hace.

En las últimas semanas parece dispuesto a moverme del exceso de contemplación literaria —memoriosa— a la que estoy dedicado. Se hace demasiado presente. Incluso he adelgazado mucho, porque absorbe muchas fuerzas, se ve.

Me puse el traje negro de ceremonias (el aterciopelado, el mismo que llevé en el Auto de Fe). Contraté la carroza de los hermanos Fuentes, la misma con la que me llevaron ya un par de veces a la quiraca de Carmina y ordené ir hacia el convento de Santa Clara. Me presenté ante Lucinda bastante lozano, como si estuviese de paso hacia una importante sesión del Tribunal Supremo.

Le llevé un ramo de pimpollos y le dije que sólo pasaba para agradecerle la visita que me había hecho en casa, en un mal momento.

Me sentía sereno, no como otras veces. Hablé y procedí como debe ser: con la distancia objetiva de un hombre mayor dispuesto a recomponer y encauzar debidamente lo que no puede ser otra cosa que una amistad.

—Aunque tú seguramente no lo sabías, estaba yo muy mal en aquel momento. Tenía vergüenza de mí mismo. Tu visita me reconfortó y ¡no sabes la cantidad de cuartillas que he completado desde entonces!

—¡Vuesamercé me va a hacer sentir importante!

Como sabía que los jueves va de visita a casa de su tío, la invité a que antes pasase a cenar en casa.

A la mañana siguiente yo mismo fui al Arenal para seleccionar gambas, mariscos y buscar las achicorias dulces y tiernas que dicen traer de Francia.

En las bancadas de los pescadores (deberían llamarse más bien de las moscas) hay que revisar con cuidado porque hacen trucos increíbles. Fingen que atraca una barca «recién llegada de Sanlúcar» y en realidad traen bolsas de pescado refrescado en el Guadalquivir, que en menos de un cuarto de hora hiede como moro atado a la noria. Engañan fácilmente a esas flamencas gordas que las familias de los enriquecidos indianos contratan para cocineras como signo de nobleza.

Me conocen allí de chico y algunos de esos truhanes sé que me llaman «el náufrago», como obvio sobrenombre por mis famosas desdichas marítimas.

A uno que me negaba la mala calidad de unos bogavantes, le dije: «Tú los conocerás de la playa, cuanto más; yo los vi debajo del agua…» Y no hubo más que discutir.

Gasté todo un mes de provisiones normales: centollas, gambas de las grandes, dichos bogavantes, unos ostiones para adorno. Berenjenas al ajo, las achicorias de Francia, setas para acompañar el vino de Alanís (hice llevar una damajuana). Del lado de los carniceros compré una pata mediana de cordero que doña Eufrosia rellenaría con pimentón y verduras y haría hornear en la panadería del judío de la Calle de la Vida. Encontré buenos ríñones de ternera y sesos para freír, como entrada.

No mucho, porque los jóvenes de ahora son de poco comer o de comer esas cosas más bien delicadas. Es la moda.

Subí y bajé veinte veces las escaleras y por fin, pese a las protestas de doña Eufrosia, como la noche entraría tibia, decidí que se pusiese la mesa en la azotea, sacando los cachivaches y los dos macetones rotos. Al fin de cuentas, la mejor obra de arte que tengo para decorar mi casa es la visión de la Giralda. (No es poco para quien nació en un palacio con tallas de Monsegur y la famosa virgen de Formella.)

Yo mismo lustré con ceniza y arena los candelabros de plata, lo único de valor que me quedó de mi desastre y de las confiscaciones, cuando volví preso del Río de la Plata.

Fue un momento muy amable que sucedió a mis griterías con la intratable Eufrosia.

Lucinda se quitó la mantilla (va siempre tapada como toda dama o doncella de respeto) y doña Eufrosia la condujo hacia la azotea. Era un atardecer como sólo los puede dar Sevilla, cuando quiere.

El espacio se llenó con su aroma de mujer joven. El olor de su pelo lavado con agua de lavanda y secado al sol de la siesta.

La mesa estaba realmente bien: puesta con todo el esplendor residual de mi patrimonio. Incluido, aparte de los candelabros, el juego de cuchillos y tenedores de marfil, resto de mi ajuar de Adelantado. Para aliviar la tensión que causaría a Lucinda la amenaza de tener que emplear esos instrumentos, me apresuré a tomar con la mano las gambas servidas con limón.

Le mostré los carpetones donde guardo las cuartillas escritas. Tomé un poco de vino y entré en una hora maravillosa. Me encantó encantarla con mis relatos. Le conté especialmente lo que realmente no había escrito: cómo encontré en la selva paraguaya un vampiro del tamaño de una gaviota grande sorbiéndome dulce y serenamente la sangre de mi pie, cuando yo dormía en mi hamaca. Narré nuestra llegada al dominio de la bellísima y perversa reina Cuñán, con su corte de doncellas desnudas. Le hablé de los misterios del lago de Ipacaraí y sus atardeceres largos, donde se producen los colores del manto de Dios (es el único lugar de la Tierra donde es dado ver esta maravilla).

Brillaban los ojos de Lucinda, que apenas mojaba los labios en el

vino fresco (había dejado las botellas sumergidas en el piletón del patio). Entonces me animé a contarle la única vez que yo había visto a Dios. Conté nuestra jornada desde la costa del golfo de Santa Catalina, en el Brasil, a través de una selva absolutamente desconocida, en dirección de Asunción.

Le hablé del río Iguazú que cae estrepitosamente en su confluencia con el Paraná. Varias leguas antes se oye en la noche el rumor profundo de las aguas. Hablé de las nieblas de espuma creando inesperados arcoiris, y de bandadas de loros y ararás. Águilas de cuello dorado y familias de monos pequeños, de colores, saltando entre helechos y estallidos de orquídeas. Enmudecieron los hombres ante tanta belleza. Se hincaron y surgió una misa extraña, necesaria, parida desde el fondo de nuestros corazones. Las palabras del hombre, le dije a Lucinda, surgieron para hablar de la tierra, después de la expulsión del Paraíso. El hombre no tiene la palabra justa para poder referirse a ese Paraíso que perdimos, o para referirse a la presencia de Dios —aunque sólo se trate de un asomo de su omnipotencia—, como pasó en esa ocasión.

—Por un instante, apenas una hora quizás, estuvimos en el portal del Paraíso Terrenal. Todos lo tenemos a esto por cierto. No podríamos, sin embargo, demostrárselo a nadie…

—¿Tratará Vuesamercé de escribirlo?

—No. Me tomarían otra vez por loco, o por idólatra.

Fue una larga cena feliz. Doña Eufrosia subió con la sorpresa que tenía preparada: una tarta donde se veía una navecilla de nuez en un oleaje de nata batida. Naufragando, obviamente.

Sosteniendo nuestros vasos de vino de Alanís nos acercamos a la pared baja que da a los techos moros de Sevilla y a la Giralda, tocada por luz de luna. A ese lugar lo llamo yo, venecianamente, la *altana*.

Lucinda estaba feliz, sus ojos sonreían. Más bien controlaba una placentera sonrisa permanente. Me elogió, elogió mis relatos. Dijo que se debía escribir mi vida. Que tantas cosas no podían permanecer en secreto.

Como no bebía, tomé su copa de vino fresco y la apoyé en sus labios. Una gota rodó hacia el delicioso hueco de su barbilla y me atreví a interrumpir su carrera con mi dedo (tan arrugado como sarmiento en viña de convento).

Lucinda echó su cabeza hacia atrás. Su mirada perdió el sendero de confiada alegría.

Siempre fui un pésimo seductor. Tuve la torpeza del capitán de tercios o del cura enamorado de la sobrina. Cargo la suerte y adelanto el pie justo cuando no debo: o porque el toro no se arrancó o porque ya pasó de largo. A esto los franceses llaman con una palabra justa: ser *maladroit*.

Porque habiendo fracasado en esa caricia disimulada en intento de evitar el desborde del vino, no tuve mejor idea a continuación que tomarla por la cintura, como quien se dispone a caminar inocentemente por un sendero que no existía. En el breve instante que duró mi arrojo, esa cintura me transmitió una delicadeza y un calor inolvidables.

Lucinda se separó y se sentó contrariada, con el entrecejo fruncido. Se puso a jugar con la uña con la cáscara de nuez naufragada en crema.

—Don Alvar, Vuesamercé… Debe saber que pertenezco a un hombre. Se llama Jesús Mohamed, es con quien me vio aquella vez.

Sentí un dolor muy hondo. Se producía lo que yo temía, como tantas otras veces. La noche se desmoronaba en desastre. Sentí que quedaba desarticulado, sin fuerzas en los brazos y piernas, como un títere al que hubiesen aflojado todos los hilos. Me desplomé en el sillón.

—¿Es ese con quien te vi en el puente?

—El mismo. —Lucinda tenía los ojos húmedos, pero ya no de alegría. La luz de los candelabros tocaba lágrimas de angustia. —Es un hombre muy poderoso. Habría oído hablar de él. Maneja muchas cosas importantes del Arenal…

Comprendí la turbación de Lucinda. Ese Mohamed sería uno de los llamados «moros del Arenal». Banda de rufianes acomodados con jueces, alguaciles y comerciantes. Dedicados, además, a los tráficos más macabros.

—¡La hez! ¡La mierda! —murmuré. Entonces sentí que crecía en mí y me desbordaba una incontenible furia. (Ahora que lo escribo, comprendo que era algo ajeno a mí, un verdadero demonio invasor.)

Me abalancé hacia Lucinda. Ya no buscaba su cintura, sino su cara, para abofetearla.

—¡Que tú seas tan puta! ¡Tan miserable! ¡Atroz judezna!

Doña Eufrosia creo que llegaba desesperada. Pienso que Lucinda logró apenas contener mi brazo. Golpeé la mesa con la pierna. Cayó uno de los candelabros de mi madre. Estoy seguro —esas cosas se recuerdan en forma quebrada, como las pesadillas— que el gato negro que había estado observando desde el muro caldeado que da al Alcázar, pegó un salto y desapareció, como para librarse de aquella escena de taberna napolitana.

Ahora, sobre la blancura del papel, todo es ridículo y vergonzoso. No pude controlar aquella explosión. Soy un sexagenario con voluptuosas pretensiones. Un falso moralista, un católico irreductible.

La fiera de los celos me había transformado en un espantajo temible y ridículo. (Creo escuchar un golpeteo de dientes, mi mandíbula se movía tal vez buscando insultos, pero no salían

palabras.) Lucinda se echó escaleras abajo y desapareció en la calle.

Empujé la mesa malamente. Se rompió la última fuente de Talavera. La voz de doña Eufrosia, vulgar, desesperada, queriendo imponer orden o componer las cosas rotas. En realidad estaba ridículamente, perdidamente enamorado de Lucinda. Hoy me atrevo a escribirlo después de una semana de horror.

Eché a doña Eufrosia. Estrellé la maceta de la rosa contra el tanque de agua.

Lucinda correría despavorida. Entonces me acordé de unos versos del cura jugador y peligroso que suele agregarse a los festines de Bradomín:

¡Ay, cuánto yerra
delfín que corre en mar
a corza en tierra!

Me vi completamente ridículo. Una vez más la maldita vida se metía. Metía su rabo cuando uno buscaba el sosiego de la recordación; cuando uno ya cree que es como los trajes que alguna vez vistió y que ya no queda espacio para sentimientos ni novedades.

De repente irrumpe lo que hay. Lo de hoy. Lo cierto y actual. Es como si de una patada en el trasero nos mandasen otra vez al centro del escenario, cuando ya estábamos serenamente despidiéndonos entre bambalinas.

¡Tener celos! ¡Estar enamorado indecorosamente de una judezna endiablada por un moro! Esto ya es demasiado.

ME DI A LA VILLANÍA. INMODERADAMENTE. Casi como para olvidarme de los frenos de mi orgullo gastado. Entré en días de una angustia casi juvenil: dicen que los viejos se transforman en seres frágiles y tontos como niños. Es verdad.

Caminé hasta la extenuación por la ciudad aliviada de los calores de agosto. Iba con excesiva frecuencia al bar de Lucio, para beber su excelente vino blanco junto a la ventana, observando los odios y amores de las moscas incapaces de descubrir el engaño del cristal.

Evito, como puedo, la gente conocida. Sobre todo los parientes: no hay que molestarlos con la evidencia de la caída.

Me agregué —con menoscabo de mi dignidad— a las dos noches de jolgorio y de ingenios verbales que habían organizado los poetas en el Mesón de Gutiérrez, en la calle de Bayona. De tanto dar vueltas por la Borceguinería y la calle de los Francos, terminé por cruzarme con el marqués de Bradomín, que me invitó. Ya se vendía su libro editado por su amigo de Barcelona, el vizconde de Calafell.

Era yo como una brasa ardiente. Sólo entre ellos me sentí un poco mejor, olvidado de mis obsesiones. Curiosos estos poetas, aunque viven en lo imaginario, y no en lo real, terminan por tener una extraña comprensión de las cosas y un intenso e inexplicable conocimiento de la vida. Uno termina por hablarles como a confesores que respetase.

Sin embargo son subversivos, resentidos y marginados de las decisiones de la verdadera vida. En cosa de fe, bordean la hoguera inquisitorial por su insolencia; en cosas de Estado sólo sirven como meros escribientes o como escribas para discursos de ceremonias. Saben de mujeres, pero más bien de putas. Conocen cosas de la sensualidad más por la imaginación que por la práctica (son sucios, malolientes y pobres). Escriben de amores sublimes y bucólicos, de pastoras griegas. Inventan esas cosas para deleite de marquesas o de señores con gota.

Pero crean una versión de la vida con sus disparates. Y esa versión no es más inverosímil que la de «la realidad».

Escandalizaban ese mesón, que es nuevo y decoroso. Hablaban sin escucharse.

Recuerdan, recitan, declaman. Citan. Divagan y vagan. Deliran.

Beben, declaran, amenazan. Blasfeman. Sueñan utopías y glorias. No las viven, las inventan. Y como las cuentan con tanto ingenio, quedan más que vividas. Hacen de todos lo que sólo sienten ellos.

Son ferozmente egoístas, pero se pasan el tiempo haciendo justicia, calumniando, denunciando el egoísmo de los otros.

Discrepan con Dios. Le cantan y pecan. Pero al fin de cuentas son capaces de meterse a hablar de Él, porque a su modo creen, y hasta arriesgan hoguera. Platón se dio cuenta del peligro y de la fuerza de esta gente que amenaza en todas las ciudades, pero que tal vez sean imprescindibles, como el gusano que estalla en mariposa y limpia —además— la carroña de los muertos.

HABÍAN ORGANIZADO UN DESCOMUNAL FESTÍN de mariscos frescos y cochinillos de teta. Aunque el libro neonato presidía la mesa, me ubicaron según mi alcurnia y verdaderos títulos junto a Bradomín, con sus largas barbas finas y canosas de viejo, y su frente despejada, de herético. A mi otro lado estaba el cura de olvidado apellido vasco, que siempre habla de toros y de mitologías.

—No me sale nada católico —me dice—. No soy yo. Es el lenguaje que encuentra esas confusiones, templos, esplendores…

Generoso, elogia mi libro de *Naufragios*.

—Vale más por lo que Vuesamercé oculta que por lo que cuenta.

La mesa se completó. Llegó el poeta ciego golpeteando con su exagerado bastón de fresno. Cuando le conté, la vez pasada, las cosas del Paraguay y de aquellos lejanos ríos, me mandó, al día siguiente, unos versos agradeciendo mi relato. Hablaba de unas carabelas mecidas en un río de sueñera y de barro. Magia inconsciente y tal vez involuntaria de los poetas: la palabra sueñera me transportó a la cubierta de la nao *Comuneros* en la que me habían embarcado, vejado y prisionero, para exportarme a España. Esperábamos buenos vientos en un paraje que llaman Tigre, por la cantidad de esas fieras que bajan en los camalotes, como islas flotantes y que se acumulan en esos lugares cercanos al aldeón de barro llamado Buenos Aires.

Efectivamente, fueron días torpes, perdidos en la sueñera de luz y aire tibio.

En algún momento de la infinita cena habló el vizconde de Calafell, el señor Barral. Dijo disparatadamente que el arte debe seguir su curso «sin que nadie ose buscar en él la palabra del demonio». Se refería claramente a la Inquisición. Todos lo aplaudieron entregadamente, incluso el cura, paganizante que estaba a mi izquierda.

Bradomín pronunció un interminable discurso. Me elogió como «hombre de armas humanistas, más digno de la clara Italia que de esta sepulcral Iberia».

Se brindó por su libro. No una copa, sino varias botellas. Bradomín se volvió hacia mí y me dijo muy seriamente:

—Sé que está preocupado por mi flacura. Eso se debe a la pérdida de mi brazo en México, hecho del cual Vuesamercé fue testigo —fabulaba—, sólo me quedó el miembro educado para alzar la copa y beber. El que perdiera el del tenedor…

EN ESA NOCHE SURGIÓ EN MÍ LA PASIÓN CRIMINAL. El deseo de matar, de librar al mundo de alguien que consideramos nefasto, se establece repentinamente, como una obsesión.

Los poetas habían bebido demasiado. Yo mismo, sin estar mareado, estaba excitado por el vino que tomaba de continuo. Algunos se despidieron, otros formaron un grupo dispuesto a derivar por las callejas de Sevilla buscando las casas de juego, los prostíbulos y otras tabernas.

Se extrañaron de verme, por primera vez, agregado a semejante cruzada nocturna.

Los poetas se debatían en incesantes discusiones. En la esquina de Sierpes y la Pellejería estuvimos esperando largo tiempo una decisión. Se resolvió finalmente bogar en todas direcciones. Pasamos primero por mi barrio, hacia la calle del Agua, del lado de las casas del obispo de Esquilache, donde hay putas mozas e independientes, que según ellos decían, lo llevan a uno a sus propias moradas y atienden en sus cuartos, ante la indiferencia de sus degradadas familias y de sus maridos-chulos.

Era un espectáculo bastante triste de ver. Arman unas hogueras indecisas y en esa temblequeante luz se aparecen las mozas, generalmente judías o moras. Hay allí más enfermedad y pena que jolgorio y sensualidad. Perdimos en ese frente un solo escriba, cuyo nombre no recuerdo. Un hombre triste y maduro, que si lleva en su cuerpo algún recuerdo de caricia de mujer, lo debe llevar marcado como cicatriz reseca. (Escribe, me dijo, una Crónica de Amores Tardíos.)

Mi fin no era otro que seguir con paciencia por esos resumideros morales de la Sevilla de los tiempos del oro, y poder aproximarme a mi objetivo, el feudo de Jesús Mohamed.

Pasamos por el barrio señoreado por los tahúres. Una sucesión de casas de juego, muchas de las cuales, dicen, son propiedad de personajes encumbrados y hasta de religiosos. Allí se juega de todo. Se ven soldados recién llegados de América burlados por tramposos que se quedan con el oro y las perlas frescas, todavía con sal del Caribe.

Alcanzamos el Compás de la Mancebía, imperfectamente cercado con tablones.

Mundo infernal de seres degradados. Duquesas cojas que arrastran plumas enfangadas, mulatas desnudas recién compradas en el mercado que regentean los holandeses. Señoras «serias» y de habla superior que se acercan para conocer la intención de los caballeros. Mundo de la alcahuetería y de las casas llanas. A una de esas falsas damas con alcurnia de permanganatos le dije:

—Soy amigo de Jesús Mohamed. —La mujer se esmeró para llamarlo. Gritó y su voz encontró eco en innúmeras gargantas.

—¡Omar Mohamed, Omar, Omar!

Se veía que el Jesús era el nombre diurno y administrativo, nombre de conversión obligatoria, que por las noches era reemplazado por el legítimo y moro Omar.

Venía conmigo el poeta ciego, que más bien siempre monologaba perdido en sus imaginerías, el cura que ríe y bromea con cuanta puta encuentra y otros dos cuyos nombres no recuerdo.

La Mancebía es un laberinto. Nos internamos hasta la «casa grande», que era algo así como el cuartel general de los rufianes. Había un gran patio con macetas y en el fondo estaba, entre otros, el individuo que vi en el puente.

Sentí una violenta tristeza (si es posible aparear estas palabras).

Difícil creer que después de tantas décadas nos quede espacio para ese tipo de pasiones.

El Omar Mohamed tenía esas botas con ribetes plateados que ahora usan los soldados afortunados y una especie de camisa negra. Me bastaba verlo. Mis acompañantes tomaron aquello, seguramente, por manía de borracho. Esa entrada en la Casa Grande se agregaba al vagabundeo inconsistente de los poetas. Nadie me pidió razones. Y logré que nos retirásemos sin que ese forajido reparase en mí.

Sería fácil matarlo. No alcanzaría a desconfiar de mi proximidad. ¿Quién puede temer a un viejo señor venido a menos?

Algunos me han querido tener por santo o por místico. Curioso hecho. Sentí en mí batir la vena del asesino, vena tan legítima como cualquier otra. Tal vez seamos alternativamente santos y demonios. El Señor lo sabe.

Merecemos su mal trato, su desprecio.

¿HASTA CUÁNDO CUIDARSE DE MORIR? ¿Cuándo empezar a vivir como si fuésemos a morir este viernes?

El peor signo de esta tentación es cuando ya renunciamos a las formas que corresponden a nuestra posición y estamento. Se establece la verdadera libertad que sólo nace o es posible en el borde de la muerte y del absoluto. Una extraña *comodidad* se afirma en quien pueda llegar a estos raros extremos. Se pierde temor. ¿Si moriré el jueves, por qué no ahorrarle antes al mundo un ser como Omar Mohamed?

Nos quedamos caminando con el poeta ciego hasta el amanecer. Fuimos a uno de los tenduchos del Arenal, donde preparan chanquetes y boquerones fritos y uno toma el mejor vino de Montilla. Extraña sabiduría destila ese ciego que tiene un esclavo contrahecho que alternativamente escribe lo que el poeta le dicta, pues es letrado y además cumple la misión de todo lazarillo, de guiarlo entre la inmundicia de las calles de Sevilla, y controlar que le sirvan la comida sin embaucarlo. El poeta lo trata con toda dureza. Lo suele avivar con un sólido golpe del bastón de fresno en las costillas flacas. De vez en cuando le arroja un boquerón, dádiva escasa de poeta pobre, que el lazarillo come con avidez perruna. Váyase a saber si en su oscura alma esteparia no alienta la ambición insensata de creerse poeta él también.

Acevedo, que así se llama el ciego, habla con una intimidad ajena a hombres de verba poderosa o ingeniosa, como Bradomín o Nalé. Es más bien propenso a la sabiduría y a una reflexividad que es extraña entre los vates de la tribu ibérica.

Volví a contar la experiencia de los gigantescos saltos del río Iguazú. Y como el ciego es seguramente marrano, se interesó cuando le dije que todos esos cristianos que nos habíamos hincado ante tamaña maravilla y rezado y cantado un improvisado *Te Deum*, habíamos sentido la presencia de Dios como una inesperada aparición.

—Era, Acevedo, el Dios grande, el Dios de Isaac y de Jacob. Y era indiscutiblemente Dios quien estaba allí entre los arcoiris, los estallidos de espuma fresca y las bandadas de pájaros de plumaje enjoyado, ducal.

—¿No lo habrá visto sólo Vuesamercé a ese Dios y los demás no se hincarían por obediencia y respeto al jefe? —me preguntó con cierta

sorna muy velada.

—No. *Estábamos* en una misa. Lo unánime se siente. El grupo, cuando se congrega en torno a un sentimiento compartido, segrega un alma de todos, un espíritu grande… Yo lo sentí claramente. Era Dios, el Dios grande. Los dos curas que venían con nosotros parecían sólo monaguillos…

Comimos la fuente de chanquetes. Bebimos casi otra botella. Estábamos rodeados de rufianes, putas y aventureros, que es como decir, el alma de la España de ahora…

—¿Se da Vuesamercé cuenta? Entre este plato de chanquetes fritos y otro, en otro mesón al que nos pueda llevar el azar de una hipotética caminata, puede estar, modestamente, mi muerte en el medio…

Acevedo me habló de un sentimiento que conozco. Saber que cerrar una puerta o pasar frente a la Catedral puede ser el último acto. Sentirse en estado de despedida del mundo. Y saber que entre un acto banal y otro, entre cerrar la puerta y rasurarse, puede estar nuestra muerte, el fin de nuestra existencia, que es a su vez el fin del mundo (pues no hay una catástrofe improbable de todos, sino la segura, silenciosa, de nuestra muerte).

Filosofamos así hasta que empezaba a deslizarse la luz del alba. Luz neblinosa.

Tomé mi daga, ya que Acevedo no veía y el lazarillo yacía tendido entre las patas de la mesa como un galgo soñoliento. La observé detenidamente. Tiene la autoridad de quien puede actuar sin dudas. La autoridad callada del verdugo o del guerrero. Ser rígido, con la mínima y necesaria flexibilidad de su temple de las acerías de Bilbao, para no quebrarse en el choque. Era la daga del abuelo Vera, con un pasado de inconfesadas muertes. Había dormido muchos años, como quien deja correr a su lado la frivolidad de la vida hasta el momento en que tiene que reingresar en ella, en lo cotidiano, por la puerta del crimen, del coraje o de la hazaña heroica.

Como todas las armas, ejercía cierta fascinación. Uno se queda mirándolas, sopesándolas. Están cargadas de esa trágica convicción que a veces flaquea en nosotros.

Acevedo salió de su aparente somnolencia. Pegó un golpe seco con el bastón que resonó en el costillar del dormido lazarillo y ordenó:

—¡Vamos! ¡Levántate y anda, perro boreal con tus ojos de lince!

Como volví ya con la mañana hecha, encontré en la calle Pimienta un revuelo. Doña Eufrosia había alarmado a todos con mi desaparición. Dijo que me podrían haber asaltado los gitanos y moros que andan en gavillas. Dijo que yo «andaba tan mal que podría haberme muerto de un soponcio». Estaban los judíos de la panadería, con su gato barcino, el talabartero lezna en mano y los chiquillos desharrapados de la cuadra. Un verdadero escándalo. Entramos

gritándonos mutuamente con la bruja Eufrosia que pretendía vengarse ¡enjaretándome un tazón de caldo!

PELIGROSO VITALISMO. Se traduce en exceso de sangre que pierdo todas las mañanas. Apenas si puedo dormirme un par de horas. Enseguida me asaltan pesadillas insoportables (insoportables porque son realidad): Lucinda aparece desnuda, con el cuerpo irrealmente moreno, con la cabellera suelta, temblando de amor y deseo sobre el cuerpo de Mohamed cargado de serena autoridad erótica. Son visiones de horror. Veo todo, veo *detalles*.

Al mismo tiempo experimento cierta serenidad. La daga es como un extraordinario remedio esperando su trabajo de purificación. Es distante y serena como un ángel exterminador.

He dispuesto no abandonar el relato, que ya es memoria invadida inesperadamente por vida actual. Anotaré todo: lo que no dije de mi pasado y de mis anteriores naufragios y los pormenores de este penúltimo naufragio que seguramente me llevará por primera vez a matar un ser despreciable con mi mano. (Soy ya muy pobre como para permitirme el lujo de tener mi propio verdugo, como el duque de Alba o el Medina-Sidonia.) He dividido mi tiempo. Escribo sosegadamente en la azotea y salgo al atardecer, según planes previos, para ir cercando, acechando, a quien deberá morir.

ESCRIBÍ CON INESPERADA SERENIDAD durante esta larga tarde de lluvia, contando el regreso a España, rememorando aquella Sevilla en fiesta y el origen de mi gobierno —o desgobierno— en el Río de la Plata.

Naturalmente tuvimos durante el regreso de México el obvio naufragio, que pudo haber sido el último por la violencia del mar. (Terminé por tener la convicción de que se trataba de un problema personal mío con Neptuno.)

Habían muerto mis padres. La gran casa, sin ellos, era una caracola abandonada entre arenas. Tamaña pena fue aliviada por la vanidad satisfecha. Alguien había hecho de mí un héroe; con la misma superficialidad con que a mi forzado regreso del Paraguay me convertirían en un demonio.

De Sevilla viajamos en ocho días a Toledo, donde estaba por entonces la Corte. Debía ser el año de 1537. Y era un momento especial para recibir a quien «en diez años de andanzas no había matado un solo indio». Había una efervescencia humanitaria en la Corte, en los legados pontificios, hasta en los altos funcionarios del Consejo de Indias, que nada tenía que ver con la brutalidad de quienes yo había visto actuar en Sinaloa y Tenochtitlán.

Yo pasaba a ser el protagonista viviente y ejemplar de la encíclica *Sublimis Deus* que el Papa había informado *urbi et orbi* en el mes de junio de ese año. Se establecía allí que los indios eran hombres, que había que respetarlos y tener su palabra en igual valor que la de los cristianos de España y que era delito privarlos de la libertad.

La teología había hecho lo suyo, era verdad. Pero, como el Espíritu Santo, se había quedado en lo alto sin tocar la realidad de la tierra.

Había un clima tan extraordinariamente humano, que en mi relación ante la Real Audiencia me permití señalar que en dos mil leguas recorridas y en diez años entre los indios aquellos, no había visto un solo sacrificio humano. Y agregué, para el Emperador, aquello de que «sólo la fe cura, sólo la bondad conquista».

Lamenté que mi madre, Teresa, no viese mi gloria cortesana. Desde los tiempos, más primitivos, de mi abuelo Vera, no se había visto tan en alto el nombre de nuestro linaje. De repente los parientes pobres logramos hacer reverdecer empolvados laureles, enmohecidos prestigios. Llegué a Sevilla como el conquistador de un reino

imaginario: sin ciudades que repitan los nombres de las de Extremadura, sin tributos ni encomiendas de indios esclavizados con el hipócrita justificativo de la salvación y de la cristianización.

Todos mis parientes me enviaron mensajeros con invitaciones para comidas de alcurnia, juegos o bailes organizados en mi honor.

Los Estopiñán, los Saavedra, los Esquivel y toda la parentela del duque de Arcos. E incluso otros, como los Guzmanes y los de Medina-Sidonia, como los Monsalvo y los Santillán.

EN MIS ACECHOS NOCTURNOS, paso delante de estos palacios que alguna vez se encendieron con todos los cirios de Andalucía en noches para mí. Reveo, imagino, aquellos fastos, aquella gente lujosa en los salones. Hoy casi todos son ya fantasmas y sus herederos nada querrían saber de este viejo que volvió en cadenas. Aunque te absuelvan, el desprestigio y la calumnia te sobreviven.

Si intentase entrar, los lacayos me cerrarían el portal en la cara. Soy un fracasado, historia pasada.

En aquel entonces hice fiestas espléndidas para hombres de armas y leguleyos de Corte. Pagué regimientos de moras sensuales que bailaron hasta el alba sacudiendo sus cabelleras y ancas de leonas. Ofrecí vinos de Francia. Me enamoré de una prima casada con un alguacil aburrido. (Fui incapaz de secuestrarla y de huir con ella, que me esperó con una canastilla de joyas y dos esclavas «para que la peinasen a la mañana siguiente».)

Bebí la magia de Sevilla. Pequé con alegría, me redimí los sábados, como en la infancia, cuando mi madre me esperaba a unos pasos del confesionario donde yo inventaba pecados para no desilusionar al cura.

Tuve otra gitana, de ojos muy negros. (Porque la mora de mi juventud primera se había casado con un sastre converso y se dedicaba a coser ojales.)

Conocí la fiesta de la vida. La Sevilla del triunfador.

EN UNA DE ESAS NOCHES, en una gran fiesta en el palacio de los Dueñas, me presentaron a un verdadero conquistador, a Hernando de Soto. Volvía yo de una discusión con mi prima en uno de aquellos patios floridos donde el aroma de los jazmines puede emborrachar al incauto, cuando vi a ese personaje instalado en el salón.

Había sido uno de los tres capitanes que estuvieron en la escandalosa matanza de Cajamarca. Cuenta a su favor que no dio su consentimiento para el innecesario asesinato del Inca Ata-hualpa. Volvió con ciento ochenta mil ducados de oro. Se lo halagaba. Tenía la necesaria crueldad del soldado que extiende el Imperio. Era de la raza

del duque de Cádiz o del de Alba.

Criaba terribles perros. Sus mastines bravos eran famosos. Nacían despreciando el olor a indio y a negro. Nadie se explica bien cómo se las ingeniaba para educarlos en descubrir y despedazar «la gente que reitera prohibidas idolatrías» y los sodomitas. Sus perros tenían un severo juicio en cosas de moral… También criaba caballos de guerra, aptos para el difícil terreno de América, y era un honor montar en jacas de su cría. Su domador en Perú fue el hoy famoso Lope de Aguirre, un rengo temible, que acaba de declarar guerra a nuestro Rey fundando, no se sabe dónde, el «reino Marañón». Pero el fuerte de Soto es saber criar perros bravos, lebreles feroces, parientes de Becerrillo y de Leon-cico, grandes despedazadores de indios.

Soto me esperaba con interés. Nos apartamos en un rincón del jardín florido de la casa de Alba. Los moriscos nos servían ese espumante de Francia, muy famoso. Mi despechada y enamorada prima lloraba rodeada de sus niñas de compañía.

—Creo que tendremos que coordinar nuestras fuerzas —me dijo—. Se sabe en la Corte que os darán el mando como Adelantado en Florida…

Así me enteré de una posibilidad que bien hablaba de mi prestigio, pero que me resultaría inaccesible: era el único conquistador peatón. Ni siquiera había sabido conservar las cinco esmeraldas de Sinaloa.

Hernando de Soto, que sabía seguramente de mi escaso peculio familiar como para montar una flota conquistadora, consideraba que podríamos hacer un acuerdo. ¿En qué podríamos llevarnos de acuerdo nosotros?

Me limité a escuchar sus proyectos de grandeza y poder. Entonces comprendí que estaba convencido de que efectivamente yo había visitado las ciudades de oro de Quivira. Creía que ese «secreto que no contaría ni al Rey» era realmente el conocimiento de la ubicación de un imperio fabuloso. Su única ambición era el poder y la riqueza. Creo recordar que hasta me propuso el mando compartido y repartió las ciudades imaginarias que como son siete, número impar, ponía en dificultad la división por dos en sus cortas matemáticas.

Se sentía dueño del mundo sin saber todavía que en su ambicionada Florida encontraría las fiebres que lo llevaron a la muerte y que descendería el Mississippi dentro de una encina ahuecada, enviado hacia el mar por el cual vino, por sus propios hombres, que quisieron evitar que los indios se indigestaran de tan peligroso coraje.

VENDÍ LA CASA DE MI MADRE y las abandonadas posesiones de Extremadura. Pero mi dinero era insignificante para armar una flota como la que requería La Florida.

Hernando de Soto inventó la alternativa: con mis escasos recursos y su préstamo ya podría conformar la relativamente modesta suma de ocho mil ducados para comprar el derecho a suceder a Ayolas como Adelantado en el Río de la Plata, en el Paraguay. Soto pondría también el dinero para las naves y bastimentos que requería aquella expedición a las tierras pobres del Imperio. A cambio, yo cedería ante la Real Audiencia todo derecho a ser titular en La Florida.

Soto procedió honestamente y con largueza: solventó la expedición de su ruina y la que significaría mi fracaso y prisión. El destino o Dios juega con nosotros más bien concediéndonos lo que ambicionamos con tanto desvelo. Hernando de Soto partió en busca de las Siete Ciudades con una rumbosa armada. Llevaba sus perros, sus caballos y la cruz-horca, para que los infieles e idólatras aquellos fuesen enviados a mejor vida colgados de un brazo de esa cruz que recordaba la infinita bondad del Cristo traicionado.

Cieza de León fue el único que sospechó la existencia de las ciudades secretas, del «mundo de arriba». Muy de niño habían llevado a Cieza a las Indias. Conservó un ojo prístino, porque lo que se ve y vive en la infancia suele transformarse en amor. A su modo, se transformó en un «otro». Ni tan español ni indio.

Padeció a los Pizarro y a los Almagros en sus correrías, búsquedas de oro y guerras fratricidas. Le gustaba recorrer solo, con su caballo, los pueblos indios, sus templos y monumentos. Solía ir desarmado. Vio el horror de las violaciones de las vestales del Sol en el Accla Huasi de Cuzco, aprobados solemnemente por el atroz Valverde.

Asistió a aquel famoso partidode mus, cuando se jugaron el disco gigantesco de oro del Coricancha, el dios Inti. Fue una partida muy peleada. Ganó Maneio Sierra de Leguizamo. Un hombre muy bruto que se echó a dormir, borracho y feliz en su triunfo, sobre el enorme disco sagrado. Al día siguiente lo hizo serruchar para fundir lingotes y poder cargar las mulas…

Nos encontramos un par de veces con Cieza aquí en Sevilla. Vivía a un paso de esta azotea, en el palacio de los López de Abreu. Se había casado con Isabel y era feliz, escribía sin rencor ni acoso, sin saberse poeta, lo cual es un alivio: no se intenta perfección literaria alguna.

Hablaba de cumbres altísimas, de magnitudes desconocidas en Europa. Cimas donde las nubes vuelan y se desgarran entre picos como lanzas. Descubrió y recorrió maravillado las avenidas de lajas que los Incas construyeron en esas alturas como una gigantesca serpiente o espinazo que unía su imperio de norte a sur, hasta el Tucumán. Durmió en tambos y en templos. Cruzó rabiosos torrentes y abismos, por puentes colgantes que obligaban a vendar los ojos de los caballos.

Alcanzó las regiones más secretas, el mundo de arriba. Sedes edificadas por los Fundadores, según dijo. «Los hombres que conservan la memoria de la conexión divina de los pueblos». Llegó a Tiwanaco, o Tiahuanaco, donde los españoles encontraron estatuas de dioses gigantescos y, considerándolos demonios o entidades nefastas, procedieron a «fusilarlos» con sus mosque-tones.

Cieza me habló de enormes palacios de piedra con pórticos más grandes que los de nuestras mayores catedrales. Escalinatas de

mármol que suben hacia plataformas donde se celebraron ritos ya perdidos y donde moraban esos dioses de piedra que los nuestros fusilaron…

Cerca del mar o lago Titicaca encontró extraños seres, de sangre negra y fría, que sólo viven para recordar que hubo un tiempo del «Sol vivo». Son restos de pueblos primigenios. Fueron ellos los que le dijeron que Tiahuanaco había surgido en un solo día; con todos sus templos de piedra tallada.

Cieza me dijo que esos indios se llamaban *uros*. No querían imponerse sobre nadie, casi no resistían a nada. Sólo pretendían no ser como nosotros…

Cieza sabía lo que Cortés sólo había sospechado en su triste agonía: que nosotros no hemos descubierto ni conquistado. Sólo habíamos pasado por arriba. Habíamos más bien cubierto, negado sin conocer, amordazado. Nos mandaron a imperar. Eso hicimos, nada más. No fuimos a descubrir, que es conocer; sino a desconocer. Depredar, sepultar lo que hubiese. Avasallar silenciando, transformando a todos los otros en ninguno. Señoreando, por fin, en un pueblo de fantasmas, de *ningunos*…

Cieza me sorprendió con una de sus consideraciones. Me dijo que aquellos incas no sólo hubieran merecido seguir viviendo sino que eran una civilización «independiente y altiva» como la de Roma; tan capaz del mal y del bien… Pero que no podrían haber enseñado a repartir más cristianamente las riquezas que nosotros. Me contó que tenían enormes depósitos de comida para los años malos, y que las viudas, los niños y los viejos eran alimentados por toda la comunidad, sin que se les condene a los más débiles de la sociedad al hambre, al olvido o a la miseria como en nuestro «cristianismo de obispos prepotentes y duques y capitanes sin alma»…

Me contó cómo en un amanecer memorable encontró a una tribu o familia de uros, secundados por otros indios despersonalizados y silenciosos como fantasmas, entregados a la tarea de alzar una puerta de piedra monolítica que nuestra tropa había derribado. Habían hecho un gran andamiaje con cordeles y pértigas y en un esfuerzo supremo y aunado lograron alzarla nuevamente en un pedestal.

Era un increíble pórtico tallado en una sola piedra. Se erguía ante el páramo, afuera del sitial de los templos. Se veían figuras regimentadas de hombres con rostro de tigre y de pájaro. Seguramente guerreros y visionarios poetas, las estirpes que mandaban en estos pueblos.

Un portal en el desierto, orientado según la marcha del Sol o de algunas estrellas. «¿Qué significa? ¿Adónde lleva?», se preguntó Cieza. ¿Quién pasaría, o quién llegaría a través de esa puerta plantada en el desierto más alto del mundo?

El Emperador me dio el mando del Río de la Plata. Por fin podría coronar mi deseo oculto. El 18 de marzo de 1540 fue un día claro y despejado en la Villa de Madrid. El Emperador despachaba y al fin de la mañana firmó mi nombramiento de Adelantado, Gobernador General del Río de la Plata.

La solemnidad de la Corte, el mal humor del Emperador, el ir y venir de los cartapacios y, en el mesón de la Plaza Mayor donde me alojaba, la maravillosa prima Esther, vestida con sus enaguas venecianas, esperándome.

Yo no era un hombre fiel al Imperio. Yo era un «otro» (ese otro que tanto inquietara al viejo Fernández de Oviedo). Tenía mi propósito.

Nombré toda una oficialidad de parientes. El nepotismo me ayudaría. Necesitaba más que la lealtad de buenos soldados, la sumisión de mediocres nombrados de favor. Yo no quería capitanes para sojuzgar indios. Mi objetivo era otro.

En diciembre partimos de Cádiz con la flota pagada por Soto y mi peculio escaso. A mi modo, como Cortés en México, yo también había barrenado mis naves: no quedaba nada de mi fortuna familiar. Sólo la tumba de familia en la iglesita de la Cartuja, donde mi abuelo Vera oró antes de lanzarse hacia los horrores de la cristianización de las Canarias.

Meses de fiestas y de acción. Contrataciones, bastimentos, estiba de aceite, vino y cruces. Discusiones de pilotos y mareantes. Delirios de cartógrafos convencidos de que la realidad tiene algo que ver con sus mapas. Hice estampar un nuevo escudo de familia en las grandes velas: una cabeza de vaca, tan imponente como la del cibolo que decapitaron los guerreros del cacique Dulján al borde del «camino de las vacas». Hice hacer estandartes de seda con esa sugestiva cabezota de gran cornamenta. (Mi primo Estopiñán decía que había algo de siniestro en esa insignia. Otros criticaron que no hubiese yo —como era corriente—ordenado estampar el escudo de nuestro rey Carlos V.)

Nada puede compararse a la excitación, la alegría y la grandeza de poner toda una flota a son de mar y lanzarse hacia lo desconocido. Somos muy pocos los hombres privilegiados con esa posibilidad que nos alza de la mediocridad y nos pone a prueba ante el peligro y la dificultad.

En la madrugada helada y neblinosa del 2 de diciembre partimos de Cádiz.

Pensé en mi madre. En lo alto del castillo de popa de aquella nao capitana que estrenábamos, ella me estaría viendo, feliz, plenamente instalado en el vuelo del águila.

No cabe relatar los detalles de lo que es tan conocido por libros de cronistas y expedientes de tribunal.

He anotado el episodio de aquel grillo que salvó a toda nuestra armada. (Me parece lejano ya el tiempo cuando Lucinda escuchaba mi relato con un brillo inefable en su mirada.)

Acevedo, el poeta ciego, se pasó largo tiempo dando vueltas al tema de aquel grillo en la mesa del festejo de Bradomín.

Dijo que nunca nos explicamos la necesidad de lo creado:

—Tal vez durante siglos y siglos Dios haya seguido haciendo esos estúpidos y gritones grillos para que uno de ellos, uno, salve a una flota española que se perdía entre los arrecifes por causa de un piloto equivocado y soñoliento, más tonto todavía que un grillo…

Lo cierto es que, cosa no habitual, pudo evitarse ese naufragio de la lista. A ese episodio lo señalaría como el curioso no-naufragio de Brasil.

Alcanzamos viento en popa, llevados por los tibios alisios, la costa de Santa Catalina, donde se recomienda hacer agua dulce, porque la hay en abundancia, y cargar piñas maravillosas, cocos y frutas dulcísimas que crecen en ese lugar bellísimo. Estas tierras (es una gran isla que corre a lo largo del infinito Continente) me estaban asignadas por disposición del Rey en la capitulación que firmáramos en Madrid. No necesitaría más para mi felicidad. Me apoyé en la regala del castillo de mi nao y vi esa costa dorada, de arena blanquísima, donde las olas morían dejando sucesivas coronas de espuma. Aquello era la más bella propiedad que podría haber recibido. Tímidamente, los hombres —nuestros roñosos y heroicos marineros de España— se iban deslizando por los calabrotes de las anclas hacia ese mar de aguas tibias, transparentes, purísimas. Algunos se lanzaban con sus agujereados calzones de frisa y camisetas hediondas.

Tenían vergüenza de su intimidad, como criminales que esconden un arma. No resistí a la tentación de ordenar, a través del contramaestre, que se bañasen desnudos, como esos peces de Dios que se deslizaban entre esas benditas aguas.

Estábamos ya en las constelaciones de la Cruz del Sur, a unas seiscientas leguas del Río de la Plata, el río donde los indios se comieron al incauto Solís.

Veía desde lo alto del castillo de popa, en esa luz resplandeciente que enciende la blancura de la costa de solitarias playas, a la

marinería chapoteando, nadando, gritando, alrededor de la nao. Los cuerpos, que nunca exponen al sol, parecían escuálidos batracios blanquecinos. En esas aguas transparentes, salobres, me parecía que eran purificados, redimidos de una España, de una cultura, muy enfermas.

Recordé a Dulján, cuando se propuso «devolverme a la naturalidad del universo». Viendo a esos seres disímiles, algunos con malsanas barrigas, otros con escrófulas de la mala vida de a bordo, sentí una súbita piedad. Gozaban una alegría de colegiales en recreo, de presidiarios liberados.

Nunca como en ese momento sentí la revelación del absurdo de esa condición humana de los «civilizados», de los cristianos, que más bien viven a espaldas de su propio cuerpo y de la misma naturaleza.

Gritaban, reían, se intercambiaban groserías. Parecían intrusos en el sereno palacio de la Creación.

Vi que uno atrapó un pez de maravillosos colores, con cola en forma de penacho. Lo mostró, se rieron. Se lo arrojaron uno a otro como en un juego de pelota. Y no lo devolvieron después al mar. Lo arrojaron hacia la playa, para que muriese. ¿Por qué? ¿De dónde proviene ese impulso que en todos ellos parece natural? El pescado se sacudía, lo veía apenas. Sólo distinguía la arena que levantaba en los coletazos de agonía.

¿Qué profunda maldición cainita mueve a los hombres de esta arrogante «civilización» conquistadora?

Volví a la camareta con pesadumbre.

Pronto exigirían ser tratados como señores, pretenderían sirvientes y esclavos. Querrán su torpe paga, su América. No dudarán de su superioridad.

ESTAS NOTAS RECOGEN MÁS BIEN LO INCONFESADO, lo íntimo. Siendo así debo decir que sentí una profunda sensación de ridiculez al ver la daga entre estos papeles destinados más bien a la recordación. La puse un poco aparte para que su gruesa hoja de acero, un poco aceitada para evitar la herrumbre, no manchase las impolutas hojas donde voy asentando mi recordación.

Es una lámina de acero hosco, de las fundiciones de Vizcaya. Tiene una estría profunda a lo largo del filo para que entre aire en el cuerpo del apuñalado y —si no se alcanza a la víctima en un centro vital— ese aire que entra le llegue al corazón y lo haga morir de pasmo.

Al observar el puñal siento que el arma no duda, me impulsa como tropa fiel. Está más decidido que yo.

El arma desnuda, sin otro destino que la muerte, no parece tener otro objeto que una misión moral.

He escrito con extraña tranquilidad. Hay horas del puñal y horas de pluma, perfectamente divididas.

Ni bien oscurece, me echo a la calle siempre con una capa o chaqueta diferente, con algún sombrero viejo y me dedico a la tarea de acecho: en cuatro días he podido conocer los movimientos y las costumbres de Mohamed. Creo que es sólo por la tarde, en la luz del día cuando ya no puedo seguirlo, que se encuentra con Lucinda. Tal vez todavía no la ha sumergido en su torva noche rufianesca.

Intervendré antes.

Consideré si la pasión no me estaba transformando en un criminal ciego. Ayer fui a la Catedral y me arrodillé en el lugar más oscuro, del lado de la nave donde en tiempos de mi infancia estaban los reclinatorios de mi familia.

Creí escuchar mi voz interior más pura. Mi propósito era claramente justiciero: liberaría a Lucinda de una atroz humillación y la libraría del enceguecimiento de la pasión.

Discretamente extraje el puñal y lo sumergí en la pila de agua bendita.

Sabía que Lucinda, como despertando de un embrujamiento, con el tiempo me bendeciría como a un padre severo.

EVITÉ EL SIGUIENTE (SEGURO) NAUFRAGIO, decidiendo cruzar desde el golfo de Santa Catalina hacia Asunción, por tierra. Muchos lo juzgaron descabellado, pero para mí sería una prueba esencial: debería mostrar mi método distinto ante los feroces tupí-guaraníes, que señorean en los llanos y en selvas impenetradas hasta entonces.

Supe superar el escollo de los buenos consejos de los pilotos y capitanes. Encontramos algunos individuos que habían sobrevivido al hambre y la soledad de Buenos Aires y a dos curas que estaban establecidos en esa maravillosa costa, atendidos por devotas indiecitas. Todos ellos nos señalaron las rutas del mar y la probable dirección por tierra, para acertar con la ciudad de Asunción que está en el cruce de los grandes ríos.

Ordené que Estopiñán Cabeza de Vaca condujera la flota por el camino del Plata, el Mar Dulce, para socorrer Buenos Aires, y desde allí, subir por el Paraná, hasta reunirnos en Asunción.

El grueso de la tropa lo llevaría por tierra.

Supe que el anterior capitán de estas regiones, Ayolas, había muerto a manos de los indios. Supe, o me confirmaron, lo que se sabía en Sevilla y en la Corte de Toledo, que en esas regiones había sólo corrupción y anarquía. Las llamaban el Paraíso de Ma-homa. Los dos curas bien indicaban de qué se trataba y cuál era la situación en el Paraíso.

Hice enarbolar el gonfalón con la cabeza de vaca (no el del escudo real) y ordené, para sorpresa de capitanes y tropa, que se guardara la pólvora y se marchase con mosquetes descargados. Sólo yo hablaría con los indios que fuésemos encontrando. íbamos trescientos hombres y veintiséis caballos y deberíamos cruzar más de quinientas leguas de mundo desconocido.

ALCANZAMOS LOS PRIMEROS POBLADOS de gente pacífica, que todavía no había descubierto Europa. Daban vueltas alrededor de los caballos. Se horrorizaron, como si se tratase de un animal descuartizado que enseguida moriría cortado en dos cuando vieron que un jinete desmontaba: ¡creían que se trataba de centauros!

Era gente de los caciques Aniri y Tocangazú. Procedí, ante las

protestas de algunos de mis oficiales, a regalarles una cantidad de tijeras, cuchillos, espejos, bonetes, anzuelos, ordenando a mi gente que se dedicara pacientemente a enseñarles el uso. Ordené a los médicos que curasen a los enfermos. Impedí que se pidiese o permitiese algún servicio corporal de parte de los indios. Yo sabía que era necesario proceder con extremo cuidado en esos primeros poblados. Todo dependía del tacto que se tuviese en esa etapa. Lo cierto fue que por interés en nuestros regalos o por verdadero impulso de amistad, nos siguieron camino adelante hasta que nos adentramos en la selva más tupida del planeta. Había que hacer un túnel en el follaje para que pasaran los hombres y las cabalgaduras, durante días y días. Y aun así, no permití que se esclavizara a los indios en una tarea que sólo iba en nuestro provecho.

De este modo alcanzamos los primeros bohíos de los guaraníes cerriles, que ya tienen vastas referencias de la civilización. Los amansamos con mucho desarme y regalando cuanto había cabido en nuestras bolsas. Tratamos de que no temieran a los caballos. Respondieron, curiosamente, regalándoles nueces y miel que no pocos de los caballos aceptaron, para estupor nuestro. Ellos, generosos, nos repagaron con la receta de unos gusanos fritos que se crían en las cañas y que tienen por lo mejor.

En uno de esos pueblos asistimos a una verdadera guerra de astucias entre una familia de pecaríes y otra de monos, por la posesión de unos árboles de piñas. Vimos los pájaros de colores más increíbles, orquídeas que cantan imperceptiblemente en la noche, panteras renegridas que miran con ojos como ascuas el paso de los intrusos, familias de tigres pintados que duermen en las horquetas de los árboles y que sólo atacan a los hombres cuando están en el desierto, en caso de extrema necesidad.

Lidiamos con disimulados vampiros y con arañas velludas más grandes que la mano de labriego portugués.

Hoy, con tanta experiencia, puedo decir que el mundo de los animales salvajes es el mundo de la necesidad vital. El nuestro, el de los humanos, es el del exceso, el miedo preventivo, la acumulación.

Nunca como en esa selva sentí que nuestras razones eran el desorden.

En cierto sentido se puede decir que estábamos cruzando el Paraíso primordial.

La serpiente corruptora no era otra que esa larga hilera de soldados acorazados, maldiciendo su suerte mientras luchaban contra ramas de espino y miles de mosquitos y tábanos.

Cruzamos grandes lagunas construyendo puentes de tronco. Reencontramos el cielo abierto de los llanos, con leves ondulaciones, después del largo túnel de la selva. Alcanzamos los grandes ríos y

tuvimos la visión del Dios universal en ese increíble salto del Iguazú, del que ya hablé.

El viejo Oviedo consideró nuestro cruce una de las mayores aventuras de América. Sólo perdimos un hombre después de cuatro meses de marcha. No lo mató ningún indio ni fiera: se ahogó por imprudente, en aguas del Iguazú.

La daga y la cruz. Las dos están sobre la mesa donde escribo. La daga es corta y retacona, es romana (así eran las espadas de los romanos y hasta el cuerpo de la tropa común: corto, robusto). La cruz era la del pectoral de hierro del abuelo Vera. Un Cristo gastado por los años, con brillo en las rodillas.

Los españoles en la selva del Paraguay, eran sólo la daga. Desde esta distancia de tiempo y de espacio, se ve con claridad que fuimos esa rotunda y fría hoja de metal, no otra cosa. Sólo fuimos romanos.

Y yo pretendí cambiar la realidad. Creí que sería fácil. Fracasé sin gloria ni estrépito. No me di cuenta a tiempo que en aquel Paraguay de barro y selva, el único oro para nuestros hombres era el cuerpo de las indias.

Ya cuando nos aproximábamos a Asunción desde el Iguazú, en nuestras canoas, y se veían las casas de adobe y el campanario modesto de «la Catedral» en lo alto de la barranca, debí yo comprender de qué se trataba. Porque sobre el agua mansa del río, que es siempre buena conductora de sonidos, se oía una algarabía de patio de colegio en hora de recreo. Era un constante, incesante griterío de niños, de mestizos felices.

Llegaba con la satisfacción de haber comprobado que se puede conquistar sin espada. (Regimientos de indios amigos nos seguían con sus canoas cubiertas por un estallido de plumas multicolores). Había demostrado a mi oficialidad y a mis soldados que se podía entrar en la América más profunda, atravesando quinientas leguas, sin disparar un trabucazo ni matar a nadie.

Había verificado la verdad de mi divisa: sólo la fe cura, sólo la bondad conquista… Pero esto no maravillaba a los oficiales, ni siquiera a los que eran mis parientes. Y menos a la vulgar tropa.

Empezaba a sentir de qué modo extraño y perverso nos inclinamos más bien por el pecado o el crimen. De qué modo inexplicable para la buena razón nos vamos sumergiendo en un desorden que crea sus propias leyes y valores.

En Asunción nos recibieron decenas de niños que se zambulleron en la costa de tosca arena para agarrarse, riendo, del borde de

nuestras barcas que enarbolaban el gonfalón con la cabeza de vaca de temible cornamenta.

Centenares de niños. Tal vez más niños que los indios que había matado Salazar, Ayolas y el vasco Irala para poder robarles las mujeres y engendrar esos infantes (que no vacilaban en señalar como sus hijos).

Irala, me dijo de entrada, que sólo de «indias principales» había tenido seis hijos…

Así tomé posesión del Paraíso de Mahoma, donde los curas tenían hasta una docena de indias de servicio. Donde en los documentos públicos (notariales) se cambiaba una india por una manta o una india bella por una buena huerta preparada para sembrar alubias y porotos de América.

CONSTA DETALLADAMENTE EN LOS SUMARIOS y folios procesales todos los detalles de mi lucha para modificar esa realidad que ya me había vencido, mucho antes de mi llegada.

A nadie le interesaba mi propuesta moral. Vi la mirada de las indias enardecidas porque pretendí, primero eliminar las relaciones incestuosas, y después tratar de forzar e imponer la monogamia. Nadie quería ese orden. Miraban la bandera con la cabeza de vaca como un símbolo siniestro.

Las indias, que no respetan ni comprenden nuestras jerarquías, me gritaban enfurecidas a mi paso hacia la iglesia o el ayuntamiento.

Me fui cargando de desilusión y de odio. Impuse un férreo orden militar. Desalojé a latigazos las criadas «de servicio» en la sacristía.

Me sentí solo, contradictorio, sumergido en una realidad que se me escapaba de las manos.

Se burlaban de mí, murmuraban.

Los hombres en el fondo de su alma están más bien convocados por el pecado y el crimen. No me excluyo.

Por eso nuestro Dios, nuestro Cristo, no es un dios de la realidad. Es una eterna imposibilidad, una aporía, una renovada frustración.

Estaba yo preso en la caja de mis huesos en esa tierra donde siempre florecerá el naranjo y perfumará el diminuto jazmín.

La lujuria corría como el mercurio derramado, nadie puede controlarlo. En las noches calientes se escuchaban guitarras, areitos, tamboriles. El espeso silencio de los amantes y luego gemidos de amor, correrías. Eran noches de gatos alzados, de pumas en celo, de lagartijas calientes.

Sólo yo yacía en mi camastro solo, preguntándome: ¿Cómo puede pretenderse juez quien fue protagonista de lo mismo?

HABÍA CONCEBIDO LA AUDAZ —y quizás insensata idea— de basar la fuerza de nuestro imperio (y hasta justificar la conquista) aplicando rigurosamente los principios de nuestra moral. Era algo así como proponerme redimir a España de lo que con el tiempo será juzgado como un gran crimen: la destrucción de la vida de esos pueblos sin ni siquiera reparar en sus creencias, no viendo en los cuerpos de los indios más que instrumentos de trabajo o de lujuria.

Yo, el pecador, fundaba el primer virreino moralista. Ahora que escribo, en la distancia que dan los años y el fracaso, casi me avergüenzo de mi insensatez. Todas las historias son criminales. La misma Historia, con mayúscula, es un hecho criminal. ¿Cómo pretender hacerla sin mancharse?

Desde las primeras semanas sentí el vacío. Me quedaba aislado. Me odiaban.

Me propuse convocar a esos expatriados, que sólo tenían la alegría de la torpeza sensual, para aunarse en la acción común de edificar una gran iglesia, una verdadera catedral.

Pensé que la fuerza de la fe que había salvado a España y dado grandeza a toda Europa, podía rescatar a esos hombres de la nadería. Haríamos un gran edificio con un alto campanario con troncos de palmera para sostener la campana que fundiríamos y que al sonar nos recordaría a todos la supremacía de la voz de Dios.

Pero a las dos semanas todos desertaban. Había que llevar la tropa y sus barraganas con amenaza de calabozo. Comprendí que ese camino era inútil. Convoqué a los tres curas. Trabajé yo mismo, para dar el ejemplo, cavando cimientos.

Y todo terminó en humillante fracaso, casi en una risotada sólo contenida ante mi presencia: fray Bernaldo, mi candidato a obispo, se escapó una noche con treinta indias concubinas y estableció su harén en el norte, en el lago de Ipacaraí.

Lo mandé prender y mis parientes, los pocos fieles oficiales que me quedaban, le descubrieron cartas y papeles que demostraban la existencia de una abyecta conspiración para deshacerse de mí.

La gran campana no se fundió nunca. Nunca sonó. Nunca el bronce se despegó del molde de tierra fangosa, que, cuando llegaron las tormentas, la devoró sin dejar rastro.

FRACASANDO POR EL LADO DE LA CRUZ, intenté afirmarme en el otro pilar purificador, la espada.

El ejército saca a los hombres del ocio. Pensé que había que sacudirlos de esas hamacas y esteras impregnadas de olor a hembra donde pasaban las largas siestas de calor y sus noches de lagartos en celo.

Había que cumplir el gran propósito: alcanzar la mayor riqueza del

mundo, la famosa «Sierra de la Plata», donde los montes son de plata pura y las cimas de vetas de oro y mármol. Tierra de seres fabulosamente ricos, de hembras guerreras que se cortan un seno para apoyar el arco. Hembras que, al vencer en el combate, sólo pretenden ser fecundadas por sus vencidos.

Había que alcanzar el Puerto de los Reyes y desde allí el cerro Tapuaguazú, la puerta de todas las riquezas terrenales (ese cerro del Potosí, que otros descubrieron y que paga hoy la grandeza de España).

Pero ya no había fuerza para la empresa. Las naves se pudrieron. Reptamos entre lodazales, atacados por fiebres, vampiros y culebras capaces de tragar un cristiano entero. Por la noche debía cuidarme de los criminales que habían pactado asesinarme.

Los indios del ejército que armamos, saqueaban los pueblos aborígenes y devoraban los prisioneros.

Nunca llegamos al Tapuaguazú. Nunca alcancé a hacer de aquella masa de traidores y desvalidos un ejército que pudiera disciplinarlos. Yo no podía infundirles nada a esos capitanes alzados, pues yo mismo no creía ya en el oro y en su estúpida fuerza terrenal.

Las fiebres y la niebla caliente, el vapor de esas lagunas estancadas, pudría la ambición de riquezas que pudieron tener los hombres como para seguir marchando hacia esas sierras por donde cabalgarían los Pizarros y mi amigo Cieza de León.

Yo había perdido todo poder. Los mismos capitanes rebeldes decidieron volver al amable burdel de Asunción. Yo no podía levantar la espada para oponerme, estaba en una postración de fiebre, en la desgana.

No me mataron porque creyeron que moriría. (Pensaban que se ahorrarían la investigación real.)

Había sobrestimado mis fuerzas. Mi orgullo me había impedido transigir, negociar. Estaba simplemente derrotado.

AL VOLVER DE LA SELVA HICE UN ÚLTIMO INTENTO. Dicté ordenanzas que nadie cumpliría. Busqué la ilusión de las leyes sin ya tener el poder de la espada.

Prohibí que los españoles se apoderasen de bienes de indios por cualquier motivo o que se les hiciera trabajar sin pago. Intenté que no se pudiese cambiar objetos por seres humanos.

Los mismos caciques protestaron por no poder vender sus hijas y esposas por cuchillos o botas de aguardiente. Se reunieron en la plaza y escuché desde mi retiro el griterío ofuscado de los esclavos que sobrevivían, gozaban y hasta hacían sus negocios en la esclavitud.

Luego, aislado y sin poder imponerme, empecé a ser dañado por mi orgullo herido. Me recogí en mi dignidad ofendida, en mi desprecio. Me enfermé otra vez de fiebres y permanecí muchos días sin ver más que a Estopiñán, mi pariente y unos pocos fieles. Elucubré una matanza de los principales cabecillas de esa disolución, de la conspiración de silencio y sarcasmo, de esa verdadera contrarrevolución o subversión de coños y tetas. Pero fue imaginería de jefe despechado. Comprendí definitivamente que no tenía poder. Que yo mismo no era un hombre de poder.

El callado y ladino Irala me había vencido. Junto a él, sin palabras había todo un pueblo mestizo innoble, un pueblo de raza quebrada. Los niños corrían en bandadas entre el caserío, las violadas amaban a los violadores, los caciques consentían. Se formaba una nueva vida. Ninguno pensaba en España ni en los valores de su Fe.

Sabiéndome postrado en mi palacio de adobe y galerías con techo de palma, estos descastados me jugaron lo que fue una pesada burla y a la vez un secreto envite.

En una noche de calor imposible adormecido en mis fiebres, fui despertado por alguien. Alguien abrió las puertas y se escabulló. En el antedormitorio estaba una maravillosa mujer, que habían traído como en un palanquín, iluminada por cuatro hachones de resina. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y me miraba como una diosa o una diablesa de alguna aparición. Tenía los párpados pintados de azul, el cabello partido en trenzas y adornado con jazmines. Sus pechos, sus caderas, sus muslos eran la perfección y se transparentaban en el tul de bordados que los indios llaman *ñandutí*. El monte de Venus era un

delicioso triángulo oscuro, definido a través de esa ligera vestimenta que sólo cubría el vientre y la cadera.

Se burlaban o me tentaban con esa inocente, hija de un cacique, según se supo. Me invitaban a agregarme, a demostrar mi deseo, a igualarme por los bajos.

Miré esa aparición maravillosa. Sé que dudé. Sé que fui vencido una vez más por el orgullo, por esa intransigencia que nace del terror de verme identificado con los villanos, con la innoble-za. Dudé, pero llamé a la guardia.

Sólo se supo que la habían traído cuatro indios y que alguien le había pagado al cacique con una pieza de brocado de seda y un cuchillo de monte, que es lo que más aprecian.

No. Me negué a las delicias del Paraíso de Mahoma. Me tragué el deseo. No cedí.

Y ASÍ, CASI A LOS DOS AÑOS DE HABER ENTRADO triunfalmente en Asunción, era destituido por el triunfo de la conspiración de los amorales. El 23 de abril se levantaron los que se autodenomina-ban «comuneros». En la madrugada del 24 me detuvieron.

Los mediocres son capaces de una increíble meticulosidad: habían construido un expediente acusatorio perfecto, con denuncias concordantes acerca de mis delitos imaginarios, firmadas por personas diferentes, hasta haciendo declarar a caciques. Urdieron una trama perfecta, como perfecta es la red que teje la repulsiva araña.

Mis parientes fieles no pudieron imponerse a los rebeldes. Me engrillaron. Me encerraron en una pocilga sin luz. Hasta intentaron envenenarme y me salvé provocándome vómitos.

La más perversa de las acusaciones era mi supuesta pretensión de sustituir el emblema de Carlos V por mi malhadada cabeza de vaca que lucía en las velas de las naos. Los curas, por su parte, me imputaban abusar de poderes obispales (por haberles sacado sus barraganas y sus emputecidas novicias de la sacristía y hasta debajo de los altares).

Era un final irrisorio. Es difícil no enloquecer ante el oprobio. Me embarcaron y me llevaron hasta el nacimiento del Río de la Plata. En la nave *Comuneros* hicimos la travesía a España. No me demoraré contando cómo padecí en esa bodega escuchando, como una burla, el rodar de mi casco de conquistador en la sentina de aguas servidas.

Las ratas, los mediocres, para asegurarse mi condena, habían ahuecado el codaste de lapacho de la nave y allí, en una tela embreada, habían escondido el expediente perfecto, con firmas certificadas, que me condenaría ante jueces de la Corte.

Ya conté cómo, al estallar el temporal, sintiéndose culpables ante Dios en su furia oceánica, vinieron a sacarme los grillos y a rogarme me hiciera cargo de la nave en peligro. ¡Fue Alonso Cabrera, uno de mis verdugos, el que se puso a lamerme las llagas dejadas por los grillos en mis pies! Murió loco.

Destino trágicamente cómico el mío: ser herido con la espada de la justicia que uno mismo forjó en nombre del orden.

Todo lo demás es públicamente sabido. Me encerraron en la cárcel de la Corte, me liberaron de mala gana, me volvieron a encerrar. Perdí

todo en seis años de litigios y rogatorias. Me despojaron de mis títulos. Vi cómo mis amigos y parientes me daban la espalda; hasta aquellos que alguna vez habían aplaudido mi gloria de descubridor desnudo, de aventurero.

Fue entonces, en esos años de oprobio, que intuí lo que ahora sé: yo había alterado el juego, el sobreentendido. Ni mi moral ni mis propósitos de un cristianismo regenerador y conductor; nada tenían que hacer con la realidad imperial de la conquista. En mi independencia cerril, de felino; en mi orgullo sin cálculo, yo había puesto en evidencia lo que debe callarse por razón de guerra, por razón de imperio. Fui un aguafiestas, el entrometido, el impolítico. Me tenían necesariamente que sacar del paso porque en un imperio que nace, la libertad y la justicia son siempre planes para el futuro.

Yo no había sido más que un alfil díscolo y solitario en un tablero donde los curas escamoteaban la palabra de Cristo o la escondían en el último armario de la sacristía, y donde los advenedizos capitanes de conquista desenvainaban su espada contra el inocente que se creía dueño de la tierra donde había nacido.

Pero el silencio del Rey fue mi mayor derrota. (Y si me mandó a buscar desde su moridero de Yuste fue tal vez para una tácita y tardía compensación. Quiero creerlo…)

Después de esos años me repararon nombrándome en el Tribunal Supremo, seguramente para que yo pudiese aplicar la buena experiencia que tenía de la justicia.

Así soy quien soy ahora. Otra vez peatón. Peatón de Sevilla, modesto vecino de la calle de la Pimienta, que linda con el callejón de las putas que no dejan dormir al obispo de Esquilache con sus riñas y gritos.

Caminante que anda por las cuartillas de Lucinda. Pero ya, otra vez, sin sosiego, porque la vida no da tregua. El odio y el amor se meten con uno, incluso cuando más bien creíamos estar más cerca de la muerte que de la pasión. Cuando ya «estamos pa'l gato», como dicen en Asunción.

La vida, fuerza fascinante y misteriosa, jugará con nosotros hasta el último segundo.

Ya ha llegado el tiempo de actuar. Estoy seguro que Omar Mohamed me ofrecerá oportunidad tan buena como la que no supe aprovechar anteanoche. Sus sucios negocios lo llevarán de nuevo al puerto y al Arenal y espero que en algún momento se aísle de su gavilla. Anda, como todo delincuente, por lugares oscuros. Cargan mercaderías robadas o de las que llegan de Indias sin pagar el quinto real. Eso exige nocturnidad y andar por un laberinto de mercaderías y fardos. Es lo que necesito para mi plan.

Ya no corresponderían demoras. Bradomín me contó cómo proceden estos rufianes: preparan las candidatas y organizan un embarque en los bajeles piratas que llevan las mujeres a Argel u Orán. Desde allí las reparten a los compradores turcos. Cobran en contante en el mismo Arenal y se pagan cifras muy altas.

Las andanzas de Mohamed por el muelle del Puerto de las Mulas indica que ya está preparando uno de sus infames envíos.

El Mal se sitúa en un solo ser, en una época, en un ejército. Hoy el Mal es la nefasta presencia de Mohamed. Tengo la suerte de tener un objetivo noble.

Al caer la noche salí en dirección al puente de Triana. Pasé frente al horrible aunque necesario castillo de la Inquisición y luego llegué costeando el Guadalquivir hasta el muelle de Mulas.

Tal como lo había calculado, la gavilla llegó en una falúa. Estuvieron hablando con varios sujetos patibularios en el muelle. Mohamed es para mí reconocible, incluso en la oscuridad, por su odiada figura atlética.

Se embarcaron nuevamente en la falúa y remaron en dirección a la costa opuesta, hacia el Arenal. Eso desconcertaba mis planes porque la otra noche habían ido a pie, por el puente de Triana.

Caminé entonces a paso vivo, tratando de no perderlos de vista. Los observé desde el puente, pero ya había otros botes. Caminé por la costa del Arenal, esquivando bultos, hacia el depósito de la Madera del Rey, donde se guardan los tablones estacionados y sanos, para la construcción de las naves.

Esperé sin mayores resultados evitando las guardias que cuidan los espacios del material de carga y descarga. Estuve más de una hora apostado. Medité en ese tiempo y me despojé de las dudas que más de

una vez me asediaron ante la decisión que me había propuesto. No, no son los celos ni el despecho los que ahora me impulsan a la justicia del acero. Es la hartura ante la malignidad triunfante que señala a Lucinda como víctima. Es una acto noble que yo salga en defensa de una judía que será vendida por los rufianes. No, no había lugar a duda alguna.

Pero los perdí de vista y maldije la mala suerte. Recorrí el Arenal y alcancé la punta, donde están los corrales de animales y los jaulones de caña.

FUE ALLÍ, EN LA OSCURIDAD, cuando fui sorprendido por lo insólito. Aquello que tememos en lo más profundo, aquello de lo que huimos con estratagemas de olvido (y hasta nos convencemos de que lo logramos sepultar o cancelar de nuestra vida), nos sigue persiguiendo obstinadamente. O nos persigue, o puede que nosotros corramos hacia su encuentro, como movidos por un demonio encargado de demostrarnos que nadie puede huir de su propio pasado.

Ahora que todo pasó con fugaz rapidez de sueño y pesadilla, anoto con serenidad lo que viví con un sobresalto y una emoción extrema. (Estoy otra vez en la azotea, frente a la Giralda, en la casa vacía, esperando…)

Ocurrió que cuando me detuve acechando cerca de los jaulones de caña, en esa confusión de barracones y fardos de los depósitos del Arenal, escuché un chistido, casi un silbido, que me transportaba tres décadas atrás. Era el sonido con que los marames y chorrucos del Malhado llaman en la noche a los venados o les advierten la presencia de chacales hambrientos.

En ese momento tuve la intuición precisa de que se produciría lo que siempre, casi inconfesadamente, había deseado y temido.

Me acerqué al gran jaulón de cañas y en la penumbra alguien susurró «Bap… bapa». Era una voz esforzada. Yo le había enseñado a Amadís sólo tres palabras en castellano, esa, para llamarme y que equivalía a papá, y «Dios» y «España».

No puedo escribir lo que sentí, nuestro lenguaje, o mis escasos medios, no pueden alcanzar las emociones mayores. Amadís me había intuido, u olido, o descubierto, con esa extraña sensibilidad de los hombres de su raza, de los «hombres del cosmos», como decía el cacique Dulján.

Se desvaneció instantáneamente mi sórdida voluntad de «moralizar» tratando de sorprender aislado a Mohamed. Dejé de sentir el puñal que llevaba pegado a mi flanco.

El jaulón era de los usuales para agrupar a los indios desembarcados de América, antes de ser remitidos a sus destinatarios.

Entre los barrotes salían las manos de Amadís. Encendí el yesquero e iluminé su cara larga, caballuna, como la de su padre, con sus cabellos no tan negros y lacios. Su piel y su flacura me daban muestras

de extenuación y enfermedad. En su hombro desnudo se dibujaba el mapa de la quemadura que se había hecho al volcar la olla de las brujas. Estaba tomado con un grillete a una cadena que convergía hacia un pilote central.

Metí mi mano en su cabello. Volví a encender el yesquero y busqué su mirada. Sus ojos no devolvían ningún brillo, como agua estancada.

Exclamé mi sorpresa. Reencontré en el fondo de mi mente las palabras de la lengua general de los llanos. Friccioné sus manos huesudas y heladas. Temblaba.

Amadís susurró que Nube, su hermana, vivía y que Amaría había muerto.

CREO QUE ME SENTÍ AVERGONZADO y secretamente feliz. El pasado me reencontraba, me dominaba, me sinceraba. Como en el flujo y reflujo de un mar imprevisible que devuelve caracolas desaparecidas, ahora me enfrentaba con mi hijo, con mi sangre. Y ese hijo estaba depositado en un jaulón, en su calidad de semihombre, de mercadería, de «ultramarino» recién importado.

Creo que me fui inmediatamente después que perdí todo control. Intenté con el puñal quebrar los barrotes. Fue inútil, forcejeé hasta quedar sin fuerzas. Grité el nombre de mi hijo, mis títulos. Estaba dominado por la (generalmente) impotente furia de los justos. Debí parecer loco.

Logré zafarme de la insolencia de los esbirros del Arenal y, en la luz indecisa de ese amanecer de oprobio y rara felicidad, opté por correr hacia la calle Pimienta para organizar, con el resto de fuerzas y lucidez que me quedaba, la batalla por la libertad y la vida de mi hijo Amadís.

Ninguna otra cosa tenía ya importancia.

UNA EXTRAÑA TRANQUILIDAD me permitió organizar con claridad los actos de ese importantísimo día. Era como un capitán en batalla: la exaltación es sustituida por la fría razón que exige el peligro.

Ordené a doña Eufrosia que preparase una abundante vianda de comida, todo lo que encontrase en la casa y una damajuana con el agua más fresca del fondo del aljibe.

—¿Para qué todo esto Vuesamercé?

—Para mi hijo que está mal e injustamente preso, en un jaulón del Arenal.

Eufrosia quedó atónita y siguió trabajando en silencio.

Me vestí con el traje negro. Busqué la boina que tiene el penacho de plumas menos deterioradas. Y, como capitán que soy, tomé del arcón de sándalo la vieja espada, más maltrecha por naufragios y golpes de rolido que por heroicas batallas. El tahalí era una ruina: las correas formaban un hato como de culebras resecas. Se lo di a doña Eufrosia para que lo sobara con aceite de oliva, o con unto, para ablandarlo.

Había subido la mañana. Me hice acompañar por Eufrosia y fuimos hasta la punta del Arenal, más allá del Almacén de las Maderas.

Pasamos la guardia con relativa facilidad y con un par de buenas monedas para el esbirro. Dije que los indios venían consignados a mí desde La Florida y que Eufrosia debería pasar dos veces por día con agua y alimentos. No sería facil.

Estaban todos echados. Eran ocho. Semidesnudos. Dos de ellos tiritaban con fiebres y hacían sacudir sus cadenas como cascabeles.

Amadís tiene ojos gris-azulados. Su piel apenas un poco más blanca. Su mirada es como ida, como posada en una recordación muy triste.

—Este es mi hijo, Eufrosia, y te pido que lo trates como tal.

Amadís tomó los alimentos y volcamos el agua de la damajuana en una escudilla que acercó. El piso era de arena y por tanto no había demasiada inmundicia. En cambio la comida estaba en el suelo, cubierta por el mosquerío.

Tomé nuevamente las manos de Amadís. Le hice beber despacio el agua fresca. Se veía que aquello le costaba un gran esfuerzo y que su inclinación sería más bien echarse por tierra, con la cara vuelta hacia

el piso, como los otros, que parecían sólo esperar morir; salir pronto del infierno hacia el espacio puro y quieto de la muerte.

ME ENCAMINÉ HACIA LA ADMINISTRACIÓN, que funcionaba en uno de los edificios al lado de la Puerta de Triana.

Con una serenidad sorprendente en mí, soporté el desgano de los tinterillos, hasta que me atendió un encargado de cargas.

—Soy el capitán y Gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Quiero conocer la situación y el motivo de la gente que está encerrada cerca del Almacén de Maderas del Rey…

—¿Los indios?

Buscó, dio orden a otros tinterillos. Movieron inventarios, prácticas, roles de embarque y de carga.

—Vienen consignados a un caballero de Sevilla. Don Fontán de Gómez. Aparecen como contratados para ser enviados a Gante, para esa casa de estudios.

—Quiero la inmediata libertad. Están tratados no como contratados sino como criminales o animales.

El individuo esbozó una sonrisa.

—Vuesamercé debe considerar que son indios. Si se los dejara libres huirían y morirían pronto. Hubo varios casos. Los que quedaron libres, o habían huido, aparecieron muertos a los pocos días… No saben dónde ir ni qué hacer. Son indios…

Era inútil batallar en esa instancia. ¡Debía incluso callar que se trataba de mi hijo! Hasta me podrían negar toda paternidad, ni siquiera había testigos que hubiesen conocido mi familia india.

Yo había escuchado de los tráficos de Fontán de Gómez, el atroz advenedizo. Me habían contado de la importación de indios e indias como esclavos, a espaldas de la Corona, enviados «con contrata» para estudios o «tareas especiales».

En aquellas horas febriles había fraguado dos planes. Uno era ilusoriamente pacífico. Consistía en recurrir al poder eclesiástico, obtener el cumplimiento de la bula papal; comprometiendo a la autoridad religiosa en mi pedido ante el poder militar y administrativo que controla el puerto de Sevilla. La otra idea era de acción directa: juntar a mis amigos, a quienes quisieran secundarme, y liberar durante la noche a Amadís.

El nombre de Fontán de Gómez, el dueño del burdel, de la casa de gula y de las modernas letrinas, se interponía como un dato nuevo. ¡Era nada menos que el propietario de mi hijo!

Fui al palacio de Arzobispado y me atendieron muy fríamente. Me recibió un joven seminarista, seguramente de futura carrera inquisitorial, que me dijo que la Encíclica papal a la que yo me refería no se conocía en Sevilla, que nunca había llegado y que, en todo caso,

no era de aplicación directa, judicial, digamos. No era, según él, otra cosa que la expresión de la abstracta doctrina papal.

Tendría que recurrir a mis parientes, los Padilla, relacionados con el cardenal. Pero lo harían de mala gana, ya que me consideraban degradado y hasta herético, avergonzados por mi proceso en el que se me condenó y sobreseyó.

Antes me resolví por los curas de Santa Clara, que me conocían por Lucinda.

Expliqué a Lucinda todo. En realidad, un largo capítulo de mis memorias ocultas que a ella misma había escamoteado.

Lucinda se exaltó noblemente. Corrió a hablar con el canónigo. Pese a mi mal concepto de él, se demostró indignado. Me preparó una esquela para el ayudante del Nuncio. Dejó su almuerzo, ordenó a Lucinda atender el despacho, y se largó conmigo hacia las oficinas del Patio de los Naranjos.

Cuando se alcanza una situación extrema, los seres que amamos o despreciamos, según impresiones superficiales de la nadería cotidiana, se revelan totalmente distintos y son capaces de ir más lejos que nosotros mismos.

El canónigo caminó a paso de atleta.

No habló de Amadis en cuanto hijo mío, sino que se refirió al tráfico de esclavos indios. Exigió, casi perentoriamente, que se me extendiera la copia con firma legalizada de la bula *Subii-mis Deus*.

Esto decía el texto que me entregaron:

> *Nos, aunque indignos, ejercemos en la tierra el poder de nuestro Señor. Consideramos que los indios son verdaderos hombres que no sólo son capaces de entender la fe católica, sino que sabemos están deseosos de recibirla. Tales indios, y todos los que más tarde se descubran por los cristianos, no pueden ser privados de su libertad por medio alguno, ni de sus propiedades, aunque no estén en la fe de Jesucristo. Podrán legítimamente gozar de su libertad y de sus propiedades, y no serán esclavos, y todo cuanto se hiciera en contrario será nulo y de ningún efecto*.

Certificaban la firma de Pablo III, Papa.

Con ese papel me sentí todopoderoso en mi razón, como empujado por la voz de la Iglesia.

CAMBIÉ LA DAGA POR LA ESPADA que, aunque un poco herrumbrada en la empuñadura, conserva la noble flexibilidad de su acero.

Vivimos horas convulsivas. Doña Eufrosia y el morito mandadero del panadero recorrieron toda la ciudad con mis mensajes.

Al mediodía me desplacé hasta el Arenal (me resisto anota, «el jaulón») y vi desde lejos que todo seguía igual. Debía controlarme, no enfrentarme todavía con los esbirros. En todo caso sorprenderlos con una acción decidida y bien planificada.

A las seis fueron llegando los convocados a mi casa de la calle Pimienta.

Llegó Bradomín con el cura poeta que habla de toros. Entró el canónigo acompañado por dos franciscanos macilentos, de aspecto temible.

Lucinda y Eufrosia les acercaban una copa de vino blanco y aceitunas.

Un poco más tarde entró el ujier del Tribunal Supremo, que me conoce de años; el escritor que narra aquello de los amores tardíos y el panadero judío.

Me senté en la punta de la mesa de la sala de abajo, donde está el arcón con las cosas de mi madre.

Estaba sereno y confortado por la incondicional indignación de toda esa gente.

Expliqué en voz firme la historia de mi hijo y de mi familia americana. (Lo que había preparado a legar como crónica secreta, tenía que exponerlo a la luz del día. No me faltó decisión.)

Dije que les agradecía. Que yo les comunicaba que estaba dispuesto a dar mi vida por la libertad de mi hijo.

Después leí el pasaje de la Bula papal e informé sobre la «propiedad» de Fontán de Gómez, el importador de mi hijo como de un producto ultramarino, en este caso consignada a la Universidad de Leiden, vía Gante.

Solicité consejo. Se oyeron las posiciones más extremas. Bradomín (que es manco del brazo derecho, justamente) exclamó: «¡Ha llegado la hora de la espada!» El panadero dijo que había que escribirle al nuevo Rey mandándole copia certificada de la Bula. El canónigo y los franciscanos dijeron que podían sacar a las monjas de Santa Clara y

convulsionar la ciudad rodeando con ellas el jaulón del Arenal.

Por fin se impuso lo más sensato; empezar por Fontán de Gómez, que iríamos a ver con el marqués de Bradomín, que lo conoce —y desprecia —y con los representantes de la Iglesia (el canónigo con los dos franciscanos).

Creamos un sistema de comunicación, a través de doña Eufrosia y el morito, y todos levantaron la copa al despedirse y brindaron por Amadis. Agradecí.

Sentí que mis ojos se humedecían, pero por suerte ya casi no había luz.

AHORA QUE TODO PASÓ, PUEDO ESCRIBIR sosegadamente, pese a mi postración y esta debilidad que me hace sentir la leve pluma tan pesada como aquel puñal que guardé en el fondo del arcón.

De esas horas febriles creo ahora que lo más sorprendente para mí fue el diálogo que tuvimos con Lucinda cuando Bradomín y los otros se habían retirado casi en son de guerra. No quería que Eufrosia oyese, por eso subimos a la mesa de la azotea, al escenario de nuestra última y escandalosa discordia.

—Vuesamercé deberá saber que estamos dispuestos a mucho más de lo que piensa de nosotros…

—¿Estamos?

—Pues sí: Jesús Mohamed y yo. Jesús Mohamed no es lo que don Alvar piensa. Ha padecido como esclavo, pues lo tomaron en la campaña de Argel. Sobrevivió a todo y está integrado en eso que ellos, los árabes, llaman mafias: grupos para luchar y protegerse. Es verdad lo de la Mancebía, las ligas de asaltantes y las casas llanas y las de juego… Pero Jesús, u Omar, como don Alvar quiera, trabaja en una de las ligas que rescatan perseguidos y condenados de la Inquisición. Hay un tráfico clandestino. Los llevan en falúas, de noche, y los embarcan en altamar en naves que los llevan a África a los moros, a Venecia a los sabios y astrólogos, y a Anatolia, Palestina o Judea a los judíos que no tienen para pagar el rescate… Nosotros mismos, don Alvar, él y yo, estamos por huir a donde podamos vivir sin esta amenaza. Queremos irnos a Anatolia, donde hay muchos que prosperan y hablan nuestro idioma de Castilla… Y ayer hemos pensado (fue idea del mismo Jesús Omar) que si don Alvar lo quisiese y fuese necesario, podríamos llevarnos a su hijo, a Amadís, para que viva con nosotros, don Alvar… Omar y sus hombres son fuertes y pueden mucho en el tráfico del Arenal… Si fuese necesario hacer algo, sépalo don Alvar, que nosotros estamos…

He llegado a vivir unas siete décadas, lo cual es casi indecoroso. Debo confesar que sentí una novedosa humillación entre tantas que padecí: la de sentirme víctima de un demonio que jugó con mis celos seniles y mi ofuscación al punto de ponerme en el borde del crimen más injusto.

Generalmente despreciamos lo que no hemos llegado a conocer.

Así es que la imaginación nos juega malas pasadas, pero ¡a los setenta años!

Me sentí ridículo. Estremecido de vergüenza, le conté, como para desahogarme, que durante noches había seguido a Omar con una daga al flanco. Que no había intentado otra cosa que matarlo y hasta que estuve a punto de hacerlo en el muelle de las Mulas, cuatro días atrás.

No quiero agregar lo obvio. Ya no tengo muchas fuerzas para escribir (y si lo hago es ya para acompañarme con mi otro que hay en mí, en este largo final). Lucinda lloró, se espantó, pero por sobre todas las cosas —y esto es lo humillante, como si me hubiese descubierto completamente desnudo en mi gran ablución quincenal— descubrió mi amor por ella. Mi desesperado amor de viejo ya sin tiempo para amar.

Elegantemente evitó demostrarme de alguna manera esta revelación enorme. Pero se fue con los ojos hinchados de lágrimas reprimidas.

Sintió piedad. Piedad de mí.

FONTÁN DE GÓMEZ TIENE DESPACHO en la calle de Francos. Varios escribientes, puestos en mesas en filas, como en las grandes casas de crédito de Florencia o de Londres, se ocupan del papelerío. Su despacho es bastante imponente. Todo es nuevo. Al pie de una mesa con tapete de felpa verde había una salivadera de plata donde Fontán de Gómez podía escupir desde su sillón las cáscaras de girasol o pistacho que le gustaba masticar de continuo. Detrás de él, sobre el muro, había un gran tapiz con un escudo de armas con colores muy detonantes, pintado seguramente por esos artistas que trabajan en las fábricas de altares para América. En el centro del escudo había una generosa fuente, símbolo de la nueva estirpe.

Nos miró con sorpresa. Temió un petitorio para alguna iniciativa de caridad. Nos miró a todos, no buscando lo que éramos, sino más bien lo que teníamos. Creo que si nos escuchó fue porque vio al canónigo con su sotana no muy brillante, pero con maneras autoritarias.

Bradomín, sin su posible grandilocuencia, expuso que por increíble error entre los indios consignados, según la Lonja de Mercaderes, a su nombre, estaba mi hijo, el hijo del Adelantado y Gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

No había gesto alguno de sorpresa en la cara de Fontán. Era una cara desértica, descampada. Dijo que lamentaba el error.

Bradomín pidió la inmediata libertad.

Fontán llamó a sus escribientes. Pidió las prácticas y documentos aduaneros. Se limitó a lo concreto.

—Yo ya he pagado. Los envíos se pagan a pie de las naves, al contado. Eso vino con una de las cargas generales consignadas, en efecto, a mi nombre. Los indios mueren enseguida, especialmente durante el cruce en altamar… Nadie toma el riesgo. Los negros resisten más.

Revisó el alto de papeles con ceñuda atención de semianalfabeto

—En efecto… vienen pedidos desde Gante, con destino a Leiden…

Por primera vez dejó de dirigirse a Bradomín y su cabeza redonda y pesada se tornó hacia mí. Observó mi espada, que le debe haber parecido inocua o simbólica. Inesperadamente dijo:

—Lo lamento mucho Vuesamercé. No puedo disponer yo solo de lo

que es propiedad de otros según derecho. Vienen aquí como voluntariamente contratados… Es un lote de doce. Quedan ocho. No podría disponer de uno sino de los ocho. Habría que pagar y comunicar a la Lonja la transferencia.

Había en Fontán una calma segura. Todo respondía a una razón económica irrefutable, confirmada por las facturas y los conocimientos de embarque.

—No habría más que pagar… —dijo.

La suma era lo habitual aunque exorbitante. Todos quedaron abrumados. No sentí que me quedaba espacio para el rencor. Había una realidad del trajín del Imperio que ya nada tenía que ver ni con la Bula papal ni con las preocupaciones humanitarias de los obispos y del Emperador.

Fue entonces que tuve la ocurrencia de ofrecerle en transferencia lo único que me quedaba para cobijar mi muerte de viejo, la casa de la calle Pimienta.

Con la misma parsimonia, sin generosidad ni animadversión, Fontán de Gómez reclamó a sus escribientes que procedieran con urgencia a visitar la casa y tasarla.

Allí terminó la reunión. Pensé que podría pedirles a Lucinda y a Mohamed un subterfugio de violencia justificada. Pero Amadís estaba muy enfermo como para las alternativas de la fuerza y de un largo viaje de huída.

Simplemente me resigné. Desilusioné a Bradomín y al mismo canónigo que no deseaba más que enfrentar al obispo con sus curas furibundos.

Sentí hasta qué punto yo era un hombre cansado.

Luchaba ya sin creer que era por la vida. Porque ya no sentía fuerza vital en mí, ni en la mirada cada vez más opaca de Amadis. Estaba perdiendo la santa indignación primera.

Los escribientes de Fontán calcularon que se podía derribar la pared de la sala y poner un mostrador para tasca. Los que vuelven de noche de visitar las putas del Callejón del Agua no tienen dónde tomar un vaso de vino y comer su fritanga de boquerones. Era verdad, estaba bien pensado.

Al día siguiente al mediodía se acabó la aventura y —por decirlo en forma de síntesis— envainé una vez más mi espada virgen de sangre humana.

El escribano labró el acta y se ordenó la entrega de la mercadería del Arenal.

AUNQUE YA HABÍA ENTRADO EL OTOÑO era un mediodía de luz enceguecedora. Los escribientes de Fontán tenían los papeles en orden y el jefe de la playa de cargas nos acompañó. Se demoraron un poco porque no apareció el herrero que debía abrir el grillete. Lucinda y Eufrosia lloraban. Bradomín había querido venir a toda costa. Nunca había visto indios tan de cerca y seguramente necesitaba poblar con un poco de realidad sus correrías imaginarias por América (parece que ahora inventó un tirano en México).

Las mujeres lavaron a Amadis mientras sus compañeros en aquel sórdido jaulón eran entregados, según dispusimos ante notario, a los frailes de Huelva, que tienen huertos grandes y donde por cierto hay más sol y calor que en las tierras heladas de Flandes, donde morirían al llegar, como se tiene ya sobrada experiencia. (Los curas de Huelva tienen olivares y pude imponer que cuatro de ellos intenten sobrevivir en esas fincas de tierra seca y noble como las de sus llanos.) Amadis no puede caminar. Tomado de nuestros hombros lo llevamos hasta la carroza de los Fuentes.

Traté de que comiese frutas y tortillas de maíz con pasta de pescado. (Eufrosia quería «fortificarlo» con sopa de ajo y una fabada como hacen en su pueblo.)

Todo esto fue hace diez días no más.

Lavé sus pies, que eran como alguna vez fueron los míos, mientras dormitaba.

Al atardecer se despertó. Bebió un poco de agua y hablamos en aquella lejana lengua de los caddos que hacía veinticinco años llevaba en mí como esperando ese diálogo milagroso con mi hijo.

Me repitió que Nube vivía. Nube era libre. En cambio Amaría había muerto. Amaría tenía que morir, pero no como murió.

Mucho tiempo después de mi partida llegaron otros blancos con sus naves sin naufragar y con sus armas intactas. Con perros y caballos. Eran los de la gran expedición de Hernando de Soto, el cruel. «Hombre que acaba con toda vida a su paso, hombre que se opone al designio del Dador de Vida», dijo Amadis.

Esto ocurrió mucho después de que el cacique Dulján hubiese retornado a lo abierto, sin límite.

Llegaron muy sorpresivamente los capitanes de Soto.

Inmediatamente repartían los pueblos y los hombres eran enviados a las plantaciones y rozas de la costa. Los curas requerían aceptar la fe católica. Todo lo anterior de la vida de esos pueblos carecía ya de sentido. Al matar los dioses, acababan con los pueblos.

Amadis fue llevado a trabajar a una finca costera, en tierras que fueron de los quevenes, al servicio de un tal Mendizábal que vivía rodeado de perros y recorría las plantaciones látigo en mano. En el juego de barajas perdió finalmente su fortuna y vendió a sus indios, entre ellos a Amadis.

—¿Y Nube?

—Nube es libre, libre —repitió Amadis.

Dulján, antes de morir, la había ahijado y otorgado cacicazgo. Se había hecho guerrera. Era muy alta, distinta de las mujeres del pueblo. Había aprendido las artes de guerra.

Cuando llegaron los españoles se repartieron las mujeres, como en todas partes. A ella la buscaron por la fama de su belleza, pero estaba escondida en los cerros con los jefes guerreros. Antes de caer y de que la violentaran, entró en el poblado de noche y se robaron una tropilla de caballos y las crías de los perros feroces. Así se echaron al desierto, con las armas del enemigo.

—Criaron los perros. Los casan con lobos, con tigres. Tienen muchos y enseñan a sus hombres a correr con los caballos, que también ya son muchos. Se fueron desierto adentro, mucho más allá del camino de las vacas. Todos saben que ella volverá, es cacique-diosa para muchos pueblos… Pero esto será dentro de mucho. Ella va hacia la estrella del norte, en las tierras heladas donde están los lagos como mar. Adonde nunca llegarán los cristianos… Es el país de las águilas…

Mientras hablaba yo, le friccionaba las manos y los tobillos con vinagre aromático, porque sus dolores son muy fuertes en las articulaciones.

Luego me contó la atroz muerte de Amaría.

Amaría creía que los perros y los caballos vendidos del otro lado del mar hablaban español. Amaría ya era «muy vieja» según Amadis. Nadie del llano hubiera cometido ya la crueldad de prolongarle la vida. Pero un sargento llamado Videla la tomó a su servicio, para que lavara ollas y cocinase los pescados de mar (tarea que Amaría había aprendido de mí, de mis gustos).

Videla la maltrataba y despreciaba. Sabía «que había conocido españoles de los tiempos de Narváez» y no toleraba que usase todavía ese nombre de Amaría, que según el sargento no podía llevar una india, ya que recordaba a la Virgen, nuestra Señora.

Un día, borrachos, Videla y su amigo Salazar (que le había vendido unos mastines casi cachorros que decía parientes de Becerrillo) decidieron deshacerse de la vieja probando la fiereza de los perros, de la estirpe de los de Soto.

Le dieron un papel escrito con una carta para «el caballero Cabeza de Vaca», que ella había nombrado más de una vez. Le dijeron que caminase hasta la casa del gobernador, a una legua de camino, que mostrara esa carta y que así la dejarían libre.

Esperaron que hiciera media legua, para poner a prueba el olfato del mastín y lo soltaron. Lo siguieron a caballo, para ver su calidad.

Amaría, al verse acosada, aterrorizada, se sentó en el suelo frente al animal enfurecido, con las crines alzadas y colmillos afuera.

Entonces Amaría probó su mejor castellano. Le dijo:

—Perro, señor perro, yo voy llevando esta carta al señor Gobernador… ¡No me hagas mal, perro señor!

El perro la miró y se desencrespó. Dio dos vueltas desorientado, alrededor de Amaría, se le acercó y alzó una pata y la meó, como hacen los perros en las esquinas de las casas.[1]

Si el perro la liberaba, no pudieron hacer menos. Pero Amaría ya no quería vivir. Estuvo echada en una choza quemada, esperando que se hiciera la luna llena y en cuanto la hubo, expiró.

Conocía la ciencia de morir cuando uno quiere y es necesario. Ciencia no común entre los hombres del llano.

Sabido es que en Sevilla y en toda España los mejores físicos o médicos

o curatodos son los judíos. Y desde que nuestros bendecidos Reyes Católicos los expulsaron en 1492, la gente muere más y mucho peor.

El panadero tiene un cuñado, que se exhibe por muy cristiano, que todos llaman disimuladamente por su ciencia, incluso los padres de la Inquisición. Se dice que estudió con el gran Villar. Se llama Ariel Solórzano. Le pedí a Lucinda que lo llamara, que le llevase como pago adelantado los candelabros de plata de mi madre y los cubiertos con mango de marfil.

Solórzano vino al atardecer. Revisó a Amadís muy cuidadosamente. Auscultó su respiración, los latidos de su corazón. Le miró los ojos. Controló el paso de la sangre porlas venas del empeine del pie. Intentó hacerle flexionar las piernas.

Después me apartó y me dijo:

—Tiene la humedad asentada en los tuétanos. No creo que haya forma de secarle los huesos. Eso es porque vino tres meses atado, mojado con agua de bodega, permanentemente. Tiene un ronquido al respirar porque se le pasmaron los pulmones. Tiene humedad allí y respira mal… Pero lo peor es la mirada, ¿no vio Vuesamercé que se le nubla, como la de los que no quieren vivir? No creo…

El médico ordenó dos sesiones diarias con ventosas, masajes en el pecho con esencia de vino y alcohol, ponerlo al sol fuerte todas las mañanas. Tratar de conseguir aceite de tiburón. Alimentarlo con yemas de huevo batidas con vino y azúcar.

Al día siguiente Solórzano envió los objetos que le había llevado Lucinda.

Entonces, con el morito de la panadería, le mandé mi espada con una esquela: «Aunque ya antigua, no tiene pasado, no tocó sangre».

1 Este diálogo está transcripto por Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias*, XVI, 11, I. Escribe Oviedo: «e alço la pierna e la meo». (*N. del E.)*

HACE ENTONCES CINCO DÍAS QUE MURIÓ AMADÍS, si se puede llamar muerte a su extinción.

Más bien sentí que pasaba, voluntariamente pero con discreción, aquella Puerta que Cieza encontró en el mundo de arriba y que yo vi en mi alucinación entre los Tarahumaras.

Lavé yo a Amadís, casi como suelen hacer los judíos. Le arreglé el pelo.

Amadís no tenía ninguna herida más que la quemadura del hombro, cuando traviesamente derramó el guiso de las brujas, hecho con porotos y manos cortadas de jefes enemigos.

Amadís murió porque quiso, de «banzo»: no tenía ganas de nuestra civilización. No tenía espacio. No lo habíamos herido, habíamos matado a sus dioses. Lo habíamos dejado sin Mundo.

Yo mismo, su padre, no hubiera tenido argumentos para alegar ante Dios por la continuación de su vida.

POR LA MAÑANA LE HABÍAMOS HECHO las fricciones con vinagre aromático y lo llevamos al sol de la terraza. Ni yo ni Eufrosia sentíamos casi su peso. Era piel y hueso, y el lujo de su cabellera lacia, de cacique.

Después se acostó y durmió más de lo habitual. Yo me mantenía a su lado tomándole las manos casi frías, huesudas por causa de su delgadez.

Sobre la noche empezaron sus ronquidos fuertes, profundos. Abrió los ojos pocas veces. Tenía la mirada más allá. Estaba instalado en la doble vista, muy lejos del entorno.

Expiró muy quedamente. Le cerré los ojos mientras Lucinda y doña Eufrosia lloraban abrazadas.

Amadís murió en mi lecho, bajo el escudo de los Vera y los Cabeza de Vaca.

TAL COMO YO HABÍA ENCARGADO a Lucinda y al canónigo, se arregló el lugar —que hasta entonces me había esperado a mí— en la tumba de la familia Vera. Allí, junto al Adelantado de Canarias, yacería Amadís, en el breve camposanto que hay junto a la capilla vieja, en la Cartuja de las Cuevas.

Se hizo esta gestión con disimulo, sin aclarar que Amadís era indio. Yo seguiría en el más allá de caminante sin residencia. Se ve que es mi destino.

Encargué una lápida de piedra que decía «Amadís Núñez Cabeza de Vaca».

Antes que cargáramos a mi hijo en el carruaje contratado para ir hasta la no cercana Cartuja, permanecí a solas con Amadís y recé extendiendo las manos sobre su cuerpo. Padre nuestros, Avemarías. Pero también menté a ese dios de los llanos que llaman Aguar, a Onorname, que es el dios de los Tarahumaras, que nos devuelve a la materia y las aguas primigenias, de donde surge la vida. No olvidé al dios de los mexicas, a la serpiente emplumada que nos recuerda la eternidad del tiempo.

Nada hay más doloroso y antinatural que un padre deba arrojar tierra sobre el pecho de su hijo muerto hasta cubrirlo. Pero Amadís había sido despojado del mundo, de su espacio. Y yo no hubiera sabido qué vida proporcionarle.

En el terrible silencio de la Cartuja, donde los monjes —se dice— duermen en sus propios ataúdes, sólo se escuchó el graznido de la tierra reseca herida por la pala del sepulturero y el llanto permanente de doña Eufrosia. Es más bien costumbre, ritual mediterráneo, griego, no verdadera y desoladora desesperación, por suerte.

HOY TENGO CIERTA FUERZA, no perdí sangre como casi todas las mañanas. Escribo tranquilamente, ya vestido, esperando que llegue la carroza de los Fuentes para ir hasta la torre de Fadrique, la biblioteca, y deslizar entre los volúmenes de la *Summa* esta botella al mar que alguien leerá en el futuro. Es la crónica de mi penúltimo naufragio (ya que el último no me podrá tener como cronista).

Dudé si era necesario agregar a la realidad del mundo la palabra de un «equivocado», como llaman los Tarahumaras a quienes pretenden continuar en este Sol.

Estuve a punto de quemarlo en la cocina. ¿Pero quién sabría entonces de algunas cosas de mi madre, de Amadís, de Amaría, de Nube y hasta de Bradomín y doña Eufrosia?

He escrito con rara serenidad en estos últimos días.

Anotaba sólo cuando tenía fuerzas. Me pasé la mayor parte del tiempo con la mirada puesta en la imperturbable Giralda que seguirá en el tiempo, que alcanzará otros hombres, otros «salones», otros triunfadores y otros desdichados. Miro la Giralda o veo con pasmosa nitidez a Nube cabalgando en los silenciosos bosques del norte, con sus picos nevados.

Nube, feliz y terrible, salvada, con sus caballadas crines al viento.

Ella lleva mi sangre. Seguiré aquí, sobre el mundo, de algún modo.

Un tinterillo de Fontán de Gómez vino antiyer con la copia de un acta notarial en la que se me concede el comodato gratuito de esta casa por «todo el tiempo de vida de su ex propietario don Alvar…» No pude evitar una sonrisa para mis adentros, ¿quién que haya conocido los mares de La Florida podría creer en la caridad del tiburón? Sin embargo…

Y ayer a la tarde vinieron Lucinda y Jesús Omar, que se embarcan por la noche a Anatolia, para integrarse en uno de aquellos pueblos de gente de habla castellana, aunque judíos.

Yo estaba muy mal. No hubiera soportado ver llorar a Lucinda. Les hice servir una copa de vino por Eufrosia. Esperaron, pero les hice decir que prefería no levantarme. Entendieron. Me sentí aliviado al oír que se cerraba la puerta. Aliviado y desolado.

Me había regalado aquella resma de papel para escribir el otro lado del pasado (como la otra cara de la luna) y yo había sido, una vez

más, vencido por el presente, por la pasión. El acertijo indescifrable de la vida había deslizado a Lucinda y a Amadís. Y como en el rulo de una ola imprevista, el supuestamente lejano pasado había arrollado el presente.

Ahora espero.

Hay hombres que mueren, pero siguen todavía en pie, son desenterrados. Hay aquellos que mueren porque se les corta la vida que podría haber proseguido con provecho y sentido, como el caso de mi hijo Amadís, que fue despojado de su paz, de su mundo. Y hay otros que agotan la vida (a veces casi con abuso). No mueren sino que se *cumplen*, como una flor o una fruta madura que cae en la corriente del gran río. Éste es mi caso: bebí mi tiempo hasta la última gota. No cabe congoja ni autoconmiseración.

Me encomiendo a Cristo, al Dios de mi Fe. Pediré perdón por mis pecados y mis descuidos. Pero seguramente (debo confesarlo) sentiré más bien lo que creen los tarahumaras y los «sabios del mundo de arriba», que seré devuelto, retornado, a ese infinito cosmos, a los espacios del misterioso universo, como aquella flor o esa fruta que dije.

No puedo creer, aunque me esfuerzo por cumplir con mi Fe, que Dios nos pueda estar esperando con un tribunal junto a las puertas del Infierno, donde debería ir la mayoría (salvo justamente aquellos infieles chorrucos, quevenes y pueblos del llano en los que siempre encontré inocencia sin perversidad, aun en la violencia). Esto sería muy incoherente.

DISCRETAMENTE HE PODIDO ARREGLAR LAS COSAS de doña Eufrosia. Trabajará como cuidadora de la panadería antes de volverse a su Asturias, será la legataria de mis objetos, incluidos los candelabros de plata. No sabe nada de esto: escondí esta disposición en la olla de la cual nunca se separará, pues es en la que prepara sus feroces fabadas.

Luego estaré en la soledad final y seria, del hombre que debe recogerse para enfrentar ese misterio —nada o nuevo camino— que es la muerte. Creo que tendré la serenidad y la dignidad de Amadís o de su madre. Ojalá pueda yo tener en esa hora próxima la paz de alma y el corazón firme. Quietamente, agradeciendo y celebrando la felicidad de haber sido, esperaré. Y Dios o los dioses no me negarán su mano.

Escucho que sube doña Eufrosia. Ya llegó la carroza de los Fuentes y debo escribir estas últimas líneas. Es la buena hora: el canónigo estará comiendo y no habrá nadie en la biblioteca. Tomé un candeal para tener fuerzas.

DESDE QUE COMENCÉ A TOMAR ESTAS NOTAS, y sobre todo desde que Lucinda

me regaló la resma de papel, me sentí libre en la intimidad de las páginas.

De acuerdo con lo que imaginé, será como un mensaje que alguien encontrará tal vez dentro de muchos años. Será un mensaje arrojado al mar del tiempo. Lo abandonaré entre los libros de la biblioteca de la Torre de Fadrique. Me subiré como pueda hasta alcanzar el estante más alto y lo acomodaré entre los toma-zos de la *Summa Theologica* que los curas no frecuentan mucho (hoy, para ser obispo, no es conveniente ni mucha teología, ni mucho cristianismo).

Espero que esta nave no naufrague y llegue a buen lector. Al fin de cuentas el peor de todos los naufragios sería el olvido.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca
Caminante